
LAS COLINAS DE LA IRA
LEON URIS
Lectulandia

El escritor Mike Morrison llega a Grecia cuando se produce la invasión nazi. Enseguida se convierte en la presa de un complejo y peligroso juego de espionaje.

Mike Morrison viaja a Grecia después de la muerte de su mujer. Su intención es cobrar una herencia y hacer el duelo de la pérdida. Pero los tiempos no se prestan al dolor individual. Se ha desatado la Segunda guerra mundial y las tropas alemanas invaden el país antes de que Morrison pueda salir.

Enseguida se ve atrapado en un juego de caza del ratón donde intervienen la Gestapo, espías británicos y la resistencia griega. En un mundo de peligros y muerte, debe aprender rápidamente en quién confiar y a quien amar.

Leon Uris

Las colinas de la ira

ePub r1.0
Titivillus 13.12.2020

Título original: *The Angry Hills*
Leon Uris, 1955
Traducción: Baldomero Porta Gou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para tío Harry y para papá

Hace muchos años tuve la suerte de que llegara a mis manos un diario insólito que perteneció a mi tío, Aron Yerushalmi, de Tel Aviv, Israel.

El señor Yerushalmi fue miembro de las brigadas de Voluntarios Palestinos de la Fuerza Expedicionaria Británica que lucharon en Grecia antes de que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial. Sus extraordinarias aventuras lo llevaron a protagonizar varias capturas y huidas y lo condujeron de un extremo de Grecia al otro.

Aunque los personajes de este libro son ficticios, ese diario me proporcionó los antecedentes y acontecimientos históricos que hicieron posible esta novela.

Primera parte

Uno

Cinco días atrás, el hotel Kifissia estaba prácticamente desierto. Sin embargo, en ese momento bullía con la presencia de tropas del Imperio británico. En el vestíbulo principal una multitud de hombres con uniformes de color caqui producían un bullicioso zumbido, compuesto por la variedad de idiomas que se hablan en un ejército internacional. Los uniformes estaban confeccionados en la misma tela pardusca, pero las distintas charreteras evidenciaban la reunión de australianos, ingleses, neozelandeses, árabes, chipriotas y palestinos. Desde el bar, ubicado a la derecha del vestíbulo, llegaba un continuo tintineo de vasos acentuado por el repiqueteo de la caja registradora.

En un rincón, junto a una ventana, un civil solitario permanecía repantigado en un sillón, ajeno por completo al ajetreo que lo rodeaba. Tenía los pies apoyados sobre el marco de la ventana, el sombrero le cubría los ojos y de sus labios colgaba una pipa apagada. Estaba vestido con un traje de *tweed* de buena calidad y corte, pero arrugado, lo cual no desentonaba con el lugar, y su corbata de lana gruesa pendía floja alrededor del cuello. No estaba despierto ni dormido —ni consciente ni inconsciente— sino que era la imagen misma del aburrimiento.

Tal vez, si uno se movía en círculos literarios o era ávido lector de novelas de tono menor, lo hubiera reconocido de inmediato. Se trataba de Michael Morrison, norteamericano, uno de esos escritores de libros de venta fácil que se encuentran en todas las listas de autores de las editoriales. Un escritor con una pequeña pero fiel pléyade de lectores que aumentaba con cada nueva obra publicada. Incrementaba las entradas que le proporcionaban sus cuatro libros editados, con colaboraciones regulares a distintas revistas, por lo que, gracias a su pluma, había logrado reunir una cómoda renta de alrededor de quince mil dólares anuales. Pero no siempre fue así. La historia de Morrison era la típica de muchos escritores: años de esfuerzo para ser aceptado, amargas desilusiones, frustraciones y temores; es decir, todo aquello que constituye el sello de esa supuestamente encantadora profesión.

Un coro de cantantes proveniente del bar motivó un movimiento de Morrison. Bostezó, se apartó el sombrero de la cara y miró el reloj. Todavía

faltaba un rato para su entrevista. Bajó los pies del marco de la ventana, se puso de pie, se desperezó y se enfrascó en la tarea de encender la pipa, ignorando la multitud de soldados que lo rodeaban. A pesar de sus treinta y cinco años, seguía dando muestras de su carrera atlética anterior, porque su cuerpo de un metro ochenta de estatura llevaba con obvia facilidad los noventa kilos de peso. Aunque su rostro todavía reflejara rastros de una mirada juvenil, también se notaban en él rasgos de dureza y cinismo. En conjunto, Michael Morrison se parecía notablemente a la imagen que el público acostumbra a forjarse de un escritor.

Se abrió paso por entre la multitud para salir a la calle y permaneció algunos instantes junto al bordillo, buscando, sin éxito, un taxi; por ello decidió caminar unas cuantas manzanas hasta encontrar algún lugar donde los hubiera. Estaba bastante disgustado por los cambios de último momento que lo obligaron a alojarse en un hotel de los suburbios. Todos los del centro de la ciudad habían sido ocupados por las tropas inglesas.

A medida que caminaba, en sus ojos se dibujó una expresión de extrema tristeza. Su viaje a Grecia reavivó recuerdos amargos. ¡Con cuánta frecuencia había planeado ese viaje con su mujer! Fue un tema de conversación durante años, debió haber sido la luna de miel que nunca tuvieron. El tío de Ellie, un importador griego, le había dejado un legado de alrededor de nueve mil dólares. Pero todos los años surgía algún nuevo impedimento que les impedía realizar el viaje. Y durante todo ese tiempo priorizaron el gasto del dinero en las necesidades cotidianas en lugar de reservarlo para realizar viaje.

Cuando por fin Michael logró ganarse un lugar como autor y reunir una cuenta bancaria respetable, los planes para el viaje empezaron a adquirir dimensiones reales… pero se derrumbaron ante el accidente automovilístico, ocurrido en medio de la niebla del puente Golden Gate, en el que Ellie murió instantáneamente.

Morrison necesitó más de un año volver a encontrar fuerzas para vivir. Primero, fueron los meses durante los cuales se sintió culpable, absolutamente desalentado y solo, y con temor a dormir a causa de las pesadillas. Después siguió un período de autocompasión y de borracheras. Y luego la lenta resurrección, con ayuda de sus padres y de muchos buenos amigos, pero, sobre todo, por amor a sus pequeños hijos, un chico y una chica.

Podría haber dejado el dinero en Grecia durante muchos años más. Le repelía la idea de viajar a ese país sin Ellie. Pero transcurría abril de 1941 y las compuertas se habían abierto. En el norte, comenzaba la invasión. Tanto su banco como su agente le aconsejaron que reclamara la herencia con la

mayor rapidez posible debido a que la situación europea era cada vez más incierta. Y así se produjo su rápido viaje a Atenas. Morrison deseaba desesperadamente regresar a San Francisco. Sin la presencia de su mujer, eso era cualquier cosa menos una luna de miel.

—Petraki 17 —le ordenó al chófer y el automóvil partió rumbo al centro. Casi todos los habitantes de Atenas tenían algún pariente en Estados Unidos y el chófer no era una excepción. En su caso particular se trataba de un hermano que vivía en Cleveland. Después de que Morrison le aseguró que jamás había estado en Cleveland, pero que, decididamente, si alguna vez iba buscaría a su hermano, la conversación giró hacia el tema más candente del momento.

En esos días todo giraba en torno a la posibilidad de que las recién llegadas Fuerzas Expedicionarias Británicas estuvieran en condiciones de detener el avance alemán en las provincias del norte. El invierno anterior el pequeño Ejército griego pudo poner en retirada a los italianos, obligándolos a abandonar el país, y el chófer del taxi razonaba que si los griegos habían sido capaces de vencer a los italianos, sin duda los ingleses estarían en condiciones de detener a los alemanes. Además, agregaba, pronto Estados Unidos entraría en la guerra.

Morrison no estaba tan seguro de eso. En primer lugar los separaba un enorme océano, y en segundo lugar, en esa primavera de 1941 los norteamericanos, en su mayoría, sentían que no tenían motivos para verse involucrados en esa conflagración. Por supuesto que Hitler no gozaba de la simpatía de Mike Morrison. Era, bueno, una de esas cosas que los europeos habían vivido durante siglos. Simplemente no era asunto de Estados Unidos. Se preguntó si los británicos lograrían frenar el avance alemán. Los alemanes poseían una carta de triunfo llamada *Blitzkrieg* que era capaz de demoler toda oposición. Y además, a su alrededor percibía ese mar de fondo de risas nerviosas que parecía implicar que a los británicos les esperaba una derrota.

El conductor dejó de lado los temas políticos para concentrar su atención en conducir su vehículo a lo largo de las zonas congestionadas de las calles Kifissia y Alexandra. El tráfico lo enfurecía aún más que la presencia del Ejército alemán en el norte.

Las tiendas estaban llenas de gente y, como sucede en cualquier ciudad cosmopolita, los ciudadanos caminaban con prisas. Pero tras los signos aparentes de normalidad se percibían la tensión, la duda y el miedo. Los uniformes británicos pululaban por todas partes. Los jóvenes griegos parecían haber desaparecido del mapa; se encontraban todos en el norte o en la frontera con Albania. A Mike le resultó obvio que las encantadoras griegas brindaran a

sus «salvadores» británicos una bienvenida acorde con la mejor tradición. Nada era lo suficientemente bueno para «Johnny» que había llegado para combatir a «Jerry» y obligarlo a abandonar el país.

A medida que el automóvil avanzaba hacia el sur, alcanzaron a oír el distante aullido de las sirenas que anunciaba un ataque aéreo. Los Stukas empezarían su tarea sobre los muelles del Pireo donde descargaba la Fuerza Expedicionaria Británica. Los campamentos británicos de las afueras de Atenas, también eran atacados con saña. Morrison comprendió que los alemanes estaban bien informados desde dentro de Atenas y que si los británicos querían llegar a alguna parte era imperioso que contaran también con aviones…

El taxi se detuvo frente a una enorme mansión de ladrillo a la vista en la calle Petraki 17. Morrison pagó al conductor, le agradeció la interesante conversación y cruzó la calle.

El sonido del llamador de bronce retumbó a lo largo de la vetusta mansión de Fotis Stergiou. Al instante, su anciano mayordomo, Tassos, le franqueó la entrada a la casa del abogado. Tassos llamó suavemente a una puerta y después lo hizo pasar a la oficina del señor Stergiou.

El anciano levantó la mirada de su imponente escritorio y le dirigió una amplia sonrisa que se extendió a lo largo de su rostro lleno de arrugas. Era un anciano pintoresco. Sobre su cabeza se erguía un mechón de pelo gris; una amplia chalina le rodeaba los hombros y sobre la punta de su nariz se balanceaba precariamente unas gafas cuadradas.

—¡Ajá! Mi amigo el escritor norteamericano, puntual como siempre —saludó mientras le indicaba a Michael que se sentara en un sillón—. Café, Tassos, por favor —ordenó con su voz aguda. Revisó la montaña de papeles que colmaban su escritorio y encontró la carpeta que buscaba. Mientras la abría y pasaba las hojas, Michael volvió a admirar la magnífica perla negra del anillo que el abogado lucía en su arrugado dedo meñique.

—Bueno —dijo por fin el anciano—, por lo visto todo está en orden.

—¿Cuánto tiempo más tendré que esperar? —preguntó Mike.

—Ustedes, los norteamericanos, siempre con prisas. Por lo visto nuestro país no les gusta.

—Este no es precisamente el momento indicado para un viaje de placer, y además el Primero de Mayo tengo un compromiso.

—¡Ah, sí! Tiene que estar en Hollywood donde escribirá un guion. ¿Algo importante?

—Solo desde un punto de vista económico.

—Dinero… el problema es que hoy en día todo el mundo tiene una gran urgencia por sacar su dinero del país. Y no puedo culparlos por ello. El banco prometió enviarme los papeles finales para que los firme. ¿Cuándo piensa partir?

—Tengo un billete para Londres en el avión de mañana por la mañana.

Tassos entró con paso silencioso.

—¡Ah, muy bien, aquí está el café! Lo tomaremos en la terraza, por favor, Tassos.

Ambos bebieron café e intercambiaron tabaco. Morrison estaba muy orgulloso de la mezcla que fumaba, preparada especialmente en una tienda de San Francisco. Sin embargo, al anciano le pareció demasiado suave. Morrison por pura amabilidad logró fumar media pipa de la mezcla de Stergiou.

Mientras hacían tiempo, el anciano abogado proporcionó a Morrison un curso breve de arte bizantino, tomando como referencia las piezas que adornaban su hogar. Tal como Mike supuso, el anillo de la perla negra era una reliquia familiar que durante cuarenta años no había abandonado el dedo meñique de su dueño.

—La muerte de su esposa debe de haber sido un duro golpe para usted. Su tío le tenía auténtico cariño. Hablaba con frecuencia de sus visitas a Estados Unidos.

—Sí… sí… fue un… golpe terrible.

—Lo comprendo. Y sus hijos, ¿qué edad tienen?

En los labios del orgulloso padre se dibujó una leve sonrisa y al instante sacó su billetera para mostrarle al abogado las fotografías de sus hijos.

Stergiou se puso las gafas y asintió.

—Son criaturas preciosas. Comprendo su ansiedad por volver a San Francisco. Supongo que los habrá dejado en buenas manos.

—Sí, los dejé con mis padres. Vivimos juntos en una casa de Larkspur, en la afueras de San Francisco, pasado el puente Golden Gate. Mis padres se mudaron a vivir con nosotros después de la muerte de Ellie.

El anciano vació su pipa en un cenicero, y reflexionó un instante en silencio antes de volver a hablar.

—Señor Morrison, me pregunto si puedo pedirle un favor de tipo personal.

—Me encantaría poder serle útil.

—Tengo un documento que es sumamente importante para uno de mis clientes, y con el desorden que reina hoy en día, vacilo en enviarlo por correo. ¿Le importaría entregarlo personalmente en Londres?

—Por supuesto que no. Lo haré encantado.

El anciano metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó un pequeño sobre blanco. «El documento no debe de ser gran cosa», pensó Morrison. Stergiou lo conservó en su mano durante algunos segundos y después se lo entregó. Estaba dirigido a un tal sir Thomas Whitely y llevaba una dirección de Londres.

—Normalmente no le pediría este favor —se disculpó el anciano—, pero significa mucho para mi cliente, y con el caos que reina hoy en día…

Mike sonrió.

—Supongo que no se trata de nada comprometedor.

—¡Ah, ustedes los escritores son todos desconfiados por naturaleza! No, nada de eso, aunque sí se trata de algo fuera de lo común, si comprende lo que quiero decirle. Lo consideraría un gran favor si extremara las precauciones. Este documento tiene un valor enorme.

Morrison estuvo a punto de hacerle un par de preguntas, pero decidió abstenerse. Deslizó el sobre en un bolsillo de su chaqueta.

—Lo cuidaré con mi vida.

—Se lo pido por favor —contestó Stergiou, y ambos lanzaron una carcajada.

Tassos salió a la terraza y conectó el teléfono junto al sillón del anciano. El abogado habló brevemente y colocó el auricular en la horquilla a la vez que lanzaba un suspiro.

—Lo siento muchísimo, señor Morrison. En el banco están literalmente saturados de trabajo. Tardarán varias horas en poder mandarme los documentos que usted debe firmar.

—Espero que no se presente ningún inconveniente. Recuerde que tengo un billete para ese avión que sale mañana por la mañana.

—Le aseguro que me ocuparé a fondo del asunto. El banco está trabajando durante las veinticuatro horas. Hoy en día todo el mundo trata de sacar su dinero de Grecia. ¿Le sería posible volver, digamos, a las ocho de la noche? Eso nos daría un margen más que suficiente.

—Sí. Por supuesto que volveré.

—Le pido disculpas por este inconveniente.

Stergiou acompañó a Morrison a lo largo del extenso corredor flanqueado de estatuas y al llegar a la puerta de calle se despidieron. En cuanto la puerta

se cerró tras el norteamericano, Stergiou se apresuró a regresar a su oficina. Un individuo rechoncho, de enorme bigote, vestido con una gabardina, se encontraba instalado detrás del escritorio del abogado. Stergiou lo saludó con una inclinación de cabeza, abrió la tabaquera y volvió a llenar su pipa.

—¿Se la dio? —preguntó el hombre.

Stergiou se paseó nerviosamente frente al escritorio.

—Sí, mayor Wilken, se la entregué.

—¡Bien!

—Este asunto no me gusta —decidió Stergiou.

El mayor Howe-Wilken de la Inteligencia Británica, se levantó, se acercó a la ventana y entrelazó las manos a sus espaldas.

—Me atrevo a apostar que Soutar y yo hemos estado bajo vigilancia desde el momento en que aterrizamos en Grecia. Si lo que presumo es cierto, en este mismo momento Konrad Heilser se encuentra oculto en algún lugar de Atenas dirigiendo las operaciones. Y de ser así, señor Stergiou, le garantizo que nuestras vidas no valen nada.

—Entonces, ¿por qué no le pasó la lista a algún militar para que la entregara?

—Lamento informarle que la situación en el cuartel general es de total confusión. No puedo garantizar que los militares estén siquiera en condiciones de sacar del país al rey de Grecia.

—En otras palabras, mayor Wilken, que nos estamos cocinando en nuestra propia salsa.

—Precisamente. Los alemanes tienen una habilidad infernal para reunir amigos en la vanguardia de sus ejércitos.

Stergiou lanzó un gruñido y golpeó suavemente el escritorio con el puño. Howe-Wilken se le acercó.

—¡Vamos! —exclamó con tono tranquilizador—. No estamos absolutamente seguros de haber sido vigilados. Esta es solo una precaución más. En este momento Soutar está haciendo los arreglos necesarios para conseguir que un avión nos saque de aquí esta misma noche. Si todo va bien, mañana deberíamos estar sanos y salvos en Londres.

—¿Y si no todo va bien?

—Entonces, el señor Morrison, nuestro amigo norteamericano entregará la lista por nosotros. Y le repito que esto no es más que una precaución. Afortunadamente, él se encuentra por encima de toda sospecha.

—No me gusta correr riesgos con esa lista, mayor. Si los alemanes llegaran a sospechar de él durante un instante, Morrison no tendría ninguna

oportunidad… y usted sabe perfectamente cuáles serían las consecuencias si esos nombres cayeran en manos de nuestros enemigos.

—Por desgracia, mi querido amigo Stergiou —dijo el mayor con un suspiro—, en mi profesión los riesgos son cosa de todos los días.

Dos

Tenía que saldar dos antiguas deudas y dos heridas que todavía permanecían sin cicatrizar. Konrad Heilser se reclinó contra el respaldo del desvencijado sillón, cerró los ojos y tarareó el ritmo rápido de la Tocata y Fuga de Bach que surgía del tocadiscos. Con su gesto acostumbrado se peinó con un dedo el fino bigote.

Howe-Wilken y Soutar, su socio escocés, lo habían tratado de tonto dos veces. Ya habían transcurrido ocho meses desde que se encontró con ellos por primera vez en Noruega. Después de que los alemanes liberaran ese país, los dos agentes británicos llegaron y huyeron en submarino, dejando tras ellos una red de operadores de la resistencia. En Noruega consiguió acorralarlos media docena de veces, y media docena de veces consiguieron eludirlo. Solo fue un maldito tropiezo de último momento el que impidió que Konrad Heilser les bloqueara la ruta de salida del país.

Después volvió a toparse con ellos a fines de verano, en París. Una vez más, el dúo compuesto por Howe-Wilken y Soutar lo condujo a un camino sin salida mientras ellos escapaban.

El alemán maldijo por lo bajo al pensar que le habían ordenado que abandonara París para cumplir un destino en ese lugar inmundo. Pero esta vez el papel de tontos lo harían otros; esta vez ellos no lograrían escapar.

Sin duda fue un golpe de suerte que Zervos, ese empleaducho del Gobierno, se enterara del plan de Stergiou y se pusiera en contacto con los alemanes.

Heilser llegó a Grecia adelantándose a la invasión alemana y, con ayuda de Zervos, consiguió que las ratas —los traidores, los oportunistas, los cobardes— trabajaran para él. Todos ansiosos por quedar bien con los alemanes. Heilser y sus amigos griegos hicieron un buen trabajo: los británicos estaban confusos y no sabían en quién podían confiar y en quién no. Heilser y sus amigos griegos aumentaron esa confusión. La confusión que precede a la derrota y que pronto se convertiría en un pánico desbocado.

Cuando el disco llegó a su fin, Konrad Heilser se puso de pie, apagó el tocadiscos y encendió un cigarrillo, el último que le quedaba en la cajetilla. Se

acercó al espejo que había sobre la cómoda y observó su imagen, sumido en la autoadmiración. Se pasó un cepillo por el ya engominado y espeso cabello negro.

No era sorprendente que sintiera el orgullo de una tarea bien cumplida; no había dejado piedra sin remover. Con toda meticulosidad se enteró de cada movimiento y cada plan de los británicos. Desde su escondrijo tejió alrededor de ellos una minuciosa telaraña. Sin duda le resultó más que conveniente que sus dos viejos amigos, Howe-Wilken y Soutar se presentaran a buscar la lista de Stergiou. ¡Lo convertía todo en algo tan simple…! En un placer inesperado.

Heilser giró el disco. Consultó su reloj, se acercó a la ventana de la buhardilla y corrió la gastada cortina y observó el inmundo callejón empedrado. Grecia era un país que casi ni valía la pena conquistar. No era más que una raza sucia y decadente que vivía de las glorias pasadas dos mil años antes. Además, el solo pensamiento de haber tenido que abandonar París lo enfurecía. Si esos italianos devoradores de espaguetis no hubiesen sido obligados a retirarse de Grecia y a cruzar media Albania, él todavía estaría en Francia.

Pero hasta Grecia tendría sus compensaciones. En cuanto las tropas alemanas liberaran Atenas, a él lo esperaba una *suite* en el Grande Bretagne. Canaris, sí, y hasta el mismo Von Ribbentrop se enterarían del espléndido trabajo realizado por Heilser. Y cuando entregara la lista Stergiou, recibiría un ascenso. Tal vez su premio consistiría en ponerlo a la cabeza de todo el Servicio Secreto de Grecia. Y después, por supuesto, estaban las mujeres griegas. Ese último pensamiento lo hizo estremecer de impaciencia y excitación.

En el callejón, debajo de su ventana, Heilser alcanzó a distinguir la figura de ese cerdo gordo, Zervos, que caminaba por los mohosos adoquines. Zervos pasó junto a algunos chiquillos andrajosos y desapareció dentro de la casa.

Heilser oyó que los pasos del hombre se hacían cada vez más lentos mientras trepaba laboriosamente el último tramo de la escalera para llegar al altillo del quinto piso. A través de la endeble puerta alcanzaba a oír la sibilante respiración del griego. Zervos llamó la puerta.

En cuanto Heilser le abrió, el griego se desmoronó en el sillón, secándose el sudor. El alemán lo miró.

—¡Bueno! —exclamó.

—Los tres están cubiertos. Howe-Wilken se dirigió en automóvil a la casa de Stergiou.

—¿Y el escocés, Soutar?

—Consiguió un avión para que partieran hoy a medianoche desde el aeropuerto de Tatoi.

Heilser cerró los ojos y se llevó el dedo índice a la frente. Debía impedir que ese cerdo griego percibiera la ansiedad interior que lo sofocaba. No debía mostrar su nerviosismo ante un inferior.

—¿Los nombres?

—Sin duda, Howe-Wilken en este momento ha ido a buscar la lista. Stergiou no ha establecido contacto con nadie más. Nos lo ha asegurado Tassos.

—Muy bien… muy bien… —Su ansiedad crecía. El golpe estaba por producirse—. ¿Y la situación militar?

—Las últimas informaciones indican que los británicos no conseguirán mantener sus posiciones en Atenas.

—¡Entonces ha llegado la hora de actuar! —Se paseó con rapidez por la habitación—. Ordene que maten a Wilken y a Soutar. A Stergiou lo quiero vivo. —Se volvió hacia Zervos—. Hace ocho largos meses que espero este momento. Vigile cuidadosamente a esos dos: son escurridizos. Si comete un solo error, lo haré degollar.

El gordo Zervos sabía que Heilser no hablaba en vano. Asintió y se levantó trabajosamente del sillón, sin dejar de secarse el sudor.

—Me preocupa una sola cosa… La semana pasada, un norteamericano ha visitado tres veces a Stergiou.

Heilser enrojeció y al fruncir el entrecejo se marcaron las patas de gallo que rodeaban sus ojos.

—¿Un norteamericano? ¿Qué norteamericano?

—Llevamos a cabo un chequeo de rutina —explicó Zervos—. El tipo es escritor, un escritor de segunda categoría llamado Michael Morrison. Su visado está en orden. Ha venido a cobrar una herencia. Ese dato consta en el banco. Hay alrededor de nueve mil dólares norteamericanos a su orden y, aparentemente, Stergiou se encarga de los trámites legales para transferirle el dinero.

El corazón de Heilser que hasta ese momento latía aceleradamente, volvió a la normalidad.

—No estará poniéndose un poco nervioso, ¿verdad, Zervos?

—Tal vez… o tal vez no. No tenemos ningún motivo para sospechar de ese individuo.

Heilser se acercó a la ventana y miró el callejón. Empezaba a caer una espesa niebla.

—Siga —ordenó.

—No hay nada más que decir. Tiene un billete para Londres en el avión de la mañana. Se aloja en un hotel de Kifissia.

—Sí… sí… —murmuro Heilser, como si hablara para sí mismo—. Sería típico de Wilken y Soutar que le pasaran la lista. Un neutral que se encuentra por encima de toda sospecha… Y el avión que los espera en Tatoi es un vuelo a ciegas…

En ese momento terminó el disco.

Heilser apagó el tocadiscos, retiró el disco y empezó a juguetear con él. Después lo depositó suavemente sobre la cómoda y permaneció como paralizado. El cigarrillo que tenía entre los dedos se consumió hasta que sintió que le quemaba.

Abrió los dedos y observó la colilla ardiente que caía en el suelo. Aplastó la colilla con el tacón y después la redujo a polvo.

Tres

Morrison no notó al hombre alto y rubio que vestía uniforme neozelandés y que comenzó a seguirlo en el instante mismo en que abandonó la casa del abogado. Tampoco percibió la media docena de pares de ojos clavados en la casa desde cercanos puntos de observación. Mike caminó a lo largo del elegante barrio de Kolonaki hacia la plaza Concord, del otro lado de la ciudad, subiéndose el cuello del abrigo para protegerse de la niebla.

La plaza Concord estaba llena de ese típico gentío de media tarde que, o bien se apresuraba a entrar o salir del metro, o permanecía instalado en alguno de los múltiples cafés para conversar mientras iba transcurriendo la tarde. Los puestos de flores eran una llamarada de colorido que ayudaba a olvidar la llovizna.

Mike se detuvo para constatar dónde se encontraba y de inmediato cayó en manos de uno de los lustrabotas que se instalan en las aceras y que tienen la virtud de descubrir a los norteamericanos a un kilómetro de distancia. El hombre alto y rubio uniformado siguió vigilándolo desde la mesa de un café.

A Morrison le pareció que la tensión reinante era más perceptible. Aunque no entendía griego, por algunas frases que oyó dedujo que los británicos se preparaban para retirarse de Atenas. La gente caminaba como presa del estupor y sus rostros mostraban una mezcla de temor, confusión e incredulidad.

Mike se sintió invadido por una oleada de intranquilidad. Contó las largas horas que faltaban hasta el amanecer cuando tomaría el avión que lo llevaría a Londres. El lustrabotas dio los toques finales a su obra con un par de enormes cepillos y después retrocedió para admirar el resultado de su trabajo. ¡Los zapatos de los norteamericanos siempre adquirían un brillo tan intenso! Recibió una generosa propina. Durante algunos instantes Mike se quedó allí mirando en todas direcciones y pensando en la mejor manera de ocupar las horas de esa tarde. El Museo Nacional estaba cerrado y sus tesoros habían sido retirados. Miró a lo largo de la calle Athena y vio la colina de la Acrópolis. No, no tenía ganas de volver allí. Era bastante insólito eso de no tener ganas de ver lugares históricos, pero las pocas visitas turísticas que hizo

lo deprimieron porque Ellie no lo acompañaba. Ella ya nunca vería esos lugares. Durante un instante consideró la posibilidad de ir al bar Norteamericano, pero se imaginó una aburrida conversación con algún turista, y aunque tenía hambre, pero descartó la idea de meterse en otro restaurante desconocido. El día anterior encontró un lugar en Cavouri, a treinta kilómetros de Atenas, sobre una pintoresca bahía, y aún persistía en su boca el gusto del aceite de oliva.

Con las manos en los bolsillos empezó a vagar por la calle Aeolou donde el conglomerado de comidas que se exhibía en los puestos callejeros despedía un olor mareante. Los clientes y los dueños de los puestos regateaban, pero ese día no lo hacían con demasiada convicción. Todos pensaban en el día siguiente. Se dedicó a mirar vidrieras y recordó las miles de horas que había pasado haciéndolo con Ellie, cuando no les alcanzaba el dinero para ningún otro pasatiempo. Compró dos pares de zapatillas tradicionales con pompones en la punta para regalarles a sus hijos y siguió caminando.

En la esquina siguiente lo detuvo el paso de tropas británicas procedentes del campamento de Kokinia. Y entonces Morrison vio un letrero fácil de leer en cualquier idioma.

El bar estaba bastante vacío y había poco para elegir. Apenas dos tipos de *krasi*. Se quedó parado en un extremo del bar y después del primer trago agradeció que su larga experiencia de autor sin obra publicada no le hubiera proporcionado la oportunidad de cultivar el gusto por los licores finos. El individuo alto y rubio con uniforme neozelandés entró y se sentó cerca de la puerta.

Después de beber media botella, Mike había perdido buena parte de su tensión anterior. A medida que el bar se iba llenando de soldados él inició una honorable retirada hacia una mesa, botella en mano. Desde allí se dedicó a observarlo todo mientras bebía.

Los soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica estaban al borde del colapso moral. Morrison los oyó quejarse amargamente por los bombardeos o los campamentos y por la falta de unidades de combate. Los coloniales, como los llamaban en la jerga del ejército, tenían algunas cosas que decir acerca del apoyo que estaban recibiendo.

Después de beber alrededor de tres cuartas partes de la botella de *krasi*, Mike tuvo la sensación de que el ruido era cada vez menor. Se obligó a dejar de pensar en sus hijos, a quienes extrañaba terriblemente, y trató de adivinar el contenido del sobre y el tipo de oscuro negocio en que estaría involucrado el señor Stergiou. Venció la tentación de abrir el sobre para espiar el

documento y en cambio se dedicó a imaginar media docena de argumentos distintos que giraban en torno de lo que había en ese sobre. Pero su único intento de escribir una novela de misterio fracasó. Se dio por vencido.

—¿Puedo sentarme?

Mike levantó la mirada y se enfrentó con el uniformado rubio y alto. Enseguida miró el bar; estaba ocupado por una muchedumbre. Asintió.

—Allá hay demasiada gente. Me llamo Mosley… Jack Mosley, del Primer Regimiento de los Artilleros de Nueva Zelanda. —El cabo empezó a descorchar su botella.

—Creo que sería mejor que primero termináramos esta entre los dos —dijo Mike, sirviéndole.

Mosley sacó una pipa. Los fumadores de pipa tienen entre ellos un lazo muy especial.

—Toma, prueba un poco de buen tabaco —ofreció Mike, poniendo su bolsita de tabaco sobre la mesa. Mosley cargó su pipa, la encendió, inhaló e hizo un gesto de aprobación.

—Eres norteamericano, ¿verdad?

Mike se puso en guardia. La respuesta a esa pregunta muchas veces conducía a una discusión.

—Sí, soy norteamericano.

—Me gustan los norteamericanos. ¿Y qué diablos estás haciendo en Grecia en una época como esta?

La lengua de Mike se aflojó cuando empezaron a beber la botella de *krasi* de Mosley. A medida que iban terminándola y pidieron otra, le contó toda la historia, completa, hasta con fotografías de sus hijos Jay y Linn. Mosley le retribuyó mostrándole fotografías de sus tres hijos. A Michael su compañero de borrachera le parecía amigable e inteligente y se fue poniendo cada vez más locuaz.

El salón estaba lleno de humo, con una mezcla del fuerte tabaco turco y del débil tabaco inglés. Los soldados cantaban, en profunda armonía, olvidando por un momento sus problemas. Entraban prostitutas y salían parejas.

—¿Y a qué te dedicas, Morrison?

Era una pregunta que a Mike le aterrorizaba. Cuando alguien conoce a un escritor adquiere una actitud expectante, como si se hubiera topado con Hemingway o con Faulkner. Y la gente siempre se siente incómoda cuando no ha oído hablar de ese escritor.

—¡Morrison! Por supuesto, discúlpame —dijo Mosley—. *El Regreso del Cazador* me encantó. Es una espléndida novela.

—¿En serio? Bueno, bebe otro vaso de vino, amigo.

—Dime, Morrison, ¿eres tan amargo con respecto a la vida como se trasluce en tu libro?

Mike ya estaba acostumbrado a eso. Por el hecho de haber comprado un libro, el lector automáticamente creía tener derecho a criticar pero no le importaba demasiado. Los que lo enfurecían eran los que pedían el libro prestado y después se convertían en críticos. Sin embargo, se sorprendió ante los comentarios excepcionalmente agudos y objetivos de Mosley.

El vino era bueno; el bullicio, ensordecedor, y Mike pidió otra botella.

Conversaron sobre una larga serie de temas que iban desde la literatura a las guerras y la música, pasando por San Francisco y Grecia. En realidad, prácticamente no les quedó ningún tema en el tintero, Mike se resarció con creces de los cuatro días que había pasado pensativo y en silencio en Grecia. Estaba demasiado conversador y vehemente como para notar que su ocasional compañero apenas bebía.

Después, como sucede por lo general con esas conversaciones, empezaron a hablar de mujeres y de sexo.

—Mosley, tengo la sensación de conocerte lo suficiente como para hacerte una pregunta muy seria… Se trata de esto: ¿eres uno de esos tipos que les son completamente fíeles a sus esposas?

—Solo de vez en cuando —contestó Mosley.

—Bueno… entonces esta es la ocasión propicia para una canita al aire. Te diré lo que haremos. Vamos a ir a la plaza Constitution, a uno de esos locales elegantes, y nos conseguiremos un par de mujeres…

—Estupenda idea.

—Los tipos como tú ya no abundan, Mosley… No, señor… Eres una gran persona. En mi libro…

Mike luchó por ponerse de pie y volvió a desmoronarse en su silla. Lanzó un largo, largo silbido.

—¡Ese vino es una bomba! —exclamó.

Con ayuda de Mosley consiguió incorporarse. El hombre uniformado lo guio por entre la multitud hasta que llegaron a la calle. El aire nocturno despejó un poco la cabeza de Mike.

—¡Epa! ¡Espera un minuto, espera un minuto, espera un minuto! Fíjate en mi reloj. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—¡Diablos! Me olvidé. Tengo una cita… Mira, te diré lo que haremos… Tú vete al Kiff… al Kiffff… al maldito hotel Kiffffissssia y espera en mi cuarto… Yo tengo una cita… El hotel está junto a las montañas… de ese lado… En cuanto termine con mi cita, tú y yo vamos a pasar un buen rato… ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Mosley consiguió meter a Morrison en un taxi y le hizo un gesto de despedida con la mano mientras Mike asomaba la cabeza por la ventanilla.

—Kifffisssia… de ese lado… los tipos como tú ya no vienen…

Cuando el taxi en que Mike se alejaba dobló en la esquina, un automóvil giró en redondo y se detuvo junto a la acera donde esperaba Mosley. El neozelandés abrió la portezuela y subió de un salto.

—¿Lo seguimos? —preguntó el conductor.

—No… iremos a ver a Zervos.

—¿Y el norteamericano?

Mosley sonrió y se reclinó en el asiento.

—Que ese imbécil se vaya. Si él es agente británico, yo soy Winston Churchill.

Cuatro

Mike se quedó parado frente a la mansión de Petraki 17. La calle estaba oscura y desierta. Se tambaleó de un lado para el otro e hizo un inútil esfuerzo por encender su pipa. Refunfuñó a la típica manera de los borrachos, cruzó la calle a los tropezones y consiguió subir a la acera opuesta. Subió los escalones de entrada balanceándose y tendió una mano para asir el llamador de bronce. Golpeó y la puerta se abrió.

Se apoyó contra el marco, esperando la llegada de Tassos. Volvió a llamar… esperó… esperó… nada.

—De todos modos supongo que entre los dos no tendrán más que una oreja en condiciones… —mascculló.

Abrió la puerta de par en par y se introdujo en un oscuro vestíbulo. Tanteó sus bolsillos, encontró las cerillas, encendió una, entrecerró los ojos y miró a su alrededor. La cerilla le quemó los dedos. La tiró al suelo y maldijo. Encendió otra cerilla y encontró la llave de la luz.

El vestíbulo se iluminó. Era un recinto largo flanqueado por estatuas de mármol, y la luz no era abundante.

—¡Stergiou! ¡Despierte! —gritó Mike, y el eco de su voz retumbó contra las paredes.

Se adelantó un poco y volvió a llamar al abogado. La casa tenía un aire espectral y el vino mareaba completamente a Mike.

—¡Stergiou, salga, le digo que salga, dondequiera que se encuentre!

Chocó contra una estatua que se balanceó sobre su pedestal. Mike la sostuvo con ambos brazos para impedir que se cayera, le hizo una reverencia y le presentó sus excusas.

—¡Stergiou! —volvió a gritar enseguida.

Se detuvo frente a la puerta de la oficina del anciano.

—Es probable que se haya dormido frente al escritorio… probablemente… probablemente esté…

Mike se apoyó contra la puerta y cuando esta se abrió estuvo a punto de caer dentro del despacho del abogado. La puerta se cerró con un chirrido a sus espaldas. Tanteó en busca de la llave de la luz. Golpeó contra una silla, la tiró

al suelo y él también cayó. Allí se quedó, incapaz de ponerse de pie, presa de un mareo espantoso…

Con dificultad se apoyó sobre manos y rodillas y empezó a gatear. El trayecto terminó cuando su cabeza chocó contra el escritorio. Mike alzó una mano para sostenerse a la tapa del escritorio, lanzó un gruñido al ponerse de pie y empezó a tantear en busca de una lámpara.

La lámpara iluminó la habitación con una luz amarillenta y la llenó de sombras proyectadas. Mike se apoyó contra el escritorio y sacudió la cabeza para liberarse de la niebla alcohólica que le obnubilaba la visión. Examinó la habitación. ¡Era un revoltijo!

Un ruido.

Tomó en la mano la perilla de la luz, pero enseguida quedó como paralizado.

Allí… sobre el suelo… estaban las gafas de Stergiou… hechos añicos… y a su alrededor la alfombra estaba tintada en sangre.

—¡Morrison! —llamó una voz desde las sombras.

Mike se puso pálido de miedo. Se le contrajeron los músculos de la garganta y se le secó la boca…

—¡Morrison! —volvió a susurrar la voz.

Mike abrió la boca, tembloroso.

—¿Quién es usted? —preguntó con una voz vacilante que más bien parecía un graznido.

—Aquí… junto a la puerta… —contestó la voz.

—Pero ¿quién es usted? ¿Dónde está Stergiou?

—Stergiou ha muerto.

Morrison empezó a jadear de miedo. Volvió a sacudir la cabeza. ¡Era una pesadilla! Una pesadilla parecida a las que lo acosaron después de la muerte de Ellie. Volvió lentamente la cabeza y aguzó la mirada… Sí… ahí había alguien… A través de la sombra amarillenta alcanzaba a ver la cara de un hombre que lo miraba fijamente.

—No… no… no… no… Déjeme en paz… déjeme en paz… Yo… yo me voy de aquí enseguida… —Se lanzó hacia la puerta, presa del pánico.

—¡Morrison! ¡Quédese quieto! ¡Estoy apuntándolo con una pistola!

La orden lo obligó a detenerse.

Los ojos de Mike se le saltaban de las órbitas, estaba aterrorizado. Sentía la cara empapada de sudor. Miró al hombre. Estaba sentado en un sillón… De la comisura de los labios le brotaban dos hilillos de sangre y tenía los enormes bigotes manchados de rojo por la hemorragia.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Mike con tono suplicante—. ¿Qué le he hecho?

—El sobre… el sobre… Tiene que entregarlo… Un avión… sale del aeropuerto de Tatoi… a medianoche… tome mis credenciales…

Mike revisó sus bolsillos con mano insegura. Encontró el sobre.

—Tome este maldito sobre. ¡Tómelo! Soy ciudadano norteamericano… usted no tiene ningún derecho de mezclarme en este…

El hombre lanzó un quejido, se le pusieron los ojos en blanco y en su rostro apareció el sello de la muerte. Sus susurros eran cada vez más vacilantes.

—No tiene elección posible, Morrison. Se apoderarán de usted… Ya lo siguen… No… no trate de recurrir a la Embajada norteamericana… La tendrán vigilada… Tienen… tienen amigos en todas partes… No… no le queda elección posible, Morrison.

La mano con que el hombre sostenía la pistola se abrió y el arma cayó al suelo. Mike aferró la solapa del hombre.

—¿Quiénes son *ellos*? —preguntó—. ¿Quiénes son *ellos*?

La cabeza del hombre cayó hacia atrás. Sus labios temblaron y se abrieron pero le resultó imposible hablar. Mike se inclinó, recogió la pistola y se metió la credencial en el bolsillo.

El hombre lanzó un quejido. El sudor que le corría por la frente y se le metía en los ojos hizo parpadear a Mike, que retrocedió hacia la puerta y salió al vestíbulo.

Cinco

Morrison cruzó el vestíbulo como una flecha y salió a la calle. Se detuvo abruptamente al llegar a los escalones de entrada y miró a derecha e izquierda sumido en la desesperación.

La calle Petraki se encontraba silenciosa como una morgue. A la luz de las lámparas callejeras la llovizna hacía brillar los adoquines de piedra. Caminó con toda la rapidez que le permitían sus piernas inseguras, en dirección a la avenida Vasilissis Sofías. Sin duda la avenida estaría llena de gente… debía llegar hasta allí lo más rápido posible. La quietud de la noche solo era interrumpida por el sonido del golpeteo de sus tacones sobre el pavimento. Se detuvo en seco.

Desde sus espaldas le llegó el sonido de un motor que se ponía en marcha… que aceleraba lentamente… el ruido de neumáticos mojados que avanzaban. Morrison se refugió en las sombras y se aplastó contra una pared. Se le acercó un automóvil negro, con las luces apagadas. Mike cerró los ojos y se tambaleó a punto de perder el sentido. Apretó los dientes para ahogar el sonido de su respiración entrecortada. Transcurrieron algunos instantes. El coche se detuvo en la esquina, después dobló por la calle Ravine. El sonido del motor se fue perdiendo.

Mike empezó a correr a toda velocidad por la resbaladiza calle. Tropezó y cayó al llegar al bordillo, luchó por levantarse y volvió a correr, con el corazón latiéndole tan agitadamente que parecía salírsele por la boca. Vio la avenida frente a sí, y se detuvo aterrorizado.

—¡Oh, Dios, no!

La avenida Vasilissis Sofías estaba completamente desierta. En el ancho bulevar no se veía ni un solo coche… ni una sola señal de vida humana. Las casas estaban oscuras… la única luz visible la proporcionaba la débil lámpara de un farol callejero.

«¡Quiero despertarme! ¡Quiero despertarme!», se dijo a sí mismo. Siguió corriendo por la calle desierta… dos calles… tres… cuatro… hasta que la visión se le oscureció.

Se detuvo. Se encontraba frente a la plaza de mármol blanco del Museo Bizantino. No se sentía capaz de dar un paso más. Le silbaban los oídos…

¡Allí! En el extremo de la calle… ¡una luz! Morrison caminó dando tumbos por la avenida y se acercó a la luz. Espió por la vidriera. En el bar no había clientes, solo alcanzaba a ver al barman.

Michael entró, jadeando para recobrar el aliento. El barman lo miró sorprendido.

—Inglés —jadeó Mike—. ¿Usted habla Englezos?

El barman le contestó con una serie de frases en griego.

—Englezos… teléfono… ring… ring…

Michael metió la mano en el bolsillo y colocó un billete sobre el mostrador. Después se dirigió, dando tumbos, a la parte trasera del bar donde se encontraba el teléfono. El barman miró el billete y reanudó su confusa vigilia.

—Operadora… operadora… hola. ¿Me entiende…? ¿Englezos? ¡Gracias a Dios! Comuníqueme con la Embajada norteamericana… No… no… con la Embajada norteamericana… Sí, eso mismo… eso mismo… dese prisa, por favor.

Michael cerró los ojos y susurró en voz baja mientras escuchaba los timbrazos del teléfono: uno… después dos… tres… cuatro.

—¡Contesten, maldito sea, contesten! —Ocho… nueve… diez… once…

Colgó el auricular y se apoyó contra el bar, tratando de pensar a pesar de la nebulosa que reinaba en su mente. Lanzó un sollozo y las mejillas se le empaparon de lágrimas.

—Operadora… operadora —dijo suavemente—… Englezos.

La operadora no comprendía. Mike mantuvo el teléfono en la mano durante un instante.

—Operadora —repitió—. Englezos… sí, Englezos. Quiero que me comunique con la Associated Press… Associated Press. Agencia de Noticias Norteamericanas. Sí, eso es…

Ring… ring.

—Associated Press. Habla Watson. —Señor… señor… soy norteamericano… estoy en problemas.

—Entonces será mejor que llame a la embajada.

—¡No, espere! ¡No corte! En la embajada no contestan… ¡Usted tiene que ayudarme!

—Siga.

—Me persiguen… están tratando de matarme…

—¿Qué es esto? ¿Una broma?

—¡No, no! ¡Le aseguro que están tratando de matarme!

—Vamos, Fred. No sigas tratando de disimular tu voz. En este momento estamos ocupados.

—¡Por amor de Dios! ¡Escúcheme!

—¡Oiga! ¿Habla en serio?

—Sí… sí… muy en serio…

—Mire, a mí me parece que está borracho.

—Es cierto que estoy borracho… no puedo evitarlo… Pero me persiguen… tiene que ayudarme.

—¿Quién lo persigue?

—No sé…

Su interlocutor cortó. Michael sacudió la horquilla varias veces.

—Hola… hola… hola…

Se apoyó, absorto, contra el bar cuando vio que el automóvil negro pasaba lentamente frente al bar.

Una vez afuera, se abrazó a las sombras, rogando que se le aclarara la cabeza… rogando encontrar una señal de vida humana. Una calle más adelante llegó al Parque Nacional. Por el momento, los árboles, los arbustos y los faroles apagados le brindarían el refugio que necesitaba. Una brisa suave desprendía gotas de humedad de los árboles. Cada sonido nuevo lo sobresaltaba. Su cerebro giraba preso de una confusión total.

Morrison empezó a caminar sin rumbo fijo, manteniéndose lejos de los senderos, aferrándose a la cercanía de los altos setos. Delante distinguió un enorme edificio. El edificio del Parlamento, pensó. La plaza Constitution no estaba lejos.

—Debe de haber alguien… debe de haber gente…

Ante él se abría la avenida Amalia y, más allá, la plaza. La plaza se encontraba desierta… la calle también. Durante algunos instantes se escondió entre los arbustos. Un taxi se detuvo frente a la tumba del Soldado Desconocido.

Morrison corrió hacia delante, abrió la puerta de un tirón y se dejó caer en el asiento.

—Todo el mundo… ¿dónde se ha metido todo el mundo?

—Los británicos están retirándose de Atenas. La gente se queda en sus casas. ¿Adónde quiere ir?

—¿Ir? Llévame a… llévame a… simplemente de unas vueltas por allí.

Era tan espantosamente extraño… todo era espantosamente extraño. Si solo se le aclarara la cabeza… si solo pudiera pensar. Su mano tanteó algo dentro del bolsillo. Miró la credencial: MAYOR THEODORE HOWE-WILKEN. SERVICIO DE INTELIGENCIA. Tenía el pequeño sobre blanco en la mano…

—Llévеme… llévеme al aeropuerto de Tatoi.

Seis

El taxi tomó velocidad a lo largo de las calles húmedas, frenando de repente y girando, con total indiferencia por las vidas ajenas.

Lentamente fueron desapareciendo las oleadas de terror de Morrison, pero los acontecimientos de las últimas horas le resultaban tan nebulosos como los edificios junto a los que pasaban a toda velocidad. Todavía no podía pensar con claridad. Sabía que no debía cerrar los ojos porque se quedaría dormido en el acto. Mientras luchaba contra los muros de inconsciencia que se cernían sobre él, se aferró a un solo pensamiento: tenía que abordar ese avión en Tatoi y alejarse como pudiera de Atenas y de Grecia. Solo su instinto básico de autoconservación impedía que hubiera sufrido íntegramente los efectos de las tres botellas de *krasi* que había bebido y la cadena de acontecimientos que se sucedieron después.

A las once menos cuarto el taxi frenó con un chirrido de neumáticos frente al cerco de alambres de púas que rodeaba el aeropuerto.

—Apague los faros —ordenó un centinela.

—Me espera un avión… Soy el mayor… el mayor Howe-Wilken.

El guardia estudió con bastante aprensión la figura temblorosa del pasajero del taxi. Morrison ofrecía, sin duda, un espectáculo deprimente.

—¿Me permite su pase?

—¿Pase…? Seguro, seguro…

El soldado tomó la tarjeta de identificación y se introdujo en el puesto de guardia para iluminarla con una linterna. Regresó adonde se encontraba Mike, y le hizo el rígido saludo militar británico. Mike lanzó un suspiro de alivio.

El guardia volvió a entrar en su cabina para usar el teléfono.

—Habla el soldado Edmonds, tercera estación. Ha llegado el mayor Howe-Wilken. Sí, sí, señor. Muy bien, señor. —Cortó la comunicación.

—¿No quiere entrar, mayor? Dentro de algunos instantes vendrá a buscarlo un automóvil de la comandancia. Ese que está allí es su avión, señor, el que se encuentra en la pista este.

Gran parte de las nubes habían desaparecido. Se asomaban algunas estrellas y la luna menguante se escondía de las nubes restantes. Mike

entrecerró los ojos para mirar por la ventana. Lejos, en el campo de aterrizaje distinguió el perfil en sombras de un enorme transporte.

Encontró su pipa y buscó cerillas en sus bolsillos.

—Lo siento, señor, pero tendré que pedirle que se abstenga de fumar. Como sabrá, se trata de las reglamentaciones sobre oscurecimiento.

—Discúlpeme…

Afuera había mucho movimiento. El aire estaba lleno de ruido de motores. Mike caminó hasta la puerta y se asomó para contemplar la ruta. Frente a ellos se detuvo un convoy de camiones llenos de soldados.

—¿Qué es todo eso?

—Tropas del campamento de Kokinia, señor. Se detienen para recoger a nuestro destacamento en el aeropuerto, señor. Si me lo pregunta, mayor, le diré que me parece una vergüenza que nos retiremos de Atenas. Si nos lo permitieran, les daríamos a los hunos una buena exhibición de lo que somos capaces. ¡Ah! Perdóneme, mayor Wilken, pero hubo gente que preguntó por usted.

Mike se volvió con presteza para mirarlo.

—Un tipo de uniforme neozelandés, un cabo, no me dio su nombre. Estaba acompañado por un señor bastante gordo. Griego, supongo. Preguntó si usted había pasado por aquí.

Mike volvió a sentir un estremecimiento de miedo… «Y el otro pasó por aquí en auto hace apenas unos instantes, el señor Soutar».

—¿Soutar?

—Sí, señor. Un tipo delgado con gafas de marco de carey. Por su manera de hablar, juraría que es escocés.

Mike apretó con fuerza la pistola que tenía en el bolsillo. Miró el avión por entre las sombras de la noche. Alcanzaba a oír los primeros sonidos del motor que lanzaba una serie de toses al calentarse.

«Lo abordaré… lo abordaré… lo abordaré…».

—¿Qué mierda estará demorando a ese coche?

—Lo siento, señor, estará aquí de un momento a otro.

El soldado Edmonds observó, intrigado, desde una respetable distancia los pasos nerviosos y vacilantes de Mike. Escuchó la respiración de su superior que iba convirtiéndose en una serie de elaborados gruñidos. Observó los ojos turbios de Mike… «Estos tipos del Servicio de Inteligencia son gente extraña», pensó el soldado Edmonds.

Un automóvil entró a toda velocidad en la pista este. Se detuvo a corta distancia mientras un coro de sirenas anunciaba un ataque aéreo.

El sonido distante de motores se aproximaba por el cielo invisible.

Los ocupantes del automóvil se diseminaron por la ruta.

El sonido de los motores que se oía por encima de sus cabezas se convirtió en un rugido, que a cada instante fue más fuerte.

El ruido de los disparos de las baterías antiaéreas taladró el aire y blancas nubecitas de humo explotaron en el cielo después de que una telaraña de luces iluminó el firmamento.

Los motores que pasaban por sobre sus cabezas de repente quedaron sumidos en el silencio.

Por primera vez, Mike Morrison oyó ese aullido odioso: el aullido de los Stukas.

A las sirenas y a los silbatos que sonaban en tierra, los Stukas respondieron con una sinfonía propia discordante.

Los soldados huyeron del convoy de camiones detenido en el camino, entre órdenes desesperadas e inútiles.

El aullido de los Stukas fue cada vez más fuerte, a medida que se fueron zambullendo como buitres sobre sus presas.

La tierra parecía bailar entre enceguecedores relámpagos de luz y espantosas explosiones que taladraban los oídos.

Mike se tiró al suelo y se tapó los oídos. El aullido volvió a desgarrar el aire sobre el aeropuerto. Las manos de Morrison trataron de meterse, como garras, dentro de la madera del pavimento. La casilla de guardia saltó y Mike vio que el soldado giraba sobre sí mismo e iba a caer inconsciente contra la pared.

Mike se arrastró hasta la puerta y la abrió. El aeropuerto era una enorme fogata de llamaradas anaranjadas que se alzaban hacia el cielo. Las llamas iluminaban el avión de la pista este que iba convirtiéndose en cenizas.

Se le ocurrió un plan dictado por la desesperación. Se arrastró hasta el cuerpo postrado del guardia. ¡De nuevo ese aullido! Una explosión lo tiró contra la pared. «¡No me darán! ¡No me darán!».

Virtualmente le arrancó la ropa al cuerpo del guardia… Me escaparé… me escaparé… Tironeó de los pantalones del hombre; después se quitó a los tirones su propia ropa.

Luchó por ponerse el uniforme del guardia mientras el ruido atronador aumentaba afuera en un *crescendo*.

Revisó los bolsillos de su ropa. Sobre, billetera, pipas, pasaporte, la credencial, pistola…

Salió a trompicones de la casilla de guardia.

Una sombra corrió por la pista en dirección a él.

—¡Morrison! ¡Morrison! —gritó una voz sobre el ensordecedor ruido—. ¡Morrison! ¡Morrison! ¡Morrison! —La sombra que gritaba su nombre fue convirtiéndose en la figura de un hombre.

Mike tropezó, se arrastró y saltó hacia la fila de camiones estacionados en la ruta.

Después todo quedó en silencio.

Los aviones desaparecieron y renació la calma.

Las luces que rodeaban el campo de aterrizaje se apagaron y el aeropuerto quedó solo iluminado por las llamas.

Mike se arrodilló junto a un camión, se aferró el estómago y rodó sobre el suelo.

—¡Oh Dios! ¡Dios!… ¡Estoy descompuesto! ¡Estoy descompuesto!

Todo giraba a su alrededor y le resultaba imposible evitarlo. Embajada norteamericana… se apoderarán de usted… se apoderarán de usted… calles desiertas y húmedas… oh, vamos Fred, estamos ocupados… no tenemos tiempo para bromas… se apoderarán de usted… se apoderarán de usted… un hilo de sangre le corría por las comisuras de los labios y tenía el bigote tintado de sangre… las gafas estaban en el suelo hechos añicos… un largo vestíbulo flanqueado de estatuas de mármol blanco… hotel Kifissia, queda por ese lado…

Y entonces todo quedó sumido en la oscuridad.

—¡Malditos hunos!

—Mira, Tom. Allí. Creo que ese tipo está herido.

—Por cómo huele más bien diría que ha bebido demasiado vino griego.

—Muy bien muchachos, ¡arriba! Suban a los camiones.

—Ayúdenos, sargento. Este está completamente inconsciente.

Subieron el cuerpo de Mike al camión. Enseguida cerraron la puerta trasera.

El convoy se puso en marcha.

Siete

Morrison miró por una ventanilla. Del otro lado del vidrio, una multitud lo observa. Centenares de rostros, ojos que lo miraban escandalizados. Los rostros llevaban máscaras de terror. Rostros de griegos.

La ventanilla empezó a moverse y las caras se hicieron borrosas.

Mike se irguió de un salto en su asiento, pero enseguida volvió a apoyarse en el respaldo. La cabeza le dolía y le latía. Tenía la boca seca, pastosa y con mal sabor y una sensación extraña en el estómago. Lanzó un gruñido y se masajeó las sienes.

En el asiento de enfrente, Mike vio a un hombre acostado. Vestía uniforme y tenía la cara cubierta de vendajes. El hombre se quejó.

Mike se levantó del asiento y se desperezó. Se encontraba en el compartimiento de un tren. Miró a lo largo del pasillo y vio otros compartimientos llenos de soldados heridos.

Se dejó caer en el asiento y enterró la cabeza entre las manos. Entonces tuvo el primero de los recuerdos. Una voz en medio de las sombras le decía: «no le queda opción, Morrison…».

Buscó como enloquecido en sus bolsillos. Sacó la tarjeta: MAYOR THEODORE HOWE-WILKEN. SERVICIO DE INTELIGENCIA… Clavó los ojos en el sobre blanco…

El tren pasó junto a un bosque de olivos. El soldado herido volvió a quejarse, se dio la vuelta y se retorció de dolor.

Mike permaneció algunos instantes en un silencio intrigado. Empezó a recuperar la memoria por partes y fue uniendo los recuerdos como piezas de un rompecabezas. ¡Algunos acontecimientos le resultaban nebulosos! Otros le parecían imposibles de recordar. Miró de nuevo a su alrededor. El tren… el uniforme… el sobre… la tarjeta de identificación… No se trataba de una pesadilla: era algo que realmente había sucedido.

Buscó el consuelo de su pipa y trató de analizar razonablemente la situación. Stergiou, el abogado, obviamente se encontraba involucrado en algo importante. Y ese «algo» era el contenido del sobrecito blanco. Un adversario quería apoderarse de ese sobre… La Inteligencia Británica estaba

envuelta en el asunto de manera que, razonó Mike, los adversarios eran los alemanes.

Se estremeció al repasar las horas vividas.

—¡Maldito sea! —murmuró.

Michael Morrison sabía todo lo que necesitaba saber. De algo estaba seguro: iba a salir cuanto antes de ese asunto.

El miedo del día anterior se convirtió en furia. ¡Qué audacia la de ese Stergiou!

Volvió a masajearse las sienes y el latido se hizo menos fuerte. Después rio para sus adentros.

—¡La pena es que jamás me creerán cuando cuente todo esto en el Club de Prensa! ¡Qué maldición!

El tren se detuvo.

Fuera oyó el sonido de palas que cavaban.

La puerta del compartimiento se abrió. Entró un médico con el brazalete identificativo de la Cruz Roja.

Después de examinar al herido tendido en el asiento frente al de Mike, el médico abrió el maletín y le aplicó una inyección de morfina.

—Tranquilo muchacho, que enseguida te atenderán. —El médico se volvió hacia Mike—. Veo que se ha levantado. ¿Cómo se siente?

—Fatal.

—Anoche, cuando lo subieron al tren lo examinamos. No pudimos localizar ninguna herida. Si ya se siente mejor, le conviene reunirse con su unidad. Los encontrará en algún lugar del tren.

—¿Qué sucede allá afuera? —preguntó Mike.

—Hemos llegado a Corinto, y recogeremos otro destacamento de tropas.

—¿Y qué están cavando?

—Son los zapadores. Después de que pase el último tren, vamos a volar los puentes. Nos retiramos a la parte sur de Grecia, al Peloponeso.

Mike sintió que se le hundía el corazón. Tenía que tomar una rápida decisión.

—Le repito que será mejor que vuelva a su unidad.

—¿Quién está al mando del tren? —preguntó Mike, con tono cortante.

—El coronel Potter. ¿Por qué?

Mike exhibió ante el médico la tarjeta de identificación del mayor Howe-Wilken.

—Busque al coronel y dígale que deseo hablarle inmediatamente.

—Sí, señor —contestó el médico, retirándose hacia la puerta.

—¡Soldado!

—¿Sí, mayor?

—Ni una palabra a nadie, con excepción del coronel Potter.

—Sí, señor.

El médico salió.

«El resto será muy simple», pensó Mike. Le contaría toda la historia al coronel Potter. Tenía los papeles y su propio pasaporte para probar sus palabras. Después de todo, la responsabilidad del asunto era de los británicos. Se verían obligados a escoltarlo de regreso a Atenas y a conseguir un avión que lo sacara del país.

Transcurrieron algunos instantes. Mike miró por la ventanilla y observó a las tropas que subían al tren. «Pobres diablos», pensó. Por lo menos, él estaría lejos de Grecia…

Mientras la última unidad subía al tren, uno de los hombres atrajo su atención. Nunca supo por qué, pero se descubrió observando a un individuo de corta estatura con gafas de marco de carey. Tal vez fuese porque ese tipo parecía fuera de lugar en compañía del resto de los soldados. No podía medir mucho más de un metro cincuenta y el uniforme literalmente le colgaba. Otro detalle extraño: el hombre no llevaba ninguno de los accesorios que generalmente cargaban los soldados, solo portaba una enorme pistola en el cinturón. Decididamente no parecía formar parte de un ejército. La curiosidad de Mike se convirtió en intranquilidad.

Había algo en ese individuo… algo… ¿Qué sería? Sí… sí, estaba parado junto al puesto de guardia del aeródromo. El centinela dijo algo, acerca de un hombre que lo buscaba. Un tipo de baja estatura con gafas con marco de carey. El centinela mencionó su nombre, pero Mike no podía recordarlo.

El hombrecito subió al tren.

Mike trató de razonar consigo mismo. Simplemente seguía estando nervioso. No… no… no estaba nervioso. La oficina de Stergiou… la voz que le habló desde las sombras. El hombre del enorme bigote, Howe-Wilken, cuya voz había susurrado: «Tienen amigos por todas partes… Se apoderarán de usted, Morrison».

Con una fuerte sacudida, el tren se puso en movimiento.

La puerta se abrió. Mike levantó la mirada, sobresaltado. Era el médico.

—Mayor Howe-Wilken.

—¿Sí?

—El coronel lo recibirá, señor. Se encuentra en el cuarto vagón hacia delante, tercer compartimiento.

Michael salió al pasillo mientras el tren tomaba una curva. Se agarró del pasamanos y fue adelantándose por el vagón, pasando los compartimientos ocupados por soldados heridos. Tenía un solo pensamiento: bajar del tren… ¡bajar!

Llegó al extremo del vagón y tironeó de la puerta. Estaba atascada. La empujó con fuerza y consiguió abrirla. Al subir a la plataforma lo recibió una ráfaga de aire fresco. Se aferró al pasamanos y se preparó para saltar. El suelo pasaba a su lado con una velocidad aterrorizante. No, sería un suicidio.

Mike miró alrededor. Tal vez… tal vez… con suerte podría llegar al lugar donde se encontraba el coronel Potter.

Pasó a la plataforma del vagón siguiente y espió por el vidrio de la puerta. Ese coche no tenía compartimientos. Estaba atestado de soldados. Buena suerte.

Abrió la puerta y miró a su alrededor con cautela. Fue examinando cada uno de los rostros de los soldados a medida que avanzaba lentamente, sorteando los morrales y los rifles que bloqueaban el pasillo.

Fin del vagón.

Cruzó la plataforma para llegar al siguiente. Palestinos. Se fue adelantando por el pasillo y después cruzó al vagón siguiente.

El coronel Potter se encontraba en el otro coche. Mike se iba acercando cada vez más a su liberación.

Se detuvo en seco. Había un hombre apoyado contra la pared, bloqueándola. El individuo lo miraba con sus gélidos ojos azules. Era alto y rubio y lucía el uniforme neozelandés. Era el hombre del bar que se presentó como Jack Mosley.

Mike se tanteó los bolsillos en busca de la pistola. ¡Había desaparecido!

Los dos intercambiaron miradas fulminantes. Mosley dejó caer su cigarrillo, lo pisó y se acercó a Mike.

Morrison se dio la vuelta y corrió a lo largo del vagón hasta llegar a la plataforma y después atravesó de la misma manera el vagón lleno de palestinos.

Y el siguiente… y el otro.

Al llegar a la puerta atascada de su propio vagón la forzó con el hombro hasta que finalmente se abrió de par en par.

Al llegar a la mitad del pasillo, detuvo su carrera. La puerta de su compartimiento estaba abierta. ¡Reflejado en el vidrio alcanzaba a ver al hombre de las gafas de marco de carey!

—¡Pero usted dice que estaba aquí!

—Sí, señor. —Oyó que contestaba al médico—. ¿Y adónde fue?

—Hacia la puerta delantera del tren, señor. A ver al coronel Potter; a tres vagones de distancia.

—¡Tengo que alcanzarlo antes de que llegue!

Mike se refugió en un compartimiento ocupado por dos heridos. El hombre de las gafas con marco de carey pasó a la carrera.

Mike salió al pasillo y empezó a correr hacia el lado contrario. «Se apoderarán de usted, Morrison… Se apoderarán de usted… Se apoderarán de usted…».

Llegó a la plataforma trasera, la cola del tren. Las cintas de acero salían como disparadas bajo las ruedas de los vagones y desaparecían en el horizonte.

Mike miró a través del vidrio. En ese momento el neozelandés entraba en el otro extremo del vagón. Tenía una pistola en la mano. Caminaba lentamente, revisando cada compartimiento. Alzó la mirada hacia la plataforma trasera, levantó la pistola y hacia allí se dirigió.

Ocho

Clic clac… clic clac… clic clac.

Michael Morrison se balanceó sobre el borde del escalón. El suelo pasaba velozmente debajo de él.

Volvió a la plataforma y se agazapó junto a la puerta, listo para saltar sobre Mosley en el instante en que la abriera.

El tren frenó y se detuvo de repente y Michael perdió el equilibrio.

Ese sonido que llegaba del cielo… ya lo conocía… ¡Stukas!

Pequeñas manchitas negras circulaban en el firmamento y empezaron a tomar forma a medida que descendían.

Mike saltó de la plataforma y rodó por el terraplén. Detrás de él los hombres abandonaban apresuradamente el tren, por la plataforma y a través de las ventanillas…

Los aviones de repente parecieron detenerse. Transcurrió un segundo… dos… tres…

El aullido… ese odioso aullido de las bombas que caían a tierra. Mike se cubrió la cabeza… La tierra se estremecía y se abría bajo el impacto del bombardeo.

La primera andanada cayó de lleno sobre el tren. Todo el mundo estaba de pie y corría como enloquecido a través del campo rumbo a un monte de olivos. Caían y clavaban las manos como garras en la tierra al ver que los Stukas volvían para un segundo ataque.

Mike alzó la vista y alcanzó a ver que el tercer vagón se desintegraba. La línea de vagones inició una especie de danza serpenteante; la máquina saltó de los rieles y rodó por el terraplén, provocando un ruido estrepitoso.

Michael se arrojó al borde del olivar. A su alrededor los soldados llegaban por centenares, caían cuerpo a tierra y permanecían inmóviles.

Los Stukas dejaron de atacar el tren ya destruido y se dedicaron a derribar a los soldados que corrían por el campo como hormigas asustadas. Los aviones los cortaban como si fueran matas de pasto y después pasaban rugiendo sobre el monte de olivos a la altura de la copa de los árboles. Las

alas escupían andanadas de fuego y las balas rebotaban sobre los arbustos. Un soldado gritó y después quedó completamente inmóvil.

—¡Vuelven!

—¡Malditos cretinos!

Volaban tan bajo que Mike pudo distinguir la cara de uno de los pilotos. Un soldado que se encontraba cerca se arrodilló y disparó su rifle en señal de desafío. Alzó el puño y maldijo a gritos. Un oficial corrió hacia donde estaba el soldado y le quitó el arma de las manos.

—¡Maldito imbécil! ¿Quiere que sepa dónde estamos? —gritó el oficial.

—¿Qué importa? ¡Saben de memoria dónde estamos! ¿Qué clase de guerra es esta…?

La discusión terminó cuando una lluvia de balas perforó la tierra alrededor de donde ellos se encontraban.

Una y otra vez, oleada tras oleada, los Stukas atacaban el bosque sin misericordia y sin darles respiro. Diez minutos, veinte minutos, treinta minutos… Los faros iluminaban a los fugitivos… los motores rugían…

Entonces, cuando se les acabaron las bombas y las balas, los Stukas dieron por terminado su deporte del día y se alejaron.

En el bosque reinaba un silencio total. Los hombres estaban demasiado estupefactos como para reaccionar. Mike se sentó y dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

—¡Santa Madre de Dios! —murmuró cuando el último de los aviones se perdió en la distancia.

Después de un rato se iniciaron algunos lentos movimientos. Los soldados empezaron a caminar en círculos, como mareados, y a hablar en temblorosos susurros. A los cinco minutos, el monte era una vorágine de hombres que corrían y gritaban.

Alguien palmeó el hombro de Mike.

Un joven capitán australiano estaba parado junto a él.

—Usted, vaya a reunirse con ellos. —Señaló una unidad que se estaba formando fuera del montecito.

Mike consiguió ponerse de pie.

—El coronel Potter… ¿dónde está?

—El coronel ha sido herido —explicó el capitán.

—Quiero hablar con quien haya ocupado su lugar. —Metió la mano en el bolsillo en busca de su credencial. Había desaparecido. Mike buscó a su alrededor. Algunos soldados lo miraban fijamente. Reinaba la más espantosa de las confusiones. Sería inútil…

—Perdón, señor —le dijo Mike al capitán y se reunió con los soldados que estaban fuera del bosque.

Otros oficiales se dedicaban a formar grupos de cien soldados, prescindiendo de las unidades a las que anteriormente pertenecían. El capitán australiano se paró frente al grupo de Mike.

—Muy bien, muchachos, presten atención. Con esos Stukas por los alrededores, tenemos que mantenernos en unidades pequeñas. No más viajes en tren…

Algunas débiles carcajadas.

—Empezaremos a caminar y nos mantendremos juntos.

—Capitán, señor, ¿hacia dónde iremos?

—Eso es un secreto de Estado —mintió el capitán. Ojalá él mismo lo supiera.

—Y si los Stukas vuelven, señor, ¿podemos contestar los disparos?

Era una pregunta ridícula. No había más que doce Enfields en el grupo de cien hombres. Se hicieron muchas otras preguntas igual de ridículas acerca del agua y las raciones. El capitán parecía desconocer las respuestas.

Empezaron a caminar por las vías hacia el pie de las montañas, marchando a una velocidad increíble para buscar refugio antes de que los Stukas regresaran.

En cuanto a Michael Morrison, turista norteamericano… Estaba indefenso y mezclado en la huida de un grupo de hombres desesperados. Era inútil que tratara de encontrar a alguien responsable del mando de las tropas. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde correr? ¿Dónde ocultarse?

A medida que pasaba la tarde, Mike empezó a renguear por efectos de esa caminata sin respiro. Recordaba haberse sentido así una sola vez en su vida. Durante esas primeras semanas que sucedieron a la muerte de Ellie realizó los movimientos externos de una persona con vida, pero en su interior estaba seco y sentía la mente nublada por el miedo y la desesperanza.

La columna fue adentrándose cada vez más al pie de las montañas. Los soldados estaban cansados más allá de toda descripción… cansados hasta para quejarse. A medida que avanzaban el terreno era cada vez más escarpado, por ello cuando el sol se ocultó detrás de las lejanas colinas y el aire fue más fresco, el capitán decidió que podrían tomarse un descanso.

Los hombres se diseminaron entre las rocas y los arbustos después de beber agua de un arroyo, a pesar de las advertencias del suboficial.

La oscuridad cayó sobre el Peloponeso…

Los soldados cayeron en un sueño necesario y extenuado.

Pero Michael Morrison no se animó a permitirse ese lujo. Con los ojos inyectados en sangre mantuvo la vigilancia durante toda la noche. Una vigilia contra el hombrecito de las gafas con marco de carey y contra el hombre alto y rubio que decía llamarse Jack Mosley. ¿Dónde estarían? ¿Cuántos otros estaban buscándolo? Tenía que mirar a todo el mundo con desconfianza… ¡a todo el mundo!

Mike dormitó un poco, pero cada susurro de un árbol, cada movimiento de algún soldado de sueño inquieto lo despertaban por completo. Murmuraba como hablando para sí mismo, trozos de poemas, diálogos extraídos de sus libros, cualquier cosa con tal de mantenerse despierto…

Amaneció.

Durante el segundo día el grupo vagó sin rumbo internándose cada vez más profundamente en las colinas, en dirección a las montañas.

Los Stukas llegaron y los encontraron, y se inició de nuevo el tiro al blanco. Siete veces durante ese día encontraron al grupo y siete veces los soldados se arrojaron a tierra… Y cada vez volvieron a levantarse y, después de dar vueltas como boxeadores borrachos por los golpes, volvieron a reanudar la marcha.

Se había comenzado el feroz ultraje a Grecia. Cada pueblo por el que pasaban en su retirada los soldados de la Fuerza Expedicionaria había sido virtualmente demolido.

A ellos se sumaban los buitres que los sobrevolaban y les cortaban todas las posibilidades de huida. Por fin el joven capitán australiano ordenó que se detuvieran durante el resto del día. Caminarían de noche.

Michael mantuvo su aterrorizada vigilia hasta la puesta del sol. Podían estar escondidos detrás de cada roca, de cada árbol, esperando para arrojarse sobre él.

Caminó dando traspiés durante toda esa larga y oscura noche. Cada vez que caía, sentía que un soldado sin nombre lo tironeaba para ayudarlo a ponerse de pie y le ofrecía unas palabras de aliento. Ya cerca del alba, dos soldados se vieron obligados a arrastrarlo primero y casi a llevarlo alzado después, a lo largo de la ruta tortuosa.

El tercer día los encontró refugiados en un bosque de limoneros, cerca de un pueblo, sudorosos por el calor diurno.

Un maravilloso aturdimiento envolvió a Mike. Podía ver y oír, pero los sonidos parecían llegarle desde una enorme distancia. Podía tocar, pero se sentía como entumecido e incapaz de sentir nada. Podía caminar sin caer,

pero no tenía la menor sensación de movimiento. Podía hablar, pero las palabras que pronunciaba le resultaban inaudibles.

Mientras la unidad dormía, extenuada por la marcha nocturna, Mike permanecía apoyado contra el tronco de un árbol, con los ojos abiertos.

Ladeó la cabeza y observó las hileras de limoneros. El sol al filtrarse a través de las copas de los árboles creaba extrañas sombras que danzaban por efectos de la suave brisa.

Le llamó la atención un repentino destello al borde del montecito, a unos doscientos sesenta metros de distancia. Mike parpadeó. Era el reflejo de algún tipo de vidrio… Después vio el perfil de un hombre. De nuevo el destello… las gafas del hombre. La figura caminaba lentamente entre dos hileras de árboles, mitad en sombras, mitad en la luz danzarina. Un hombre de baja estatura… un hombre de muy corta estatura… y caminaba entre las sombras acercándose al grupo de soldados dormidos.

Nueve

—¿Dónde diablos cree que va? —preguntó el capitán australiano.

—Agua… —contestó Mike con voz áspera—. Necesito agua. El pueblo…

El capitán estuvo a punto de ordenarle que volviera al bosquecito. Estudió a Morrison. El pobre tipo estaba en un estado espantoso… peor que el resto de su tropa. No tenía raciones ni cantimplora. Tal vez fuese mejor permitirle que consiguiera un poco de comida y de agua y que se refrescara un poco. De otro modo era probable que tuvieran que transportarlo en camilla y demoraría la marcha de todo el grupo.

—Muy bien —decidió el capitán—, pero regrese en una hora.

Mike se encaminó por el sendero.

—¡Soldado!

—¿Sí, señor?

—Cuando vuelva, le aconsejo que duerma un poco.

—Dormir… dormir… No puedo dormir… no puedo dormir… No me dejan dormir…

El capitán australiano lo miró, intrigado, mientras Mike se balanceaba vacilante por el sendero que conducía al pueblo. ¡Qué tipo tan extraño!

Mike llegó a una plaza de suelo de tierra rodeada por unas cuantas chozas de estuco. Al instante fue rodeado por unos cincuenta aldeanos, en su mayoría mujeres y niños. Todos hablaban a la vez, deseando estrecharle la mano y propinándole palmaditas de bienvenida en la espalda.

Algunos lo besaron. Algunas de las mujeres lloraron.

«¿Por qué llorarán por mí? ¿No saben que los británicos han sido vencidos? ¿No saben que sus salvadores ya no pueden ayudarlos? ¿Por qué llorarán por mí? ¿Qué clase de gente extraña será esta?».

Aceptó el odre de agua que le ofrecía uno de los aldeanos y la sequedad de su cuerpo cedió con el gusto dulce y fresco del agua de pozo artesiano. Le goteaba por el mentón y le mojó la chaqueta. Derramó agua sobre su cabeza y rio, con un dejo de histeria, al sentirse revivir.

Una mujer le puso una rebanada de pan en las manos y otra le dio un trozo de queso. Mike se metió un gran bocado de pan en la boca y bebió un poco

más de esa agua tan dulce.

Le dieron otro odre de agua que él enganchó sobre su hombro y se llenó los bolsillos de pan y de queso, y les agradeció a todos y les estrechó las manos y los besó.

El avión atacó con tanta rapidez que nadie lo oyó llegar. Descendió del cielo y rugió sobre la plaza, disparando sin cesar ráfagas de ametralladora.

Una niñita de alrededor de cuatro años quedó tendida en la plaza, muerta, aferrando una muñeca de trapo. Tenía un hermoso cabello rizado y sostenía la muñeca contra su cuerpo.

—Lynn —Michael susurró el nombre de su hija—. ¡Lynn!

Los aldeanos empezaron a regresar a la plaza. Él no se animó a enfrentarlos. Se volvió y pasó junto a las chozas blancas, rumbo al sendero.

—¡Usted! ¡He estado buscándolo!

Mike se volvió bruscamente.

Un sargento palestino recorrió el sendero y se le acercó.

—El capitán me envió a buscarlo. Proseguimos la marcha.

—El avión… mató a una chiquilla…

—Ya le dije que nos vamos.

—¿Qué nos vamos? Pero… todavía es de día… los aviones nos encontrarán…

—Son nuevas órdenes que acabamos de recibir por radio. Rápido.

—Ese hombre… —susurró Mike—, no permita que ese hombre se apodere de mí…

—¿Qué hombre?

—Ese bajito… el hombrecito de las gafas de marco de carey.

—Ese hombre no existe —aseguró el sargento.

—Sí… yo lo vi. Lo vi acercarse por el monte de limoneros…

El sargento frunció el entrecejo.

—¿Se siente bien, muchacho? Vamos, déjeme ayudarlo.

Michael se desmoronó contra el cuerpo del sargento. El palestino lo enderezó y lo ayudó a regresar al bosque de limoneros donde las tropas murmuraban y se quejaban mientras cargaban sus pertenencias para ponerse en marcha.

El sargento miró al capitán australiano y el capitán asintió dándose por enterado de la situación de ese soldado.

—¡Nuestra maldita mala suerte!

—Yo lo vigilaré, señor —prometió el sargento.

—Lo vi avanzar por el bosquecito… —murmuró Mike.

—¡Tranquilo, compañero, tranquilo!

Prosiguieron la marcha.

El sargento palestino permaneció cerca de Mike y en ningún momento lo perdió de vista. A medida que el terreno iba siendo más difícil y escarpado, alentaba y empujaba alternativamente a Mike para que no se diera por vencido. Cuando sus fuerzas flaquearon por completo, lo arrastraron. El capitán australiano condujo a sus cansados soldados hacia un paso montañoso que llevaba a la costa. El día interminable se convirtió en una noche interminable.

«Se apoderarán de usted… Se apoderarán de usted… Se apoderarán de usted…».

Al amanecer del cuarto día llegaron tambaleantes a la costa. Se dirigieron a una playa cercana a la ciudad de Nauplion, y se le ordenó a la unidad que descansara en los bosques detrás de la playa. Ya había llegado otro grupo de cien hombres y los rumores empezaron a correr como enloquecidos.

Desde el sitio donde se ocultaban alcanzaban a ver la ciudad, más allá del arenal, o por lo menos, lo que quedaba de la ciudad. En una época había sido la capital de la República. Una antigua y pintoresca fortaleza se internaba en el golfo de Argolis y en un tiempo la fortaleza fue conocida como el Gibraltar de Argolis. Pero eso fue en el tiempo de «había una vez», en otra época y durante otra guerra. En la guerra actual, el Gibraltar de Argolis no era más que una pila de rocas inútiles frente a los buitres del cielo. Nauplion fue bombardeada y quedó reducida a escombros.

Los Stukas de nuevo se dedicaban a ella, jugando a la destrucción, y el típico aullido se oía continuamente.

El grupo se dispersó y los soldados se tendieron en el suelo, agotados. Mike Morrison había llegado a una extenuación que superaba todo límite. Los días sin dormir se cernían sobre él como la cuchilla de una guillotina. Se arrastró, alejándose de los soldados hasta encontrar una mata de arbustos entre los que, prácticamente, se enterró. Y allí se quedó, incapaz de moverse. Sus párpados cayeron sobre sus ojos como si fueran pesas. Ya no podía luchar más. Un profundo sopor hizo presa de él.

Un rayo de sol se posó sobre los ojos de Mike. Parpadeó, los abrió y se apoyó sobre un codo. Hizo a un lado una rama y notó que atardecía. Había dormido casi todo el día.

Bostezó y se desperezó. Notó que le dolía todo el cuerpo, pero tenía la mente clara, y la lenta recuperación del sopor le hizo tomar conciencia del castigo físico que se había infligido durante los últimos días. Se sacó los zapatos y vio sus pies llenos de ampollas.

Descolgó el odre del hombro y bebió un largo trago de agua fresca, para seguidamente rociar un poco de agua sobre su rostro. Después se dispuso a comer un trozo de pan con queso y luego, suavemente, volvió a ponerse los zapatos.

El bosque estaba extrañamente silencioso. No se veía a nadie. Se puso de pie con movimientos inseguros.

Un sonido lejano de gritos, vivas y cantos lo alertó.

Empezó a caminar por el bosque hacia los gritos, que eran cada vez más fuertes y triunfales. Mike se detuvo al llegar al borde del bosque donde vio centenares de hombres diseminados por la angosta playa, y pensó que las unidades habían seguido llegando desde la montaña para concretar ese encuentro…

El sol se hundía con rapidez en la bahía… Cerca de la orilla, un barco anclado transmitía un mensaje a través de luces.

Mike oyó retazos de la conversación de los hombres.

—Un barco de la Prince Une… De ocho mil toneladas…

—El *Slamat…*

—Nos evacuará en cuanto oscurezca.

—Yo estaba seguro de que la maldita Marina iba a conseguir pasar…

Michael Morrison cerró los ojos y suspiró.

«¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!…».

Retrocedió hasta el bosque, encontró un lugar donde ocultarse y esperó. Era mejor no arriesgarse. Había un millar de hombres a su alrededor. Sin duda, Mosley y el hombrecito debían de estar allí.

Por fin el sol desapareció detrás del horizonte.

Michael sabía que debía obrar con cautela, pero en ese momento estaba lleno de optimismo. No le cabía duda de que, de una manera o de otra, conseguiría abordar el barco. Mosley y el hombrecito estarían observando los botes que partían de la orilla, pero él conseguiría eludirlos, recorrería a nado parte del trayecto hasta el barco y después conseguiría que alguno de los botes lo recogiera. Michael era un excelente nadador… En medio de la oscuridad, Mosley y el hombrecito jamás conseguirían distinguirlo desde la playa. Una vez a bordo, se presentaría ante el capitán del barco… pronto todo habría terminado.

Empezó a pensar en el momento en que se reuniría con sus hijos y estuvo a punto de llorar de emoción. También pensó en otras cosas: en la posibilidad de afeitarse y de lavarse la cabeza con champú en la peluquería de Kastrop; en un plato de carne comido en el restaurante de Amilio; tal vez simplemente se quedaría sentado en un café durante tres o cuatro horas contemplando las colinas de San Francisco.

La ropa y el resto de sus cosas que quedaron en el hotel Kifissia no eran demasiado importantes: el seguro cubriría esa pérdida. En cambio las pipas… Michael odiaba perder sus pipas. Bueno, no importaba. En Londres encontraría algunas buenas Barling y Petersen.

Ya estaba completamente oscuro.

Mike se fue arrastrando hacia la orilla, pero se mantuvo a unos noventa metros del lugar donde las tropas habían formado. Pronto empezarían a llegar los botes a buscarlos.

Se sacó la ropa y vació los últimos restos de tabaco que le quedaban en la tabaquera. La tabaquera era impermeable. Se quitó los zapatos y después revisó sus bolsillos. El pasaporte… dinero… el sobrecito blanco. Los metió en la tabaquera y la cerró. Estaba listo para nadar hacia el bote.

Transcurrió una hora.

La oleada de optimismo que reinaba en la playa fue convirtiéndose en una sensación de inquietud. Una hora más tarde las conversaciones se transformaron en un débil murmullo que poco a poco dio paso a algunos susurros aislados llenos de desconfianza…

Una señal luminosa cortó la oscuridad.

El zumbido de voces empezó a ser cada vez más fuerte y los soldados se adelantaron hacia la orilla como una bandada de avispas.

—¡El barco está encallado en la arena!

Después de un rato, el zumbido de voces se acalló y los ojos de miles de hombres permanecieron clavados en el agua. El silencio solo era roto por alguna oración…

—¡Libérate, maldito sea! ¡Libérate! —rogaba Michael.

Al llegar la medianoche, las esperanzas eran cada vez menores. Hasta los más obstinados comprendieron que el barco jamás conseguiría zafarse de la arena a tiempo para cargar mil hombres.

Morrison volvió a retroceder hacia el bosque. Arrojó la tabaquera al suelo.

—¡Hijo de puta!

Volvió a ponerse el uniforme británico…

Ya no quedaba tiempo para desperdiciarlo en autoconmiseración. «De eso ya sobra allá afuera, no hace falta la mía», pensó. La Fuerza Expedicionaria Británica tenía problemas. Verdaderos problemas y se hundía más y más a ellos en cada minuto que pasaba.

Tenía que tomar alguna decisión. No podía seguir indefinidamente evadiendo a Mosley y al hombrecito. ¿Otra día… otra hora…? Tarde o temprano darían con él. En medio de su furia pensó en sus hijos. No quería dejar en la orfandad a Jay y a Lynn y tampoco quería que se pasaran la vida preguntándose cómo habría desaparecido misteriosa e inexplicablemente su padre.

Pronto amanecería, pensó Mike. Cabía la posibilidad de que se hubieran dado por vencidos y que ya no lo buscaran en Atenas. Todavía tenía tiempo de llegar a Atenas. El norte de la ciudad seguía en poder del Ejército griego y la retaguardia británica. Si conseguía huir de allí, posiblemente se liberaría de Mosley y del hombrecito. Se dirigiría a Nauplion, donde dejaría el uniforme, y desde allí solo tardaría dos o tres días en llegar a Atenas. El pueblo se mostraba amistoso, lo ayudarían durante el trayecto.

Un resquicio de luz sobre el horizonte anunciaba la llegada de un nuevo día.

—Vamos, muchachos, vuelvan al bosque.

Los soldados empezaron a caminar lentamente hacia el bosque para ponerse a cubierto, demasiado defraudados como para conversar.

Michael se alejó de ellos, esquivándolos continuamente para que no lo vieran. Se detuvo un instante para contemplar la salida del sol. El barco seguía en la bahía, embarrancado, tan inútil como una tortuga de espaldas. La tripulación remaba frenéticamente hacia la costa. La luz del día venía acompañada por el rugir de motores en el cielo.

No mucho después, el *Slamat* fue reducido a astillas por los Stukas.

Morrison vio que el capitán australiano y el sargento palestino se acercaban caminando hacia donde él se encontraba. Se ocultó detrás de un árbol pero los oyó hablar cuando pasaban.

—¿Oyó el último informe, sargento?

—¿Qué informe, señor?

—Los alemanes han entrado en Atenas.

Diez

Todo el peso de la noticia se estrelló sobre Michael Morrison, y se sintió invadido por una profunda autoconmiseración. «Esta guerra no tiene nada que ver conmigo —protestó para sus adentros—, ¿por qué debo estar atrapado en algo que no me concierne?».

Los alemanes se reagruparían en Atenas, y en un día, tal vez dos, empezarían a avanzar hacia el Peloponeso. En ese momento la única amenaza no serían los Stukas.

Un convoy de unos treinta camiones se detuvo en el camino de tierra, como a tres kilómetros del bosque. Se desencadenó el caos; los soldados salieron de entre los árboles y treparon a los camiones. No fue necesario que el sargento les ordenara apresurarse.

Mike tenía que llegar a una rápida decisión. Era simple: quedarse o seguir con ellos… ¿Quedarse allí? ¿Y después qué? ¿Caminar hasta enfrentarse con el Ejército alemán? Ya nunca podría llegar a Atenas. Y en caso de poder hacerlo… ¿de qué le serviría? Sin duda mantendrían una estrecha vigilancia sobre la embajada. Todas las estaciones ferroviarias y las rutas estarían en poder de los alemanes. Tendrían bajo vigilancia a todos los norteamericanos de Atenas…

Mike observó a los soldados que iban subiendo a los camiones. Los vehículos fueron arrancando uno a uno…

No le quedaba más opción que unirse a ellos, y arriesgarse a la posibilidad cada vez más incierta de que Mosley y el hombrecito no lo encontraran. Apostar por la débil, muy débil posibilidad de que los británicos consiguieran huir.

Corrió a través del bosque hasta un lugar donde el camino pasaba cerca. Los camiones transitaban a su lado a toda velocidad. Cuando vio que se acercaba el último, bajó al camino e hizo señas. El vehículo aminoró la marcha lo suficiente como para que él se acercara a la parte trasera de la caja donde media docena de manos se tendieron para izarlo.

Mike miró rápidamente a su alrededor y comprobó que Mosley y el hombrecito no viajaban en ese camión. A los pocos instantes se vieron

envueltos por una nube de tierra. Por el momento, se encontraba a salvo.

Cerca de un cruce de caminos, la caravana se unió a otra aún más numerosa: cientos de camiones atestados de tropas de la Fuerza Expedicionaria Británica en plena retirada. Eran soldados de las divisiones británicas, australianas y de Nueva Zelanda que habían estado en acción al norte de Atenas, en el paso de las Termopilas. Cuando los griegos fracasaron en su intento de hacer regresar el grueso de su ejército a Albania, los británicos, desbordados, se vieron obligados a retirarse al sur de Atenas. Lucharon denodadamente y con bravura contra el enemigo que los atacaba por tierra y desde el aire. Corrían rumores de que se retiraban sobre todo para salvar a Grecia de una destrucción mayor.

La división volvió al sur de Grecia, dejando en Corinto una retaguardia, con la esperanza de que lograrían detener la entrada de los alemanes en el Peloponeso mientras el grueso del ejército huía.

En docenas de pequeños puertos y abras del sur de Grecia los barcos de la Marina Real, y de las Marinas mercantes griegas y británicas trabajaban desesperadamente en la evacuación de cincuenta mil soldados británicos que habían quedado atrapados. Acosados por el aire y en ese momento oprimidos por las fuerzas terrestres alemanas, luchaban por evacuar a sus hombres de ese país condenado. Los embarcaban de noche, pero muchas naves encontraron el mismo destino del *Slamat*. Otros barcos pudieron huir con su preciosa carga a Creta y a Libia, en el norte de África.

Por la caravana corrían mil rumores: el rey de Grecia había huido del país por vía marítima… El primer ministro del país se había suicidado… Los británicos acababan de vencer a los italianos en una batalla naval… El grueso del Ejército griego había sido capturado en Albania…

Después, noticias alentadoras: la mayor parte de la Fuerza Expedicionaria Británica estaba siendo exitosamente evacuada… ¡Todavía había esperanzas!

El largo convoy crecía en cada cruce de caminos. Finalmente abandonó la ruta principal que era demasiado vulnerable, y tomó un traicionero camino de montaña.

Los camiones traqueteaban, doblaban y giraban a lo largo de un camino casi intransitable. Alternativamente marchaban bordeando profundas hondonadas, trepaban a alturas insospechadas y después descendían utilizando la caja de cambios para frenar y no desbarrancarse. El convoy estaba completamente rodeado por nubes de tierra que ahogaban a los hombres. El calor del sol del mediodía atravesaba esas nubes.

En ese torbellino de acontecimientos que se convertiría en una de las partes más oscuras de la historia, un hombre solitario, Michael Morrison, novelista norteamericano poco conocido, se encontró encerrado en un camión lleno de miserias humanas. Sin identidad… huyendo…

Pero ¿por qué huía? Lo ignoraba. Se había dicho a sí mismo que siempre existía un motivo para todo. Había habido un motivo para la muerte de su mujer: a través de su deceso, él había llegado a la madurez y adquirido estatura como escritor. ¿Cuál fue la fuerza desconocida que lo arrojó a este territorio maldito? Tal vez algún día lo sabría.

«Pero ¿por qué yo? —pensó—. Esta guerra no tiene nada que ver conmigo». Pero ¿tenía menos que ver con él que con el soldado que se aferraba a la cola del camión para preservar su vida? ¿Que con ese otro soldado que en una época fue ranchero en Nueva Zelanda? Sin duda, el neozelandés se preguntaba por qué se hallaba en el sur de Grecia…

¿O tenía menos que ver con él que con ese joven inglés que se inclinaba sobre la barandilla del costado del camión y vomitaba… o con el árabe enorme que viajaba de pie a su lado?

¿Y tenía menos que ver con él que con esa chiquilla que quedó tendida en esa plaza del pueblo, aferrando su muñeca de trapo?

Siguió interrogándose y dejó de tenerse lástima.

La oscuridad cubrió las montañas.

La tropa había sido sacudida hasta tal punto en los camiones que ya no podía sentir dolores ni extenuación.

La fila de vehículos avanzaba por las altas montañas en dirección al mar. Una sucesión interminable de luces que giraban, subían y bajaban. Parecía una procesión de peregrinos portando velas encendidas, que caminaran rumbo a Tierra Santa.

De vez en cuando la noche era traspasada por gritos que helaban la sangre, cuando algún camión derrapaba en un recodo del camino y caía con su carga humana al precipicio.

Muchos vehículos se estropearon y los hombres se vieron obligados a darles la vuelta para que se precipitaran al vacío, envueltos en llamas. Arracimados sobre los camiones ya llenos, los soldados se colgaban de cualquier parte con tal de proseguir viaje.

Y así seguía su marcha la macabra procesión…

¡Amanecer!

Cien camiones ardían en las hondonadas, por debajo del camino que recorría la caravana.

Ese Dunkerque sobre ruedas descendió de las montañas y se detuvo cerca de la ciudad de Kalamai, sobre el golfo de Mesina. Habían llegado al fin del trayecto. Ya no podían huir más lejos.

Michael Morrison volvió a ver los rostros… los rostros de los griegos. Y se hizo muchas preguntas. Kalamai, una ciudad abierta e indefensa, estaba convertida en una montaña de cenizas.

Las tropas se diseminaron a lo largo de gran cantidad de montes de limoneros, cerca de Kalamai. Desde el aire, cientos de aviones empezaron a bombardear y a disparar sobre cada metro cuadrado de esa zona, ya devastada.

Mike se arrojó al suelo. Hora tras hora, los Stukas aullaron y rugieron sin descanso. Mientras el mundo estallaba en llamas a su alrededor, lo invadió un odio repentino y profundo. En ese momento conocía a su enemigo.

Mediodía. El ataque aéreo continuaba.

Un cabo que lucía las jinetas del Ejército británico se le acercó arrastrándose y lo sacudió por los hombros.

—¡Vamos muchacho! —dijo—. Necesitamos algunos hombres. En Kalamai hay un camión destrozado lleno de provisiones.

Michael siguió al cabo. Enfermeros y médicos sobrecargados de trabajo luchaban tenazmente por salvar la vida de un número de heridos cada vez mayor. El cabo reunió a otros diez hombres.

—¿Alguna noticia acerca de la evacuación?

—Oí decir que los barcos no podrán llegar a este lugar hasta mañana por la noche.

—¿Qué se sabe de los hunos?

—Nuestra retaguardia todavía los mantiene detenidos en Corinto.

Se acercaron al borde del bosque donde los esperaba un camión. Los hombres subieron de un salto y el vehículo arrancó de inmediato, rumbo a Kalamai.

Cuando el camión entró en la plaza, tres Stukas lo divisaron inmediatamente. El grupo de soldados enseguida se echó cuerpo a tierra sobre los adoquines mientras los aviones se acercaban a atacar.

En cuestión de segundos el camión estalló en llamas.

Mike cruzó la plaza a la carrera. De repente perdió el equilibrio, había tropezado con un caballo muerto. Permaneció allí durante unos instantes, como hipnotizado, mirando los ojos del animal que parecían burlarse de él y decirle: «Tampoco yo tenía nada que ver con esta guerra». Mike retrocedió, alejándose del caballo y corrió hacia una hilera de casas cercanas. Cuando una

andanada de bombas estalló en la plaza, prácticamente se zambulló en el interior de un sótano.

Vio a un anciano y tres mujeres agazapadas contra una pared. Una de las mujeres aferraba a una criatura llorosa. Trató de calmar al bebé apoyándole el pecho contra la boca, pero ante el estruendo de cada bomba el bebé volvía a llorar. El anciano hizo la señal de la cruz y oró en silencio. Otra de las mujeres estaba poniéndose histérica. Mike desvió los ojos para no verlas.

Transcurrieron tres horas antes de que los aviones abandonaran el ataque. Mike salió del sótano a los trompicones, rumbo a la luz del anochecer. Las cenizas de Kalamai ardían. El caballo muerto de los ojos burlones seguía tendido en la plaza.

Mike recorrió vacilante el sendero que se alejaba de la ciudad. Un camión que pasaba se detuvo a recogerlo y lo condujo a un bosque que se encontraba alrededor de un kilómetro y medio de la playa. Allí lo que quedaba de la Fuerza Expedicionaria Británica esperaba ser evacuada.

La noche trajo una lluvia torrencial.

Michael Morrison estaba demasiado cansado para comer los restos de pan y queso que le quedaban… y hasta para pensar… o para que le importara algo. Se quedó dormido en el barro.

Once

El sol matinal derramó su calor sobre Mike. Se dio la vuelta en el barro, que en parte se había endurecido sobre su cuerpo, se quitó el que se le había metido en los ojos, la boca y el pelo y se sentó.

La tropa estaba despierta y se dispersaba lentamente hacia las colinas cercanas que le brindarían mayor protección.

Mike, alentado por un suboficial, siguió a los hombres hacia las laderas. Al llegar a una colina de escasa altura, pidió prestada una pala y cavó una pequeña trinchera dentro de la que se instaló.

Desde ese punto alcanzaba a ver una porción interminable de la bahía. Directamente debajo de donde se encontraba estaba la ciudad de Kalamai, cerca del mar, con sus abundantes limoneros, olivares y vides, y más allá, los contornos rocosos de las montañas de la cadena del Peloponeso.

¡Qué pacífico se veía todo desde esa colina! Hasta los aviones que sobrevolaban Kalamai parecían mosquitas inofensivas. Su pan estaba húmedo e incomible, pero el queso todavía se conservaba bien. Lo comió y bebió el resto de agua que le quedaba.

Por alguna extraña razón, el recuerdo del caballo muerto y el de la niñita que aferraba su muñeca de trapo se negaban a abandonarlo. Sufrió un estremecimiento, la extraña sensación de estar en Twin Peaks, mirando a sus pies la ciudad de San Francisco…

Un soldado que se encontraba cerca de él, le ofreció generosamente la colilla de su cigarrillo. Mike se la agradeció y empezó a fumar.

—Dicen que los alemanes han tendido un puente sobre el canal, en Corinto.

Eso significaba que el XII Ejército ya estaba en el sur de Grecia. A menos que la retaguardia británica obrara un milagro, tendrían que ser evacuados esa misma noche.

Mike se estiró en su trinchera, miró el cielo azul y pensó en el caballo muerto de la plaza de Kalamai. Pensó en toda esa aventura fantástica que le había tocado vivir. Casi inconscientemente metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Acercó a sus ojos el sobrecito blanco.

Al estudiarlo frunció el entrecejo. En la elegante letra de Fotis Stergiou se leía: Sir Thomas Whitely, 12 Beauchamp Place, Londres, S. W. 3. *Se ruega entregar en mano al destinatario*.

Mike jugueteó con el sobrecito durante algunos instantes. Se mordió los labios, presa de un impulso imposible de controlar.

Abrió el sobre y sacó nerviosamente su contenido. No había más que una pequeña hoja de papel. Se sentó y la desplegó.

Stergiou había escrito a mano una lista de nombres y ciudades. El reverso de la hoja estaba en blanco.

Observó los nombres de la lista. Evidentemente no se trataba de griegos… y sin duda ese era algún tipo de código. Mike se sintió algo decepcionado. A esa altura esperaba encontrarse por lo menos con alguna fórmula secreta…

Leyó la lista completa de nombres:

John Petersen, Johannesburg, S. A.
Lorrie Daniels, Sydney.
Elmer Jackson, Montreal.
Sarah Moonstone, Montreal.
Adam Piper, Montreal.
David Main, Christchurch, N. Z.

Y así continuaba la lista hasta el final: nombres y ciudades.

Mike ardía de curiosidad. ¿Quién sería esa gente y cuál el significado de la lista? Cada nuevo intento de adivinarlo, solo conseguía despertar aún más su curiosidad. Bueno, de algo no cabía duda: fueran quienes fuesen tenían extrema importancia, tanto para los británicos como para los alemanes.

La gente que andaba tras esos nombres decididamente no concedía la menor importancia a las vidas de los demás. Si llegaban a encontrarlo en posesión de esa lista, su muerte era segura. ¿Y si no la tuviera encima? Entonces tal vez le quedaría una oportunidad, aun si no se producía la evacuación. Suponiendo que memorizara los nombres… no le resultaría difícil y solo le tomaría algunos instantes…

Existía otro motivo en el trasfondo de la mente de Mike. Un motivo que ni siquiera admitiría para sí mismo. Las experiencias de los últimos días habían hecho mucho para desterrar de su alma el espíritu de neutralidad.

«No, ¡al diablo con todo! —pensó—. Mientras humanamente pueda mantendré la lista en mi poder y si la cosa se pone fea, la destruiré. En caso de memorizar los nombres, me comprometería. Pero, si destruyo la lista, significa que los británicos no la recibirán nunca».

Michael volvió a estirarse, pero los nombres incluidos en la lista no le dejaban en paz. Giraban incesantemente en su mente: John Petersen… Lorrie Daniels… Elmer Jackson…

Suspiró y se preguntó si se habría vuelto loco. Memorizó la lista, rompió el papel en mil pedazos y los arrojó para que el viento los diseminara.

El día transcurrió sin incidentes y a medida que se acercaba la noche Michael supo que los Stukas abandonarían la zona. Observó la vasta extensión de agua y distinguió en el horizonte las primeras manchitas negras.

¡Los barcos se acercaban a la bahía de Messenia!

Los soldados salieron de sus trincheras y los miraron atentamente. Esa vez no hubo cantos ni vivas… solo oraciones.

Pero esas preces no fueron escuchadas porque por las colinas empezó a correr un mensaje de boca en boca.

—¡En las afueras de Kalamai han aterrizado paracaidistas alemanes!

El suboficial y los oficiales de infantería empezaron a gritar órdenes.

—¡Todos los que tengan un rifle, avancen! ¡El resto de la tropa debe bajar a la playa!

—¡Vamos, muchachos! ¡Todos los que tengan armas! ¡A moverse!

—¡Démosles un buen espectáculo a esos hunos!

¡Las colinas estaban iracundas!

Primero de a dos y de a tres, después por docenas y por centenares, los soldados convergieron sobre Kalamai con un odio asesino en el corazón. Enloquecidos, enfurecidos, los hombres sostenían sus rifles con las bayonetas caladas. Iban armados de pistolas, de revólveres… algunos hasta con garrotes…

Frente a esa amarga e inflexible ofensiva, los alemanes tuvieron que batirse en retirada de Kalamai.

El enemigo se reagrupó y con un número mucho mayor de tropas obligó a retroceder a los británicos. La retaguardia inglesa retrocedió lentamente hacia la ciudad, pero los alemanes pagaron muy caro cada centímetro de terreno que lograron avanzar. La oscuridad cayó sobre la furiosa batalla.

Los destructores y los transportes se internaron en el golfo de Messenia, esperando para arrancar a sus soldados del enemigo.

Mike Morrison bajó a la carrera la colina, desesperadamente decidido a abordar uno de los barcos y alejarse de Grecia. Cuando llegó a la playa, toda apariencia de disciplina había desaparecido. Los hombres desarmados estaban frenéticos por huir. Mike permaneció en el borde de una masa vociferante de hombres movidos por un solo pensamiento.

Mike tenía que llegar al mar. Debía estar allí cuando arribaran los botes. A sus espaldas alcanzaba a oír el ruido de la batalla que se acercaba cada vez más…

Hundió los hombros y se zambulló en esa masa de humanidad histérica. Se fue hundiendo cada vez más en el caos, recurriendo a todas las fuerzas de su ser. Brazos que se agitaban, hombres que intentaban abrirse paso a empujones… Arrojó soldados al suelo a derecha e izquierda. Una oleada de soldados que empujaban como desesperados lo hizo caer de rodillas. Luchó por ponerse de pie y pisoteó cuerpos a diestra y siniestra. Michael empezó a lanzar puñetazos y, puntapiés… golpeó a sus compañeros con los puños… con los pies… con los codos. Otro enredo de brazos y piernas lo hizo estrellarse contra la arena con el peso de veinte cuerpos encima del suyo… Lanzó mordiscos y clavó las uñas como garras hasta que consiguió liberarse y recorrer los últimos metros que lo separaban del mar. Se zambulló… Se levantó, con el agua hasta las rodillas, jadeando por falta de aire. Tenía el uniforme hecho jirones. La cara le sangraba y estaban hinchándosele las manos.

De repente reinó un silencio total.

Un coronel británico se introdujo en el agua, delante de sus hombres. Actuaba con aire majestuoso, pero no podía evitar el temblor de su voz.

—Somos prisioneros de guerra —informó suavemente.

¡El último hilo de esperanza acababa de cortarse!

Mantengan encendidos los fuegos del hogar.
Porque aunque nuestros corazones estén llenos de añoranzas.
Aunque los muchachos estén lejos, sueñan con volver a sus hogares…

En parte a causa del impacto recibido, en parte para levantar el espíritu, los hombres empezaron a corear un lúgubre canto que fue extendiéndose por toda la playa.

Tres palabras resonaban una y otra vez en las mentes de millares de soldados estupefactos en las afueras de Kalamai: «prisioneros de guerra… prisioneros de guerra…».

Hay un reborde luminoso,
que se refleja a través de las nubes oscuras…

El brillo de las fogatas iluminaba la playa. Michael Morrison temblaba al sentarse junto a una de ellas. Estaba más asustado de lo que recordaba haber estado en su vida entera. Visualizaba un negro garrote que se estrellaba contra su cabeza y a hombres que le pateaban las costillas y que arrojaban agua sobre su cuerpo inconsciente para revivirlo y seguir torturándolo. Estaba deseando convencerse de que era valiente… pero tenía miedo.

Jugueteó con la idea de tratar de negociar su vida a cambio de los nombres que figuraban en esa lista misteriosa. Trató de justificar mentalmente esa actitud, pero no pudo. Sabía que en toda su vida no volvería a gozar de un solo instante de tranquilidad si cedía a ese acto de cobardía. Se mordió las uñas y trató de contener el malestar que sentía en el estómago. Se alejó de la fogata. Quería estar solo con algunos recuerdos preciosos antes de que amaneciera.

Durante toda esa larga noche, Michael permaneció apartado, lejos de los demás, rememorando muchas horas maravillosas de su vida. Estaba de nuevo con Ellie en Cal Campus… Sostenía a un niño en sus brazos… Abría una carta que decía: «Tenemos sumo placer en anunciarle que hemos aceptado su novela…». Sí, tenía muchas cosas buenas para recordar.

En medio de la oscuridad empezaron a vislumbrarse las primeras luces grises del alba. Una calma extraña y maravillosa tomó posesión de él. Ya no tenía miedo…

Desde la orilla del bosque, un hombre alto y rubio, de uniforme neozelandés, miró a Mike en silencio.

El sol empezó a iluminar el golfo de Messenia.

El rubio alto salió de su escondrijo, detrás de un grupo de árboles, y se acercó a la figura sentada de Mike. Mike presintió su presencia y se volvió para mirar los fríos ojos azules de Jack Mosley. No estaba sobresaltado… ni asustado. La suya era una tranquila aceptación.

—Muy bien, Morrison, ponte de pie… no lances ninguna exclamación… e intérnate entre los árboles.

Mike se puso de pie y precedió a Mosley hacia lo más tupido del bosque, donde quedaron aislados de la playa. Mosley sacó una pistola y apuntó con ella a Mike mientras se recostaba contra un árbol. Una sonrisa iluminó su cara cansada.

—*Touché* —dijo, saludando a Michael burlonamente con la pistola—. Debo confesar que tu pequeña actuación de borracho me resultó muy convincente. Por un momento nos desconcertó a todos. —Mosley encendió un cigarrillo.

—*Touché* de nuevo por esta caza tan divertida.

Mike permaneció en silencio. Entrecerró los ojos, con una expresión de odio profundo. Esperó que Mosley se relajara solo un segundo.

—Te interesará saber que pude introducirme entre las tropas anoche, después de la rendición. Mantuve una conversación telefónica con nuestro común amigo, Konrad Heilser, que está en Atenas. A él lo sobrecogió la alegría cuando se enteró de que no habías abandonado este agradable y pequeño país.

—Si piensas matarme, hazlo de una vez —pidió Michael en voz baja.

—¿Matarte? ¡No, por favor! *Herr* Heilser te ha preparado una hermosa recepción en Atenas. Tengo entendido que posees una información que a él le interesa. Espero que el coche que nos llevará a Atenas no tarde en llegar… —Mosley lanzó un suspiro—. En cuanto dé por terminado el asunto de despachar a tus amigos a una prisión, nos pondremos en marcha.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—¿Hacer?, de ti depende. Sabrás que no estoy de acuerdo con Konrad con respecto a sus métodos de extraer información, pero debo confesar que obtiene excelentes resultados. ¿Y de paso, Morrison, me darías el nombre de ese tabaco espléndido que fumé contigo? Debo mandar buscar un poco a Estados Unidos…

—¡Nazi hijo de puta! —exclamó Morrison.

—Debo decir que eres un mal perdedor, Morrison —decidió Mosley, encogiéndose de hombros—. Sabes de memoria cómo es este negocio.

—¡Nazi hijo de puta! —repitió Morrison.

—Te aconsejo que reserves las frases cariñosas para *Herr* Heilser —dijo Mosley, sonriendo.

En ese momento resonó el agudo disparo de una pistola.

En el rostro de Mosley se pintó una expresión extraña. La pistola giró alrededor del dedo que tenía apoyado sobre el gatillo. Abrió la mano y la pistola cayó al suelo. Mosley se tambaleó. Dio un paso hacia Mike… otro… Le cedieron las rodillas y cayó al suelo, se dio la vuelta y quedó tendido a los pies de Mike. El cuerpo de Mosley se estremeció y sus pies lanzaron algunas pataditas. Después se quedó inmóvil. Se le abrió la boca y la expresión de estupefacción no se borró de sus ojos sin vida.

Doce

Todos los músculos del cuerpo de Morrison se pusieron tensos.

Se inclinó sobre el cuerpo caído de Jack Mosley y lo miró con ojos enloquecidos.

Un hombre salió desde detrás de un árbol, a pocos pasos de distancia. Era un hombrecito de un metro cincuenta de estatura, usaba gafas con marco de carey y en la mano tenía una pistola humeante.

El hombrecito se inclinó con rapidez y revisó los bolsillos de Mosley. Después hizo rodar el cuerpo hasta una mata de arbustos. Recogió la pistola de Mosley y se la puso a Mike en la mano.

—Escóndala debajo de su cinturón —aconsejó.

Mike continuaba mirando el cadáver.

El hombrecito lo sacudió y después lo tomó por el brazo.

—¡Vamos hombre! —exclamó—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Michael, todavía presa de la mayor de las sorpresas, se sintió arrastrado por el bosque. Después de hacer un recorrido circular, se acercaron a las tropas acampadas en la playa. Los hombres amontonaban sus rifles para entregarlos.

Mike se dejó caer sobre la arena y sacudió la cabeza.

—La suerte nos acompaña —dijo el hombrecito—. Nadie oyó el disparo.

Mike levantó los ojos para mirarlo. A esa altura ya no confiaba ni en su propia madre. El hombrecito se dejó caer a su lado y le habló en susurros. Mike cerró la boca con fuerza.

—Me llamo Soutar. El mayor Howe-Wilken, que Dios lo tenga en su santa gloria, era mi socio.

Mike trató de comprender lo que le estaba diciendo Soutar, pero lo acosaba un extraño pensamiento. Había estado huyendo de ese hombre, convencido de que trabajaba con Jack Mosley. Tal vez él y Mosley hubieran preparado una falsa escena de muerte en el bosque para engañarlo. No, no podía ser. Mike mismo vio que de la boca de Mosley manaba un hilo de sangre.

—Morrison, este no es momento para evasivas. Tenemos mucho que planear.

Mike siguió en silencio.

—Mire ese camino. Dentro de algunos minutos por allí descenderán las tropas alemanas. Ya tienen preparado un campamento de prisioneros en Corinto.

»Muy bien, si no quiere, no hable. Tráguese la lengua. En dos días como máximo, Konrad Heilser dará con usted. Veremos si con él puede mantener su silencio. Mire, Morrison, los alemanes han incendiado más de cien pueblos. Han matado civiles como si fuesen moscas. Y cuando descubran que se han apoderado de una brigada de judíos palestinos, su crueldad será indescriptible.

El hombre que se presentaba como Soutar, encendió un cigarrillo.

—No sea imbécil. De haber creído por un momento que usted no era un tipo decente, lo habría matado lo mismo que a Jack Mosley. Oí lo que le dijo a Mosley.

«Tal vez la pistola de este tipo esté cargada con balas de fogueo», pensó Mike. Le pareció inútil resistirse. El hombre sabía quién era él, conocía su nombre. De todos modos, sin duda, si ese Soutar era agente alemán, de una u otra manera, él no tenía escapatoria.

El corazón le latía aceleradamente. Abrió la boca, todavía indeciso.

—Está bien —dijo por fin—. Me llamo Morrison y soy ciudadano norteamericano. Ya he soportado bastante… quiero salir de todo este lío. Me arrastraron a esto y ahora quiero salir.

—Eso —contestó Soutar con una sonrisa divertida— nos presenta un pequeño problema. Es mejor que lo afronte de una vez por todas: usted está metido en esto hasta el fondo.

—¿Por qué? —preguntó Mike—. ¿Por qué?

—Así son las cosas, le guste o no. ¿Sabe Morrison? A veces no tenemos demasiada elección en el giro que toma nuestra vida.

Michael jugueteó con la arena, sintiendo ya más confianza en Soutar. El hombrecito tenía razón y él lo sabía. Llega un momento en que el hombre no tiene más remedio que decir para sus adentros: «Las cosas son así y hay que sacarles el mejor partido posible». Cuando Ellie murió tuvo que aceptar que nunca volvería a verla. Hay ciertas cosas contra las que no se puede luchar con la sola ayuda de nuestra fuerza de voluntad.

—Muy bien —susurró Mike—. Estoy con usted.

Y mientras permanecían allí sentados esperando que los alemanes lo rodearan, Soutar le relató su historia con un fuerte acento escocés.

Cuando el ejército alemán invadió Grecia y Yugoslavia, él y el mayor Howe-Wilken fueron enviados a Atenas en busca de la lista de Stergiou. En cuanto aterrizaron supieron que el enemigo conocía lo que planeaban hacer. Eso quedó confirmado después, cuando Soutar descubrió que Zervos, un empleado del Gobierno, se había enterado y vendió la información a los alemanes.

Soutar y Howe-Wilken evitaron establecer contacto con Stergiou, pero acordaron, que él le pasara la lista a Morrison. Actuaron así para evitar que alguien llegara a sospechar de Morrison.

Howe-Wilken fue a la casa de Stergiou y Soutar se encargó de conseguir un avión que los sacara de Atenas. Sabiendo que lo seguían, Soutar se pasó gran parte del día llevando a sus perseguidores de un lado al otro de Atenas y finalmente se escabulló de ellos para llegar a la cita convenida con Howe-Wilken. Cuando Howe-Wilken no se presentó, Soutar se dirigió a la casa de Stergiou. Era demasiado tarde para conseguir una escolta militar, porque los británicos ya estaban en plena retirada.

Soutar llegó a Petraki 17 a los pocos instantes de que Mike abandonara la casa en pleno sopor alcohólico. Howe-Wilken vivió lo suficiente como para confirmarle que la lista seguía en poder de Morrison y que esperaba que se presentaría en el aeropuerto de Tatoi.

Mike conocía el resto de la historia. Soutar perdió toda posibilidad de establecer contacto con él en el aeropuerto a raíz del ataque aéreo, le siguió los pasos hasta el tren, volvió a perderlo de vista y continuó buscándolo entre los soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica en retirada.

—Por supuesto que yo estaba en desventaja —confesó Soutar—, porque nunca lo había visto antes, ni tenía una descripción exacta de sus rasgos físicos. Pero después, nuestro buen amigo Mosley me resolvió el problema.

—¿Exactamente quién era Mosley?

—Bueno, utiliza media docena de alias. En realidad era un agente alemán que estudió en Oxford. Trabajaba en estrecha colaboración con Heilser.

—Por lo que deduzco, este Heilser es un pez gordo de…

—¡Ah, Konrad! Ya me he topado dos veces con él anteriormente. Primero en Noruega y después en Francia. Es un tipo brutal… insistente. Nos dará caza aunque tenga que buscar detrás de cada árbol y de cada roca de Grecia.

—Siga…

—No hay mucho más que decir —contestó Soutar—. Cuando vi a Mosley en el tren, supe que estaba buscándolo. Entonces, en lugar de buscarlo a usted, me dediqué a vigilar a Mosley con la esperanza de que me condujera a usted. Cosa que hizo.

Mike sonrió.

—No puedo menos que reírme cuando pienso en la manera en que estuve tratando de huir de usted…

—Lo hizo muy bien, considerando su falta de experiencia, Morrison, realmente muy bien. Pero todavía le queda mucho que aprender. ¿Y la lista?… ¿la tiene?

—Aprendo rápido. La memoricé y rompí el papel. —Mike hizo una pausa—. Esa lista… ¿qué significa?

—Bueno, es casi mejor que lo sepa. Fotis Stergiou, que Dios lo tenga en su santa gloria, era uno de los mejores abogados de Grecia. Cuando los italianos invadieron este país, el invierno pasado, Stergiou se puso en contacto con muchos funcionarios del Gobierno griego y les hizo una propuesta. Si la ocupación se hacía inminente, ellos debían convertirse en colaboracionistas. Diecisiete individuos aceptaron. Ahora trabajan para los alemanes, por lo menos en lo que al mundo respecta. Todos ocupan posiciones importantes… entre ellos hay dos o tres ministros. Pero, en realidad trabajan para nosotros. Y están esperando que nos pongamos en contacto con ellos.

Soutar apagó su cigarrillo y clavó la mirada en el horizonte.

—Ninguno de los integrantes de la lista de Stergiou conoce al resto. Cada uno de ellos trabaja independientemente.

—¿Por qué?

—Porque así si los alemanes llegaran a descubrir alguno, no destruirían a todo el grupo. Seguiríamos contando con la colaboración del resto.

—¿Y usted dice que los alemanes se enteraron de todo esto por un traidor griego?

—Sí, se llama Zervos. Y, por lo que me han dicho, es tan astuto como Heilser.

Mike permaneció en silencio durante algunos instantes. Había sido testigo de la violenta embestida del poder de las armas alemanas. Le pareció un gesto totalmente inútil.

—¿Esos hombres —esos diecisiete hombres— qué pueden hacer contra lo que acabamos de ver?

—¿Hacer? —repitió Soutar—. No sea ingenuo, Morrison. La gente que se mueve dentro de esos círculos ha provocado el triunfo o el fracaso de muchas

guerras. Esos diecisiete individuos tendrán acceso a documentos secretos: conocerán cada movimiento que piensan hacer los alemanes en este teatro de operaciones, cada submarino que opera desde un puerto griego, el número de tropas y de armamentos que poseen. ¿Hacer? Le diré lo que harán. Recuerde esto: llegará el día en que esta guerra dará un giro, y cuando eso suceda, la Resistencia de Grecia y de los demás países ocupados atará las manos a veinticinco divisiones alemanas e impedirá que luchen en el frente.

Mike lanzó un silbido.

—Supongo que tiene incluso más importancia que la fórmula más secreta.

—¿Qué dice?

—Nada, estaba pensando en voz alta.

—Cuando llegue el día del arreglo de cuentas, esos diecisiete hombres deben ser reivindicados. No deben morir como traidores. Y usted es el único ser viviente que sabe quiénes son.

Entonces Soutar aferró la mano de Mike.

—¡Silencio! —ordenó.

Un solitario soldado alemán se acercaba cautelosamente por el camino hacia la playa y se paró frente a millares de enemigos. Los británicos miraron con curiosidad al enemigo que veían por primera vez.

—Los nombres —susurró Soutar—. Dígamelos.

Mike sonrió.

—¡Ni pienso! —exclamó.

—¡Maldito sea! ¡No tenemos tiempo para andar con tonterías!

—Supongo que si no se los digo hará un esfuerzo un poquito mayor por mantenerme vivo y sacarme de Grecia, señor Soutar.

—Es verdad que aprende rápido —comentó Soutar, suspirando—. Lo discutiremos después.

El soldado alemán ladró una orden en un tono de voz en el que se traslucía algo de temor. Los hombres humillados y amargados de la ex-Fuerza Expedicionaria Británica formaron filas, protestando por lo bajo.

La actitud experta que asumió Soutar logró que Mike se tranquilizara bastante. Ambos, el corpulento norteamericano y el pequeño escocés, se instalaron en una de las filas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mike.

—Con un poco de suerte no volverán a molestarnos hasta que lleguemos a Corinto. En cuanto se le presente una oportunidad, deje caer su pasaporte y cualquier tarjeta de identificación que tenga.

—¿Y qué sucederá cuando hayamos llegado a Corinto?

—¡Nosotros no llegaremos a Corinto, hombre! Vamos a saltar del tren.

Mike recordó el suelo que pasaba a toda velocidad junto a él durante su último y reciente viaje en tren. La idea de saltar no le gustaba nada.

La tropa empezó a moverse hacia Kalamai. Aparecieron soldados alemanes, con las bayonetas caladas, y formaron a ambos lados de los británicos.

—No se aleje de mí —susurró Soutar—. Si llegaran a separarnos, debe ponerse en contacto con el doctor Harry Thackery, en la Sociedad Arqueológica Norteamericana de Atenas.

—Doctor Thackery… Sociedad Arqueológica Norteamericana —repitió Mike.

Soutar metió un abultado rollo de dracmas en el bolsillo de Mike.

La formación llegó a las afueras de Kalamata. Los «muertos vivientes» de Kalamata estaban en la calle y lloraban, mientras los «muertos vivientes» de la Fuerza Expedicionaria Británica marchaban entre ellos con aire sombrío. El caballo muerto todavía seguía tendido en la plaza.

Al llegar a la estación casi en ruinas, les dieron orden de detenerse. Los oficiales alemanes empezaron a contar a los británicos para separarlos en grupos de ochenta. El eficiente enemigo ya había reparado las líneas férreas y en la estación esperaba un largo tren compuesto por vagones de ganado.

Soutar percibió la tensión de Mike. Le habló con suavidad, le propinó pequeños puñetazos en las costillas y le guiñó el ojo a través de sus gafas con marco de carey.

Una multitud de griegos se reunió alrededor de la estación ferroviaria vociferando. Los guardias alemanes, furiosos, formaron filas para mantenerlos a distancia de los prisioneros.

Una niña burló las filas de guardias y se acercó al grupo donde se encontraban Mike y Soutar. Tenía una hogaza de pan en las manos. Con tono perentorio, uno de los guardias le ordenó que se detuviera. Los británicos le gritaron que no siguiera avanzando. Pero ella continuó caminando… con la hogaza de pan tendida hacia los soldados hambrientos. De nuevo le ordenaron que se detuviera… Pero ella continuó la marcha. El guardia empuñó su rifle.

Soutar aferró el brazo de Mike para controlarlo.

—Vuelva la cabeza… no mire.

Michael retrocedió al oír el eco del disparo que resonaba a lo largo de la estación. Los soldados británicos, presas de una furia asesina, se lanzaron contra el guardia. Con golpes de bayonetas y de garrotes los obligaron a

formar nuevamente. La hogaza de pan rodó y fue a detenerse contra los zapatos de Mike. Soutar la recogió.

—Lo menos que podemos hacer es comerla —dijo.

Abrieron de par en par la puerta de uno de los vagones de ganado.

—Rápido —susurró Soutar—, salte enseguida al vagón. Instálese en el frente, a la izquierda. Allí hay una pequeña ventanilla cerca del techo. —Prácticamente arrojó a Mike dentro del vagón y, poniéndose de puntillas, también él subió. En cuestión de segundos los siguió una marea de hombres.

La puerta se cerró con un golpe y se encontraron en la penumbra. Oyeron que los alemanes ponían el candado del lado de afuera. También oyeron que algunos soldados trepaban al techo del vagón para montar puestos de guardia.

Mike y Soutar permanecían clavados en el rincón por el gentío que los rodeaba.

—Mantenga este lugar a toda costa —susurró Soutar. El tren se puso en movimiento con una brusca sacudida, arrojándolos contra un nudo de brazos y piernas.

El sur de Grecia es caluroso. Especialmente cuando uno se encuentra dentro de un vagón de ganado. Olía a ganado, que pronto se combinó con el olor a sudor. Algunos soldados empezaron a vomitar. Resultaba imposible mover más que una mano o un pie de lo apretados que estaban. Todos de pie… sentarse hubiera significado morir aplastado. Sudaban a raudales, sentían las gargantas resecas, y una sed espantosa y el hambre los torturaba.

Al cabo de unas horas algunos hombres empezaron a desmayarse, sin embargo, permanecían inconscientes de pie… no había lugar para que cayesen. Todo el mundo empezó a desnudarse, se arrancaban la ropa en jirones, y sus cuerpos sudorosos adquirieron un penetrante olor rancio. El olor a orina y a excrementos aumentaba la tortura que sufrían.

En el término de una hora, Mike estuvo a punto de desmayarse más de media docena de veces. Soutar le friccionaba las sienes y la nuca. Cuando perdía el conocimiento, el hombrecito lo abofeteaba hasta que volvía en sí. En ese momento, casi la mitad de los soldados estaban inconscientes y los demás lanzaban constantes quejidos de dolor.

El sudor inundaba los ojos de Mike, cegándolo. Cada sacudida del tren le provocaba dolores en todo el cuerpo y arrojaba una caterva de hombres contra él.

En las últimas horas de la tarde, Soutar empezó a debilitarse. Mike estaba sorprendido de la resistencia del pequeño escocés. Lo sostuvo por el cuello.

Soutar jadeaba por falta de aire. El calor insoportable se mantuvo durante las últimas horas de la tarde.

Soutar y Morrison se alternaban en la tarea de mantener vivo al otro. Ya había dos hombres muertos dentro del vagón.

Llegó la noche…

Gozaron de un bendito alivio cuando empezó a refrescar. Ya hacía rato que los olores que inundaban el vagón eran más que insoportables. Mike y Soutar habían vomitado hasta que no les quedó nada en el estómago.

Los hombres empezaron a caer uno sobre el otro. Los más débiles quedaban abajo, a punto de morir, imposibilitados de moverse…

Por fin reinó la oscuridad más completa. A esas alturas, Mike hubiera saltado de un cohete espacial rumbo a la Luna.

—Llegó la hora de salir —jadeó Soutar.

—¿Y suponga… suponga que detienen el tren? —preguntó Michael en un tono de voz que más bien parecía un graznido.

—No se arriesgarán a eso por uno o dos fugitivos. Si detienen el tren provocarán una huida en masa, y ellos lo saben…

Mike alzó a Soutar sobre sus hombros. Con la empuñadura de su pistola, Soutar rompió el vidrio de la ventanilla.

—Usted salga primero… y después avance por las vías para buscarme. Pero después de dos o tres minutos, para que el tren termine de pasar.

Mike asintió.

—Ayúdennos, muchachos, vamos a tratar de huir.

Varios pares de manos se tendieron hacia Mike, alzándolo. Mike se agarró de uno de los travesaños del techo del vagón y consiguió pasar las piernas a través de la pequeña abertura. Sus manos resbalaron y soltaron el travesaño. Los soldados lo empujaron para ayudarlo a salir.

El aire fresco de la noche fue como un tónico; la cabeza de Mike se aclaró. Se aferró con fuerza al techo del vagón, con la esperanza de que el tren disminuyera la velocidad en alguna curva. Pero no logró sostenerse y cayó al vacío.

El suelo pareció subir hacia él y lo golpeó con una fuerza espantosa. Rodó sobre sí mismo docenas de veces. Quedó tendido e inmóvil durante algunos instantes y después se alejó de los rieles y se echó cuerpo a tierra hasta que el tren pasó.

Recorrió las vías con la mirada. Oyó un disparo de rifle. Mike no se movió hasta que dejó de oír el sonido de las ruedas del tren sobre los rieles, y

lo único que le parecía que quebraba el silencio eran los fuertes latidos de su corazón y su respiración entrecortada.

Agazapado, trepó hasta las vías. «¡Qué extraño, qué extraño!», pensó. No sentía el menor dolor. Todo le parecía maravilloso y estaba un poco mareado, como si hubiera bebido media docena de martinis. Caminó a lo largo de las vías como si flotara en una nube. Se sentía bien…

Siguió las cintas de acero. Estaba muy oscuro, salvo cuando la luna en cuarto creciente se filtraba por un instante a través de las nubes.

—¡Soutar! —llamó en susurros—. ¡Soutar!

Oyó un quejido que se alzaba desde una alta mata de pasto, más allá de las vías.

Soutar estaba tendido, boca abajo. Mike se arrodilló a su lado y lo volvió. Estaba muerto.

Mike le revisó los bolsillos. Estaban vacíos. Tomó la pistola de Soutar y se la colocó en el cinturón. Arrastró el cadáver hacia el bosque.

Una vez en el bosque, Mike cavó una sepultura poco profunda, hizo rodar el cadáver hasta que cayó en ella y lo cubrió con tierra suelta y ramas.

Atenas… Atenas… Debía llegar a Atenas… El doctor Harry Thackery… Mike trató de ponerse de pie, pero tropezó contra un árbol. El bosque empezó a girar a su alrededor mientras él vacilaba, tratando de mantenerse erguido. «Tengo que llegar al mar… aclararme la cabeza…».

Cruzó el bosque a los tropezones, hasta llegar a la playa. A lo lejos vio las luces de un pueblo. Gente… griegos… personas amistosas… me ocultarán…

Al llegar a la primera casa, luchó por ponerse de pie y cayó contra la puerta. Empezó a golpearla con fuerza.

La puerta se abrió.

Mike Morrison cayó hacia dentro, inconsciente.

Segunda parte

Uno

Sonó el teléfono. Konrad Heilser lanzó un gruñido, rodó sobre sí mismo y tanteó en busca de la perilla de la lámpara de la mesa de noche. Se puso el receptor contra la oreja y volvió a dejarse caer sobre las almohadas.

—Habla Zervos. Discúlpeme por molestarlo a esta hora, *Herr* Oberst. En este instante acabo de llegar a Atenas.

—¿Y dónde está? —preguntó Heilser, todavía medio dormido.

—En el cuartel general.

—¡Venga a mi hotel enseguida! —ordenó, y cortó groseramente la comunicación.

La mujer desnuda que dormía junto a Heilser, se arrimó a él y lanzó un quejido. El alemán hizo a un lado la sábana y se levantó. La muchacha abrió los ojos.

—¿Adónde vas, querido?

—Es un asunto de trabajo. Duérmete.

Ella se apoyó contra la cabecera de la cama y estiró la mano para tomar la caja de bombones que había sobre la mesa de noche. Hizo algunos mohínes para mostrar su desilusión ante el alejamiento de él. «Tontita mentirosa», pensó Heilser mientras se dirigía al armario para sacar su bata. La muchacha estiró con sensualidad su cuerpo desnudo para atraer la atención de su amante, pero se olvidó de dejar de masticar el chocolate que tenía en la boca.

La putita era hermosa para mirarla, pero estaba poniéndose bastante aburrida. Carecía por completo de imaginación y ya no tenía nuevos trucos para retenerlo. La próxima semana se libraría de ella y conseguiría otra mujer. Alguna que estuviera más a la altura de su nivel intelectual. Alguna que no estuviese tan evidentemente ávida del confort que él podía proporcionarles. Se encaminó al baño. La mujer se arrebujó debajo de las sábanas.

—Ven a darme un beso, querido —invitó.

—Duérmete.

El alemán se lavó la cara para borrar los rastros de sueño que pudieran quedarle. Se aplicó una loción en el pelo y se contempló largamente en el espejo. Su habitual expresión de autoadmiración había desaparecido. Zervos,

ese cerdo griego, sin duda llegaría con más malas noticias. De eso, a Heilser no le cabía ninguna duda.

Zervos había cometido un error tras otro. Primero permitió que Stergiou, el anciano abogado, se suicidara y se llevara así el secreto de la lista a la tumba. Después, Soutar escapó. Y por fin, el norteamericano, Morrison, lo había estropeado todo.

¡Ese maldito norteamericano! En esa profesión no había nada peor que tener que enfrentarse con un novato desesperado. En ese momento calzaban todas las piezas del rompecabezas. El norteamericano fue utilizado por Howe-Wilken y por Soutar como último recurso. La oficina de Heilser ya había sido bombardeada por docenas de preguntas con respecto al paradero de Morrison.

Heilser le contestó a la Embajada norteamericana, sin apartarse para nada de la verdad, que ojalá supiera dónde se encontraba Morrison y que estaba buscándolo constantemente, día y noche. Sin embargo, no mencionó lo que sucedería cuando lo encontrara. La embajada tuvo incluso la amabilidad de proporcionarle dos fotografías del escritor. Una, sacada de la portada de uno de sus libros, y otra, la del pasaporte. Por desgracia, con esa clase de fotografías, uno ni siquiera era capaz de identificar a su propia madre.

El agente entrenado recorre ciertos caminos, corre ciertos riesgos. El agente entrenado coloca su misión por encima de su propia vida. Pero con el aficionado desesperado no sucede lo mismo. Ese individuo será poco ortodoxo y desarrollará la habilidad de un animal salvaje en sus esfuerzos por mantenerse vivo.

Heilser reconstruyó la cadena de acontecimientos. Primero la llamada de Mosley desde Kalamai para informarle que Morrison no había huido de Grecia y que había sido localizado en la Fuerza Expedicionaria Británica. A raíz de esa llamada, Heilser y Zervos viajaron a toda velocidad hacia Corinto para esperar a Morrison. Morrison nunca se presentó. Entonces el cuerpo de Mosley fue encontrado cerca de la playa de Kalamai y Heilser no tuvo más remedio que convencerse de que el aficionado desesperado había ganado un asalto de la pelea.

Más adelante encontraron el cuerpo de Soutar cerca de las vías, en las afueras de Nauplion. Heilser interrogó a todos y a cada uno de los prisioneros y guardias que viajaron en el tren. Después de trabajar sesenta horas sin dormir Heilser pudo establecer que Morrison estuvo en el tren con Soutar y que ambos intentaron escapar con pocos minutos de diferencia. Soutar fracasó, Morrison tuvo éxito.

Y allí terminaba el rastro.

Una desaparición extraña e inexplicable. Zervos fue enviado a Nauplion con un grupo de hombres para interrogar a todos los pobladores y a los habitantes de los pueblos vecinos.

Heilser dejó caer el cepillo de pelo con expresión de disgusto. Conocía el precio que le costaría el fracaso, la imposibilidad de entregar la lista de Stergiou. Y sabía de memoria el trabajo que le exigiría localizar a un aficionado desesperado.

Zervos lo esperaba de pie en el salón, con el sombrero en la mano. Con expresión envidiosa recorrió con la mirada la lujosa *suite* y sus ojos se clavaron en el bar.

Asomó la cabeza por la puerta entreabierta que llevaba al dormitorio, y alcanzó a percibir que las blancas sábanas se movían.

«Muy pronto también a mí me llegará la hora —pensó Zervos—. Las recompensas que otorgan estos alemanes son pequeñas, pero un hombre de recursos puede crear sus propias recompensas». Él, Zervos, había elegido el bando conveniente. Aprovechó una gran oportunidad. La ocupación alemana era un hecho. Ningún hombre quiere ser empleado público durante toda su vida. Vender información era lo indicado. Pronto él también tendría una *suite* como esa. La colección de obras de arte que pudo sacar de la mansión de Stergiou no era más que el principio de su fortuna personal. Ahora que era un ciudadano respetable, ya se le cruzarían otras oportunidades.

Pensó en algunos de los opulentos ciudadanos griegos. Él, Zervos, tenía tras de sí todo el poder de la policía alemana. Pronto les haría visitas amistosas a esos opulentos compatriotas suyos. Les advertiría, de buen modo por supuesto, que la Gestapo sospechaba de ellos. Pero él, Zervos, podía convertirse en amigo y benefactor y conseguirles protección. Desgraciadamente, esa protección les costaría una suma importante de dinero.

Ya no faltaba tanto: una *suite*, una muchacha que lo satisficiera en el dormitorio… Tal vez pudiera llegar a ser propietario de un hotel entero. Sería rico y poderoso. No estaba mal… no estaba nada mal considerando que se trataba de un empleado público.

Los sueños de Zervos se esfumaron al ver entrar a Heilser en el cuarto cerrando la puerta del dormitorio a sus espaldas. Durante un instante

intercambiaron miradas de mutuo odio, desconfianza y temor. El alemán inició el diálogo con su acostumbrada exclamación.

—¡Bueno! —Era una palabra que nunca fallaba y que conseguía que el gordo Zervos vacilara.

Zervos se encogió de hombros e hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Se ha esfumado en el aire. Hemos dado la vuelta a Nauplion como si fuera un guante.

—¡Ridículo! —exclamó Heilser con tono cortante. El alemán encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el bar. Le ofreció una copa a Zervos tan solo porque no quería ver cómo se le hacía la boca agua.

El gordo se acercó inquieto al bar para examinar las extrañas etiquetas de las botellas. Algún día comprendería esas etiquetas y disfrutaría de ellas. Descubrió una botella de *retzina* de aspecto familiar y, después de beber un gran trago, se secó los labios con la manga.

—Le repito, *Herr* Oberst, que el tipo se ha esfumado.

—¡Vamos! ¡Cállese la boca! En eso no hay nada misterioso. —Heilser depositó sobre la mesa su *whisky* con agua y empezó a pasearse por la habitación. Después se sentó frente al escritorio, desplegó un amplio mapa del sur de Grecia y trazó un círculo alrededor de Nauplion y la zona que la circundaba—. Dentro de este círculo hay alguien que conoce la respuesta. —Heilser arrojó el lápiz sobre la mesa.

—Pero hemos interrogado a mil personas…

—¡Entonces debemos interrogar a otras diez mil! —Heilser apagó con fuerza su cigarrillo—. ¿Sabe con qué clase de individuo tenemos que enfrentarnos? Con una rata acorralada. No hay nadie más peligroso y más ingenioso que un hombre que lucha por su propia vida. —Entonces Heilser empezó a recitar, como si hablara solo. Como si pensara en voz alta—. Pueden suceder dos cosas: que lo encontremos nosotros o que él venga a nosotros. Tarde o temprano intentará llegar a Atenas. Allí tratará de ponerse en contacto con alguien, y no será precisamente con la embajada. Será alguien con quien Soutar le indicó que se pusiera en contacto. ¿Quién puede ser? Cualquiera de esa docena de simpatizantes de los británicos a quienes mantenemos bajo vigilancia constante.

Heilser encendió un cigarrillo y bebió otro trago de su *whisky*.

—Pero no podemos esperar hasta que él venga a nosotros. Somos nosotros los que debemos ir a él, lentamente y en silencio. No debemos asustarlo para que no se interne en las colinas. Saltó de un tren que marchaba

a toda velocidad. A menos que sea un acróbata de circo, debe de estar mal herido y no podrá alejarse demasiado ni moverse con velocidad. Yo le aseguro que todavía debe de estar dentro de Nauplion o por los alrededores.

—Si usted lo dice, *Herr* Heilser…

—Por lo menos en algo estamos de acuerdo. —Miró a Zervos y lanzó un suspiro de disgusto—. Es obvio que debo viajar enseguida a Nauplion para hacerme cargo de la conducción de la búsqueda.

Se puso de pie y se encaminó al dormitorio.

—Encontraremos a nuestro señor Morrison, Zervos, lo encontraremos aunque para eso tengamos que buscar debajo de cada roca de su inmundo país.

—Sí, señor.

Heilser abrió la puerta y miró dentro del dormitorio.

—Espere en el vestíbulo. Bajaré dentro de una hora.

Dos

Cuando abrió los ojos, todo lo que lo rodeaba era de un blanco enceguecedor. Las paredes encaladas reflejaban la dorada luminosidad del sol. Cerró los ojos, alzó las manos para protegerlos y de nuevo volvió a abrirlos lentamente.

Desde la pared lo observaba una sombría imagen de Cristo debajo de la cual ardía la llama de una vela. Transfigurado, miró el cuadro durante algunos instantes, después sus ojos recorrieron la media docena de iconos que lo rodeaban.

Volvió a observar las paredes y su mirada se detuvo una y otra vez en las fotografías de hombres de espesa barba y de mujeres de piel de tono oliva y ojos sorprendentemente negros. Diseminadas alrededor de la habitación había toscas sillas y mesas con telares.

La luminosidad del lugar lo convertía en algo borroso y le hizo lagrimear. Tenía el cuerpo casi insensible, pero al instante, su mente se llenó de recuerdos y se irguió de un salto, no obstante, sobrecogido por el mareo, lanzó un quejido y volvió a dejarse caer sobre las almohadas de la cama, una cama de un metro ochenta de ancho colocada sobre un horno.

Oyó un sonido en el otro extremo de la habitación y percibió la presencia de otra persona.

Una bonita muchacha de alrededor de veinte años, tostada por el sol se inclinó sobre él. Tenía unos enormes ojos negros, pecho abundante y su abultada cabellera caía con suavidad sobre un par de hombros tersos. Cuando se inclinó sobre él, a través del profundo escote de la blusa, Morrison alcanzó a ver la separación entre sus pechos. Llevaba una falda de varios colores sujeta por un cinturón ancho que también sostenía una chaqueta corta estilo bolero.

—Ayúdeme a levantarme… tengo que llegar a Atenas…

—¡Calispera! —susurró la muchacha y salió corriendo de la habitación como un cisne asustado.

Mike intentó erguirse, pero el menor movimiento le producía enormes dolores en todo el cuerpo. De soslayo alcanzó ver su ropa sobre una silla,

cerca de la cama. Estiró el brazo y fue revisando los bolsillos hasta encontrar la pistola que colocó debajo de la almohada.

A los pocos instantes, la muchacha regresó acompañada por dos hombres. Uno de ellos era un gigante, que vestía una pesada sotana negra. A través de la espesa barba resultaba casi imposible discernir sus facciones. Se recogía el cabello en una larga trenza que le caía por la espalda y coronaba su cabeza un alto sombrero negro triangular.

El segundo de los individuos era fornido, de baja estatura, y casi completamente calvo. Tenía un enorme y cuidado bigote estilo manubrio, y usaba una falda acampanada con largas medias blancas con cintas negras alrededor de las rodillas. Cubría la parte superior de su cuerpo con una blusa blanca y una pequeña gorra rematada por una borla, y calzaba zapatillas en punta con refulgentes pompones rojos.

El hombre de la falda sonrió a Mike y empezó a farfullar en un extraño dialecto griego. Él emitió repentinamente una serie de indicaciones a una anciana que había traspasado tímidamente la puerta.

Mientras, en la habitación el número de hombres que observaba a Mike con curiosidad aumentaba. Luego llegaron varias mujeres con platos rebosantes de comida, pollo, arroz, aceitunas, vino y un pedazo de pan en forma de rueda de molino.

El hombre de la falda se sentó en una silla junto a la cama, vertió vino en un vaso y acomodó a Mike para comer, pero este intentó sentarse, perplejo y un poco receloso de la mayoría de curiosos. La muchacha se apresuró para situarse en la cabecera del paciente y ajustar las almohadas detrás de su espalda.

Un silencio se extendió en la habitación cuando Mike comenzó a examinar los platos de comida. Todo el mundo se inclinó hacia delante. El vientre de Mike retumbó con hambre fiero, pero fue incapaz de comer más allá de unos pocos bocados, pues se sentía hinchado. Negó con la cabeza y apartó los platos. Se oyó un lamento general en la habitación. El hombre de la falda le increpó apasionadamente para que él comiera más, pero Mike trató de explicar con gestos que no podía. De repente, el fornido pequeño griego se dirigió al resto de presentes para que abandonaran la habitación, excepto a la muchacha, y luego se volvió hacia Mike en inglés:

—Soy Christos Yalouris, y esta es mi sobrina, Eleftheria. Ella cuida de mi anciana madre en Dernica, pero yo la he llamado para que te atienda. ¿Y cuál es tu nombre?

La mano de Mike palpó las vendas que le habían puesto en la cabeza. Sus dedos recorrieron una gran costra desde la frente a la mandíbula.

—Atenas… Tengo que ir a Atenas…

Christos sacudió la cabeza lentamente.

—Has estado muy enfermo.

—Yo soy… lo siento… Perdóneme. Mi nombre es Jay… Jay Linden —dijo Mike—. ¿Dónde… dónde estoy?

—Estás en Paleachora.

—¿Paleachora?

—Sí. A doscientos kilómetros al norte de Atenas.

—¿Norte? Pero… pero… si estaba en el sur de Grecia. No entiendo…

—Te encontraron en las cercanías de Nauplion.

—Pero Nauplion está en el sur.

Christos ofreció vino a Mike pero este lo rechazó.

—Muchos soldados Englezos escaparon del tren en el que iban presos —dijo Christos—. La gente sabía que los alemanes registrarían el lugar de inmediato, no tardarían más de un día. Por ello la mayoría de los soldados huidos marchó hacia las montañas.

—Continúe, por favor.

—Afortunadamente, un miembro de la tripulación fue de visita a Nauplion, cuando de pronto se topó contigo. Estabas inconsciente y sin poder moverte. Fuiste trasladado a bordo de mi barco. Y aquí estás.

—¿El barco? Eres pescador entonces.

—Yo, Christos, soy propietario de una fábrica en Paleachora —puntualizó con orgullo—. Mantengo el barco para… eh… comercio… y otros menesteres. —Christos guiñó un ojo con picardía para dar a entender que su barco participaba en algún tipo de negocio que bordeaba los límites de la ley.

Christos apenas aceptó que Mike intentara agradecer sus atenciones.

—Es mi deber —dijo—. ¿Cómo te encuentras? El doctor volverá en cuatro o cinco días. Es mejor que descanses.

—Pero… pero tengo que llegar a Atenas.

—Hablaremos de eso más adelante. Acompáñame, Eleftheria, dejemos dormir a nuestro amigo Jay.

Los días siguientes fueron agradables y descansados. Una constante y excelente alimentación ayudó a restaurar el apetito normal de Mike. Y su variedad de dolores fue disminuyendo poco a poco.

Mike estaba agradecido a su buena suerte por haberlo ayudado a llegar hasta Paleachora. Decididamente Konrad Heilser no lo buscaría en el norte de

Grecia. Al principio le preocupó la posibilidad de ser descubierto, pero se enteró de que muchos soldados británicos se ocultaban en las colinas. Los pobladores de los caseríos griegos los recibían con los brazos abiertos. En realidad, consideraban que era un honor ayudar a alguno de ellos en su huida. Ya había dos británicos ocultos en Paleachora y otros que huían rumbo a Salónica Stalag pasaban diariamente por allí.

La lista Stergiou atormentaba constantemente a Mike, lo mismo que los recuerdos de las últimas semanas. No se podía sacar ni por un instante de la cabeza el nombre del doctor Harry Thackery. Pero era imposible que hiciera planes de ponerse en marcha hasta que se sostuviera en pie. Examinó la lista de cosas que tenía a su favor: dos pistolas, un rollo de dracmas y la invalorable amistad de Christos. Su identidad como Jay Linden, soldado de Nueva Zelanda no fue puesta en duda ni por un instante.

La muchacha, Eleftheria permanecía cerca de él durante todo el día tejiendo, hilando o trabajando en la cocina. Era terriblemente tímida, en realidad demasiado tímida como para entablar conversación. Pero un leve levantamiento de cejas por parte de Mike la hacía salir corriendo para cumplir el menor de sus deseos. Era tan sumisa, que no le hubiese asombrado que en cualquier momento se arrojara sobre la cama gritando: «¡Castígame, amo!». Era agradable observar a Eleftheria mientras permanecía sentada junto al telar o se movía a su alrededor haciendo los trabajos domésticos. Mike estaba demasiado enfermo, se sentía demasiado en deuda hacia Christos y estaba demasiado preocupado por la lista Stergiou como para permitir que se le cruzaran ideas por la cabeza con respecto a la muchacha. Pero pese a todo, Eleftheria poseía esas cualidades naturales que a un hombre podían resultarles inquietantes.

Durante el día, Mike prácticamente no veía a nadie, con excepción de Eleftheria y de Melpo, la insulsa esposa de Christos. Ni siquiera sabía si Melpo sabía hablar.

El padre Paul, sacerdote de Paleachora pasaba por allí de vez en cuando para conversar un minuto y a veces, algún hombre del pueblo asomaba sin ceremonia alguna la cabeza para preguntar:

—¿Cómo se siente?

Las mujeres en su mayoría eran parecidas a Eleftheria. De buen porte y, en general hermosas, pero todas terriblemente tímidas. De vez en cuando Mike descubría a alguna muchacha espiándolo a través de la ventana, pero ante cualquier intento de conversación que él ensayaba, ellas se alejaban a la carrera por el sendero lanzando risitas.

Mike esperaba con ansiedad que llegara la noche, porque entonces Christos regresaba del molino o de alguna de sus numerosas actividades. Colocaban una mesa cerca de la cama de Mike, compartían la comida a la luz de una vela y conversaban durante horas y horas… acerca de Christos. Entraban otros hombres del pueblo y se quedaban con ellos bebiendo *krasi*. Los discursos de Christos eran siempre apasionados y subrayados por gestos de su cabeza calva, por movimientos de sus manos y brazos, mientras las puntas de sus bigotes temblequeaban con un ritmo de *staccato*. Christos era el benefactor de toda la humanidad. El que se ocupaba de solucionar todos los problemas que hubiera a su alrededor, el que todo lo decidía en el pueblo. Por ser Englezos y por su enorme comprensión, a Mike se le permitía compartir gran parte de las ilusiones y negocios de Christos. El dueño de la casa siempre tenía docenas de asuntos entre manos. Y en ese momento, con la guerra, su barca podría transportar un número cada vez mayor de mercaderías, y Christos ya planeaba comprar propiedades en Atenas a cambio de trigo, que seguramente iba a escasear.

A medida que la velada se iba convirtiendo en noche y el vino iba aflojando las lenguas, la conversación siempre terminaba girando en torno de las escapadas que realizaba Christos a los prostíbulos de las grandes ciudades. Entonces, después de que Christos terminaba de narrar su historia, cada uno de los hombres, por turno, iba contando sus experiencias en los burdeles. Mike se enteró así de que, en la cultura griega, las prostitutas eran sumamente respetadas. La esposa, una vez casada, basándose en un convenio familiar, por lo general se retiraba a un segundo plano. Su única misión en la vida era dedicarse al hogar y la familia. El hecho de que un hombre concurriera a los prostíbulos cada vez que tenía ganas, era algo aceptado. La prostituta inteligente muchas veces encontraba un marido capaz de proporcionarle comodidad y respetabilidad.

Cuando ya era tarde y quedaba apenas un trocito de vela, Christos opinaba acerca de lo que él consideraba una verdadera guerra. Ataviado con su *fustanella*, se paseaba por la habitación y se burlaba de los alemanes a quienes consideraba unos advenedizos. Los búlgaros, los turcos y los italianos eran los enemigos «*verdaderos*», cosa que había sido probada por siglos de contiendas armadas.

Y los relatos épicos de Christos iban siendo un poco más exagerados cada vez que los narraba…

Todos los soldados de su viejo regimiento habían muerto, salvo Christos y dos de sus camaradas. Una horda enemiga atacó una colina que él estaba

decidido a conservar. Él y sus camaradas se abrieron paso a través de un verdadero muro de búlgaros atacantes, hasta que él, Christos, quedó solo con doscientos enemigos muertos a sus pies. Al final de la historia, la calva de Christos siempre adquiría un tono rojo intenso en el que se destacaban protuberantes venas. Jadeaba y transpiraba al levantar el mango de la escoba para atravesar con él el vientre del último de los búlgaros.

—¡Así se lucha en una guerra! ¡Cuerpo a cuerpo!

En Nauplion, Konrad Heilser se encontraba en el balcón de su *suite* del hotel que daba a la bahía de Argolis. Tenía los ojos inyectados en sangre y su cabello, por lo general tan cuidado, estaba enredado. Los ceniceros de la *suite* rebosaban de cigarrillos a medio fumar. Se había aflojado la corbata y tenía la camisa arremangada.

Había revisado Nauplion a fondo y no pudo encontrar ni una simple pista de la extraña desaparición de Michael Morrison. Por pura desesperación envió a Zervos a hacer averiguaciones basándose en el relato de un pescador que dijo haber escuchado una conversación acerca de un cuerpo que fue subido a una embarcación al día siguiente de la huida de Morrison del tren de prisioneros. En ese momento ese pescador se encontraba en alguna parte de las miles de islas del Egeo.

Era apenas una esperanza, pero Heilser estaba desesperado. Envió a Zervos a buscar al pescador.

Sonó el teléfono. Heilser entró en el salón y virtualmente lo arrancó de la horquilla.

—Hay una llamada para usted, *Herr* Heilser.

—Hola, ¿*Herr* Heilser?

—Sí, habla Heilser.

—Soy Zervos.

—¿Dónde está?

—En la isla de Kea.

—¿Localizó al hombre?

—Sí, y lo tengo vigilado. Sin embargo se muestra renuente a hablar.

—¿Conoce el paradero del norteamericano?

—Algo sabe… de eso no me cabe ninguna duda.

—Llévelo a Atenas inmediatamente. Yo iré para allá enseguida. Cuando haya acabado con él, le aseguro que hablará.

—Muy bien. Tengo un barco esperando. Estaremos en Atenas mañana por la noche.

Tres

Después de transcurrida una semana, llegó un médico de Dadi, sacó las vendas de Mike, examinó sus heridas y declaró que podía considerarse muy afortunado.

Mike estaba ansioso por probar la fuerza de sus piernas durante un par de días, para insistir después en que Christos lo transportara a Atenas. Con ayuda de Eleftheria abandonaba la casa vestido con la ropa burda de los campesinos. Melpo le proporcionó un pesado bastón, con la ayuda del cual y apoyando el otro brazo sobre el hombro de Eleftheria, pudo salir de la casa rumbo al sol, atravesar la finca de Melpo y llegar al sendero por la verja del frente. Mike era terriblemente consciente de la cercanía de Eleftheria, y se obligó a evitar algunos pensamientos inquietantes.

En la plaza principal del pueblo fue rodeado por gente que lo felicitaba por sus progresos. Primero lo saludaron los chicos que enseguida corrieron a buscar a sus padres. Madres e hijas salieron de sus casas y los hombres abandonaron sus arados y regresaron de los campos. La plaza bullía de excitación.

Y Michael Morrison, el cínico, el que siempre se burlaba de todo, se sintió profundamente conmovido por esas demostraciones de afecto. Apretó con más fuerza la mano que apoyaba sobre el hombro de Eleftheria y sonrió, mientras ella no intentaba siquiera disimular el orgullo que sentía por ser la enfermera del paciente.

A los dos días Mike sintió que recuperaba sus fuerzas. Empezó a caminar cada vez más lejos en compañía de Eleftheria, quien empezaba a perder parte de su timidez.

El pueblo de Paleachora se erguía pacíficamente sobre la ladera de una colina desde la que se vislumbraba el mar Egeo y sus múltiples islas. Se parecía mucho a cualquiera de los otros pueblos de la provincia. Tenía un par de senderos serpenteantes que cruzaban por entre las pequeñas casas de techo de paja encaladas.

La iglesia del Profeta Elías se erguía aparte, sobre una pequeña loma en la que rebaños de cabras y de ovejas pastaban tranquilamente bajo la mirada

atenta de pastorcitas descalzas.

Las colinas se encontraban cubiertas de pinares y el paisaje estaba constituido por una tranquila mezcla de viñedos, trigales y olivares.

De vez en cuando la quietud era interrumpida por el ruido sordo de algún tosco arado sobre la tierra, por el llanto de algún bebé que permanecía acostado a la sombra de un árbol mientras su madre trabajaba en el campo, por el crujido de la rueda del molino o por el balido de alguna oveja.

El pueblo de Paleachora estaba ubicado en el extremo nordeste de la provincia de Larissa, sobre la interminable costa oriental de Grecia.

Michael y Eleftheria caminaban de la mano hasta más allá de la iglesia del Profeta Elías, hasta llegar a un arroyo que cruzaba un claro del bosque. En medio de la paz y la tranquilidad de esa escena pastoril, a Mike muchas veces le costaba concentrarse en sus lecciones de griego. Eleftheria echaba hacia atrás la cabeza y reía ante sus esfuerzos por pronunciar la S y la Z con la debida suavidad. Pero la muchacha jamás reía a menos que estuvieran solos y fuera del alcance de las miradas curiosas de los pobladores. De repente Mike se encontraba palmeando la mejilla de su enfermera, y cada vez que le rodeaba la cintura con un brazo notaba que su rostro infantil adquiría una expresión adormilada y femenina. Guardaban silencio durante largos períodos de tiempo. Entonces Mike se maldecía por haberse dejado enternecer por la hermosura de esa muchacha y por permitir que su mente se apartara de su misión. Después de caminar por tercera vez hasta el bosque, supo que debía tomar una decisión.

Tenía pocas ocasiones de conversar con los otros dos británicos que se ocultaban en Paleachora, con quienes apenas si intercambiaba saludos. Mike evitaba a propósito a los extranjeros que se escondían transitoriamente en la iglesia. Sin embargo, en varias ocasiones conversó con un australiano que se hacía llamar Bluey. Bluey se alojaba con una familia a pocas casas de distancia de la de Christos. De lo único que se quejaba era de la constante presión de gases que sentía en el estómago. Casi todas sus frases terminaban en un eructo. Aparte de repetir la historia de su huida del Stalag en Corinto, Bluey reveló algo que a Mike le resultó interesante. Aseguró que muchas familias griegas opulentas de Atenas proporcionaban barcos para que los soldados británicos huyeran al norte de África. Mike lo archivó como si se tratara de un as en la manga, por si algo llegaba a andar mal en su intento de ponerse en contacto con el doctor Harry Thackery.

Sin embargo, Bluey no hacía más que acusar a los ingleses…

—Nos dejaron plantados en este lugar infame, eso es lo que hicieron… Yo te pregunto, Jay, ¿dónde mierda está la Marina Real? Pasan de un maldito Dunkerque a otro, eso es lo único que hacen.

»No porque yo tenga algo contra los griegos, Jay. Son tipos tan estupendos como otros, y las muchachas… Pero te aseguro que si no fuera por nosotros, las tropas de la comunidad británica, esos malditos hunos ya estarían en Londres y a nosotros nos habrían dejado aquí. Porque te pregunto: ¿quién va a encargarse de luchar por ellos, eh?

En su papel de «neozelandés», Mike se sintió obligado a mostrarse de acuerdo.

—Te perdiste ese infierno que fue Corinto, Jay… Eres afortunado. Nos pasábamos los días enterrando a los muertos en sepulturas de limo. Era el lugar más asqueroso del planeta; allí todo el mundo estaba enfermo. Y te cuento lo que sucedió cuando yo estaba por escaparme la primera vez… ¿quién crees que me denunció? Un maldito médico inglés… ¡me denunció! Hasta en una olla podrida como Corinto ellos tienen que salir con la suya…

No existía nada tan despreciable como un inglés. Mike dijo que estaba de acuerdo.

—Yo me iré a Atenas, eso es lo que haré, y una vez allí encontraré alguna familia que me pague el pasaje hasta el norte de África.

Cuando Mike le preguntó cómo pensaba llegar a Atenas, Bluey no supo qué contestarle. Los trenes estaban llenos de inspectores. Para moverse un solo metro por el país era necesario contar con un salvoconducto para viajeros, y los fugitivos pululaban por todas partes.

—¿Sabes algo, Jay? Hablas como esos yanquis que se ven en el cine.

Mike explicó que eso se debía a que había trabajado durante catorce años en una compañía naviera de San Francisco. Estados Unidos era un lugar muy agradable.

Ya habían transcurrido diez días desde la llegada de Mike a Paleachora. Después de haber sopesado la situación, supo que se encontraba atrapado, a menos que Christos lo ayudara a llegar a Atenas. Esperó pacientemente que Christos mencionara que pensaba volver a hacerse a la mar con su barca, pero el griego nunca habló de eso. Durante la onceava noche, Mike decidió tomar la iniciativa.

Después de comer, Christos echó a Melpo y a Eleftheria de la habitación y ambos se instalaron frente a varias botellas de *krasi* y ante una porción de tabaco maloliente.

—Christos, querido amigo, ¿cuándo piensas volver a salir a navegar con tu barco?

—En cuanto encuentre la carga que me convenga. Hoy en día convienen muchas cosas. Yo espero mi oportunidad.

—Christos, te lo diré directamente. Tengo que llegar a Atenas.

—¿No te gusta estar aquí?

—Me gusta muchísimo estar aquí.

—Entonces, ¿por qué quieres irte? ¡No seas tonto! Si te vas, seguramente te apresarán.

—Conoces de memoria los motivos, Christos. Yo significo un peligro para todo el pueblo. Ayer quemaron un pueblo por haber hospedado a un fugitivo. Además, como soldado, mi deber es huir.

—Parece que este año la cosecha va a ser maravillosa, Jay. Me han hecho una propuesta sumamente rentable. Estaré en condiciones de comprar algunas propiedades en Atenas.

Mike apretó los dientes. Bebió un trago de *krasi* y aspiró una bocanada de humo de su pipa.

—Bueno, de todos modos, ahora que ya estoy bien, me parece que conviene que envíes a Eleftheria de vuelta a Dernica. Estoy seguro de que tu anciana madre debe necesitarla.

—Mi anciana madre está viviendo en la casa de uno de mis hermanos. Ella está perfectamente bien.

—Pero lo que te quiero decir, Christos, es que ya no necesito una enfermera.

Christos se rascó la calva, se sirvió más vino y miró fijo a Mike como si se hubiera vuelto loco.

—¿No te gusta la muchacha? ¿Ha hecho algo malo?

—Me gusta mucho.

—Entonces, ¿por qué quieres mandarla de vuelta a Dernica?

—Bueno, lo que sucede es que me gusta… bueno, tal vez me guste demasiado. Es una situación bastante delicada. Bueno… mírala de esta manera. Tú eres hombre. Sabes lo que puede suceder. Yo te tengo mucho afecto, Christos, y no me gustaría hacer infeliz a nadie.

—Jay, hablas como un tonto.

—Bueno, lo que estoy tratando de decirte… es que si ella se queda pueden producirse complicaciones.

—¡Complicaciones! ¿No dices que te gusta?

—Sí… pero…

—Ella quiere quedarse. A ti te gusta… de acuerdo, ¡que se quede! —Después, como si acabara de ocurrírsele la idea, agregó—: Además, Melpo, mi pobre esposa, ha estado trabajando demasiado. —Era la primera vez que se daba por enterado de la existencia de Melpo.

Los dos hombres se quedaron mirándose durante algunos instantes, como dos gallitos obcecados. Mike se sentía inquieto por la actitud poco franca y ladina de Christos.

—¿Por qué no sales a mirar a los bailarines, Jay? Eleftheria quiere enseñarte el *syrtos* para que tú también lo bailes… ¿No te divierte bailar?

Mike echó hacia atrás su silla y salió como tromba de la habitación. Christos lo miró salir con una sonrisa infantil.

En medio de la noche, Mike despertó bañado en sudor frío, con el corazón latiéndole aceleradamente. Hizo a un lado las sábanas y se acercó a la ventana. Después de un rato, cuando consiguió sacarse de encima la pesadilla, se calmó. Pasó varios instantes observando la calle del pueblo dormido. Desde el cuarto contiguo le llegaban los ronquidos de Christos y Melpo. Desde la ventana alcanzaba a ver el granero donde dormía Eleftheria. La imaginó allí, tendida sobre un catre y trazó mentalmente cada contorno del suave cuerpo de la muchacha.

Se alejó de la ventana, presa de un ataque de furia. Había permitido que lo atraparan en un paraíso de tontos. Y estaba furioso porque sabía que, en lo profundo de su ser, no tenía ganas de irse de Paleachora. Sí, Paleachora se había convertido, para él, en una irresistible atracción.

Pero en su pesadilla los nombres de diecisiete hombres pasaron por su mente como si fuesen vagones de un tren y el *clic-clac* de las ruedas cantaba: doctor Harry Thackery… doctor Harry Thackery… doctor Harry Thackery… De repente el tren se encontraba en la bahía de San Francisco rodeado por la niebla y escuchaba las voces de sus hijos, Jay y Lynn, que lo llamaban desesperadamente desde el agua: «Papa… papa… papa…».

Mike Morrison estaba atrapado en el cielo y eso lo enfurecía. Christos todavía no había puesto todas sus cartas sobre la mesa, pero Mike imaginaba lo que vendría. Sin la ayuda de Christos, él quedaría indefenso, a menos que estuviera dispuesto a arriesgarse a caminar doscientos kilómetros hasta Atenas. Territorio desconocido, sin salvoconducto, sin documentos de identidad, sin amigos. Las posibilidades a su favor serían nulas. Era un riesgo

demasiado grande que la lista Stergiou le impedía correr. Por otra parte, tampoco podía presionar a Christos hasta el punto de ganarse su enemistad.

Pero el sueño de Mike tenía también otra faceta. Un coro lejano susurraba: «Te encontrarán… te encontrarán… te encontrarán…». Mike estaba asustado. Sabía perfectamente bien que cada día que transcurría en Paleachora, Heilser se le acercaba un poco más. Los alemanes tampoco se dormían y tarde o temprano alguna pista los llevaría al pueblo.

Mike lo pensó cuidadosamente y decidió concederle a Christos algunos días más para que se desahogara con sus historias nocturnas. Después tendría que presionarlo, aun a riesgo de tener que hacer el viaje a Atenas a pie.

Volvió a mirar por la ventana el establo donde dormía Eleftheria. Después trepó a la inmensa cama instalada sobre el horno y se tapó con las sábanas. Se quedó tendido de espaldas, con la vista clavada en la oscuridad, escuchando los ronquidos de Christos y Melpo. Él no pudo volver a conciliar el sueño.

Konrad Heilser bebió un trago de *whisky* y encendió otro cigarrillo. Zervos, el griego gordo, estaba sentado a su lado, arrugado y soñoliento. A través de la mesa lustrada, Heilser miró al desafiante pescador llamado Maxos.

Maxos le devolvió la mirada con aire iracundo. Sus músculos se notaban a través del suéter de color azul marino. Tenía los brazos fuertes casi negros, fruto de años de vientos despiadados y de soles ardientes. Su rostro era cuadrado y duro, el cabello le caía en rizos negros y de su oreja derecha pendía un pequeño aro circular de oro.

Maxos estaba furioso porque Zervos lo había obligado a abandonar su barca en la isla de Kea. No podía pescar y tampoco podía beber *krasi*. A Maxos no le importaba si el señor Heilser encontraba a ese hombre a quien estaba buscando… o si no lo encontraba. Porque Maxos era casi un pez y lejos de su barca era un pez fuera del agua.

—Muy bien —dijo Heilser—. Vuelva a contarme la historia.

—¡Ya se la he contado cincuenta veces! —gruñó Maxos.

—Quiero volver a oírla —insistió Heilser. Maxos suspiró.

—¿Y después podré volver a mi barca?

—Tal vez.

Maxos volvió a lanzar un gruñido.

—Estaba en un bar frente al muelle de Nauplion bebiendo y ocupándome de mis propios asuntos. Acababa de regresar después de una pesca excelente.

Los hombres deberían encargarse de sus propios asuntos.

Heilser ignoró la alusión. Le interesaba más el hecho de que Maxos estuviera en el bar durante la misma noche en que Morrison saltó del tren de prisioneros cerca de Nauplion.

—En la mesa de al lado había un hombre bebiendo. Él también se ocupaba de sus propios asuntos.

—¿Y usted dice que no sabe quién era ese hombre?

—Lo había visto como cuatro meses antes en el mismo bar. Formaba parte de la tripulación de una barca de la provincia de Larissa. Estaba vestido como se visten los labradores de Larissa, y también hablaba con el acento de la gente de esa provincia.

—Pero ¿usted no conocía personalmente a ese hombre?

—Ya le dije que no. Le repetí cien veces que no lo conocía. ¿Cuántas veces quiere que le diga que no lo conozco?

—Continúe con su historia.

—Como le dije, su barca había tocado puerto una vez antes. Unos cuatro meses atrás.

—¿Y qué sabe de esa barca?

—Solo que trafica con granos, tabaco y muchas otras cosas, probablemente robadas. Yo no comercio con esa clase de gente.

—¿Y cómo sabe todo eso sobre el barco?

—Por la gente que anda por los muelles. En los muelles siempre hay chismes. La gente no sabe ocuparse de sus propios asuntos.

—Y ese era el segundo viaje que esa barca había hecho a Nauplion. ¿Está seguro de que se trataba de la misma embarcación?

—Estoy seguro. Jamás olvido una cara.

—¿Y usted está seguro de que procedía de la provincia de Larissa?

—Reconozco a los labradores de las provincias centrales cuando los veo.

—Usted estaba bebiendo… y ocupándose de sus propios asuntos… ¿y después qué sucedió?

—Un segundo hombre entra en el bar y le dice al que estaba bebiendo que debe regresar al barco. Discuten. El tipo que estaba bebiendo no quiere volver porque había planeado ir a un prostíbulo. Entonces el segundo hombre le dice que hable más bajo. Tienen un pasajero a bordo y es necesario que zarpen enseguida. Eso es todo. Ellos se van y yo me ocupo de mis propios asuntos. Al día siguiente vuelvo a salir en mi barca hasta que él —señala a Zervos—, se me acerca en Kea y empieza a hacerme toda clase de preguntas.

Heilser oprimió un timbre y entraron dos soldados alemanes en la habitación. Les hizo una inclinación de cabeza, indicándoles que debían llevarse a Maxos.

—¿Ahora puedo volver a mi barco?

Heilser no le contestó.

—Prepáreme una copa —ordenó Heilser a Zervos.

—¿Qué opina?

—La respuesta, si es que hay una respuesta, tenemos que darla nosotros. En Nauplion apresamos a diez fugitivos británicos mientras buscábamos a Morrison. Si Morrison hubiera estado en Nauplion, también lo habríamos apresado. Debe de haber huido por vía marítima. Es el único que ha desaparecido entre los que huyeron en esa zona. ¿Cree que el pescador puede estar equivocado con respecto a Larissa?

—Los griegos nos conocemos unos a otros. No está equivocado.

—Obviamente, Morrison se encuentra herido. Por lo tanto se quedará quieto durante un tiempo en la zona central del país. No ha tratado de ponerse en contacto con nadie, ni en Atenas ni en Salónica.

—Puede estar en cualquiera de los treinta pueblos —dijo Zervos—. ¿Podemos revisarlos a todos simultáneamente?

—¿Se ha vuelto loco? En este momento en esa zona hay más de cien fugitivos. No, tendremos que revisar los pueblos uno por uno. No tardaremos demasiado. Tráigame treinta griegos mañana y que estén aquí por la mañana. También consiga una docena de turistas italianos. Me encargaré de que todas las tropas se mantengan alejadas de la zona de la costa. No nos conviene asustarlo para que no se interne en las colinas.

Zervos colocó la copa delante de su amo.

—¿Desea que eleve una queja a la Embajada norteamericana por la Sociedad Arqueológica?

—No. Si este doctor Thackery está ayudando a los fugitivos, déjelo continuar haciéndolo. Tenemos ese lugar vigilado durante las veinticuatro horas del día. Tengo un presentimiento. Por lo general no me dejo guiar por presentimientos pero Thackery ha entrado tarde en el cuadro… lo mismo que Morrison. Le apuesto a que él es el contacto de Morrison.

Cuatro

A Mike le encantaba caminar por los viñedos de la ladera y arrancar directamente de la planta las jugosas uvas moscatel. Le encantaba sentarse a la sombra de un pino y observar a los ancianos y a los niños que bajaban por el sendero cargados de leña para las cocinas, lo mismo que lo habían hecho durante siglos sus antepasados. Era agradable oler el aroma de las enormes bolsas de queso de cabra y pararse en la cima de una colina y mirar las mieses de trigo que inclinaban sus doradas cabezas. Y resultaba encantador el espectáculo de las muchachas rollizas y descalzas que se alejaban erguidas y hermosas del pozo, balanceando pesados recipientes sobre sus hombros desnudos.

Pero lo que más le gustaba eran los atardeceres, cuando el sol se ponía detrás del pinar. Las pastoras con el báculo en la mano, regresaban de la pastura por el angosto sendero, rodeadas por las ovejas que balaban. Por las tardes el aire era fresco y siempre alguien iniciaba una canción. La melodía reverberaba por sobre las colinas hasta que algún otro cantor se unía al primero, y después otro, hasta que por fin todo el pueblo de Paleachora se hacía eco de la antigua canción en una perfecta armonía de voces.

El pueblo se había convertido en un refugio para Michael Morrison. Aunque luchaba constantemente contra la voz interior que lo urgía a quedarse un poco más de tiempo, ansiaba prolongar esa felicidad hasta entonces desconocida para él.

Los hombres se encaminaban hacia el café para hablar tanto de temas importantes como de temas intrascendentes, mientras las mujeres preparaban la cena. Pronto se sentarían todos alrededor de sus toscas mesas de madera, recitarían sus oraciones nocturnas y comerían el pan bendito, con pollo y después uvas como postre…

Cuando las mujeres terminaban sus tareas se encendía una fogata en la plaza y los aldeanos bailaban a la luz de las llamas. Primero el suave *syrtos*… tan suave como la gente de Grecia. Después cuando las llamaradas eran altas y el vino les quemaba las entrañas, el baile se convertía en los violentos giros del *kalamatiano*. La danza se hacía cada vez más salvaje y los hombres

danzaban hasta quedar extenuados, animados por los gritos y rugidos de los espectadores. En los ojos de los ancianos aparecía una lucecita cuando pensaban en las épocas en que también ellos eran capaces de saltar y girar y entonces se unían al círculo de bailarines.

Una noche Mike se sintió particularmente entusiasmado y se unió a los bailarines junto con Eleftheria a quien hizo bailar hasta que la muchacha quedó exhausta, ante los gritos de aprobación de la gente. Terminó el baile con un salto y disparando al aire ambas pistolas, después de lo cual se desmoronó en brazos de Eleftheria.

A Mike le parecía que el alma misma de Grecia bailaba a la luz de las fogatas.

Después del baile las mujeres se retiraban y los hombres se reunían en el café o en la casa de algún vecino para conversar durante buena parte de la noche. Y Christos volvía a contar sus aventuras en los burdeles y su valiente lucha contra los búlgaros.

Con cada día que transcurría, Mike aprendía más acerca de esa tierra maravillosa y extraña. La tierra de la que surgió el ideal que se ha convertido en la lucha eterna del hombre: el ideal de libertad. Desde tiempos inmemoriales, Grecia ha sido una tierra atormentada: atormentada por la naturaleza, por el hambre, las inundaciones, los terremotos; atormentada por el hombre con conquistas, guerras y huelgas. La sangre corre profundamente en su suelo, pero el griego es un hombre de hierro. Ese último flagelo —la conquista alemana— pasaría lo mismo que habían pasado los demás.

Era como si Grecia hubiese sido puesta a prueba durante siglos por haber concebido el ideal de libertad. Las breves épocas de paz y bonanza no eran más que interludios en esa interminable prueba de fuego. Sin embargo, cualquiera que haya visto a un hombre bailando el *kalamatiano* sabe sin lugar a dudas, como lo sabía Mike Morrison, que Grecia volvería a ser libre.

La presencia de fugitivos ingleses en Paleachora se convirtió en un secreto a voces. El abastecimiento de alimentos era escaso en las grandes ciudades y cada tren a Dadi, la terminal más cercana, llegaba lleno de habitantes de las ciudades que recorrían la campiña en busca de comida. Llevaban objetos para cambiarlos por trigo y otros productos básicos.

Christos y los demás labradores no perdían tiempo en capitalizar esa trágica situación. El trigo se cotizaba a un precio fabuloso. Cuando la

inflación convirtió el dinero en algo prácticamente sin valor, el trueque se convirtió en moneda corriente para el comercio. Christos, como dueño de un molino, se enriqueció. A cambio de trigo y de otros productos alimenticios adquirió la posesión de media docena de propiedades en Atenas.

Mike discutió muchas veces amargamente con él acerca de esa actitud, pero Christos contestaba que al mantenerlos con vida les hacía un favor a los habitantes de la ciudad. Agregaba que ellos siempre consideraron a los campesinos como ciudadanos de segunda clase y que durante años los habían estafado.

A medida que se fue conociendo la presencia de los fugitivos refugiados en Paleachora, las «muchachas de la gran ciudad» procedentes de Dadi empezaron a llegar al pueblo para divertirse con los británicos a quienes admiraban enormemente. Las muchachas de la ciudad no eran nada tímidas. Habían dejado de lado las viejas tradiciones de inferioridad femenina y se complacían en exhibir ante los campesinos la igualdad entre los sexos. Los escandalizados labradores advirtieron a los británicos que esas muchachas eran todas putas que sufrían de enfermedades venéreas, o espías alemanas, o ambas cosas a la vez; Mike pareció mostrarse de acuerdo con la última posibilidad y se mantuvo alejado de todos los desconocidos.

A las pocas semanas del colapso británico en Grecia, centenares de fugitivos merodeaban por todo el país y eran aceptados por el pueblo con los brazos abiertos. Hasta en las ciudades la gente compartía con los refugiados el último trozo de pan que les quedaba.

La situación se convirtió en un tremendo dolor de cabeza para los alemanes. Aun en su posición de seres indefensos, por su simple presencia, los ingleses alentaban las esperanzas del pueblo. Por lo tanto los alemanes tomaron severas medidas. Colocaron espías, ofrecieron sobornos, organizaron trampas, amenazaron. También empezaron a tender celadas poniéndose abrigos de uniformes ingleses. Después anunciaron que cualquier pueblo que fuese descubierto dando asilo a un fugitivo sería incendiado hasta quedar reducido a cenizas. Pero, a pesar de todo, los ingleses seguían huyendo y el pueblo continuaba amparándolos.

Para Mike todo eso significaba una sola cosa: su falso paraíso estaba convirtiéndose realmente en un paraíso falso. Tarde o temprano algún niño hablaría con alguno de los «turistas» italianos o con una de las muchachas de la ciudad. Tenía que vencer las resistencias de Christos e irse de allí de inmediato.

A pesar de que los sentimientos que reinaban en Paleachora eran decididamente probritánicos, y aún más pronorteamericanos, los efectos de la ocupación tuvieron un rápido impacto sobre ellos. Impuestos, una porción de las cosechas… y en ese momento hasta sus hogares peligraban. Los más débiles cedieron ante las presiones y opinaban que era mejor que los fugitivos siguieran su camino sin detenerse en el pueblo. Porque aun con la vigencia del nuevo impuesto, el precio del trigo les proporcionaba ganancias que jamás hasta entonces se atrevieron a soñar.

La mayoría apoyaba a la resistencia y estaba convencida de que proteger a los fugitivos era un deber sagrado. Otros juraron quemar sus trigales antes de proporcionarles un grano a los alemanes.

Pero el ambiente de Paleachora estaba poniéndose tenso. Mike ya no disfrutaba yendo al café. Las discusiones se prolongaban durante buena parte de la noche. Después, un día, las canciones y los bailes fueron suplantados por desconfianzas y susurros cuando se supo que un pueblo vecino había sido totalmente incendiado. Se sospechaba que varias familias se habían convertido en informantes de los alemanes.

—Lo encontramos —informó Zervos por teléfono. Konrad Heilser se irguió con rapidez en la cama.

—¿Desde dónde habla?

—Desde Dadi.

—¿Está seguro?

—Absolutamente seguro —contestó Zervos—. ¿Algunos de sus colaboradores lo vio con sus propios ojos?

—No, pero un campesino nos mantiene informados. Según él hay un fugitivo inglés que habla con acento norteamericano. La descripción que hace de Morrison es perfecta. Hasta en el detalle de que Morrison llegó en barco y que estaba herido por haber saltado de un tren de prisioneros.

El corazón de Heilser empezó a latir apresuradamente. Hizo a un lado las sábanas y le dijo a su nueva amante que volviera a dormirse. Mientras hablaba por teléfono empezó a desabrocharse el pijama.

—¿Dónde está?

—En un pueblo llamado Paleachora… en el extremo norte de la provincia. Yo quería informarle antes de ir a buscarlo con un escuadrón de soldados.

—No, espere un momento. Un escuadrón puede ser poco.

—No entiendo —contestó Zervos.

—He recibido media docena de informes de lugares donde los pobladores armados se resisten. Será mejor ir con más hombres.

—Entonces, ¿qué me aconseja que haga?

—¿Cuántas tropas necesitaríamos para aislar el pueblo?

—Doscientos o trescientos hombres.

—No haga nada. Yo salgo ahora mismo para Dadi. Organizaremos una incursión para atacar ese pueblo mañana, en plena noche.

A la luz de la lámpara resplandecían la cabeza calva y los bigotes encerados de Christos. Tenía las manos apoyadas sobre su corazón.

—Jay, te quiero como si fueses mi hijo. No deberías irte.

—Te pido que seas sensato, Christos. Un día más… dos días más y los alemanes incendiarán Paleachora y la dejarán convertida en cenizas.

Christos escupió en el suelo, lanzó un juramento contra los alemanes y después hizo la señal de la cruz.

—Aunque tú te hayas ido, nunca les daremos la espalda a los Englezos… ¡No! ¡No permitiré que te vayas!

A pesar de sus negocios poco claros, Christos era griego hasta la médula.

—Tengo dinero… son cinco millones de dracmas… tómalo.

—¡Me insultas! ¿Crees que a Christos solo le interesa el dinero? Tú, Jay, eres mi amigo.

—Muy bien, entonces me iré por mi cuenta. Christos gruñó en voz baja.

—Cinco millones de dracmas… cinco millones de dracmas… ¡Por supuesto que es lógico que creas que lo único que Christos quiere es dinero! Si yo tuviera todo el dinero que cabe en mi barca, no me alcanzaría para comprar una bolsa de trigo. Yo te daría mi barca, pero no está en condiciones de cruzar el mar. Además, en menos de una hora te encontraría una lancha patrullera… Y por otra parte no conozco los senderos que atraviesan los campos minados… Y además…

—No estoy pidiéndote que me lleves a África del Norte. Solo quiero llegar a Atenas… inmediatamente.

Christos jugueteó durante un instante con su vaso de *krasi* y después encendió su enorme pipa. Se quedó mirando a Mike tranquilamente, y le habló sin propinarse los habituales golpes en el pecho.

—Mi sobrina Eleftheria es una muchacha simpática y saludable, ¿no es cierto?

Mike sonrió para sus adentros. Por fin, Christos mostraría sus cartas. Aceptó que Eleftheria era tan saludable como una yegua.

—Como sabrás, Jay, en este país existe la costumbre de que el postulante a la mano de una muchacha se acerque al padre de la chica con un anillo y que entre ambos redacten un contrato. Estoy hablándote como tutor de Eleftheria. Tengo un trozo de tierra en Dernica, tierra realmente excelente, donde vive mi anciana madre. Tengo una importante dote para Eleftheria. Considerando el poco tiempo que hace que estás aquí, tú hablas griego muy bien. Si regresaras convertido en su marido…

Mike hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Estoy casado y tengo dos hijos.

Christos se puso de pie y entrelazó las manos a la espalda. Ataviado con su *fustanella* parecía un muñequito que se paseaba de un lado a otro de la habitación. Se detuvo y lanzó un suspiro.

—Jay, mi buen amigo, permite que te diga algo. Desde el instante en que te subí a bordo de mi barca en Nauplion, pensé para mis adentros: ¡este sí que es un hombre! Este es un hombre que vale la pena. A pesar de que no estés de acuerdo con lo que hago, ahora soy rico. Pero todo hombre desea esto. Desea tener un hijo como tú. Melpo no me ha dado un hijo varón, Jay, y me gustaría muchísimo…

Mike se puso de pie, salió de la casa, atravesó la huerta de Melpo y empezó a caminar por el sendero de tierra. Alcanzaba a ver a Christos parado en la puerta con su traje tradicional, observándolo. Paleachora estaba dormido… con un sueño inquieto y lleno de preocupaciones, angustiado por los problemas que provocaba la guerra.

Mike caminó hasta la colina ubicada más allá de la iglesia del Profeta Elías, se sentó debajo de un ciprés y contempló esa tierra a la luz de la luna.

Muchos hombres iban en pos del arcoíris. Pero Mike Morrison lo había encontrado. Allí estaba ese santuario alejado de la realidad, con el que todos los hombres soñaban.

En cambio él, ante el recuerdo de las colinas de San Francisco se llenaba de amor. Y pensaba en la niebla que se deslizaba perezosamente o que atravesaba con furia el Golden Gate. Le encantaban las secuoyas del bosque de Muir que se extendían hacia el cielo y le fascinaba observar el oleaje que se estrellaba contra las rocas en Lands End. Pero en él ese amor siempre había

sido un sentimiento lleno de cavilaciones y de tristezas que se volvía amargura en las páginas que escribía.

Grecia le había abierto los cerrojos de una puerta interior, una puerta de amor a la gente que nunca antes fue capaz de sentir.

Por muchos motivos, Mike tenía ganas de volver en busca de Christos y decirle: «Sí, me quedaré. Iré a Dernica con Eleftheria y trabajé la tierra y bailaré el *syrtos* y beberé *ouzo* en el café y aprenderé a regresar cantando del campo».

Empezó a reírse de sí mismo, bastante avergonzado de haberse dejado aprisionar por un argumento tan malo.

Cuando volvió a la casa, Christos estaba sentado ante la mesa. Mike se instaló a su lado y se sirvió un vaso de vino. Oyeron roncar a Melpo en la habitación vecina.

—Yo no la amo —explicó Mike.

—¡Bah! ¿De qué estás hablándome? ¿Y para qué necesitas amor? Ella te dará hijos, hilará tus telas y lavará tus pies. ¿Para qué necesitas amor? ¡Ustedes, los Englezos, están todos locos! ¿Quieren que sus mujeres se parezcan a… a esas putitas de Dadi?

Mike negó con la cabeza. Christos comprendió que no valía la pena seguir insistiendo. Depositó su vaso con fuerza sobre la mesa con una expresión de tristeza y mostrándose muy herido. Lanzó un suspiro y salió de la habitación.

—¡Está bien, está bien! Mañana al amanecer, nos haremos a la mar rumbo a Atenas.

Cinco

—¡Jay! ¡Despierta!

Mike se dio la vuelta y se apoyó sobre un codo. A su lado vio a Christos, en camisón y gorra de dormir, portando una vela. La vela le temblaba en las manos y su rostro, lo mismo que el bigote, estaba del color de la cera.

—¿Eh? ¿Qué sucede? —preguntó Mike, medio dormido.

—Hemos recibido una señal del pueblo vecino. La zona está rodeada de soldados alemanes. Se dirigen a Paleachora. Mike saltó de la cama.

—¡Vete a la iglesia! ¡Rápido! —ordenó Christos.

Mike luchó por vestirse con rapidez, revisó sus pistolas y salió de la casa como una tromba, manteniéndose a la sombra de las casas hasta salir del pueblo. Tomó el sendero de tierra hasta la iglesia del Profeta Elías.

Bluey ya se encontraba allí con otros tres fugitivos. Estaban vestidos a medias y agazapados cerca de la ventana, temblando en el aire fresco de la noche. Bluey aferraba un largo rifle.

Los cinco se agazaparon en el mismo rincón, preocupados por el sonido de sus respiraciones y por los eructos de Bluey.

El silencio era total.

—Propongo que tratemos de huir ahora mismo —susurró Bluey.

—¡Quédate quieto! —ordenó Mike—. Es posible que estén esperándonos.

Se miraron unos a otros, sin saber qué hacer.

—Pueden hacer lo que les dé la gana —dijo Mike—. Yo pienso esperar y quedarme aquí.

Se sentó recostado contra la pared y se refregó los ojos. La iglesia desierta adquiría un aspecto espeluznante a la luz de las velas que ardían sobre el altar, en el otro extremo.

Bluey aferró los hombros de Mike y señaló algo más allá de la ventana. El corazón de Mike empezó a latir apresuradamente al oír órdenes guturales y coléricas que llegaban desde el pueblo. Estaba negro como una boca de lobo y era imposible ver nada… lo único que oían eran los ruidos…

Voces griegas adormiladas, algunas llenas de furia, otras temerosas… más órdenes tajantes pronunciadas en alemán…

—Deben de estar rodeando todo el pueblo —musitó Bluey, haciendo esfuerzos por evitar sus eructos.

Ruido de motores, camiones que entraban en el pueblo… ¡El disparo de un rifle! ¡Voces griegas airadas! ¡Más disparos de rifles! El aullido de una mujer. Mike hubiera jurado que se trataba de Melpo.

Silencio.

Motores de camiones que iban alejándose, uno por uno, del pueblo. Ruido de motores que iban desapareciendo en el silencio de la noche. Ya no se oían voces griegas… solo hombres que hablaban en alemán.

De repente los cinco fugitivos percibieron un ruido. Mike extrajo la pistola de su cinturón mientras aguzaba desesperadamente la mirada para tratar de ver algo en la oscuridad.

Una forma… una sombra se movía afuera… Mike la señaló y Bluey hizo un gesto de asentimiento mientras bajaba el rifle.

La sombra iba acercándose con paso dispar por el sendero que conducía a la iglesia. El rostro de Bluey estaba empapado de sudor.

Pasos… lentos… casi trastabillantes. La sombra a cada instante adquiría un tamaño mayor. Se reflejó sobre las paredes de la iglesia. Mike alzó su pistola.

La sombra se perdió de vista. Los cinco hombres se agazaparon contra la pared, con las armas apuntando hacia la puerta. La puerta se abrió de un tirón.

—¡Eleftheria!

Ella se quedó allí, jadeante, solo cubierta por una falda y una blusa que se había echado encima apresuradamente. Mike le vio el rostro a la luz de la vela: lo tenía transfigurado de terror. Ni siquiera conseguía articular palabra.

—¡Christos! —exclamó Mike. Le arrancó el rifle a Bluey y corrió hacia la puerta. Los cuatro fugitivos saltaron sobre él y lo arrojaron al suelo.

—¡Imbécil de mierda! ¡Lograrás que nos descubran!

Mike no tuvo más remedio que soltar el rifle. Apretó los dientes y empezó a pegar puñetazos contra la pared, después se acercó trastabillando a un banco sobre el que se dejó caer.

Una ráfaga de viento atravesó la iglesia y las llamas de las velas del altar iniciaron una danza enloquecida y lanzaron pavorosas sombras sobre los muros.

Levantó la vista para mirar a Eleftheria. Los ojos de la muchacha eran los de una loca. Se deslizó a lo largo de la pared, rumbo a la puerta. Mike se puso de pie de un salto y la tomó de un brazo. Ella empezó a lanzar gritos histéricos y le hundió los dientes en la mano.

¡Por el sendero subían soldados alemanes!

Mike la sacudió. Ella se retorció por liberarse y abrió la boca para lanzar un aullido. Él le pegó un puñetazo en la mejilla. La muchacha cayó desmayada en sus brazos.

—¡Separémonos y salgamos de aquí! —ordenó Mike.

Alzó a la chica, se la acomodó sobre el hombro y corrió a lo largo de la iglesia hasta llegar a una ventana situada junto al altar. Empujó el cuerpo de Eleftheria para que pasara al exterior y se arrastró tras ella.

¡Se oyó el ruido sordo del golpe de la culata de un rifle contra la puerta de la iglesia!

Mike tomó a Eleftheria en brazos y, con paso vacilante, recorrió el sendero hacia el bosque… Doscientos setenta metros… Se arrodilló detrás de la primera hilera de árboles y depositó a Eleftheria en el suelo. Se refregó los brazos porque los tenía insensibles y luchó por recobrar el aliento.

Una voz resonó en el aire.

—¡Malditos hunos! ¡Nunca capturarán a Bluey con vida!

Una descarga de disparos silenció la voz.

Eleftheria se estremeció. De repente abrió sus grandes ojos. Mike le colocó la mano sobre la boca. Ella se sacudió violentamente. Mike la obligó a ponerse de pie y fue internándola en el bosque para alejarse del sonido cada vez más cercano de los pasos de los alemanes.

Más rápido… más rápido… más rápido… los arbustos les desgarraban la ropa y les arañaban la piel; más rápido… más rápido… más rápido… tenían que alejarse de las linternas, del ladrido de los perros, de las órdenes…

Los ruidos que hacían los alemanes se oían cada vez más y más lejanos. Mike se apoyó contra un árbol, cubierto de sudor y con una tremenda sensación de mareo. Eleftheria se dejó caer al suelo, sollozando. Rodaba sobre sí misma en la tierra, retorciéndose de angustia y se tironeaba el pelo con las manos mientras balbuceaba como una loca.

—¡Levántate! —jadeó Mike—. ¡Levántate! Tenemos… tenemos que alejarnos de aquí. ¡Levántate! ¡Levántate de una vez!

Le respondió con un aullido histérico. Mike la levantó a la fuerza una vez más y le abofeteó el rostro una y otra vez hasta que ella cayó contra él, débil y mascullando.

Mike la alzó y volvió a trepar la colina con paso vacilante.

Cuando ya le resultó imposible seguir soportando el peso de la muchacha empezó a arrastrar su cuerpo inconsciente durante una hora… dos… tres…

Después se desplomó, demasiado extenuado como para poder moverse. Cayó al lado de ella y Eleftheria se apoyó contra Mike, sollozando débilmente.

Los cielos se abrieron y un torrente de lluvia azotó sus maltrechos cuerpos.

Al amanecer, Mike y Eleftheria abandonaron los arbustos arrastrándose, y caminaron hacia la ladera de una colina desde donde divisaron, a lo lejos, los restos humeantes de lo que había sido el pueblo de Paleachora.

Seis

Eleftheria se sentó sobre una roca, demasiado extenuada para hablar y demasiado agotada para seguir llorando. No existían palabras que Mike conociera o que pudiera llegar a conocer en lo que le quedaba de vida para consolar a la muchacha. Desde el granero ella los había visto matar a Christos de un tiro en la plaza del pueblo, mientras él se resistía a los alemanes, y también vio cómo atravesaban a Melpo con una bayoneta cuando se arrodilló junto al cadáver de su marido.

Durante la confusión Eleftheria logró huir del granero junto con algunos otros aldeanos. Mike pudo escapar solo porque el grueso de las tropas alemanas concentró sus esfuerzos en rodear aldeanos mientras que los soldados restantes se diseminaban por los alrededores en busca de los cinco fugitivos. Durante su corta estancia en Paleachora, Mike había estudiado cuidadosamente el terreno y memorizó los lugares donde el bosque era más espeso.

El norteamericano y la muchacha griega anduvieron en círculo todo el día por las colinas, alejándose de Paleachora. Desde las alturas en que se encontraban vieron que las patrullas alemanas iban rastrillando todo el territorio, describiendo círculos cada vez más amplios, hasta que finalmente no les quedó más remedio que darse por vencidos.

Mike decidió que podía arriesgarse a encender una pequeña fogata. El calor de las llamas los volvió a la vida. Mike reunió varias brazadas de agujas de pino y las apiló sobre el fuego, después se acercó a Eleftheria y se arrodilló a su lado.

—Será mejor que duermas un poco —le aconsejó—. Mañana por la mañana puedes iniciar el viaje a Dernica.

—¿Y qué será de ti? —preguntó Eleftheria.

—No te preocupes por mí. Yo ya he causado bastantes problemas.

—No te sientas culpable. Tú no trajiste a los alemanes a Grecia.

«¡Vaya consuelo! —pensó Mike—. ¡Vaya consuelo!». Soutar no hablaba en broma. Heilser mirará detrás de cada roca y de cada árbol. Trató de sacudirse la sensación de estar inevitablemente condenado, pero no pudo.

¿Qué posibilidades tenía en la lucha contra esas fuerzas? ¿Cuántas veces más lo acompañaría la suerte?

Mike rodeó a la muchacha con un brazo y la condujo al colchón de agujas de pino. Ella se recostó y estiró su cuerpo cansado. Tenía la blusa casi completamente rasgada por los arbustos. Él alcanzaba a ver la forma oscura de sus pechos y sus pezones puntiagudos y rojizos.

Los ojos de Eleftheria estaban clavados en los de Mike. Alzó las manos con lentitud y se abrió la blusa, para mostrarse ante él. Así permaneció, silenciosa e inmóvil, aunque respiraba cada vez más agitadamente. Mike sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

Los pechos de la muchacha se alzaban y caían y ella lo miraba lánguidamente.

Mike se volvió.

—Traeré más agujas de pino para cubrirte. Va a hacer frío. —Amontonó varias brazadas de agujas sobre el cuerpo de Eleftheria y avivó el fuego. Vaciló durante algunos instantes, después hizo otra cama al otro lado del fuego.

Al rato se puso el sol.

Mike se acostó cerca del fuego y trató de no pensar en la muchacha tendida en el otro lado. Oscureció. Oía los movimientos inquietos de Eleftheria.

Le pareció increíble tener ganas de hacerla suya en un momento como ese. Tal vez fuese una sensación de absoluto fracaso lo que lo llevaba a tratar de vivir un momento de felicidad. «No soy de piedra —se dijo para sus adentros—. ¿Qué mierda está pasándome?».

Conocía de memoria la respuesta a su pregunta. Eleftheria no era una de esas muchachas con quien uno podía jugar. No; ella terminaría con el corazón destrozado y él con un cargo de conciencia. Se volvió para ponerse de espaldas al fuego y cerró los ojos. De no haber estado tan extenuado, jamás habría conseguido dormirse.

Pero los sueños fueron tormentosos. Una vez más recorrió la lista de nombres… esos nombres malditos… los diecisiete nombres, y soñó con Stergiou y con Soutar y con Christos vestido con su *fustanella*, con la blanca falda toda ensangrentada, y con Melpo, que lloraba a gritos sobre el cadáver de su marido. Y llamas… llamaradas que se alzaban hacia el cielo, lamiendo cruelmente las casitas blancas mientras los soldados alemanes bailoteaban alrededor del fuego… bailaban el *kalamatiano* y las llamas se alzaban cada vez más alto.

Mike abrió los ojos y lanzó un suspiro de alivio.

El bosque estaba oscuro y silencioso.

Hacía un frío tremendo; el fuego se había reducido a un conjunto de brasas. Se sentó, se masajeó las piernas y se alejó gateando en busca de más madera.

—¿Jay? —llamó Eleftheria con voz temerosa.

—Aquí estoy. Duérmete.

Se arrodilló a su lado y colocó algunas ramas secas sobre el fuego: al momento chisporroteaban.

—Tengo frío —se quejó ella.

—Dentro de un par de minutos entrarás en calor. Volvió al colchón y se acostó de espaldas.

—¿Jay?

—¿Qué quieres?

—Tengo miedo.

Él vaciló un largo rato.

—Bueno… está bien. Ven aquí.

Su corazón empezó a latir con rapidez cuando la oyó levantarse y sintió que se deslizaba tímidamente a su lado.

—¡Pobrecita! ¡Estás congelada! —Le masajeó los brazos y los hombros mientras ella ronroneaba como un gatito a medida que iba recobrando el calor. Se apretó contra él y Mike metió la mano dentro de su blusa y la apoyó contra la piel suave y satinada de su espalda. Ella se arrebujó contra su pecho y lo abrazó con fuerza.

—*S'agapo* —susurró.

—Duerme, pequeña…

—*S'agapo* —repitió ella, y cerró los ojos.

Un cálido rayo de sol se coló entre los árboles e iluminó el claro del bosque. Mike abrió los ojos. El fuego estaba apagado. Después de liberarse del brazo de Eleftheria se puso de pie, se desperezó y se palmeó el estómago vacío. El sol era agradable y su estado de ánimo, un poco más optimista.

La muchacha se volvió para colocarse de espaldas y entrecerró los ojos. Mike se descubrió mirando fijamente el rasgón de su blusa. Se volvió para buscar más ramas secas, mientras Eleftheria abría los ojos, miraba a su alrededor y se apoyaba sobre un codo.

Con un movimiento de cabeza se despejó el rostro del pelo que lo cubría y la cabellera cayó sobre sus hombros mientras se rodeaba las rodillas con los brazos y apoyaba sobre ella la mejilla. Miró a Mike y le sonrió, mientras él

volvía a encender el fuego. Se la veía joven, fresca y hermosa… y también anhelante.

De repente Mike la besó con fuerza en la boca y Eleftheria apoyó su cuerpo contra el de él y ambos cayeron al suelo abrazados. Llevó sus manos al pecho de la muchacha y terminó de desgarrarle la blusa. Mike sintió el dulce dolor de los dientes de ella que se le hundían en el hombro mientras le clavaba las uñas en la espalda.

Eleftheria era una pequeña salvaje. Los dedos de Mike se le enredaron en el cabello y le echó la cara hacia atrás. Los negros ojos de la griega estaban encendidos de pasión y su cuerpo latía con la furia de una tigresa. Cayeron de nuevo al suelo, rodando y moviéndose violentamente y los labios de ambos buscaban los del otro con una urgencia cada vez mayor.

Mike hizo un esfuerzo con cada una de las fibras de su cuerpo para lograr alejarla de sí y ponerse de pie. Eleftheria se le colgó de la cintura. La aferró del pelo y la obligó a soltarlo. La muchacha quedó tendida, con las uñas clavadas en la tierra y jadeando, en un acceso de pasión.

A Mike le costaba respirar y observó con una mezcla de intriga y enojo a la muchacha semidesnuda. Se quitó la camisa y se la arrojó.

—¡Ponte esto! —ordenó.

—Por favor… querido…

—¡Ya tenemos bastantes problemas! ¡Ponte eso!

La sobresaltó el tono perentorio de la orden, y obedeció. Al instante volvió a adquirir su habitual timidez.

Transcurrió una hora sin que ninguno de los dos volviera a hablar. Pero en ese silencio quedó dicho todo lo que era necesario que se dijeran.

—Será mejor que inicies el viaje a tu pueblo —sugirió Mike por fin.

—¿Y tú, adónde irás?

—A Atenas. De alguna manera conseguiré llegar —contestó a pesar de que ni siquiera él estaba demasiado convencido.

—Jamás llegarás a Atenas solo… y te consta. Debes venir a Dernica conmigo.

—¿Para ser testigo del incendio de otro pueblo?

—No debes echarte la culpa… no debes…

—¿Y qué diferencia hay…?

Mike sabía que no podía vagar indefinidamente por las colinas. También sabía que no debía ir a Dernica. Que tampoco llegaría a Atenas y que no podía darse el lujo de separarse de la muchacha. Era consciente de que no

existía lugar en Grecia donde pudiera sentirse seguro durante mucho tiempo mientras Konrad Heilser estuviese empeñado en capturarlo.

—Tengo una prima lejana llamada Despo, que vive en Kaloghriani —dijo Eleftheria—. Está situado a muchos kilómetros de distancia, en las colinas. Allí estarás a salvo.

—No —contestó Mike—. Tengo que llegar a Atenas.

—Ese pueblo es tan remoto que los alemanes ni siquiera conocen su existencia. Después yo te ayudaré a llegar a Atenas. Ven, si viajamos sin detenernos, llegaremos mañana a la puesta del sol.

Siete

La noche cayó sobre un par de viajeros cansados que se sentían como si hubieran llegado al fin del mundo.

Estaban a quinientos metros por sobre el nivel del mar y a sus pies se veían alrededor de cincuenta pequeñas casas encaladas edificadas en una colina rocosa, árida y erosionada: Kaloghriani. Más abajo alcanzaban a ver trozos de la planicie vecina al aeródromo de Dadi y el pico del monte Kallidromon. El pueblo de Kaloghriani y la tierra que lo rodeaba eran tan pobres como remotos.

Eleftheria llamó a la puerta de una de las casas. La abrieron de golpe y frente a ellos apareció un gigante. Una espesa barba negra le proporcionaba un parecido con el famoso retrato del furibundo John Brown.

—*Kalosorisate!* —rugió como bienvenida al reconocer a Eleftheria y los hizo pasar por un angosto pasillo a una humilde habitación—. ¡Despo! —exclamó, llamando a su mujer—. Es Eleftheria… Trae *krasi*… ¡Apresúrate, mujer!

Una anciana de aspecto hogareño entró apresuradamente desde la cocina y le dio la bienvenida a Eleftheria. Mike, sin camisa y con el torso desnudo permanecía allí, muy consciente de sí mismo mientras ellos intercambiaban saludos. Por fin Eleftheria se volvió hacia él.

—Este es Jay Linden. Es soldado neozelandés y no tiene dónde refugiarse.

—¿Englezos? —preguntó el gigante.

—Sí.

El gigante fue presentado como Barba-Leonidas y estrechó la mano de Mike con tanta fuerza que el norteamericano temió que le arrancara el brazo del hombro. Barba-Leonidas le proporcionó una camisa que le quedaba muy grande y después les preguntó si tenían hambre.

Al instante siguiente estaban todos sentados en bancos sin respaldo y Barba-Leonidas mojaba su pan en un recipiente de lentejas mientras por señas les indicaba a sus dos huéspedes hambrientos que lo imitaran.

Cuando terminaron de comer, Barba-Leonidas escuchó con atención mientras Eleftheria narraba la historia de todo lo ocurrido en Paleachora.

Permanecía en silencio y furibundo, lanzando solo ocasionales gruñidos. Despo, la esposa, se instaló en un lugar de la mesa, junto a un huso de fabricación casera y no intervino en la conversación.

Cuando Eleftheria terminó de narrar su historia, Barba-Leonidas anunció:

—Mi único hijo, Yani, murió mientras luchaba en Albania contra los italianos. Tú puedes ocupar su cama durante todo el tiempo que quieras.

Había algo en la manera simple y directa de hablar del hombre que a Mike le gustó. Era una «persona real» como los estibadores, los camioneros, los taberneros y las prostitutas que llenaban las páginas de sus libros. Entre ambos se estableció un rápido lazo de entendimiento.

Dejando de lado las formalidades sociales, Barba-Leonidas dijo:

—Estáis cansadísimos. Id a dormir y conversaremos más tarde. —Después le ordenó a Despo que encontrara alojamiento para Eleftheria en alguna casa vecina. Allí no había más que dos camas y, por una cuestión de costumbres, Mike tenía prioridad sobre una simple mujer.

—En una cama nos arreglaremos los dos —propuso Eleftheria.

El cuarto quedó sumido en el silencio. Barba-Leonidas dirigió una mirada interrogativa a Mike, quien tenía una expresión de total estupidez en el rostro. Barba-Leonidas lanzó un par de gruñidos y miró alternativamente a Mike y a Eleftheria. Mike simplemente se encogió de hombros. El gigante continuó murmurando en voz baja, mientras sopesaba la situación para llegar a una decisión.

—No sería adecuado —declaró por fin, y Mike lanzó un suspiro de alivio. No tenía ganas de tener otro cargo de conciencia.

A lo largo de la velada Mike notó que Barba-Leonidas se mostraba molesto ante la menor atención que él le prestara a la muchacha, así le tocara la mano o le dedicara una pequeña sonrisa. La moral de los montañeses era obviamente más estricta con respecto al estatus social de la mujer que la de los hombres del pueblo de Paleachora.

Mike la acompañó hasta la puerta, donde la esperaba Despo.

—Mañana por la mañana temprano, hablaremos. Tenemos que planificar muchas cosas —propuso él.

La noche de sueño profundo en una cama blanda hizo milagros en los huesos de Mike. Al amanecer se sentó hambriento ante la comida de Barba-Leonidas y esperó la llegada de Eleftheria. Su mente estaba llena de planes para llegar a Atenas. El gigante bebió en silencio su café hirviendo. Cuando el desayuno llegaba a su fin, Mike se sintió embargado por una sensación de alarma.

—¿Dónde está Eleftheria? —preguntó.

—Regresó a Dernica.

—¿Qué quieres decir con eso de que regresó a Dernica? ¿La enviaste tú?

—Regresó a su pueblo. ¿Qué importa el motivo? Se fue.

—¡A mí me importa muchísimo!

—Termina tu café. Se enfriará.

—Pero…

—No te alteres. Prometió que el sábado volvería.

Y antes de que Mike pudiera seguir discutiendo, Barba-Leonidas salió, en dirección al campo. El norteamericano se volvió hacia Despo, quien permaneció totalmente muda, como si fuera boba.

Mike gruñó, furioso. ¿Quién sería el culpable de eso? Tal vez Eleftheria intentaba atraparlo y mantenerlo encerrado en ese lugar remoto, ¿o sería el gigante quien le ordenó que se marchara por algún motivo? El asunto no le gustaba nada, pero no tenía posibilidades de elección, así que lo único que le quedaba por hacer era esperar hasta el sábado y ver qué sucedía. Terminó de beber su café.

Barba-Leonidas quedó atónito cuando levantó la mirada mientras trabajaba en el campo y vio a Mike de pie a su lado.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó el norteamericano.

—¡Bah! —rugió el gigante con su voz normal—. Ve a recoger uvas con mi mujer. Yo tengo que despejar el terreno de rocas y no me gustaría que mi amigo Englezos ensuciara sus tiernas manos. —Mike aceptó el desafío y empezó a trabajar a su lado. Barba-Leonidas sonrió de oreja a oreja.

Sí, Kaloghriani era el fin del mundo. Estaba tan lejos de la civilización como la luna. Mike trabajaba hombro contra hombro con su anfitrión, pero a pesar de tener treinta años menos le resultaba difícil llevar el ritmo de ese oso humano. Sudaban juntos en el campo durante el día y de noche se emborrachaban juntos. En solo tres días los lazos que los unían se convirtieron en indestructibles.

A Barba-Leonidas le provocaba un placer enorme hacerle bromas a Mike tratándolo como si fuera el pequeño y débil Englezos. Mike no era un hombre de corta estatura y en una época, en Cal, se lo consideraba un excelente jugador de fútbol. Ambos hombres se enzarzaban en ensayos de lucha grecorromana. Mike conseguía mantenerse en pie durante poco tiempo, solo

hasta que Leónidas se cansaba del juego; entonces alzaba a su contrincante por encima de su cabeza, lo balanceaba en el aire con una sola mano y lo arrojaba con displicencia hacia el arbusto más cercano, y ambos rugían de risa. Mike muchas veces pensaba en lo que habría sido el equipo de Cal con siete hombres como Leónidas. Aunque trabajaba duro y bebía mucho, Mike nunca había gozado de esa sensación maravillosa y alegre de estar vivo que sintió durante los primeros días de su estancia en Kaloghriani.

Despo, la vieja arrugada con su único diente que le colgaba, solitario, de la encía superior, jamás descansaba. Sus manos estaban en constante movimiento: trabajaba junto a su marido en el campo, realizaba las interminables tareas domésticas, cultivaba la huerta, atendía los pollos y gallinas, batía leche para hacer manteca, buscaba leña para el fuego, hilaba y tejía telas en el telar. Iniciaba sus tareas varias horas antes del alba y las finalizaba varias después del anochecer.

Todos los días, después de trabajar en las tierras pedregosas y poco fértiles, los hombres se dirigían al café. Allí no había cantos. Los campesinos se reunían para permanecer sentados bebiendo *ouzo* hasta que la sencilla comida consistente en pan y lentejas estuviera preparada en sus hogares. Allí no existían los lujos que era posible encontrar en Paleachora.

Sin embargo también allí Mike tomó contacto con la virtud de la generosidad. Por remoto que estuviera Kaloghriani, la distancia nunca era tanta para que no llegaran al pueblo hombres hambrientos. De vez en cuando un vagabundo perdido, procedente de las ciudades desesperadas, se presentaba en busca de comida. Nadie abandonaba el pueblo sin llevar consigo algo de trigo, que había comprado a un precio justo o que simplemente se le había regalado. Los sábados, Barba-Leonidas y los demás hombres del pueblo se dedicaban a cazar conejos para alimentar a aquellos que se atrevieran a acercarse al pueblo. Allí no existía la deshonestidad que llevaba a la opulencia a otros labriegos. La filosofía que sostenían era simple: si uno posee dos granos de trigo, debe compartir uno.

Y Mike Morrison aprendió la leyenda del lugar, una leyenda tan antigua como las colinas. Se encontraba en «el pueblo de los ladrones…».

Durante siglos los pobladores intentaron ganarse el sustento arrancando frutos de la tierra yerma, hasta que un muchacho del lugar, que se acercaba a la hombría, descubrió que la existencia era mucho más fácil si uno se dedicaba a robar en los pueblos vecinos. Así que, a lo largo de los años, los hombres perfeccionaron muchos métodos atrevidos y únicos de incursionar en otros pueblos. La presencia de un hombre de Kaloghriani resultaba

desagradable en toda la extensión de la provincia. El robo se convirtió en un arte y en parte de la cultura del pueblo. Prácticamente no existía ningún adulto de sexo masculino que no tuviera una entrada en la policía.

El anciano del pueblo, un hombre llamado Petro, había pasado cuarenta años entre rejas. Barba-Leonidas, admitía, avergonzado, varias condenas de cinco años en sus épocas juveniles, antes de que se convirtiera en un maestro en el arte del robo. El crimen no era el robo en sí, sino permitir que lo apresaran. Pero una vez preso, el hombre ganaba prestigio dentro de la comunidad en proporción con el número de años que pasaba en la cárcel. Y llegar a la prisión Averof de Atenas… ese era el logro supremo. Hasta el padre Greogorios, sacerdote y única persona culta del pueblo, era muy vago con respecto a los diez años que había pasado en Canadá.

Esa raza fabulosa de montañeses sin duda alguna descendía de los antiguos dioses griegos, porque Barba-Leonidas era de corta estatura comparado con los demás. Varios medían entre dos metros diez y dos metros cuarenta y vivían hasta los ochenta o noventa años sin padecer jamás una enfermedad grave.

Mike solía verlos cazar un conejo en plena huida desde una distancia de trescientos sesenta metros. Y a pesar de que se encontraba en condiciones de trabajar hombro a hombro con Barba-Leonidas, que tenía sesenta años, en una oportunidad cometió el triste error de tratar de vencerlo en una caminata. Los hombres de Kaloghriani eran capaces de caminar las veinticuatro horas del día sin detener la marcha, y podían subir los cerros a la misma velocidad a que los bajaban, sin verse obligados siquiera a respirar con dificultad.

Las mujeres trabajaban desde el amanecer hasta bien entrada la noche y eran muy fuertes y duras como sus hombres, pero su belleza se marchitaba muy temprano. Cuando nacía una criatura, pocos momentos después de que la madre abandonaba su trabajo en el campo, no había celebraciones, fiestas ni alegría. Porque en Kaloghriani todo: vida, muerte, casamientos, desastres, no eran más que acontecimientos que formaban parte de un día de trabajo de acuerdo con la voluntad del Señor. Tenían demasiado que hacer para poder sobrevivir, como para permitirse perder tiempo en canciones, bailes o lágrimas.

Y así, al finalizar el quinto día de la estancia de Mike, Barba-Leonidas anunció con toda tranquilidad que este era su hijo muerto.

—Mi otro hijo ha muerto (un asunto de poca importancia, porque la vida seguía su curso) y Dios me ha concedido otro nuevo.

Mike no pudo hacer nada para disuadirlo de esa lógica tan simple.

—¡Bah! Si los aliados están ganando la guerra, ¿por qué se baten en retirada? ¡Contéstame esto! ¿Por qué se retiran? ¡Sois unos imbéciles, unos Englezos imbéciles!

—No te olvides que la mayor parte del mundo libre todavía no ha entrado en la guerra.

—¡Bah! Si uno está ganando, avanza… y si uno está perdiendo, retrocede. Los aliados retroceden… ¡así que están perdiendo!

—Trata de meterte esto en tu dura cabeza, Leónidas, cuanto más extiendan los alemanes sus frentes de batalla, más difícil les resultará abastecerlos, y más debilitarán sus fuerzas. Por ejemplo, considera la marcha de Napoleón desde Moscú, en 1812.

—Y yo te contesto «¡bah! ¡bah! ¡bah!». Hablas como una mujer. Si yo estoy luchando por Kaloghriani y abandono el pueblo y corro a Dadi, estoy perdiendo… ¿sí o no…?, ¿sí o no…?

—¡Ay! ¡Por amor de Dios, Leónidas! ¡Sírveme otra copa!

Llegó el sábado. Mike se despertó temprano y esperó con ansiedad la llegada de Eleftheria. A media mañana, su ansiedad se convirtió en sospecha. Barba-Leonidas estaba extrañamente silencioso. Durante todo el transcurso de la semana, Mike notó que el gigante se molestaba cada vez que él mencionaba a la muchacha. Con la llegada de la tarde, se convenció de que había sucedido una de dos cosas: o bien Eleftheria estaba decidida a que él se quedara en Kaloghriani o Barba-Leonidas se encargaría de eso.

A media tarde, Mike ya no soportaba la situación y exigió que le explicaran lo que sucedía. Barba-Leonidas, incapaz de mentir de frente, se negó a contestar. Escogió un rifle y salió como tromba de la habitación, anunciando que se iba a cazar conejos.

Mike se volvió hacia Despo. La arrugada anciana levantó la mirada humildemente del telar.

—¿Dónde está Eleftheria? —preguntó Mike.

Despo sacudió la cabeza.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está? —Mike se erguía por sobre la figura agachada de la anciana—. ¡Maldita sea! ¡Dime dónde está!

—¡Estuvo aquí! —exclamó Despo—. Estuvo aquí a mediados de semana. Tú estabas trabajando en el campo. Barba-Leonidas le dijo que se fuera.

—¿Por qué?

—Porque eres su hijo y nunca podrás irte.

Ocho

Mike se paseó hecho una furia por la casa durante quince minutos. Despo se refugió en el silencio, pero sus manos volaban sobre el telar con cuyo trabajo pretendía calmar sus nervios. Barba-Leonidas lo tenía atrapado. No tenía forma de llegar a Dernica… ni siquiera sabía en qué dirección estaba. También comprendió que en el pueblo de Kaloghriani nadie le facilitaría la información. Ese intento de paternidad del gigante le planteaba un serio problema. A Mike no le quedaba más que un camino: ir a buscar a Leónidas y encararlo.

Salió como una tromba de la casa, decidido a encontrar a los cazadores. Pero debido a que le llevaban quince minutos de ventaja, no iba a resultarle fácil. Caminaban a una velocidad casi equivalente a la que alcanzaba él cuando corría.

Mike se alejó del pueblo siguiendo la dirección que los hombres tomaban por lo general cada vez que salían a cazar. Durante más de media hora los buscó en vano. Se alejó de los campos y se internó en los arbustos. Entonces, cuando el terreno empezó a elevarse, al llegar a la base del monte Kallidromon, se detuvo y comprendió que no tendría más remedio que esperar hasta que la partida de caza llegara a su fin.

El día era cálido, brillaba el sol, el aire estaba calmo y Mike no tuvo ganas de pasar el día encerrado en la casa con la única en compañía de Despo. Durante la semana muchas veces levantó la mirada de los campos para fijarla en la montaña e imaginó el espléndido paisaje que se podría contemplar desde la cima, así que empezó a trepar.

Empezó caminando ágilmente por un antiguo sendero que subía por una de las laderas y de tanto en tanto se detenía para beber agua de algún arroyo y para recobrar el aliento.

Siguió trepando hasta la tarde, cuando el terreno empezó a ser más escarpado. Consiguió llegar a un terraplén cerca de la cima, cruzó un terreno rocoso y se encontró frente a un muro que caía casi verticalmente.

Todo le resultó extraño. Siempre les tuvo pánico a las alturas, pero en ese momento no lo atemorizaban. Tuvo la sensación de que muchos de sus

miedos habían desaparecido en Paleachora y en Kaloghriani. Se dejó invadir por una oleada de entusiasmo mientras trepaba el muro rumbo a la cumbre.

Con la emoción de un conquistador, desde lo alto de la montaña pudo contemplar un espectáculo que cortaba el aliento. Al este estaba el azul mar Egeo sembrado de islas, y al oeste se contemplaba un regimiento de colinas. Permaneció un rato largo como electrificado por el paisaje y se dejó invadir por una sensación maravillosa. Por debajo de sus pies pasó una nube que desapareció como fantasma en la ladera de la montaña para reaparecer por el otro lado…

Mike permaneció mirando el paisaje… e interrogándose. ¿Qué extraño poder lo había sumido en todos esos acontecimientos? ¿Quién deseaba que él fuese testigo de todo eso? ¿Cómo definir esa sensación de hambre que lo agobió durante toda su vida y que ya no lo atormentaba?

Pensó en sus hijos. Al principio, cada vez que los recordaba se sentía torturado. Pero a medida que transcurrían los días empezaron a esfumarse de sus pensamientos. Se fueron convirtiendo en algo lejano, informe y casi desconocido. Sabía que los quería más que a nada en el mundo, pero también sabía que se había adaptado a la realidad de haberlos perdido.

Y entonces pensó en diecisiete hombres sentados ante elegantes escritorios o trabajando frente a archivos, o asistiendo a fiestas o codeándose con oficiales alemanes. Sin duda los británicos estaban desesperados por conocer esos diecisiete nombres. ¿Les habría fallado? ¿O habría actuado acertadamente? Tal vez había pecado por un exceso de prudencia, perdiendo semanas de tiempo. Lo ignoraba. Pero tenía que abandonar las colinas. Convencer a Leónidas por la fuerza no iba a resultarle una tarea sencilla. El día anterior, el gigante encabezó a los habitantes del pueblo cuando decidieron quemar una orden de los alemanes en la cual los obligaban a entregar un impuesto consistente en un cupo de trigo.

El único plan concreto que se le ocurría era enviar a Eleftheria a Atenas para que se pusiera en contacto con el doctor Harry Thackery. Pero incluso eso entrañaba un grave riesgo. Eleftheria no era una mujer excesivamente inteligente, y si se le llegaba a presentar algún problema no sabría cómo resolverlo.

«¿Tengo derecho a utilizarla… a arriesgar su vida?», se preguntó. Mucha gente ya había muerto por causa de la lista Stergiou. La vida no tenía importancia en esa lucha por descubrir los nombres que la componían. Pero, se contestó Mike, si Eleftheria supiera lo que estaba en juego, ella misma querría ir a Atenas.

Solo un hecho quedaba en pie. La vida de Mike y la de Eleftheria no tenían importancia frente a la necesidad de entregar esos diecisiete nombres a sus auténticos destinatarios.

Mike contempló por última vez el paisaje e inició el descenso de la montaña.

Cuando llegó a la casa, ya estaba oscuro. Al oírlo entrar, Barba-Leonidas levantó la mirada, pálido como el papel. Pero al verlo, en su rostro apareció una expresión de inmenso alivio que contradecía su aparente indiferencia.

—Estaba por salir a buscarte. En el futuro no andes vagando por las colinas a menos que yo te acompañe. —El gigante se sentó a comer. Mike permaneció de pie a su lado.

—Mañana irás a Dernica a traer a Eleftheria.

—Siéntate a comer y no hables tanto.

Mike aferró a Leónidas por la camisa y levantó en vilo a ese corpachón de ciento cincuenta kilos de peso:

—Vas tú a Dernica, o iré yo.

Barba-Leonidas miró a Despo y se encogió de hombros.

—¡Loco!… ¡se ha vuelto loco!

Despo se acercó a la puerta, lista para alejarse de allí.

—¡Te digo que te sientes a comer! Si necesitas tan desesperadamente a una mujer, te conseguiré alguna después de la cena. Te traeré una docena para que elijas la que quieras… y hasta te prestaré mi cama.

Leónidas se sentó y mojó el pan en el recipiente de lentejas. Luego se lo metió en la boca.

—Muy bien… entonces me voy… me iré enseguida.

Leónidas levantó lentamente la mirada y la clavó en Mike, mientras una expresión de profundo dolor se extendía por su rostro.

—¿Qué te pasa, Jay?

—Créeme, amigo. Te tengo muchísimo cariño, pero debo llegar a Atenas.

Leónidas jugueteó con su pan, después lo dejó caer y se rascó la cabeza.

—¿Quieres… quieres irte? ¿Realmente quieres irte?

—Debo irme.

—¿Por qué dices tonterías? —exclamó el gigante casi en un sollozo—. ¿Por qué debes irte?

—Porque soy soldado. Es mi deber.

—¡Bah! ¿Qué clase de soldado eres tú? ¿Qué crees que vas a lograr? Ni siquiera eres capaz de darle a un conejo a cincuenta metros de distancia con mi mejor rifle Englezos.

—Ya he visto un pueblo reducido a cenizas por mi culpa.

—¿Así que temes que incendien este establo? Despo y yo viviremos entre los arbustos. Ya lo hemos hecho antes, y en muchas oportunidades. A veces pienso que era más feliz entonces que ahora, cuando trato de sembrar trigo entre estas rocas. No, Jay… será mejor que te quedes con nosotros para siempre.

Mike se acercó lentamente a la mesita que había cerca de su cama y empezó a reunir sus posesiones. Dos pipas, dos pistolas y el rollo de dracmas. Separó un millón de dracmas para su uso personal y dejó el resto sobre la mesa para Leónidas. Después se encaminó a la puerta.

Leónidas se puso de pie y le bloqueó el paso.

—¡Siéntate! —rugió.

Despo, que conocía ese tono, huyó.

—Estás en mi camino Leónidas. No me obligues a pegarte.

—¡Siéntate o te mataré!

Leónidas corrió hacia el hogar, levantó un enorme atizador y lo blandió mientras lo maldecía. Mike levantó lentamente la pistola y le apuntó.

El pueblo se reunió frente a la casa. Una delegación de vecinos llamó a la puerta y les pidió a los dos que se calmaran.

Durante un largo rato ambos permanecieron mirándose fijamente. Por fin Leónidas se volvió y arrojó el atizador al suelo.

—Fuiste igual que un hijo para mí —murmuró—. ¿Cuánto crees que podrás alejarte de aquí, Jay? ¿Alguna vez has visto a un griego rubio que baje de estas colinas?

Mike no contestó.

Despo, que por lo general no demostraba ninguna clase de emoción, sollozaba abiertamente.

—¡Sal de esta habitación! —ordenó Leónidas.

Por fin se volvió hacia Mike. Por primera vez Mike percibió en su rostro rastros de cansancio y del paso de los años. El gigante agachó los hombros y lanzó un suspiro a través de su desordenada barba.

—Siéntate a comer, Jay. Yo iré a Dernica en cuanto tenga tiempo.

—¿Cuándo?

—Muy bien… iré mañana.

Nueve

Eleftheria se sentía terriblemente incómoda con su nuevo vestido ciudadano y su maquillaje mientras esperaba en la fila de inspección de la Terminal Larissis de Atenas. Delante de sí y a sus espaldas formaba fila una cantidad de extenuados habitantes de la ciudad que regresaban de su excursión por el campo en busca de alimentos.

La muchacha jugueteaba nerviosamente con el cierre de su cartera nueva, mientras la cola avanzaba hacia los escritorios donde los inspectores alemanes, italianos y griegos examinaban los salvoconductos y el equipaje de los viajeros.

Por fin le llegó su turno frente al escritorio de uno de los inspectores: un alemán, vestido de civil. Colocó frente a él su salvoconducto, el hombre alzó la mirada y la clavó en la muchacha. Constituía un cambio agradable después de todos los que acababan de pasar, y en sus ojos había más lujuria que curiosidad. Eleftheria desvió la mirada.

—¿A qué ha venido? —preguntó él, con tono perentorio.

—A visitar a unos parientes —contestó ella, con voz casi inaudible.

El hombre señaló su cartera, cuyo contenido volcó sobre la mesa. Entre otras cosas cayó un importante paquete de dracmas.

—Esto es mucho dinero.

Eleftheria no contestó.

—¿De qué se ocupa?

—Soy la esposa de un labrador.

—Por lo visto hoy en día ustedes, los labradores, viajan todos a Atenas con fortunas en los bolsillos.

La joven hizo un enorme esfuerzo por disimular la inquietud que la sobrecogía.

—Abra su maleta —ordenó el inspector.

La revisó. Encontró ropa interior y las cosas de uso habitual en las chicas de las grandes ciudades. Siguiendo las instrucciones de Jay, Eleftheria las había comprado en Dadi.

—Puede cerrarla.

Le devolvió el salvoconducto y miró con cansancio la larga cola de viajeros que todavía debía inspeccionar. Encendió un cigarrillo y le sonrió a la muchacha.

—¿Y dónde piensa alojarse durante su estancia en Atenas, jovencita?

Ella hizo una breve pausa.

—En casa de mi tía.

—Y… este… ¿le gustaría recorrer la ciudad conmigo?

—En casa de mi tía me espera mi esposo.

—¡Siga! ¡Que pase el siguiente!

Eleftheria cruzó la atestada terminal, leyendo los carteles indicadores. Todo le resultaba sumamente extraño, excitante y atemorizante. Eleftheria solo había estado una vez antes en la capital, y de eso ya hacía años. Su expresión de ansiedad la rodeaba de un aura solemne que disuadía las miradas amorosas que le dirigían múltiples soldados alemanes e italianos.

Salió a la calle y miró a su alrededor. Vio una larga fila de taxis vacíos. Tomó uno.

Mientras el taxi se ponía en marcha, Eleftheria simuló indiferencia ante todas las cosas sorprendentes que estaban sucediéndole. La gran ciudad y sus múltiples edificios… el automóvil en el que viajaba. Hasta ese momento solo había viajado tres veces en automóvil, aunque en varias oportunidades anduvo en el camión de su tío Christos.

—Por favor, lléveme a la Sociedad Arqueológica Norteamericana —pidió.

El automóvil se alejó con rapidez del congestionamiento de tráfico que rodeaba la terminal y cruzó la ciudad hacia el este por la amplia avenida Leoforos Alexandrou. Ella trató de relajarse y recordar todas las instrucciones que Jay le había dado. Pensó que debía llevar a cabo a la perfección la tarea que se le había encomendado.

Después de algunos instantes, doblaron a la derecha y viajaron a lo largo de la zona boscosa que atravesaba el barrio distinguido de Kolonaki.

El coche pasó lentamente frente a múltiples edificios: el hospital norteamericano, las exescuelas tuvo frente a una construcción común de dos pisos de ladrillo rojo.

El conductor se mostró bastante irritado durante el viaje por lo poco comunicativa que estuvo Eleftheria, pero en su rostro se pintó una amplia sonrisa ante la generosa propina que la joven le ofreció. Cualquiera que tuviese conexión con los norteamericanos siempre daba buenas propinas.

El taxi se alejó. Eleftheria se mordió los labios. Se encontraba frente a una verja de hierro cerrada con candado. El corazón le latía con fuerza. Vio una pequeña entrada lateral y un corto sendero que conducía a la casa. Se acercó a él con la sensación de que caminaba sobre brasas encendidas.

Abrió la inmensa puerta y se quedó parada en el vestíbulo lleno de estatuas, cuadros y extraños trozos de mármol. De las paredes colgaban gran cantidad de documentos enmarcados que ella no sabía descifrar. El lugar era amplio, ventilado, oscuro y rígido y aumentaba su sensación de incomodidad. Una mujer de mediana edad, que obviamente no era griega, estaba sentada detrás de un pequeño mostrador con audífonos puestos. Había un escritorio cubierto de papeles. Eleftheria se acercó con gran cautela. La mujer levantó la mirada.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Yo… deseo ver al doctor Harry Thackery —susurró la muchacha.

—¿Su nombre, por favor?

—Me llamo Eleftheria.

—¿Eleftheria qué?

—Eleftheria Yalouris.

—¿El doctor le ha concedido una entrevista? —preguntó la mujer, mirando a la incómoda campesina parada frente a su escritorio.

—No. No me conoce.

—Un momento, por favor —dijo la mujer. Se levantó y desapareció tras la puerta de dos hojas que conducía a un largo corredor. A Eleftheria le resultó extraño que una mujer pudiera permanecer sentada en ese cuarto, fumando un cigarrillo… pero estaban sucediendo tantas cosas extrañas…

—Lo lamento, pero el doctor Thackery no puede recibirla.

Eleftheria revisó su cartera mientras se apoyaba alternativamente en un pie y en el otro. «¿Por qué me mirará así esta mujer?», pensó. Trató de pensar en lo que Jay le había dicho.

—¿Y cuándo podré verlo? —Eso era justamente lo que debía decir.

—Me temo que está demasiado ocupado. Está preparando una expedición arqueológica.

Eleftheria recordó que cuando era pequeña había visto a algunos extranjeros cavando alrededor de Dernica. Antes de la guerra, los extranjeros siempre andaban cavando por toda la provincia. La gente no hacía más que hablar del tema.

—Pero… pero… he hecho todo el viaje desde Dadi. Esto es muy importante.

Oyó que de una extraña caja que había sobre el escritorio surgía un zumbido. La mujer lo detuvo introduciendo un trozo de metal dentro de un agujerito. La puerta se abrió y entraron dos hombres que no eran griegos, que se sentaron y empezaron a hojear unas revistas.

La recepcionista levantó la mirada y vio que Eleftheria seguía parada frente al mostrador.

—¿Por qué asunto desea ver al doctor Thackery?

—Se trata de un asunto personal y de gran importancia… y he viajado un largo trecho para verlo.

La mujer se encogió de hombros y de nuevo desapareció detrás de la puerta doble.

—Sígame, por favor —dijo al volver.

La mujer caminó ágilmente a lo largo de un pasillo alfombrado, pasó frente a varias puertas con pequeñas chapas de bronce donde se leían nombres de funcionarios, abrió una de ellas y le hizo señas a Eleftheria de que entrara. Después cerró la puerta a espaldas de la muchacha.

La habitación estaba en penumbras. Las pesadas cortinas se encontraban cerradas. El cuarto producía una sensación de rigidez y su aspecto era netamente Victoriano. La única luz procedía de una pequeña lámpara de escritorio. Detrás del escritorio estaba instalado un hombre. Era delgado y de aspecto macilento. Su pelo raleaba y tenía el rostro huesudo. Miró a Eleftheria con frialdad.

—¿Deseaba verme? —preguntó con una voz carente de inflexiones.

—¿Usted es el doctor Harry Thackery?

—Así es.

Ella se mordió las uñas y se concentró con fuerza para repetir las palabras exactas de Jay.

—Un gran amigo mío —empezó a decir, temblorosa— se aloja en casa de mi primo. Desea venir a Atenas. Me dijo que un amigo mutuo le indicó que viniera a verlo a usted.

—Siéntese, muchacha.

Ella se sentó en la punta de una silla de caoba frente al escritorio y a partir de ese momento pudo observar realmente a ese hombre que parecía un zombi.

—¿Y dónde se aloja ese amigo suyo?

—En Kaloghriani.

—¿Kaloghriani?

—Sí, es un pueblo muy distante. Se encuentra en la provincia de Larissa.

El hombre abrió sus delgados labios.

—Hábleme de ese amigo suyo.

—Es un soldado británico. De nueva Zelanda.

El rostro de Thackery permaneció impertérrito.

—Usted está hablando con la persona equivocada, jovencita. Si su amigo es soldado británico, estaría contra la ley traerlo a Atenas. Norteamérica no está en guerra con Alemania y yo soy norteamericano…

—Pero mi amigo dice que…

—Lo lamento. Yo no puedo ayudarla. Y le aconsejo que abandone Atenas. Este tipo de cosas puede crearle grandes problemas.

Eleftheria se puso de pie, intrigada. Empezó a caminar hacia la puerta, pero después se volvió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ese amigo en común que tenían ustedes… un escocés…

Silencio.

Eleftheria sintió que la mirada fija de ese hombre tan extraño que permanecía sentado detrás del escritorio, amparado por las sombras que proyectaba la lámpara le erizaba la piel.

—¿Y por qué desea venir a Atenas su amigo?

Ella sintió una extraña sequedad en la boca cuando la abrió para contestar.

—Me indicó que le dijera que tiene diecisiete excelentes motivos por los que quiere venir.

Thackery se puso de pie.

—Espéreme aquí. Regresaré dentro de un momento.

No era alto ni bajo, pero su delgadez le proporcionaba el aspecto de un hombre de respetable estatura. Eleftheria se sentía confusa y lo único que quería era estar de nuevo en el tren de camino hacia su pueblo y no volver a tener nada que ver con esa gente tan extraña. Lamentaba haber viajado a Atenas.

El doctor Harry Thackery cruzó el vestíbulo y se dirigió a otra oficina.

Allí, un hombre de apellido Thanassis escuchaba con audífonos puestos. Se levantó al ver a Thackery.

—Ya la oíste —exclamó Thackery—. ¿Qué opinas?

—No me cabe duda de que se trata de Morrison —contestó Thanassis.

—Gracias a Dios que todavía está vivo. Yo ya estaba por abandonar toda esperanza.

—Necesitamos desesperadamente esa información —dijo Thanassis—. ¿Qué haremos con la muchacha?

—¿Nuestros compañeros de viaje están afuera? —preguntó Thackery, refiriéndose a los agentes de la Gestapo que los vigilaban constantemente.

—Están allí, como siempre.

—Será mejor pedir un automóvil. Tendremos que hacer que esa muchacha salga pasando inadvertida. No podemos arriesgarnos a que se apoderen de ella. Que alguien se ponga en contacto con Lisa y le ordene que se reúna con nosotros en lo de Papa-Panos. Pienso mandarla inmediatamente en busca de Morrison.

Tercera parte

Uno

Lisa Kyriakides escuchó con atención las instrucciones que le impartía el doctor Thackery.

Lisa pensó que toda esa misión era sumamente extraña, rodeada de demasiados misterios y de cosas no dichas. Era la primera vez que el doctor Thackery se guardaba parte de la información. Pero a ella le constaba, en el corto tiempo transcurrido desde que se formó la Resistencia, que uno de los requisitos indispensables era obedecer sin hacer preguntas. Así que se abstuvo de interrogarlo; sin embargo, el asunto no le gustaba.

Tener que viajar hasta la distante provincia de Larissa simplemente para acompañar a la capital a un fugitivo británico era algo difícil de creer. «Tal vez se trate de un oficial de alto rango o de algún funcionario de la Nueva Resistencia… tal vez no sea un fugitivo», pensó Lisa.

Thackery abrió sus labios delgados…

—Saldrá para Dadi esta misma noche. Cuando llegue estará esperándola una muchacha llamada Eleftheria Yalouris. Ella viajará con usted hasta un pueblo llamado Kaloghriani. Le presentará a un hombre a quien solo conocerá por el nombre de Vassili. Usted se identificará como Helena. No debe hacerle preguntas.

Lisa asintió mientras estudiaba la cara pétrea del profesor.

—Nuestra gente en Dadi se encargará de preparar sus papeles de viaje, su salvoconducto y de modificar su apariencia física. Sobornarán al personal del tren en que viajen. Usted no debe ahorrar ningún esfuerzo para procurar que llegue sano y salvo. ¿Está claro?

—Sí —susurró Lisa.

—Una vez que lleguen a Atenas, llévelo a lo de Lazarus y póngase inmediatamente en contacto conmigo.

—Muy bien.

—¿Alguna pregunta?

—Creo haberlo comprendido todo.

Lisa repitió las instrucciones recibidas y revisó sus papeles y su dinero.

Papa-Panos, el pequeño sacerdote, entró en la habitación.

—Vamos hijos —dijo—. Es hora de comer.

—Sí —accedió el doctor Thackery—. Será mejor que coma y me vaya de una vez. No quiero mantener demasiado tiempo parados en la lluvia a mis dos amigos alemanes.

Salieron de la habitación, rumbo a la cocina. Antes de entrar, el doctor Thackery se volvió repentinamente y se dirigió a la mujer.

—Lisa, hoy parece angustiada. ¿Le sucede algo?

—No… no… por supuesto que no.

—Otra cosa, Lisa. En el caso de que algo anduviera mal, si le parece que es inminente que lo capturen… debe matarlo. Ese hombre no debe ser capturado con vida por los alemanes.

Cuando entraron en la cocina, en la mente de Lisa se forjaba un plan a velocidad increíble. Un plan mediante el cual conseguiría salvar a sus hijos… pero que la convertiría en una traidora…

Konrad Heilser lanzó un quejido y se enderezó sobre el sofá cama, sentándose. Le dolía la cabeza. Tenía los ojos irritados. Caminó con paso vacilante hasta el inmenso escritorio con tapa de mármol y se dejó caer en el sillón giratorio. Desde una fotografía parecían observarlo su regordeta y familiar esposa alemana y sus tres regordetes y familiares hijos alemanes. Guardó la fotografía en el cajón superior del escritorio del que sacó un sobre de polvos contra el dolor de cabeza.

¡Qué fiesta tan maravillosa había sido! Pero ¿valía la pena, considerando el dolor de cabeza que sentía en ese momento? Mezcló el agua con los polvos y lo bebió, con una mezcla de desagrado. ¡Polvos griegos contra el dolor de cabeza! «¡Esta gente es incapaz de hacer nada bien!».

Zervos, ese cerdo gordo, había organizado una orgía de cuatro días para celebrar la adquisición de su nueva casa de apartamentos. Zervos vivía en un ático de diez habitaciones, construido y amueblado en un estilo ultramoderno y odiosamente sembrado de antiguas obras que exhibía junto a piezas surrealistas. Era verdaderamente el museo de un loco.

Participaron todos los del Alto Comando. De repente Zervos había adquirido gran popularidad gracias a sus regalos, sus excesivas muestras de efusividad y los favores que dispensaba. El juego de extorsiones a que sometía a las opulentas familias griegas lo catapultó de la noche a la mañana, convirtiéndolo en millonario.

¡Ah! ¡Pero las putas! «Zervos conoce a sus prostitutas», tuvo que admitir Heilser para sus adentros. Al recordar la fiesta, Heilser esbozó una sonrisa. Una nueva mujer que había encontrado allí le resultó muy satisfactoria, mucho más satisfactoria que las tres anteriores.

Pero enseguida, la sonrisa de Heilser se convirtió en mal humor. ¡Zervos, ese zarrapastroso! ¡Un mezquino empleado público! Zervos crecía demasiado, y con demasiada rapidez. Obtenía el favor de todo el mundo con la promesa de fiestas aún más fabulosas. En ese momento todos buscaban a Zervos… ese cretino gordo.

Él se encargaría de hacerlo andar derecho, le demostraría a ese cerdo griego quién era quién. Zervos le había prometido a Heilser diez millones de dracmas para que le permitiera seguir adelante con su pequeño juego de extorsiones. Heilser le exigiría que le pagara el doble.

Pero Heilser sabía que Zervos ya había adquirido demasiado poder. También sabía que el gordo era demasiado valioso para asesinarlo. Tenía las manos metidas en todo. Y él recibiría diez millones de dracmas mensuales. Heilser decidió que no iba a tocar a Zervos, pero que lo mantendría bajo control… eso sin duda alguna.

Konrad Heilser hojeó los papeles que tenía sobre el escritorio. Había fugitivos por todas partes. Esos británicos inmundos vagaban a lo largo y ancho del país. Y en ese momento tenía informes del nacimiento de un Movimiento de Resistencia Clandestina, que día a día era más activo.

Pero ese no era el problema principal. El problema principal lo constituían los griegos que trabajaban dentro del Comando Alemán y que pasaban información a los aliados. ¿Quiénes eran?

¿Y dónde estaría el norteamericano en ese momento? Cada día que permanecía en libertad la amenaza era mayor. Si esos nombres llegaban a caer en manos de los británicos, la situación sería un infierno. Convertiría su trabajo en una pesadilla. No habría manera de detener un movimiento de Resistencia que conociera de antemano los movimientos alemanes. ¿Qué le sucedería a esa gente? ¿Por qué se resistía? Sin ir más lejos, el día anterior había firmado la orden de destrucción de dos pueblos del distrito de Aetolia-Acarnania, por ocultar fugitivos y resistirse al pago de los impuestos sobre el trigo. Y sin embargo, seguían oponiéndose.

Una vez que se apoderara del norteamericano… y una vez que conociera la lista Stergiou, estaría en condiciones de retrasar en dos años las tareas de la Resistencia.

Heilser todavía tenía el presentimiento de que Morrison se pondría en contacto con alguien de Atenas. El alemán conocía los contactos lógicos y les permitía que siguieran operando abiertamente. Le habría resultado muy simple detenerlos y arrojarlos a la cárcel de Averof, pero se negaba a hacerlo hasta haber encontrado al norteamericano.

Oyó que alguien llamaba a la puerta. Entró Zervos.

Heilser le dirigió una mirada de disgusto. Parecía un idiota. Su traje y chaleco, bien cortados por un sastre, eran de un color extraño y estaba más gordo que nunca. Usaba alfiler de corbata de brillantes, gemelos de brillantes y cuatro anillos de brillantes. Zervos se acercó al escritorio de Heilser sin rastro de su anterior temor.

—Estamos citados para encontrarnos con Lisa Kyriakides dentro de una hora, Konrad. —Zervos se vanagloriaba de su estatus recién adquirido que le permitía dirigirse a Heilser por su nombre de pila.

Heilser sintió una profunda repulsión y se recordó que muy pronto tendría que hablar con ese cerdo griego sobre sus pretensiones.

Zervos conocía el interés personal que el alemán tenía en Lisa y lo acicateó.

—Bueno, Konrad —dijo con un suspiro burlón—, creo que ha llegado el momento de que nos encarguemos de ella.

—Yo todavía dirijo este departamento, señor Zervos. En tanto exista la posibilidad de que alguna de esas personas nos conduzca a Morrison, no podemos tomar ninguna medida contra ellos.

—Pero en el caso de Lisa —continuó diciendo Zervos—, ella no nos proporcionará ninguna información. Y usted lo sabe. Es una tontería permitirle que ande dando vueltas y en libertad. Lo mínimo que podemos hacer es ordenar que la vigilen.

—¡No sea imbécil! Si la hacemos vigilar, la Resistencia se enterará a los cinco minutos. No, Zervos, en tanto conservemos a sus hijos en nuestro poder, ella nos obedecerá.

Zervos continuó azuzando al furibundo alemán.

—¿Y por qué no hacemos desaparecer a uno de esos chicos? Eso la obligaría a recuperar el sentido común. Estoy *convencido* de que cooperaría con más entusiasmo si uno de sus hijos desapareciera.

Heilser sabía que eso era lo acertado, pero también destruiría cualquier posibilidad de que ella aceptara ser su amante. Y él pensaba en ella constantemente y no poseerla le resultaba un tormento.

Zervos sonrió y le ofreció un cigarrillo.

—La actitud de esa mujer es bastante irrazonable, Konrad. Y ya le he ofrecido cincuenta millones de dracmas para que… este… comparta mi apartamento. Es una mujer muy, muy difícil.

—¡Cállese la boca!

Dos

Lisa Kyriakides cruzó la plaza Constitución en dirección a la hilera de tiendas de la calle Hermes. Los hombres —griegos, alemanes e italianos— al verla pasar se volvían a mirarla. Ella mantenía la mirada al frente, sin ignorar ni aceptar las expresiones de admiración que despertaba a su paso. Porque Lisa había sido bendecida con una belleza sorprendente y poco común que quedaba grabada hasta en la memoria de los que la habían visto como un rostro más en medio de la multitud.

Su perfil estaba tallado a la perfección y rodeado de un halo de cabello dorado… cosa nada común en una griega. Su piel era de un tono oliváceo, pero algo más clara que la de la mayoría de sus conciudadanas. Se movía a lo largo de la calle Hermes con la gracia y el porte de una mujer de la nobleza.

Lisa era delgada, casi en exceso. Pero esa delgadez no hacía sino aumentar su belleza. En sus ojos había una expresión de profunda tristeza. Sus manos, casi demasiado esculturales como para ser de carne y hueso, parecían expresar sus emociones, aun cuando caminara.

Lisa se detuvo frente a la vidriera de la casa de modas de Antón, el seudofrancés que garantizaba a su opulenta clientela los últimos modelos recibidos de París.

Un oficial alemán se le acercó con aire dubitativo, con la esperanza de poder presentarse. Lisa lo detuvo con una mirada gélida que lo obligó a cruzar la calle como si huyera.

Ella respiró hondo, apretó los labios para contener los sollozos y después abrió la puerta de la tienda y entró en el salón de recepción cubierto por una espesa alfombra.

Antón salió a recibirla y la saludó con una profunda reverencia. Ella lo siguió hasta más allá del sofisticado salón de exhibiciones donde una música suave acompañaba los movimientos de una modelo que desfilaba ante una clienta. Ambos recorrieron un largo corredor que, después de pasar junto a los cuartos de costura y los camarines de pruebas, conducía a la oficina de Antón.

—Siéntese, por favor —pidió Antón con voz aguda—. Llegarán de un momento a otro. —Volvió a hacerle una reverencia y salió.

Lisa se instaló en un sofá de cuero y enterró el rostro entre las manos. Por sus orgullosas mejillas rodaron lágrimas. Pero a los pocos instantes y tras un esfuerzo evidente, recobró la compostura y se dirigió al bar en busca de una copa.

Clavó una mirada inexpresiva en la pared.

¿Qué le quedaba para seguir viviendo?

Todo comenzó el día después de la entrada de los alemanes en Atenas. Manolis Kyriakides, su marido y padre de sus dos hijos, mostró entonces sus verdaderos ideales.

El padre de Lisa, dueño de una pequeña fábrica, se negó a hacer negocios con los alemanes. Para ello destruyó una gran cantidad de patentes necesarias para el enemigo.

Eso fue lo que Manolis esperaba que sucediera, y lo esperaba desde el día de su matrimonio con Lisa. En el término de una semana, Manolis pasó a controlar la fábrica como premio por haber colaborado con los alemanes. Fue gracias a las informaciones proporcionadas por Manolis que el padre de Lisa aterrizó en la prisión de Averof. Allí el anciano solo sobrevivió algunas semanas negándose hasta el momento de su muerte a divulgar las patentes.

Una semana después de la muerte de su padre, Lisa se enteró de la verdadera historia por mediación de una amiga. Al principio Manolis trató de negar su participación, pero Lisa sabía la verdad. Hacía mucho que conocía la avaricia y las ambiciones de su marido.

Lo abandonó, se llevó a los chicos y se ocultó en un apartamento en Atenas. Fue una de las primeras en enrolarse en el nuevo Movimiento de la Resistencia.

En menos de una semana, la Gestapo la encontró.

Manolis, que en ese momento gozaba del total favor de los alemanes, obtuvo la custodia de los niños. Y tan grande era la influencia de Manolis Kyriakides, el colaboracionista, que a Lisa se le perdonó la vida. Manolis presentó el caso ante el mismo *Herr* Heilser. Sí, Manolis era un hombre estupendo. No eran muchos los maridos capaces de hacer eso por una mujer que los había abandonado.

Pero detrás de las súplicas de Manolis por su mujer había un motivo, como hubo siempre un motivo para cada cosa que hizo en su vida. Él sabía lo que sucedería en cuanto Heilser la viera. Calculaba que Heilser se enamoraría locamente de ella, lo mismo que todos los demás hombres. Y sabía que continuaría gozando del favor de Heilser en cuanto el alemán viera a su mujer.

Pero Lisa arrojó un balde de agua fría sobre las pretensiones de Heilser de convertirla en su amante. Sin embargo, el alemán le permitió seguir con vida. Tarde o temprano ella cambiaría de idea y Konrad Heilser era un hombre paciente y persistente. Valía la pena esperar a Lisa.

Su captura fue tan veloz que pasó inadvertida para la Resistencia. Ignoraban que ella estaba obligada a informar a Zervos y a Heilser. Zervos fue el autor del encantador plan de apoderarse de los hijos de la muchacha para mantenerlos en calidad de rehenes.

Todo eso giraba en la mente de Lisa como una pesadilla espantosa. Al principio pensó en la posibilidad de suicidarse; pero un suicidio hubiera puesto en peligro la vida de sus hijos. No cabía duda de que tarde o temprano Manolis se extralimitaría y era un individuo demasiado débil como para alzar un dedo en defensa de los chicos. ¡Y ella no podía sentenciar a muerte a sus propios hijos!

Pero en cambio podía seguir jugando en ambos bandos. Evitando los interrogatorios de Heilser y de Zervos. Mintiéndoles. Hasta ese momento no la habían seguido, pero ¿cuánto tiempo duraría eso? ¿Cuánto tardaría Konrad Heilser en asesinar a sus hijos?

¿Y si su propia gente llegaba a enterarse del doble papel que estaba desempeñando y moría en sus manos, como traidora?

Existía una posibilidad de salida… la posibilidad de salida de Manolis. Convertirse en la mantenida de Konrad Heilser. Lisa apretó los dientes al pensar en el rostro lascivo del alemán.

El Mercedes Benz negro se detuvo frente a la casa de modas de Antón. De él descendieron Heilser y Zervos, flanqueados por sus guardaespaldas.

Antón les dedicó una profunda reverencia. Ante ese tratamiento, Zervos reaccionó favorablemente. Después de todo, Antón no tenía demasiados clientes como él.

—¿Ha llegado? —preguntó Heilser.

—Sí, señor… sí, señor…

Pasaron junto al propietario de la casa de modas y recorrieron el corredor en dirección a la oficina.

Lisa se irguió ante ellos como una fría estatua. Al verla, el corazón de Heilser se detuvo por un instante.

—¡Bueno! —exclamó.

—No tengo nada que informar. No han establecido contacto conmigo.

—¡Vamos, Lisa! —intervino Zervos—. Esa es la misma historia que nos contó durante nuestro último encuentro.

—Y ahora, basta de mentiras, Lisa —acotó Heilser.

—Ya les expliqué varias veces que establecen contacto conmigo a través de una persona que utiliza un nombre falso. No puedo adivinar dónde ni cuándo lo harán ni para qué. Desde que ustedes me dejaron en libertad no he tenido noticias de ellos —mintió—. Tal vez sepan que me tuvieron prisionera.

—¡Basta de mentiras!

—¿Quiere que en la próxima reunión le traigamos la cabeza de uno de sus hijos? —ladró Zervos.

Pero Lisa no reaccionó como él esperaba. La mujer no demostró el menor temor. Volvió a hablar en un tono de voz completamente tranquilo.

—Estoy dispuesta a mantener el trato que hemos hecho en tanto ustedes también lo mantengan.

El alemán y el griego no tuvieron más remedio que detener sus amenazas, en vista de la valentía y la tranquilidad de Lisa.

—Espere afuera —ordenó Heilser a Zervos.

El alemán se paseó de un lado a otro de la habitación, después se instaló frente al escritorio de Antón y dirigió a la muchacha una de sus sonrisas más encantadoras. Lisa permaneció inmóvil.

—Querida mía, está creándose grandes dificultades sin ningún motivo. Sinceramente, Lisa, me gustaría creer en la historia que nos cuenta. Créame que me gustaría. No la he hecho seguir. Cumplí con mi promesa, ¿no es cierto?

Ella no contestó.

—Lisa, querida. Usted sabe que estoy tratando de ayudarla… de protegerla.

—No estoy pidiéndole nada. Hicimos un trato. Los mantendré informados siempre y cuando me permitan ver a mis hijos.

Heilser lanzó un suspiro y simuló comprensión.

—Espero que se encuentren bien.

Entonces se puso de pie abruptamente. Al pensar en la posibilidad de tenerla en la cama con él, se enardeció. Rodeó el escritorio y se puso frente a ella. A Lisa se le erizó la piel cuando él estiró la mano para pasársela por los hombros, por el cabello y por las mejillas. La mandíbula de Heilser tembló al intentar hablar.

—Lisa… yo… yo estoy dispuesto… a hacer cualquier cosa…

Intempestivamente la abrazó y enterró sus labios en el cuello de la muchacha.

Ella permaneció absolutamente rígida.

Heilser retrocedió y la miró a los ojos, suplicante. La respuesta de Lisa fue una mirada llena de odio y de desagrado.

Heilser alzó una mano y le dio una bofetada en la mejilla. Ella ni siquiera reaccionó. Él se dio la vuelta y salió de la habitación dando un portazo.

Lisa cerró los ojos y se sostuvo al borde del escritorio para no caer. Como en un trance se acercó a la ventana y observó el largo automóvil negro que se alejaba. Sabía que el tiempo se le acababa y que tenía que llegar a una decisión.

Entonces se le ocurrió una idea… una salida. Su misión… el hombre a quien debía acompañar a Atenas. Sin duda ese individuo debía de ser importante para los alemanes. Tal vez, sin que la Resistencia se enterara, ella podría pasar un informe. Tal vez pudiera llegar a un acuerdo con los alemanes a cambio de entregarlo. Si ese hombre era lo suficientemente importante, ella quizá pudiera hacer un trato para que le devolvieran a sus hijos. Se mudaría a otra zona de Grecia. La Resistencia no necesitaba enterarse jamás…

Tres

Eleftheria enterró el rostro entre sus manos y lloró.

—¡Nunca volveré a verte! —exclamó.

Mike se arrodilló junto a la silla en que estaba sentada.

—Eleftheria —dijo con suavidad—. Tú me cuidaste cuando yo estaba enfermo… arriesgaste tu vida por mí… ¿qué puedo decirte?

Ella le arrojó los brazos al cuello y enterró la cabeza de Mike en su pecho.

—¡Llévame contigo! ¡Llévame contigo!

Mike se liberó de su abrazo. Se puso de pie y le dio la espalda.

—Te pido por favor que no lo hagas más difícil de lo que ya es… ¡por favor!

—¡Tú no me amas!

—Que te ame o que no te ame no establece ninguna diferencia.

—¡Pero tú no me amas!

Él se volvió lentamente, la encaró e hizo un movimiento negativo con la cabeza: no.

Durante largo rato todo quedó sumido en el silencio.

La muchacha se acercó a la amplia chimenea. Enderezó la espalda y alzó la cabeza.

—Volveré a Dernica. Allí hay un muchacho que quiere casarse conmigo. Ha querido casarse conmigo desde que éramos… —Le falló la voz y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Mike se le acercó. Le apretó los hombros con las manos. Después se volvió y salió rápidamente de la habitación.

Barba-Leonidas gruñía mientras colocaba un cuarto de horma de queso en el paquete que estaba preparando para Mike. En sus gruñidos afirmaba que no confiaba en las mujeres en general y en particular en las mujeres que vivían en grandes ciudades.

La anciana Despo empezó a llorar a gritos frente al telar.

—¡Sal de esta casa si quieres llorar, vieja! —gritó el marido—. Dos rubios en un tren lleno de griegos —murmuraba Barba-Leonidas mientras

anudaba los extremos del paquete atado—. ¡Ni siquiera los italianos son tan estúpidos!

Lisa permanecía en silencio mientras la escena se desarrollaba ante sus ojos. Sin duda la aldeana descalza que observaba desde la puerta estaba enamorada de Mike. «Es probable que hayan tenido una aventura», pensó. Eleftheria, celosa, la miraba fijamente.

—Debemos ponernos en marcha si queremos llegar a Dadi al anochecer.

Mike asintió.

Tomó una de las pistolas y se la puso en la mano de Barba-Leonidas, como regalo. Era la misma que empuñó Mosley y con la que pretendió matarlo en las afueras de Kalamai. Una vez más, Mike trató de ofrecerles dinero, pero el gigante se negó con expresión de orgullo herido.

Los dos hombres se miraron incómodos, y en las comisuras de los ojos de Leónidas brillaron unas lágrimas furtivas. Aferró a Mike en uno de sus abrazos de oso.

—¡Qué Dios te bendiga! —susurró. Y con esas palabras se volvió y se alejó de la casa.

Mike cargó el atado sobre un hombro y le hizo una señal de asentimiento a Lisa. Se alejaron y subieron a un carro tirado por un burro. Enseguida se internaron en un sendero que los alejaba de Kaloghriani.

Mike se volvió para mirar las colinas. Alcanzó a distinguir la colosal silueta de Barba-Leonidas delineada contra el cielo y a Eleftheria, de pie a su lado. Sonrió con tristeza.

—Perdón por el estado de ánimo, pero son amigos míos.

—Lo comprendo —contestó Lisa en perfecto inglés.

El carrito dobló en otro sendero de tierra y pronto Kaloghriani desapareció por completo de la vista de los viajeros.

Lisa dirigió una mirada al hombre a quien solo conocía por el nombre de «Vassili». No se parecía en nada a lo que había imaginado. Era un individuo impactante, muy atractivo, profundamente bronceado por el sol y con una barba cuidadosamente recortada. En sus ojos azules se percibía una mirada penetrante e inquisidora.

Sus ojos la atemorizaban. Mike la observó cuidadosamente cuando ella entró en la casa, pero su mirada era completamente distinta de la de los demás hombres. Era una mirada curiosa y parecía leerle el pensamiento. Al instante, ella se sintió incómoda y trató de que los ojos de ambos no se encontraran. «¿Quién será? —se preguntó—, ¿cabrá la posibilidad de que se haya dado cuenta? ¿Será posible que lo sepa?».

Lisa consultó su reloj. Podían llegar a Dadi a la caída del sol, un poco más tarde de lo previsto. Y había mucho que hacer.

Le resultaba agradable estar aquí en las colinas, lejos de Atenas. Atenas se había convertido en una ciudad angustiosa, llena de dolor. Allí en cambio, los pájaros cantaban como si ignoraran que su patria había sido conquistada, y los bosques se alzaban, altos y orgullosos. Mike viajaba en silencio.

Sentía que a sus espaldas se había cerrado una puerta que posiblemente nunca pudiera volver a abrir. Sentía que en el futuro jamás conocería a hombres como Barba-Leonidas y Christos y los aldeanos de Paleachora y Kaloghriani. Y le sorprendió lo profundamente que lamentaba haber perdido a Eleftheria.

Durante toda su vida, Mike Morrison había aceptado la mediocridad de la gente. La aceptó en toda su dimensión cuando su larga lucha por escribir su primer libro llegó a su fin y tuvo que sufrir la enorme e inesperada desilusión de una venta sumamente reducida. Eso lo amargó.

Aceptó la mediocridad cuando su manera de escribir se tornó amarga y las páginas de sus libros empezaron a llenarse de personajes mediocres. Le resultó una verdadera lucha mantenerse fiel a su vocación de escritor y seguir escribiendo y se odió al comprobar que de su palabra escrita chorreaba veneno.

Fue como si la muerte de Ellie estampara sobre él un sello de mediocridad que le duraría toda la vida.

En ese momento, al alejarse de las colinas volvió a sentir una sobrecogedora necesidad de escribir: de escribir acerca de gente maravillosa cuya existencia hasta entonces ignoraba. Gente que soportaba horrendas tragedias sin sentirse defraudada, sino con esperanza. Gente cuyas vidas destilaban claridad y calidez. En esas colinas él había descubierto el secreto de la verdadera nobleza del hombre y deseaba revelarla de la única manera que tenía a su alcance: con su máquina de escribir.

El día fue largo y silencioso, porque ambos viajaban sumidos en sus propios pensamientos.

Al anochecer, el carrito tirado por el burro hizo su entrada en la ciudad de Dadi.

Mike y Lisa fueron arrancados de sus recuerdos.

Para Mike fue como si arribara a otro tiempo. Se sorprendió al ver los techos de tejas rojas, los automóviles y las calles, y más aún las mujeres con sus vestidos modernos.

Despidieron al conductor del carrito y se encaminaron hacia la plaza principal. Lisa condujo a Mike a una panadería dirigida por un individuo corpulento que se identificó con el nombre de Baziadis.

Una de las habitaciones situada en la parte trasera de la panadería era un verdadero arsenal. Allí había toda clase de armas, desde pistolas hasta bombas de fabricación casera y ametralladoras. Otro hombre, Rigas, un fotógrafo, se encerró con ellos y puso manos a la obra.

Primero a Mike le dieron un traje de segunda mano. Rigas le fotografió y después le entregó falsos salvoconductos y una tarjeta en la que figuraba el que sería su nombre en el futuro: Vassilios Papadopoulos. Después les entregó billetes de tren y dinero, y repasó con Lisa las instrucciones.

Baziadis, el dueño de la panadería, se reunió con ellos en cuanto terminó su trabajo nocturno y los cuatro cenaron en silencio.

A las dos de la madrugada decidieron que todo estaba en orden y Rigas y Baziadis se alejaron.

Lisa y Mike se tendieron sobre sus catres ubicados en los extremos opuestos de la habitación. Una desnuda lámpara eléctrica continuó encendida durante toda la noche.

A Mike le resultó imposible dormir. Dentro de su cabeza giraban constantemente infinidad de preguntas acerca del viaje.

La mujer a quien conocía como Helena, tampoco pegó los ojos. «Es una muchacha hermosísima», pensó Mike. Pero había en ella algo terriblemente extraño, algo que él no alcanzaba a descifrar, pero que no le gustaba.

—¿Por casualidad tiene un cigarrillo? No quiero abrir el paquete de tabaco para pipa.

Ella se sentó y abrió su cartera. Cuando Mike encendió el cigarrillo, sus miradas se encontraron. Siguieron mirándose abiertamente durante un largo rato.

Después Lisa volvió la cabeza y se recostó sobre el catre.

—Nos conviene dormir un poco —aconsejó.

Cuatro

Llegó la mañana.

Tanto Lisa como Mike mostraban señales de falta de sueño. Se levantaron, se lavaron con agua fría y comieron un apresurado desayuno consistente en leche y queso.

Mike había pasado toda la noche con la pistola en la mano y la cabeza llena de temor y desconfianza. La mañana lo sorprendió nervioso y tenso. Se sobresaltaba ante cada sonido.

Alrededor de las siete llegó Baziadis para abrir la panadería y ellos salieron por la puerta trasera. El silencio siguió reinando entre los dos durante la corta caminata a través de la plaza y hasta llegar a la estación de ferrocarril.

Al ver llegar el tren, todas las aprensiones de Mike se acentuaron. A medida que el tren se acercaba le pareció que adquiría la forma de un ataúd. De nuevo tocó la pistola que llevaba en el cinturón y esa vez le proporcionó cierta seguridad.

Lisa lo tomó del brazo. Cruzaron la estación en dirección al andén. Las ruedas del tren se detuvieron. La locomotora lanzó un silbido. Los viajeros bajaban y subían presurosos alentados por las indicaciones del jefe de estación.

La pareja se acercó a un vagón. Mike se detuvo abruptamente.

Notó que el guardia parado junto al vagón intercambiaba miradas con Lisa y asentía. Lisa también asintió, como reconociéndolo.

Mike quedó como petrificado, pero ante un empujoncito de la muchacha continuó la marcha. Subieron al tren.

Él miró con rapidez la extensión del pasillo. Era un vagón de asientos de madera, lleno a medias por gente de ciudad. Todos ellos se quejaban a coro de sus múltiples problemas. Escudriñó el vagón en busca de alguna señal de hostilidad o de algún rostro extranjero. Nadie se molestó en mirarlos siquiera y encontraron un asiento para dos.

Mike se instaló junto a la ventanilla y la abrió. Funcionaba perfectamente.

Su corazón dio un vuelco cuando el tren inició la marcha y salió de la estación de Dadi.

Lisa evitó la conversación y ni siquiera miró a Mike. Pero alcanzaba a percibir la tensión de su compañero de viaje. En el momento en que lo obligó a subir al tren, notó que tenía las manos empapadas de sudor. Esperaba que todo saliera de acuerdo con los planes previstos. El estado nervioso en que se encontraba Mike bien podría estropear todo el plan.

Observó el paisaje que pasaba velozmente por la ventanilla.

En cuanto el tren lograba adquirir velocidad, volvía a disminuirla para detenerse en otro pueblo. Y después otro… y otro más… La gente ya colmaba la capacidad del vagón. Los campesinos se instalaban en el pasillo sobre sus maletas. Detenerse y arrancar… detenerse y arrancar… detenerse y arrancar…

Mike consiguió relajarse un poco. Sacó una porción de tabaco y encendió su pipa. Lisa apreció el agradable aroma. Su padre fumaba en pipa y el mismo tipo de tabaco picante, y ese aroma a tabaco le trajo recuerdos de épocas más felices…

Era casi mediodía. Mike estaba más tranquilo, pero permanecía alerta. El coro de miserias que lo rodeaba no disminuyó en ningún instante.

Primeras horas de la tarde.

Lisa empezó a inquietarse. Había quedado casi sin energías. Mike reconoció que no debía de ser una muchacha demasiado fuerte y que el viaje hasta Kaloghriani debía de haberla extenuado.

—Parece cansada —comentó—. ¿Por qué no se estira a lo largo del asiento y duerme un rato?

—No —contestó ella, en un rechazo automático ante cualquier propuesta que le hiciera un hombre.

—Le aconsejo que lo haga, se sentirá mejor.

Lisa sonrió débilmente. Fue la primera vez que Mike vio esa sonrisa. Era cálida y maravillosa. La muchacha miró su reloj, después encogió las piernas sobre su asiento y apoyó la cabeza contra las rodillas de Mike. Al principio permaneció tensa y consciente de la presencia de él, pero poco después empezó a dormitar. El cansancio la venció y se quedó dormida.

Mike la contempló. Tal vez se había equivocado. Después de todo, dadas las circunstancias que le tocaron vivir, era natural que estuviese tenso. La muchacha era, sin duda, una mujer hermosa, aunque así, dormida parecía casi una niña. Una emoción repentina le recorrió el cuerpo. Sintió la necesidad irresistible de acariciarle el cabello… En ese momento no le importaba si el tren no llegaba nunca a Atenas.

Entonces estiró las piernas y apagó la pipa. A los pocos instantes sus ojos se cerraron y el rítmico sonido de las ruedas del tren lo hizo caer en un sueño de extenuación. Al verlo dormido Lisa lo miró, en ese momento mucho más tranquila.

Tres hombres, parados junto a ellos, lo miraban fijamente.

Mike abrió los ojos. Les devolvió la mirada, aterrorizado. Sintió que tenía un tic nervioso en uno de los extremos de uno de los ojos.

Uno de los hombres era el guarda, el mismo que intercambió una señal con Lisa en la estación.

A su lado, en el pasillo atestado, había dos soldados italianos uniformados. Mike sintió que Lisa hacía un pequeño movimiento y supo que estaba despierta, aunque simulara dormir.

—¡Identificación! —ordenó uno de los italianos con voz perentoria.

Mike empezó a revisar sus bolsillos con mano temblorosa. Lisa despertó con rapidez.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de Mike y extrajo el salvoconducto de su compañero. Se sentó, se desperezó, bostezó y se acomodó con una mano la despeinada cabellera.

—Vassili, siempre andas perdiendo todo. Te dije que me dejaras tenerlo a mí —dijo, propinando unas palmaditas en la mejilla de Mike. Entregó la tarjeta al italiano—. ¡Ah! ¡Usted no se imagina lo que es estar casada con un profesor universitario! Andan siempre con la cabeza en las nubes.

Lisa les sonrió, con una de esas sonrisas que utilizan las mujeres para conquistar a los hombres. Pero el italiano estaba completamente enfrascado en su trabajo. No se dejó conmover.

—Vassili —agregó ella—, entrega nuestros billetes a los señores. No los tengas esperando.

Los soldados italianos, con sus extraños sombreros napoleónicos, estudiaron atentamente la tarjeta de Mike. Miraban alternativamente a Mike y a su fotografía. Empezaron a hablar en susurros. Las miradas de Lisa y del guarda se encontraron.

Mike se llevó la mano a la pistola que tenía en la cintura. Se volvió para mirar por la ventanilla. El tren detenía la marcha.

—¡Usted! ¡De pie! ¡Abra su equipaje! Mike se levantó lentamente.

—¡Vamos! —se quejó el guarda—. El tren está repleto. Esto nos llevará toda la noche. Sigamos adelante para poder volver a nuestra partida de cartas.

El italiano leyó el reverso de la tarjeta, volvió a mirar a Mike, y después le devolvió el salvoconducto y se dirigió al asiento siguiente.

El tren adquirió velocidad.

Mike tardó varios minutos en calmarse. Se sentía tonto y disgustado consigo mismo. Sin duda la mujer y el guarda sabían lo que hacían. Permaneció rígido hasta que los inspectores abandonaron el vagón.

—Deme un cigarrillo —pidió.

Ella le alcanzó un paquete cuya etiqueta decía Número 1.

—Quiero que me entregue su pistola —le pidió Lisa en susurros.

—¡Ni lo sueñe!

—¡No siga hablando en inglés, pedazo de tonto! La gente está mirándonos. Otra actitud estúpida como esa e iremos a parar los dos a Averof. Y ahora entréguemela; jamás conseguiremos bajar del tren con ella encima.

Mike apretó los dientes y puso cara de niño enfadado, después, muy a regañadientes, le pasó la pistola. Apenas se la entregó, se sintió desnudo. Lisa la metió con rapidez dentro de su cartera, se puso de pie y se alejó por el pasillo.

A los pocos instantes estaba de vuelta en su asiento.

—¿Qué hizo con ella?

—Está sobre las vías, en algún lugar entre Amphissa y Levadeia.

—Usted está furiosa conmigo, ¿verdad?

Lo estaba. No le contestó.

—¿Cuánto tiempo queda de viaje?

—Llegaremos a primera hora de la mañana.

—Bueno, entonces lo mejor que puede hacer es tratar de volver a dormir un rato.

—Usted duerma, si quiere. Yo prefiero quedarme despierta —contestó Lisa, sin duda refiriéndose a la exhibición de pánico hecha por su compañero.

De repente Lisa se arrojó en sus brazos y lo besó en la mejilla. Al instante, Mike se dio cuenta de que esa muestra de afecto estaba dedicada a los dos italianos que en ese momento regresaban de su recorrido por los vagones.

Durante el resto del viaje permanecieron en absoluto silencio.

A las cuatro de la madrugada, el tren entró en la terminal Larissa, de Atenas.

Cinco

El viaje en tranvía finalizó en Calandri, un suburbio de Atenas a aproximadamente nueve kilómetros del centro de la ciudad. Era, sobre todo, una zona de granjas y huertas.

Lisa condujo a Michael por el sendero que se dirigía a una casa, después giró por otro sendero que atravesaba un bosquecito de limoneros. En medio de ese bosquecito se alzaba una caseta para motores y herramientas.

Lisa abrió la puerta, entró primero y encendió una lámpara de queroseno. Los asaltó un agudo olor a moho. A pesar de ser casi mediodía en la casa no entraba el sol. La única abertura consistía en un ventanuco de treinta centímetros cuadrados situado cerca del techo. Hacía mucho que el lugar no se utilizaba para los fines que había sido construido. Sobre el suelo de tierra había un par de catres, una mesa y una silla. Sobre la mesa había una lámpara y una lata de queroseno. Una docena de libros colocados sobre uno de los catres atrajo la atención de Mike.

Cuando el tren llegó a Atenas, muchos de los pasajeros trataron de evitar la inspección saltando por las ventanillas. La mayoría fue capturada de inmediato. Mike y Lisa pasaron cuatro horas de tensión, antes de que les tocara el turno de presentarse ante los inspectores, pero cuando lo hicieron todo se desarrolló sin incidentes.

—¡Por fin hemos llegado a casa! —exclamó Mike, dejando caer su paquete sobre la mesa.

Lisa permaneció frente a él, lejana e indiferente como una estatua.

—Lazarus, el dueño de esta granja, es uno de los compañeros que nos merece más confianza. Ha recibido instrucciones de mantenerse alejado de este lugar y de no ponerse en contacto con usted. Si él llegara a aparecer, usted debe informarnos.

—Sí, señora.

—Todos los días, después de la caída del sol, se le dejará comida junto a la puerta, del lado exterior. Cerca de una de las paredes de la caseta, afuera, encontrará una letrina. Debe utilizarla solamente después de que oscurezca. Y bajo ningún concepto debe abandonar este lugar.

—¿Algo más?

—No es necesario que se pase de listo. Recuerde que para traerlo hasta aquí se gastaron grandes cantidades de dinero y se corrieron enormes riesgos.

—Aunque usted no se ha comportado exactamente como una integrante del comité de bienvenida.

Mike se sentó en uno de los catres que crujió bajo su peso. Echó una rápida mirada a los libros: Shakespeare, Shaw, Wilde, Goldsmith, y una mezcla de otros poetas y autores teatrales ingleses. Era una colección católica. Otro grupo de pequeños volúmenes llevaba la firma de autores tales como Aristóteles, Sócrates y Platón.

—Por lo visto me espera mucho tiempo para leer y se supone que debo aumentar mi cultura. ¿Por casualidad no tendrá un *western* norteamericano? Cuando se trata de leer, lo hago estrictamente por diversión.

El intento de humor de Mike no dio resultado.

—¡Vuélvase! —ordenó ella.

Mike oyó el susurro de ropa interior de seda y contuvo su natural tentación de espiar.

—Ya puede volverse.

En una mano Lisa tenía su pistola, y en la otra su rollo de dracmas. Los dejó caer sobre la mesa.

—En el futuro le aconsejo que lo piense mejor antes de sacar un arma.

Michael sintió que acababan de bajarle los humos.

—¿Y cuándo veré al doctor Thackery?

—En cuanto él esté dispuesto a verlo a usted.

Cuando Lisa se dirigió a la puerta, Mike se puso de pie.

—Señorita… Ella se volvió.

—Mire Helena, o señora Papadopoulos o como quiera que se llame. Ya sé que para usted esta ha sido una misión completamente rutinaria, pero de todos modos quiero agradecérselo.

—No es necesario.

—Yo creo que sí. Cuando alguien hace una buena obra, creo que debe aceptar el agradecimiento del otro. ¿No cree que yo pueda decirle que le agradezco que me haya salvado la vida?

Lisa sonrió y su tono de voz perdió algo de la frialdad que lo caracterizaba.

—Hemos sido poco amables el uno con el otro. Supongo que, dadas las circunstancias, fue algo natural.

—¿Sabe una cosa? Usted no me engaña ni por un instante.

—¿Y qué quiere decir con eso? —preguntó ella, algo sobresaltada.

—Que usted no es tan fría como pretende hacerme creer. Y como supongo que no volveremos a vernos, nuevamente le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

—Me temo que todavía no se ha librado de mí —contestó ella—. Me han encargado que venga todos los días para ver cómo está.

—Muy bien… Nos veremos, entonces…

—Me llamo Lisa…

—Hasta pronto, Lisa.

—Adiós, Vassili.

El largo Mercedes Benz negro dobló por la calle de Hermes en dirección a la casa de modas de Antón.

—¿Realmente crees que estamos haciendo lo que corresponde, Konrad? —preguntó Zervos.

—Creo que sí. Sin duda Lisa ya sabe que su tiempo se ha acabado. Esta vez nos escuchará.

—Este asunto no me gusta. Puede ir a la Resistencia y contarles todo.

—¿Tal vez usted pueda sugerir una idea mejor?

Zervos se encogió de hombros. Interrogando a los pobladores de Paleachora, Heilser y Zervos se enteraron de que Morrison intentaba llegar a Atenas con la ayuda de un hombre llamado Christos que murió en el ataque. Aunque Morrison hubiera logrado huir a las colinas, ambos estaban convencidos de que había realizado o estaba tratando de realizar contactos en Atenas. Todo parecía indicar que ese contacto se establecería con un grupo cuyos cabecillas eran Pana-Panos, el doctor Thackery y un profesor griego de apellido Thanassis.

Antón los hizo pasar a la oficina donde Lisa los esperaba.

—Buenas tardes, Lisa —saludó Heilser con voz suave—. Parece cansada. ¿Se siente bien?

—Estoy segura de que mi salud no le atañe a usted.

—Al contrario. Me preocupa muchísimo. ¿Ha visto a sus hijos?

—Sí, los vi.

Heilser se paseó por la habitación durante algunos instantes, después se sentó sobre el borde del escritorio y jugueteó con el cortapapeles de Antón.

—Dígame Lisa, ¿conoce a un norteamericano llamado Harry Thackery?

—No… ¿Por qué?

—¡Ah! Porque pensamos que tal vez lo conociera.

—Está trabajando con la Resistencia con la que usted tiene conexiones. Sin duda tarde o temprano se encontrarán, si es que eso ya no ha sucedido —acotó Zervos.

El extraño rumbo que adquiría el interrogatorio la tomó desprevenida.

—¿Y qué me dice de un sacerdote llamado Papa-Panos?

—Lo conozco.

—¿Y qué sabe de él?

—Lo que sabe todo el mundo en Atenas.

«Estos dos están tratando de sacarme una verdad de una mentira o se han enterado de algo…», pensó Lisa.

—Muy bien, Lisa. El propósito de todo esto es que usted se dé cuenta de que no ignoramos por completo lo que está sucediendo.

—De eso estoy convencida —replicó ella.

—También somos conscientes de que usted ha estado mintiéndonos. Pero estoy dispuesto a pasarlo por alto. Lo que quiero saber es si está o no decidida a empezar a cooperar con nosotros.

—Yo hice un trato…

—¡Un momentito! —interrumpió Zervos—. Usted parece un disco rayado. ¡Se nos acabó la paciencia! ¿Comprende lo que queremos decirle? ¿O necesita que se lo digamos con todas las letras?

—Comprendo —susurró.

—Voy a hacerle una propuesta. A cambio de cierta información, estoy dispuesto a devolverle a sus hijos y hacer los arreglos necesarios para que un barco los lleve a Egipto.

Lisa trató de ocultar la excitación que la embargaba.

Konrad Heilser abrió su billetera y le entregó una fotografía. Era una toma reproducida de la tapa del libro de Michael Morrison titulado *El Regreso del Cazador*. Ella lo miró fijamente…

—Este hombre ya está en Atenas o llegará dentro de poco tiempo. Le daré tres semanas para ponerlo en nuestras manos. En caso contrario…

Ella le devolvió la fotografía.

—¿Eso es todo?

—Hoy le propongo que salga primero —sugirió Zervos—. Yo quiero quedarme para comprar algunos vestidos.

Lisa se retiró de la oficina caminando con lentitud. Heilser y Zervos la siguieron con la mirada. La puerta se cerró tras ella.

—Los conoce —afirmó Heilser.

—Tratándose de esa mujer, es difícil asegurarlo… disimula demasiado bien sus emociones.

—Pero es incapaz de disimular el amor que siente por sus hijos…

—A propósito, Konrad. ¿Realmente piensa permitir que se vaya a Egipto con sus hijos?

—¡Por supuesto que no!

—Venga. Le propongo que vayamos a mi apartamento. Le mostraré mi última adquisición, una mujer que hasta es capaz de lograr que usted olvide a Lisa.

Seis

Gran parte de la tranquilidad habitual de Lisa había desaparecido. Se paseaba nerviosamente en medio de su apartamento. Media docena de veces llegó a una decisión, tan solo para cambiarla. Cada vez que decidía rechazar hasta sus últimas consecuencias la propuesta de Heilser, se angustiaba al mirar la fotografía de sus hijos que había sobre la chimenea. Qué indefensos, qué pequeños eran…

Ese hombre, Vassili, hablaba más como norteamericano que como inglés. Tenía enorme importancia, tanto para la Gestapo como para la Resistencia. Heilser jamás le habría hecho una propuesta a menos que estuviera desesperado. En el último encuentro no hizo el menor intento de persuadirla para que se convirtiera en su amante. Ese hombre, fuera quien fuese, debía de poseer algo de gran valor.

Pero ¿sería capaz ella de traicionar a su propia gente? ¿Cómo sería su vida después de eso? El doctor Thackery, Papa-Panos y Thanassis estaban igualmente desesperados por conseguir que el hombre saliera de Grecia. Sí, sus hijos vivirían, pero ¿cuántos otros hijos morirían si ella cometía esa traición?

Tres semanas para decidirse… tres semanas…

La fotografía de la chimenea: un niño de dos años y otro de cuatro. Una con una resplandeciente sonrisa en el rostro y el otro sosteniendo un osito de juguete. Lisa encendió un cigarrillo y se hundió en un sillón.

Mike no tuvo más remedio que acostumbrarse a la caseta de herramientas de Chalandri. Era evidente que su partida definitiva de Grecia no era fácil de arreglar.

Trató de leer, pero le resultaba imposible concentrarse. Dormía a ratos y vivía esperando que cayera la noche, porque la oscuridad significaba que podía salir y respirar un poco de aire fresco.

A mediodía, sudaba mucho. A medida que el sol azotaba la caseta el ambiente se convertía en algo insoportable. Mike permanecía tendido e inmóvil, casi desmayado de calor.

Estaba siempre alerta ante el menor sonido, desde el roce de las hojas de un árbol hasta los pasos que invariablemente oía después del anochecer. Al oír los pasos, siempre echaba mano a la pistola. Los pasos se oían cada vez con mayor claridad y por fin se detenían frente a la puerta. Allí le dejaban un plato de comida y una botella de vino y enseguida se alejaban.

Mike no conseguía comer demasiado, pero el vino lo hacía caer en un bendito sopor durante algunas horas.

Y durante toda la noche se paseaba por el suelo de tierra como un animal enjaulado. Los días le parecían interminables.

Había un sonido que resonaba en el exterior de la caseta de herramientas que le hacía lanzar un suspiro de alivio: los pasos suaves y ligeros de Lisa. En esas condiciones, era simplemente humano que Mike esperara, cada vez con mayor ansiedad, la visita diaria de la muchacha. Y también era natural que, cuando ella se iba, él pasara gran parte del tiempo recordándola. Pero Mike sentía que de todas maneras la hubiese recordado aun en el caso de que se hubiesen encontrado en circunstancias ideales. En su rostro había una tristeza profunda y angustiante que parecía conferir a su belleza una aureola de misterio.

Durante las visitas de Lisa ambos se comportaban como verdaderos amigos. Día a día la muchacha aumentaba sus esfuerzos para ganarse la confianza de Mike.

—¿Cómo estás hoy, Vassili?

—Espléndido. Me encanta estar aquí. ¿Quieres que te recite *Julio César* del principio al fin o prefieres *La República* de Platón de atrás para adelante?

—Bueno, entonces tal vez eso te alegrará un poquito.

Abrió un paquete del que sacó una maquinilla de afeitar, algunas hojas y dos libros: *El Lobo de Mar* y *Martin Edén*. Mike no tuvo el coraje de decirle que había leído esos libros como media docena de veces.

—¡Espera! ¡Hay más! ¡Tengo una sorpresa! Mira lo que te he traído, Vassili: ¡tabaco!

—Tabaco… —Pero ya ni su pipa le producía placer—. Lisa, ¿cuánto tiempo más debo estar aquí?

—En estos días al doctor Thackery le resulta muy difícil moverse de un lado para el otro, Vassili, pero te aseguro que no tendrás que esperar demasiado.

Transcurrieron cinco días.

Lisa empezó a llegar más temprano y a quedarse casi hasta el toque de queda. Y cada día él la esperaba con más ansiedad que el anterior. Empezaba a creer que gran parte del deber y de la rutina de sus visitas desaparecían y que ella realmente disfrutaba estando con él.

Preparaban té, compartían una botella de vino, se relajaban y conversaban. Hablaban de libros y de música. Mike descubrió que Lisa era inteligente y muy culta. Y de sus labios Mike se enteró en detalle de la tragedia que se había desencadenado sobre Grecia.

El país rápidamente degeneraba hasta llegar a un punto de podredumbre moral. Los griegos en su mayoría se mostraban amargos en su odio por el invasor, pero había algunos —esos que nunca faltan— que consideraban que era mejor hacer negocios con el enemigo.

Los griegos se veían obligados a soportar un golpe tras otro. Atenas y su zona de influencia jamás se había autoabastecido de alimentos, y en ese momento los alemanes la habían despojado hasta del último grano de trigo. Crearon impuestos sobre las cosechas y en cualquier lugar en que percibían un desafío incendiaban los pueblos y los sembradíos.

Los griegos luchaban contra el invasor lo mejor que podían, solo para ver a sus conciudadanos masacrados en una proporción de cincuenta a uno. Todavía no existía una resistencia organizada.

En ese momento Mike comprendió cuánto dependía de los diecisiete hombres de la lista de Stergiou quienes trabajaban dentro de la órbita del comando nazi.

Las raciones alimenticias habían sido reducidas a un nivel que prácticamente significaba morir de inanición. Empezaba a aparecer el mercado negro. La ley de la jungla se apoderaba del país. Las escuelas cerraban por falta de maestros y los niños vagaban por el país en bandadas.

Y eso era solo el principio para Grecia.

La relación entre Mike y Lisa era extraña. Había mucho que Mike deseaba decir, pero tenía que mantenerse constantemente en guardia. Quería hablar acerca de sus hijos, su tarea de escritor y sobre San Francisco. De alguna manera, Lisa parecía calzar con San Francisco.

Tal vez fue esa peculiaridad de la relación la que los atrajo uno hacia el otro. Entonces, durante la séptima noche, ella le preguntó de repente si había

tenido una aventura con Eleftheria. A partir de ese instante, la relación entre ambos cambió. Lisa parecía furiosa consigo misma y después se refugió en su anterior frialdad.

Durante el octavo día no fue a visitarlo.

El noveno día.

Lisa tomó el teléfono y marcó el número de la Gestapo. Tenía el rostro blanco como el papel y la frente perlada de gotitas de transpiración. Pidió hablar con Zervos.

—¿Sabe con quién habla? —preguntó.

—Sí —contestó Zervos.

—Esta noche a las diez caminaré por la calle Aeolou. Pasando el Banco de la Nación. Es posible que alguien me acompañe.

—Muy bien.

Lisa cortó la comunicación y apretó los dientes para luchar contra los incontrolables temblores de su rostro.

La puerta de la caseta se abrió.

Mike sonrió al ver entrar a Lisa. Le hacía tan feliz verla que estaba dispuesto a perdonarla por no haber ido a visitarlo el día anterior.

—Tengo buenas noticias Vassili —comunicó ella—. Esta noche iremos a Atenas. Hemos establecido contacto con alguien con respecto a tu partida.

Siete

Abandonaron la caseta de herramientas.

Mientras Mike caminaba junto a Lisa rumbo a la parada del tranvía, se sintió tironeado por sentimientos conflictivos. En primer lugar, el alivio que le producía alejarse de su escondite. Después estaba animado porque pensaba en salir de Grecia, aunque al mismo tiempo le provocaba tristeza el hecho de que nunca más volvería a ver a Lisa. Pero lo que más lo atormentaba eran los mismos temores que lo sobrecogieron antes del viaje en tren desde Dadi hasta Atenas.

Había visto a Lisa operar con frialdad y eficiencia. La había visto en estados de ánimo cálidos y amistosos. Pero jamás la vio dudar. Y en ese momento demostraba demasiado nerviosismo como para que él se sintiera cómodo.

El tranvía avanzó por el lado noroeste de Atenas y continuó su marcha por una calle ancha más allá de los amplios terrenos del Ceramicus.

Se bajaron en la calle October y empezaron a caminar en dirección a la plaza Concord.

Eran las ocho y media.

Lisa lo tomó del brazo y en ese momento gran parte de las dudas de Mike desaparecieron. A medida que iban caminando tomó conciencia de la cercanía de Lisa.

Y en ese momento lo inundó un sentimiento que hacía años, pero muchos años no tenía. Una sensación que pensó que jamás volvería a sentir. Sus recuerdos retrocedieron alrededor de dieciocho años atrás. En ese instante no era más que un muchacho que caminaba con su novia, con quien no se dirigía a ningún lugar determinado… solo pasaban el tiempo.

Una caminata por el Golden Gate Park, lleno de flores, más allá del lugar donde tocaba una banda de música. O una caminata rumbo al Memorial Stadium de Berkeley, en el aire fresco de noviembre, antes del comienzo del partido entre Cal y Stanford.

También pudo haber sido un paseo de fin de semana por las colinas de Marine, por sobre el Puente del Golden Gate o quizá un lento recorrido por la

playa de Playband, donde la gente tomaba sol.

En esos casos siempre había una chica a su lado y él se sentía bien. Y en ese momento se sentía bien con Lisa a su lado y se preguntó por qué volvería a tener esa misma sensación después de tantos años y en ese país extranjero.

Atenas era una ciudad deprimente. Las tiendas, en una época desbordantes de mercadería, en ese momento estaban desnudas. La gente estaba demacrada y vagaba como sin vida por las calles.

Nazis de aspecto siniestro y soldados italianos que parecían surgidos de óperas cómicas reemplazaban a los despreocupados soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica. Jovencitas, en ese momento condenadas a la prostitución, se refugiaban en las sombras.

Cuando, cerca de la plaza Concord la multitud se hacía más compacta, Lisa se detuvo de repente y cambió de dirección, doblando por una calle más tranquila.

Todo parecía indicar que vagaban sin rumbo fijo. Lisa miró su reloj. Eran más de las nueve.

La calle se encontraba desierta.

Los pasos de ambos sobre la acera resonaban cuando caminaron a lo largo del barrio de Kolonaki, pasando la iglesia de Agioi Theodoroi.

En la esquina siguiente llegaron a la intersección de la calle Aeolou. Se detuvieron.

Mike calculó que habían pasado la plaza Concord por una calle lateral. Observó con atención la calle Aeolou y, a la distancia, alcanzó a distinguir la Oficina de Correos a la que había acudido varias veces recién llegado a Atenas. Un poco más adelante se encontraba el Banco de la Nación.

—Y ahora, ¿adónde iremos? —preguntó.

Lisa soltó el brazo de Mike.

—Caminaremos por la calle Aeolou —contestó en un susurro.

Mike encendió su pipa. La llama iluminó el rostro de Lisa. La expresión de sus ojos la traicionó.

—Espera —dijo—. Todavía hay tiempo. Ven, quiero mostrarte algo.

Cruzaron la calle Aeolou y se encaminaron en dirección opuesta a la que iban.

—¡Aquí hay luna llena tan pocas veces! —comentó la muchacha—. Uno nunca debe abandonar este país sin ver la Acrópolis con luna llena.

Desde la altura, Mike observó en silencio y con un respeto casi religioso la ciudad sombría. La luna desparramaba por la colina una luz plateada que

contrastaba con las luces parpadeantes de Atenas y que al oeste continuaba sobre el mar.

Miró hacia el sur y el reflejo de la luna sobre los mármoles amarillos del Partenón le pareció fantasmal.

En una ocasión Mike se preguntó cuál habría sido el poder que lo había llevado a Grecia. Se lo preguntó en medio del tumulto y la confusión de un ejército en retirada. Y aun en medio de ese caos supo que en alguna parte encontraría una explicación. En gran medida, la pregunta acababa de ser contestada. Pero allí y en ese momento, encontraba otra respuesta y otro significado. El alma de su país había nacido en esa colina.

Mike se volvió y enfrentó a Lisa. Mientras contemplaba sus tristes ojos negros, supo que Lisa era parte integrante de la tragedia de Grecia.

—No existe ningún contacto y tampoco existe ningún barco, ¿verdad Lisa? —preguntó con suavidad.

Ella apretó su cuerpo delgado contra el de él, aferró los brazos de Mike y enterró la cabeza en su pecho, temblorosa, y se dejó llevar por los sollozos.

—¡Abrázame, Vassili!… ¡abrázame…!, ¡abrázame…! —exclamó en un tono de voz lleno de angustia y desesperación.

—¿Qué sucede? ¡Dímelo!

—Simplemente abrázame, con fuerza… ¡por favor!

Mike la rodeó con sus brazos y ella sollozó mientras permanecían así, estrechamente abrazados. Después Lisa se alejó, y se dejó caer sobre un trozo de mármol. Sus ojos estaban tan muertos como la ciudad que se contemplaba desde la colina.

—Ven Vassili —dijo en voz baja—. Te llevaré de vuelta a Chalandri.

Lisa estaba extenuada y no pronunció palabra durante el camino de regreso a la granja de Lazarus. Parecía haber perdido todo vestigio de ánimo… como si ya no le quedara ninguna manera de luchar contra eso que la torturaba.

En ese momento, Mike tenía la cabeza llena de preguntas. ¿Le convendría volver a refugiarse en las colinas? ¿Correr el riesgo de tratar de establecer sus propios contactos para lograr huir del país en un barco? Cada una de esas opciones le parecía inútil. «Ignoro lo que sucede —pensó—, pero solo Lisa está en condiciones de resolverlo». Y decidió quedarse.

Entraron en la caseta de herramientas.

Lisa se dejó caer en el catre, tensa y extenuada.

—Lo siento —dijo.

—Toma, bebe un poco de vino.

—Gracias.

Bebió algunos sorbos de vino y sus mejillas volvieron a adquirir un poco de color. Se levantó para marcharse. Mike consultó su reloj.

—Ya ha pasado la hora del toque de queda —anunció.

Lisa siguió en silencio.

—¡Vamos! —la animó él—. ¡Recuéstate! Yo te… este… cubriré con mi chaqueta. Durante la noche refresca.

Lisa se quitó el abrigo. Michael la observó aflojar los alfileres que le sujetaban la boina. Recordó que le encantaba observar a Ellie cuando se desvestía. Lisa se sentó sobre el borde del catre y de un puntapié se quitó los zapatos. Después se sintieron incómodos durante unos instantes.

—Por lo visto… por lo visto nos pasamos la vida de catre en catre —murmuró él—. Bueno, vamos, recuéstate… yo te cubriré.

Mike retiró la pesada manta de su catre y la tapó.

Se arrodilló junto al catre y la miró.

—¡Ojalá pudiera ayudarte, Lisa!

Ella le tomó una mano y se la llevó a los labios…

—Eres encantador…

Mike le acarició el cabello dorado y después una mejilla. Ella cerró los ojos y de nuevo adquirió el aspecto de una niña. La besó en la frente y Lisa sonrió.

Mike se acercó a la lámpara y la apagó.

Se acostó, pero permaneció presa de gran inquietud en su catre, con la mirada fija en la oscuridad. Mientras escuchaba el sonido de la respiración de Lisa recordó sus sensaciones al caminar a su lado… al abrazarla.

—¿Vassili, estás dormido? —preguntó en un hilo de voz.

—No.

La oyó moverse en la oscuridad.

El catre crujió. Lisa estaba a su lado. Le acarició el cabello.

—No permitiré que te pase nada malo —prometió. La obligó a acostarse a su lado y la besó en la boca—. Lisa… Lisa…

Ella le colocó una mano sobre el pecho, lo empujó y logró erguirse.

—No, querido… no. No te enfades… por favor… no te enojes.

—Está bien… Será mejor que… que duermas un poco.

Ocho

Transcurrieron dos días. Lisa no apareció. Mike estaba frenético.

Le echaba la culpa a su confinamiento, a la belleza de la muchacha, al misterio y al romance. Pero su sentido, común le decía que estaba comportándose como un tonto. Lisa era una desconocida y jamás volvería a verla. Lisa podía muy bien ser su enemiga.

Toda posibilidad de racionalizar la situación fracasó. Simplemente se había enamorado de ella.

Sabía que no debía de ser una novedad que los hombres se enamoraran de Lisa. Tal vez él le resultara simpático y ella no quisiera herir sus sentimientos.

Pero entonces empezó a preguntarse otras cosas… ¿Con cuántos hombres se habría acostado? ¿Cómo sería hacer el amor con Lisa?

¡Qué extraño!… ¡Qué cosa tan extraña que sucediera eso! Cuando murió Ellie, Mike supo que con ella había muerto el amor para él. Que jamás volvería a vivir la emoción de otro romance… que nunca habría un amor como el de Ellie.

Mike se paseó por la casucha de Chalandri… ¿Estaría destruyendo el recuerdo de Ellie? ¿Sería capaz de sofocar el sentimiento que le inspiraba Lisa?

Recordó su primera novela… un libro sobre el único y gran amor de un hombre. Su editor, con esa modalidad cínica de casi todos los editores, argumentó que eso de «solo un gran amor» era algo que existía únicamente en la ficción. En realidad, el hombre podía tener muchos amores en muchas épocas distintas y, a su manera, cada uno de ellos podía ser verdadero. El editor fue más allá: arguyó que solo en una novela podía existir un hombre dispuesto a vivir para siempre para un recuerdo. Y en ese momento Mike supo que su editor tenía razón.

El contraste entre amores y épocas era inexplicable. Ellie era alta, fresca, burbujeante y mundana. Andaba descalza y usaba pantalones y sus momentos más felices eran cuando tenía una raqueta en la mano o cuando caminaba por los senderos del bosque o luchaba con Mike en alguna playa.

Lisa era frágil, triste, de porte noble y rodeada de misterio.

Lisa sabía… de eso a Mike no le cabía ninguna duda. Lo único que faltaba era que se lo dijera. Pero era algo que él jamás haría. Enterraría todo el asunto como un acontecimiento extraño entre los muchos acontecimientos extraños de su vida y tarde o temprano lograría olvidarla.

Al tercer día, alrededor de mediodía, oyó los pasos de Lisa por el sendero. Hasta entonces nunca había ido a verlo a esa hora.

La puerta se abrió y entró Lisa. Le pareció más bonita, mucho más hermosa de lo que la recordaba. Lo miró directamente y habló en un tono monocorde.

—Esta noche irás a Atenas solo. A las nueve de la noche, ocupa una mesa de la acera en el café Andreas, en la plaza Constitución. Un hombre llamado Nico se encontrará allí contigo. Tendrá puesto un traje negro y usará un anillo masónico. Nico te llevará ante el doctor Thackery.

Se volvió y abrió la puerta.

—Lisa, ¿volveré a verte?

—No —contestó ella, y se alejó de la caseta.

Nueve

Las ocho de la noche.

Mike se puso la pistola en la cintura, dirigió una última mirada alrededor de la caseta de las herramientas y salió.

El tranvía casi vacío se dirigió a Atenas.

—Ocho y media.

Mike tenía un nudo en el estómago. En la esquina de Leoforos Alexandrou y Leoforos Kifissias cambió de tranvía. Ese último estaba atestado de gente. Pululaban los soldados alemanes. Se hundió contra la ventanilla y miró hacia fuera. El tranvía pasó frente a la verja de hierro de la Embajada norteamericana. Dos infantes de Marina de uniforme azul montaban guardia frente a la puerta. Al ver la bandera de Estados Unidos, Mike sintió una sensación de ahogo. El tranvía siguió avanzando.

El enorme reloj que dominaba la plaza marcaba las nueve menos diez. Mike cruzó la plaza mientras oía el choque de tacones de botas alemanas, el idioma gutural de los invasores y observaba las figuras llamativas de los soldados italianos.

Sus ojos se encontraron con la mirada fría de un oficial alemán. Mike se inclinó, levantó la gorra del alemán, le hizo una inclinación y se disculpó por haber chocado con él en la multitud.

—¡Griego desgraciado!

—*¡Efharisto!* —dijo Mike, volvió a hacerle una inclinación y se alejó.

Café Andreas.

Las mesas de la acera estaban casi todas ocupadas. En su mayoría por alemanes y sus amantes. Mike alcanzaba a oír el sonido de la música. En una mesa cercana conversaban tres norteamericanos.

Prácticamente no se veían griegos por los alrededores. Mike se sintió desprotegido al sentarse a una mesa cerca del borde de la acera. Un camarero

lo miró con desagrado. «Los griegos no son bien recibidos», pensó Mike. Ordenó una botella de *krasi* y permaneció rígidamente sentado, sin mirar a derecha ni izquierda. Bebió un largo vaso de vino, tratando de relajarse.

Las nueve.

Una prostituta pasó junto a la mesa de Mike y lo estudió. Siguió su camino en busca de un cliente de aspecto más próspero. Mike se sirvió otro vaso de *krasi* y lo bebió con rapidez.

Las nueve y cinco.

Las nueve y diez.

Estaba poniéndose nervioso. Otro vaso de vino. El alcohol empezó a hacerle efecto. Mike volvió a mirar el enorme reloj. Le concedería cinco minutos más a Nico para presentarse, después se marcharía.

—¿Me permite que me siente?

Un gordo ya estaba instalándose en una silla frente a su mesa. Usaba un panamá demasiado pequeño para su cabeza; la cara, excesivamente grande, parecía la de un mastín inglés. En una mano balanceaba un plato de aceitunas negras y en la otra una copa. Se metió una aceituna en la boca pequeña. Sus ojos parecían ranuras y daba la impresión de que le costaba un inmenso esfuerzo mantenerlos abiertos. Estaba vestido con un traje de verano blanco y arrugado.

—Estoy esperando a alguien —dijo Mike en griego.

—Nico no vendrá. Ha sido… este… entretenido.

El hombre hablaba con acento norteamericano. Encendió un cigarrillo que pareció perderse en su cara gigantesca. Lanzó el humo lentamente, observando a Mike. Mike se puso de pie para alejarse.

—En su caso, no me iría. Si yo lanzara un solo grito, ni siquiera conseguiría dar un paso.

Mike bebió de un solo trago un vaso de *krasi*. El hombre hizo sonar sus nudillos y volvió a hablar con un jadeo de asmático.

—Usted es un fugitivo británico, ¿no es cierto?

Mike permaneció en silencio.

—Y sin duda anda en busca de un barco que lo lleve con rapidez a Egipto. Tal vez yo pueda serle de alguna ayuda.

—Soy ciudadano griego. Y no sé de qué me está hablando.

—Querido amigo: hace doce años que soy corresponsal en este país. Le aseguro que reconozco a un griego en cuanto lo veo.

—Está bien… así que soy británico.

—Bueno… así vamos mejor.

El hombre alzó la mano y llamó al mozo para pedirle otra botella de *krasi*. Mike miró a su alrededor, buscando una manera de escapar. No había ninguna. El lugar estaba plagado de alemanes.

—Entonces —agregó el gordo—, ¿debo deducir que le gustaría despedirse de este pequeño y agradable país?

—¿A qué juega? —preguntó Mike de mala manera.

—¿Que a qué juego? ¡Mi querido muchacho! Soy Julius Chesney, corresponsal extranjero del *New York Star Bulletin*. ¿Alguna vez ha leído mis informes? Son sumamente esclarecedores. También los publica el *Times* de Londres.

—Yo soy neozelandés.

—¡Perfecto! Me gustan los neozelandeses, son buenos tipos. —Hizo restallar los labios al paladear otra aceituna y después se metió la mano en la boca para tratar de encontrar el hueso. El camarero se les acercó con la botella de *krasi*.

—Digamos que se trata de una pequeña vocación que tengo. Me encanta ayudarlos a ustedes, muchachos.

—Estoy escuchándolo. No me queda más remedio.

—Suponga que le dijera que estoy en contacto con el capitán de un barco inusitadamente veloz, que conoce la ubicación de las minas y los horarios de las patrullas y la ruta a África del Norte.

—Supongamos que así fuera.

—¿Cuál le parece que sería el precio?

—No tengo la menor idea.

—¿Le parece que valdría… este… digamos tres millones para hablar de cifras redondas?

—No tengo ese dinero.

—Eso es lo de menos. Por casualidad también conozco a una maravillosa familia griega que se sentiría muy feliz de avalar su pasaje.

—Mire, Chesney. Ya he oído hablar de esa pequeña estafa a la que usted se dedica. Me presenta a una familia griega, se embolsa el dinero de mi pasaje y el barco nunca aparece. Y después usted cobra una abultada recompensa por entregarme a la Gestapo.

—¡Pero, mi querido amigo! —exclamó Chesney, levantando una de sus manos gordas en gesto de protesta—. Por lo visto usted ha hecho algunos negocios con tipos… este… deshonestos.

—Yo diría que usted tampoco tiene el aspecto del guardián del sello del reino.

Chesney hizo una mueca con la cara regordeta que podía confundirse con una sonrisa.

—Usted me cae bien… ¿Cómo se llama?

—Smith… Joe Smith.

—¡Vamos! ¡Vamos!

—Linden… Jay Linden.

Dejaron de conversar cuando un alemán y su chica se acercaron buscando una mesa desocupada. A los pocos minutos se alejaron.

—¡Quieto, Linden! ¡Quédese quieto! —advirtió el gordo. Chesney bebió algunos sorbos de su copa y tamborileó suavemente los dedos sobre la mesa. Mike apretó los dientes, nervioso.

—Permítame poner mis cartas sobre la mesa. Tal vez si se le presentara mi propuesta de una manera más… este… abierta, a usted le gustaría…

—Muy bien. Explíquemela de una vez.

—Usted vino aquí para ponerse en contacto con Nico. Ni Nico ni la Resistencia pueden ayudarlo. Heilser y Zervos, su amigo griego, conocen cada paso que dan. Habrá oído hablar de *Herr* Heilser, ¿verdad?

—Oí mencionar su nombre.

—Hablando de hombre a hombre, la cosa es así de simple: mi pasatiempo favorito consiste en coleccionar dracmas. Me encantan los dracmas… y usted representa un montón de dracmas para mí.

—Entonces, ¿por qué no abre un burdel?

Chesney sonrió.

—Para repetir una vieja frase hecha: hoy en día, el exceso de aficionados está arruinando el negocio. Los fugitivos rinden mucho más. —Se llevó una mano al pecho—. Estoy volviéndome viejo… tengo problemas cardíacos. Digamos que estoy preparando un nidito para los años malos.

—Comerciando con pellejos británicos.

—¡Mi querido amigo! Hoy en día los fugitivos están de moda. En algunos lugares me consideran prácticamente un mártir.

—¿Y cómo sé que no me traicionará? —preguntó Michael.

—No puede saberlo, a menos que se deje guiar por la honestidad de mi rostro.

Mike no tuvo más remedio que sonreír. Sin embargo, Chesney le interesaba. Evidentemente se trataba de un operador hábil, bien informado y había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera honesto. «No creo que me perjudique sonsacarlo», pensó Mike.

—¿Cuál es el trato que me propone?

—Lo felicito. Veo que usted es un hombre de gran sentido común, Linden. Encuéntrese conmigo en el café Piccadilly, cerca de la plaza Concord, el jueves a mediodía. El señor Cholevas, su benefactor, querrá conocerlo. Ya ha financiado cuatro huidas. Y quiero agregar que esos cuatro hombres están sanos y salvos en Egipto.

—¿Usted sabe lo que le sucederá si me traiciona, Chesney?

—No… dígamelo.

—Lo mataré.

Chesney suspiró.

—Mi querido amigo: lo que acaba de decir fue completamente innecesario. ¿Ve a esos dos hombres en la acera de enfrente?

Mike miró por sobre el hombro de Chesney. Apoyados contra un edificio y simulando conversar entre ellos vio a un par de civiles con ropa de corte netamente alemán.

—Esos dos tipos pertenecen a la Gestapo. Andan dando vueltas por la plaza con la esperanza de que caigan algunos muchachos británicos como usted. Tengo la sensación de que lo han reconocido. Si su inteligencia es tan aguda como su labia, estoy convencido de que no tendrá el menor inconveniente en lograr que pierdan su pista. Son bastante estúpidos. Lo veré el jueves en el café Piccadilly.

El corazón de Mike latió aceleradamente cuando Julius Chesney se puso de pie y se alejó.

Diez

Mike bebió apresuradamente otro medio vaso de *krasi*. Los dos individuos de la Gestapo lo observaban desde la acera de enfrente. El norteamericano se paró con las piernas flojas y empezó a cruzar la plaza. Los dos hombres empezaron a seguirlo a corta distancia. Mike apuró el paso y luchó contra el impulso de echar a correr.

Dobló en la esquina y pasó junto a una hilera de tiendas. Al llegar a mitad de la calle se detuvo, observó una vidriera que anunciaba Casa de Modas de Antón y encendió un cigarrillo.

Los dos individuos de la Gestapo doblaron la esquina y se detuvieron abruptamente al ver a Mike.

Mike miró frenéticamente a su alrededor. Un tranvía se detenía en la bocacalle, en el otro extremo de la calle. Cruzó con rapidez a la otra acera. El tranvía atravesó la calle transversal, tomó velocidad y se acercó a mitad de calle, donde Mike permanecía parado. Se le acercaba cada vez más… más… más…

Mike saltó de la acera al tranvía y al agarrarse del pasamanos sintió un tirón que casi le arranca el brazo. Aterrizó y tropezó en la plataforma trasera mientras el tranvía pasaba a toda velocidad junto a sus perseguidores.

Mike observó la calle. Vio que un automóvil se detenía al lado de los hombres de la Gestapo. Uno de ellos señaló el tranvía y el coche empezó a seguirlo a una calle de distancia.

El tranvía redujo la velocidad para detenerse en una parada. Mike bajó de un salto y se zambulló en una calle oscura.

¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Se sentía débil de miedo. A mitad de calle llegó a un callejón.

Alcanzaba a oír que el automóvil doblaba en la esquina, en el otro extremo de la calle.

Mike se metió en el callejón oscuro y corrió hacia el otro extremo. Una pared de cuatro metros y medio le cortaba la salida. Saltó, pero no alcanzaba el borde superior con la mano. Del otro lado del muro ladraban unos perros.

Desesperado, entrecerró los ojos para tratar de entrever algo, a pesar de la oscuridad. A ambos lados distinguió la parte trasera de una serie de casas. A través de las persianas cerradas resplandecían algunas luces amarillentas. Percibió un olor a basura… Una rata pasó a su lado sobre los adoquines resbaladizos.

La aplastó contra la pared y desenfundó la pistola.

En el extremo opuesto del callejón oyó que se cerraban las puertas del coche, después del ruido de pasos y órdenes impartidas en susurros.

Mike fue adelantándose a lo largo de la pared y de algunos cercos bajos hasta pasar algunas casas. En ese momento, la luz de una linterna iluminó el callejón. Mike saltó un cerco y se agazapó detrás. Oyó que en el extremo del callejón se detenía otro automóvil con un chirrido de frenos.

—¿Hay alguien allí afuera? —preguntó una voz a sus espaldas.

Mike se volvió. La puerta de una de las casas se había abierto.

—Englezos… —susurró—. Englezos… ¡ayúdeme!

—¡Entre aquí, rápido! —contestó la voz.

La puerta se cerró a sus espaldas. Mike se apoyó contra ella, mareado y jadeando. Frente a sí vio a una mujer, solo cubierta por un quimono.

—Sígame —ordenó.

Entraron en un largo pasillo. Ella abrió una puerta de un tirón. Mike entró en la habitación.

—Quédese aquí —dijo la mujer—. Enseguida volveré.

Mike se desmoronó en un sillón y enterró la cabeza entre sus manos.

—¡Jesús!… ¡Cristo!… —exclamó.

Levantó la cabeza y miró lentamente a su alrededor. El cuarto estaba iluminado por una lamparita azul colocada detrás de una cama con colcha de satén. Cerca de la cama había una *chaise longue* de colores chillones. Sobre la otra pared se veían el habitual icono y la imagen de Cristo. En agudo contraste, en las paredes restantes colgaban varias reproducciones de cuadros griegos. En todos ellos aparecían jovencitas desnudas en distintas posiciones de reposo. Junto a la cama había un cuartito, parcialmente oculto por una cortina pesada, pero Mike pudo ver un bidé y un lavamanos.

Se puso tenso al oír voces y risas en el vestíbulo. Una de las voces —la masculina— era de un alemán y la otra de una mujer griega.

Varias veces oyó puertas que se abrían y se cerraban muy cerca.

Después todo quedó en silencio. Oyó un golpecito en la puerta del cuarto donde él se encontraba y notó que se abría. La mujer del quimono entró velozmente y la cerró a sus espaldas.

—Los de la Gestapo pululan por la calle —informó—, están cercando todo el barrio.

Mike levantó la mirada y se secó el sudor que le cubría la cara.

—Puede guardar esa pistola. Aquí estará a salvo.

La observó acercarse a la *chaise longue* donde se recostó. Era joven, tendría poco más de veinte años, y bastante bonita. Le sonrió a Mike.

—Me llamo Ketty —se presentó—. Sé bueno y masajéame la nuca.

Mike se le acercó. Ella se desprendió el quimono dejando al descubierto buena parte de su pecho. Sintiéndose incómodo, Mike se quedó parado detrás de ella.

—¡No seas tímido! —lo animó Ketty.

Parecía ronronear mientras él le masajeaba la nuca y los hombros.

—¡Qué sensación maravillosa! Estamos todas muertas de ganas de que regresen los Englezos. ¡Ustedes son tan caballeros! En cambio los alemanes son unos brutos. ¡Y los italianos! No hay uno que no esté convencido de que es el mejor amante del mundo. Yo he estado trabajando desde mediodía —continuó diciendo en su monólogo—. Hasta discuten la tarifa, ¡que es bien baja! Aunque eso no tiene demasiada importancia, los dracmas cada día tienen menos valor.

Ketty volvió a ponerse el quimono y se tocó el cabello.

—No te asustes, pero buena parte del Comando Alemán está aquí.

—Eres una maravilla, Ketty. Te aseguro que nunca olvidaré esto.

—Me resulta agradable volver a poder hablar con un Englezos. Disfruté del corto tiempo que estuvieron aquí. Tengo una hijita, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí. Es una chiquilla preciosa. Está interna en un convento. Me resulta bastante caro, pero mi hija es una criatura fuera de lo común… llena de cualidades. Estoy muy orgullosa de ella. Espero poder mantenerla en el convento. Pero hoy en día… con lo poco que vale el dinero… uno nunca sabe…

Mike separó un millón de dracmas del dinero que le quedaba.

—¡Ay, no! —protestó Ketty—. ¡No te conté lo de mi hija por eso! Me niego a aceptar tu dinero.

—Es para tu hija.

—No… no… lo necesitarás. Lo necesitarás para pagar el pasaje hasta África.

—No discutas —agregó Mike, dejando el dinero sobre la cómoda.

—¡Qué bueno eres! ¿Cómo te llamas?

—Jay.

—Esa es una de las cosas que me gusta de los Englezos. Tienen nombres muy simples.

Dejaron de hablar al oír que un alemán discutía con una muchacha en el pasillo.

—¡Perros!… ¡Perros!… ¡No hacen más que discutir! En la mesa de noche hay un poco de vino. Sírvete un vaso.

—Ya he bebido bastante.

Ella se le acercó y lo miró, sonriente.

—Eres un tipo agradable, Jay. ¿Te gustaría acostarte conmigo?

—En este momento no tengo ánimo, mi querida…

—Te comprendo.

Alguien llamó a la puerta. Ketty la entreabrió y mantuvo una conversación en susurros con otra mujer. Se volvió hacia Mike.

—Afuera está la Gestapo con un pelotón de soldados. Han venido a revisar la casa. Métete en ese cuartito y corre la cortina. No muevas ni un músculo.

Mike obedeció.

Al instante oyó que la puerta se abría. Ketty, con voz de inflexiones amorosas, le dio la bienvenida a un hombre. El hombre rio y Ketty lanzó un gritito de simulada alegría mientras se movían por la habitación. El hombre hablaba en alemán. Mike percibió el chasquido de un beso.

Oyó que el alemán gruñía al quitarse las botas.

La cama crujió a corta distancia del lugar donde Mike permanecía aplastado contra la pared. Quejidos amorosos… besos… el crujido cada vez más veloz de la cama…

Un golpe autoritario en la puerta.

—¡Gestapo! —rugió una voz.

Mike oyó que el alemán se ponía los pantalones mientras lanzaba maldiciones. La puerta se abrió.

—¿Qué mierda es esto?

—¡Mayor! Discúlpenos, pero hay un fugitivo británico en el barrio.

—Bueno, pero aquí no está, ¡maldito sea!

Se oyó un portazo.

Pasaron las horas. Ya eran las dos de la madrugada.

Ketty entró una vez más en la habitación y se dejó caer sobre la cama, extenuada.

—Esos cretinos no se van nunca —se quejó—. Ahora hay tres borrachos en el salón… A algunos les gusta castigar a las chicas…

Se levantó, corrió la cortina del cuartito y se lavó la cara con agua fría.

A medida que Mike conseguía tranquilizarse, iba planificando sus próximos movimientos. Era evidente que no podía confiar en Lisa y ardía de rabia al pensar que lo había engañado.

Cerca de Chatari había una zona de colinas boscosas. Allí se ocultaría. Faltaban tres días para el jueves y estaba decidido a presentarse a su cita con Julius Chesney en el café Piccadilly.

Se dijo para sus adentros que era una tontería que regresara a Chalandri, pero se enfureció consigo mismo al darse cuenta de que haría todo lo posible por volver a ver a Lisa.

—Me iré cuando amanezca —prometió.

Ketty estaba secándose la cara con una toalla.

—¿Tienes algún lugar donde alojarte?

—Sí, en Chalando.

—Entonces sería mejor que te lleve en coche hasta allí ahora mismo, antes de que amanezca.

—¿Y el toque de queda?

Ketty esbozó una sonrisa llena de sarcasmo.

—Hay algunas cosas a las que los alemanes no imponen el toque de queda. A mí se me permite viajar. Pero si prefieres quedarte aquí, puedes hacerlo.

—Eso está completamente fuera de la cuestión.

—Te anotaré mi número de teléfono. Nunca se sabe si me necesitarás.

Once

Las cuatro de la madrugada.

La noche estaba estrellada. Mike rodeó el monte de limoneros de la granja de Lazarus. En los límites del campo el terreno empezaba a elevarse. Llegó a una zanja.

Era peligroso continuar la marcha hasta que hubiera algo de luz. Si llegaba a cruzar un campo desconocido, algún perro vagabundo podría estropear todo su plan. El bosque quedaba a varios kilómetros de distancia… a una buena hora de caminata.

Mike se metió dentro de la zanja y decidió pasar allí lo que quedaba de la noche. Desde esa altura alcanzaba a ver toda la extensión de la granja, la casa y la caseta de las herramientas.

Todavía seguía estremecido por los acontecimientos de la noche, pero se sentía tan cansado que se adormeció. Dentro de la zanja hacía un frío tremendo.

Mike rodó sobre sí mismo, sopló sobre sus manos, flexionó los dedos y se masajeó las piernas entumecidas. El cielo se teñía de ese gris que presagiaba la cercanía de la aurora, y un gallo cantaba en una granja vecina. Salió de la zanja y miró a su alrededor. En ese momento alcanzaba a ver el perfil de las colinas y el bosque distante. Era el momento de arriesgarse.

Al mirar hacia la granja oyó un ruido extraño que surgía del bosquecito de limoneros. Vio una figura en sombras que se movía entre los árboles. Después… se encendió una luz en la caseta de herramientas.

Mike se quedó como petrificado… Diez minutos… Quince…

Una expresión de ira le inundó el rostro. Llevó la mano a su pistola. Descendió lentamente rumbo a la caseta.

Abrió la puerta de un puntapié.

—¡Vassili! ¡Gracias a Dios!

—¡No metas a Dios en esto! ¡Hija de puta!

Lisa cayó contra él, sollozando. La rechazó de un empujón y la tiró sobre uno de los catres. Cerró la puerta.

—¡Tonto! ¡Pedazo de tonto! —sollozaba ella—. Nico fue arrestado por la Gestapo. Está en la cárcel de Averof… el doctor Thackery ha tenido que ocultarse…

Se detuvo, se puso de pie y se acercó a Mike. Él la apuntó con la pistola. Lisa alzó la mano y le pegó una cachetada en la mejilla. Mike le devolvió la cachetada.

Se miraron con ojos llenos de odio…

—En este momento es posible que la Gestapo esté enterada de que estás aquí —explicó—. Tenemos otro lugar para que te ocultes.

Mike permaneció inmóvil, con sus ojos azules clavados en ella.

Lisa lo rodeó y caminó hacia la puerta.

Mike se dio la vuelta, la tomó de un brazo y la acercó a su cuerpo.

—¿Y ahora qué estás tramando? —preguntó, mientras la sacudía con violencia.

—¡Vassili! ¡Vassili! ¡Estuve a punto de volverme loca!

—Oh Lisa… Lisa…

Ella le tomó el pelo con las manos y lo obligó a bajar el rostro para besarlo en la boca…

—Lisa… Lisa… Lisa…

—No, querido… No… no podemos… no podemos… Este lugar no es seguro… Puede presentarse la Gestapo… Él la rodeó con sus brazos y se acercó al catre.

—¡A la mierda con la Gestapo!

Mike se arrodilló junto al catre y recorrió el perfil de su cuerpo satinado. Ella sonrió y lo besó.

Por primera vez desde que lo conoció, Lisa se sentía en paz. En cuanto a Mike, todos sus sueños acababan de convertirse en realidad y le habían sido contestadas todas las preguntas cuyas respuestas hasta entonces ignoraba.

Pero fue Mike y no Lisa quien mostró remordimientos. Sabía que acababa de autosentenciarse a otro lapso de insoportable soledad. Acababa de enamorarse desesperadamente. Era todo demasiado irreal… una fantasía…

—Vassili —susurró ella—, somos unos descarados. ¿Te imaginas lo incómodos que nos sentiríamos si en este momento entrara la Gestapo?

—Sí, supongo que será mejor que nos vayamos.

La ayudó a ponerse de pie y los cuerpos de ambos se apretaron en un estrecho abrazo.

—¿Lo lamentas?

—Por supuesto que no, Vassili. Te amo.

Mike y Lisa entraron en una mansión de la calle Satovriandou 125 de Atenas. El lugar estaba desierto, sin muebles y presentaba un aspecto fantasmal. Subieron los tres pisos de una escalera de caracol bordeada por un macizo pasamanos de caoba. El eco de los sonidos subrayaba lo vacía que estaba la casa.

Al llegar al tercer piso caminaron por un vestíbulo polvoriento hasta llegar a una puerta. Lisa la abrió con su llave y comprobaron que conducía a otro tramo de escaleras. Los escalones crujían bajo el peso de ambos.

Ella lo precedió y entró en una buhardilla humildemente amueblada.

—Ahora debo irme.

Se abrazaron y besaron.

—Volveré en cuanto pueda —susurró Lisa.

Doce

Terminó de fumar el último cigarrillo que le quedaba. Se tendió en la cama junto a la ventana de la buhardilla y observó las colinas de Atenas. Estaba oscureciendo y empezaban a encenderse las luces.

De alguna manera, la ciudad le recordaba San Francisco.

La buhardilla estaba completamente silenciosa. Recordó otro momento: el día en que desde las colinas observaba el pueblo de Kalamai. Atenas era una ciudad golpeada y sufriente, pero desde allí parecía pacífica como si estuviera lista para caer en un pacífico sopor.

Mike cerró los ojos y aguardó el regreso de Lisa. Pensó en lo sucedido esa mañana en la caseta de las herramientas. El deseo de volver a poseerla lo ponía tenso…

Cayó la noche.

Un eco resonó como un trueno a través de la casa desierta. Mike abrió los ojos y vio la aureola de luces que rodeaba la ciudad. Oyó los pasos de Lisa que subían la larga escalera de caracol. A medida que se iba acercando sintió que empezaba a excitarse. La puerta se abrió con un chasquido y él sintió la presencia de Lisa en la habitación en sombras…

—¿Vassili? —preguntó con una voz en la que se percibía cierto temor.

—Aquí estoy… junto a la ventana.

Una luz azulada se filtró en la habitación. La sombra de Lisa la precedió cuando la muchacha se le acercó. Se detuvo al lado de la cama y las manos de ambos se unieron.

Mike la observó mientras alzaba los brazos para quitarse el vestido y empezó a respirar agitadamente al verla allí parada, silenciosa y desnuda.

Lisa se inclinó sobre él y sus manos le acariciaron el cuerpo con suavidad, mientras apoyaba sus labios sobre los de Mike. Alzó los brazos para recostarla encima de él y sintió la maravilla del cuerpo de la muchacha en contacto con su carne. Se unieron suavemente… silenciosamente…

Cuando Lisa rodó sobre sí misma para quedar junto a él, lanzando un suspiro soñoliento y satisfecho, Mike estudió su cuerpo. Levantó el brazo, apagó la luz que había sobre la cama y se quedaron abrazados, contemplando la ciudad.

—Algún día volveré a buscarte —prometió él.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Te amo, Vassili. Agradezcamos estas pocas horas que se nos han concedido y no pensemos en algo que está a años luz de distancia.

—¡Es que es tan fabuloso que nos haya sucedido esto!

—No tiene nada de fabuloso. Creo que me enamoré de ti en cuanto te vi en la casita de Kaloghriani. No creí poder volver a sentir esto por nadie.

—¡Qué extraño! —exclamó él—. Supongo que en eso somos iguales.

Lisa se alejó de él abruptamente y se sentó en el borde de la cama dándole la espalda.

—Mañana por la noche embarcarás en un submarino británico.

Silencio absoluto.

Las primeras luces de un nuevo día empezaban a aparecer sobre las colinas de Atenas. La tomó del brazo y la obligó a acostarse de nuevo a su lado.

—No te vistas todavía.

—Bueno, querido.

—Ojalá yo fuese muy elocuente y pudiera decirte…

—Shhh… Shhh… Cuando tratas de hablar, pareces un niño…

Al amanecer se sentaron a comer frente a la ventana de la buhardilla. Bistecs y vino. Mike cargó su pipa con el último resto de tabaco que le quedaba.

—¿Sabes, Vassili? Los alemanes podrían vender carne un poquito más tierna.

—No trates de buscar excusas para justificar lo mal que cocinas.

Una nube que parecía de algodón se formó frente a la ventana y las colinas desaparecieron de la vista.

—Este es un día especial para… —pero Mike se interrumpió.

—¿Para qué, querido?

—Nada.

Había estado a punto de decir «un día especial para escribir». De alguna manera, siempre le resultaba más fácil escribir con mal tiempo. «Esa no es más que una manía de escritor», pensó.

Lisa retiró los platos y después hicieron sobremesa frente a sendas tazas de café instantáneo. Él observó la suavidad de la piel que revelaba la blusa desabrochada del vestido de Lisa.

Estaba loco de amor por ella. Lisa era un sueño hecho realidad y él estaba preso de su embrujo.

—Lisa, háblame de ti…

—No es una historia demasiado agradable…

—¡Por favor!

En ese momento, toda su tristeza volvió a hacer presa de ella. Apartó la mirada y la clavó en la ventana cubierta por la niebla y sus recuerdos retrocedieron al pasado…

La suya fue una buena vida. Su madre, una inglesa de gran belleza. Su padre, un hombrecito suave, dueño de una fábrica pequeña y próspera. Lisa y su hermana finalizaron sus estudios en la universidad y, alentadas por el amor que el padre profesaba por la música, ella inició sus estudios de piano en los conservatorios de Roma y París. Su hermana se doctoró en literatura.

Una familia muy unida… El principio de una carrera de concertista… Prácticamente el máximo que uno puede pedirle a la vida. Después un romance tonto, precipitado, que fue casi un torbellino, con un joven ingeniero ambicioso y que terminó en boda. Después de la ocupación alemana, Lisa comprendió hasta qué punto llegaban las ambiciones de su marido. Él se fugó con el dinero de la familia, las acciones de la fábrica y sus dos hijos.

Afortunadamente, su madre no vivió para ver eso. Lisa nunca creyó que su padre, un hombre tan amable, fuese demasiado valiente, pero demostró que lo era cuando le tocó morir en la cárcel de Averof.

—¿Y tu hermana?

—Vive con un oficial alemán.

Mike tuvo la sensación de que había detalles de la historia que Lisa no le había contado, pero se abstuvo de seguir haciéndole preguntas.

Se abotonó el vestido y se puso el abrigo y la boina frente al espejo manchado de la buhardilla.

—Tengo que hacer muchos arreglos. Volveré lo antes, posible.

Al llegar a la puerta se volvió hacia él.

—Supongo que es una tontería que nos hayamos enamorado.

Mike se paseó por la habitación como enloquecido. Separarse de ella le exigiría todo el coraje que le quedaba. El amor que sentía lo obsesionaba.

Tal vez la Resistencia permitiría que ella también saliera de Grecia…

Tal vez él pudiera entregarles los nombres de la lista de Stergiou y seguir quedándose en el país… Tal vez les conviniera huir a las colinas.

El día se convirtió en un infierno de confusiones. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar con tal de poder seguir estando con ella?

El muro de sus dudas lo encerraba cada vez más.

¡Si solo él fuese capaz de aceptar esas pocas horas de felicidad con la misma naturalidad con que las aceptaba Lisa!

Lo único cierto para Mike era el cruel tictac del reloj y la certeza de que muy pronto todo habría terminado.

Sabía que de alguna manera tendría que pagar por ese amor. Se tranquilizó. No le quedaba otro camino. De algún modo encontraría el coraje necesario para separarse de ella.

El rostro de Lisa estaba pálido y angustiado.

—Algo ha salido mal, Vassili. El submarino no vendrá.

Se abrazaron con fuerza.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —exclamó ella.

Lisa se apretó contra el cuerpo de Mike. Él estaba extenuado pero no tenía sueño. Se encontraba peligrosamente cerca del límite de su resistencia. La continua presencia de Lisa le quitaba toda fuerza de voluntad. Cubrió el cuerpo de ambos con la manta y se volvió para contemplar la ventana salpicada por la lluvia.

En ese momento sabía lo que tendría que hacer. Otro día… dos… tres… de despedidas le resultaban insoportables. Al día siguiente acudiría a la cita con Julius Chesney.

Jueves.

Mike tenía la esperanza de que Lisa saliera. Le habría resultado más fácil.

El reloj marcaba las once y diez.

Se puso la chaqueta y se colocó la pistola en el cinturón.

—¿Qué estás haciendo, Vassili?

—Voy a salir.

—¿Te has vuelto loco?

Mike se encaminó hacia la puerta. Ella le bloqueó el paso.

—¡Vassili! ¿Qué te pasa?

—Ya te dije que voy a salir.

—¿Estás loco? En menos de una hora habrás caído en manos de la Gestapo.

—Ya no soporto más esta situación, Lisa…

—¡Querido, nuestra gente está trabajando día y noche! —exclamó ella—. Dentro de unos pocos días…

—¿No te das cuenta de lo que nos ha sucedido? ¿Quieres verme convertido en una piltrafa? ¿Quieres que me arrastre?

Se arrojó contra él. Sus dedos nerviosos le apretaban y le soltaban los brazos.

—¡Es todo culpa mía, por haberte deseado tanto! Si eso es lo que quieres, me iré.

—Eso sería tan espantoso como lo que estamos viviendo ahora.

Se liberó de los brazos de Lisa y salió de la habitación como una tromba.

—¡Vassili!

Se detuvo un instante frente a la puerta de calle y miró hacia arriba.

Lisa estaba de pie en la parte superior de la escalera de caracol y tan histérica, que se arrancaba la ropa.

—¡Vassili! ¡No! ¡No!

Él cerró la puerta tras de sí.

Trece

Plaza Concord.

Mike se quedó parado en la acera opuesta al café Piccadilly. Por lo visto había poca actividad. Se preguntó si no estaría cometiendo un error. Evidentemente, Lisa estaba llevándolo a cometer tonterías. Se dio la vuelta y desanduvo el camino que había recorrido.

—¡Ah, Jay Linden! ¡Qué puntualidad! Veo que consiguió librarse de sus dos compañeros de viaje.

Mike se volvió y se topó con la cara de mastín de Julius Chesney. Estaba acompañado por otro hombre, con apariencia de marinero.

—Bueno, querido amigo, no nos quedemos aquí parados en la acera. Creo que es justo la hora de la copa de mediodía. Vamos. Le aseguro que no traje conmigo al Ejército alemán. Este amigo es Antonis, el capitán del *Arkadia*.

Los tres entraron en el café donde se instalaron en un reservado. Pidieron que les sirvieran *krasi*. Mike estudió a Antonis, que fumaba su pipa con expresión indiferente.

Chesney, hablando en susurros, le explicó a Mike que el *Arkadia* era un barco a motor pequeño y veloz que requería la presencia de tres tripulantes. Los papeles de embarque dirían Creta, pero el destino real de la embarcación sería El Cairo. Le aseguró a Mike que Antonis conocía bien la ruta porque ya la había recorrido en dos viajes anteriores con fugitivos británicos. El benefactor de Mike, el hombre que pagaría su pasaje, llegaría de un momento a otro.

—¿Y cuándo zarpamos? —preguntó Mike.

—En cuanto consigamos otro fugitivo para completar la tripulación de tres.

—Desde nuestro último encuentro he podido juntar algún dinero. Si entre Antonis y yo podemos manejar el barco solos, yo mismo pagaré mi pasaje.

El viejo lobo de mar asintió. Suponía que entre él y Mike podrían hacerse cargo del barco.

—Son cuatro millones de dracmas —exclamó Chesney con rapidez.

—¿No se le está yendo la mano con el precio?

—Es usted el que parece ansioso por partir cuanto antes.

—Le daré tres millones, siempre que zarpemos esta misma noche.

Chesney se rascó la mejilla.

—Muéstreme el dinero.

Mike colocó los billetes sobre la mesa. Por primera vez, Julius Chesney mostró cierta emoción. Sus gordas mejillas temblaron. Rápidamente estiró la mano por encima la mesa. Mike lo aferró por la muñeca.

—Le daré la mitad ahora y la otra mitad al zarpar.

Chesney miró el dinero, suspiró y retiró la mano. Luego observó cuidadosamente a Mike mientras el norteamericano contaba un millón y medio de dracmas. Chesney volvió a contar el dinero con ojos de mirada acuosa.

Un hombrecito pequeño, de pelo canoso, entró en el café y miró a su alrededor.

—¡Ah, allí llegan otros tres millones de dracmas! —exclamó Chesney—. ¡Por aquí, señor Cholevas! —indicó.

El caballero anciano y bien vestido se sentó en silencio en el reservado y saludó a todos con una inclinación de cabeza.

—Jay, quiero presentarle a su benefactor, el señor Apostólos Cholevas, benevolente amigo de los británicos.

Cholevas asintió en silencio.

El hombre inspiró curiosidad a Mike. Se preguntó por qué haría eso.

—¿De qué me sirve el dinero si los alemanes se apoderan de mi país? —preguntó el anciano, que se quedó con ellos el tiempo suficiente como para beber un vaso de vino y entregarle el dinero a Chesney. Le deseó buen viaje a Mike y le pidió que le escribiera cuando finalizara la guerra. El viejo caballero se alejó con un último pedido: que no dejara de informar a los ingleses de lo que estaba sucediendo en Grecia.

Julius Chesney hizo sonar sus nudillos, masticó un bizcocho y después sacó una serie de papeles del bolsillo de su arrugado traje. Los extendió sobre la mesa.

Arkadia: Destino: Creta.

—¿Tiene documentos de identidad, Linden? —preguntó.

Mike le mostró la tarjeta y demás papeles en los que figuraba su seudónimo actual: Vassili Papadopoulos.

—Espléndido… espléndido… Esto me ahorra un gasto. —Chesney escribió el nombre en los papeles del barco.

—Ahora creo que todo está en orden. El combustible estará a bordo antes del anochecer, señores. Antonis, encuéntrese conmigo más tarde para que le entregue todos los papeles de embarque.

—¿Y qué me dice de la inspección del barco? —preguntó Mike.

—¡Mi *querido* amigo! ¿No confía en mi habilidad? ¡Ay, Dios mío! ¡Cuando termino de llenar las manos de todo el mundo me queda tan poco! Hay muchísima gente que mete la mano en la lata, y hoy en día los precios que cobran son un asalto. Bueno, Linden, le deseo buen viaje y no deje de leer mi columna cuando llegue a Londres.

Chesney logró sacar su corpachón del reservado y se palmeó afectuosamente el bolsillo lleno de dracmas. Le tendió la mano.

—Le recomiendo que tenga mucho cuidado, Michael Morrison —agregó—. Sería una pena terrible que la lista Stergiou cayera en manos de los alemanes.

Y mientras Julius Chesney salía del café, Mike se quedó allí, estupefacto.

Cuarta parte

Uno

Lisa, sentada en un extremo de la mesa, estudió los cuatro pares de ojos severos que estaban clavados en ella. La vela que ardía en el centro de la mesa arrojaba sombras movedizas sobre las paredes desnudas.

A tres de esos hombres los conocía desde la infancia. El único desconocido era ese extraño y pétreo doctor Harry Thackery.

—¡Me resultó imposible detenerlo! —exclamó.

Papa-Panos, el sacerdote, con su barba canosa… Michalis, el de la cara grande con aspecto de luna llena, el organizador de sindicatos con el gesto perenne de un león furioso y a punto de morder… Thanassis, ese hombre suave y culto, profesor de la universidad…

Se hizo un silencio mientras Lisa meneaba la cabeza y se asía con fuerza al borde de la mesa.

El puño de Michalis cayó con fuerza sobre la mesa y la vela se tambaleó.

—¿Y por qué no lo seguiste? —rugió.

Lisa no contestó.

—Lisa —recordó el doctor Thackery—, usted tenía órdenes de matarlo en el caso de que llegara a suceder algo como esto. ¿Comprende las consecuencias que tendría que ese hombre cayera en manos de los alemanes?

Lisa tenía la boca seca. Cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios resecos.

—Yo ignoraba quién era —susurró.

—Vuelvo a preguntarte, Lisa, ¿por qué no lo seguiste? —preguntó Michalis.

—¿Y, Lisa? —la urgió el doctor Thackery.

Ella lanzó un suspiro y bajó la cabeza.

—Porque no estaba vestida.

—¡Que no estabas vestida!

—¡Por amor de Dios, Michalis, tranquilízate! —aconsejó Thanassis—. Como de costumbre tus gritos deben de oírse hasta en Salónica.

—¡No niego que estoy enamorada de él! —exclamó Lisa.

Papa-Panos, el sacerdote, había permanecido en silencio y escuchando. Se acariciaba la punta de la barba. Por fin habló, con su voz aguda y siempre autoritaria.

—Thanassis, Michalis, doctor Thackery… realmente me pregunto si no estaremos todos equivocados con respecto a este Morrison. ¿No sería más inteligente olvidarlo por completo?

—¿Se ha vuelto loco, padre?

—No levantes la voz cuando me hables, Michalis. Recuerda que no estás perorando en una reunión de sindicato. Supongan que Morrison logra escapar… Supongan que realmente entrega los nombres a los británicos… ¿Alguno de ustedes ha pensado lo que sucedería? Querrá decir que nos veríamos obligados a actuar en base a la información que ellos nos proporcionen. Y, señores, no podemos esperar que los alemanes se queden sentados y de brazos cruzados. Ejercerían represalias tremendas… de eso no les quepa ninguna duda. Sin duda matarían a cientos de inocentes.

—¡Bah! —gruñó Michalis. Se inclinó sobre la mesa y señaló a Papa-Panos con un dedo—. ¿Usted considera que en este momento estamos recibiendo leche y miel de los alemanes? Sin ir más lejos, ayer mismo esos carniceros nazis masacraron a cien civiles en Creta. Si nuestro pueblo no tiene armas, luchará contra ellos con rocas y palos. ¿Qué es preferible: morir con una pistola o con un tenedor en la mano?

—Una cosa es ayudar a los fugitivos británicos o buscar alimentos. Pero otra es encender la mecha que provocaría una rebelión en masa —contestó Papa-Panos—. Cuando los británicos empiecen a hacer entrar armas de contrabando en el país, esas armas serán usadas… ¿y quién de ustedes cree que podremos vencer al Ejército alemán?

Thanassis interrumpió.

—Por mucho cariño y respeto que yo le tenga, padre, no puedo menos que coincidir con Michalis. Ha quedado demostrado que la resistencia pasiva es inútil. Las ciudades y las colinas están iracundas y nuestro pueblo luchará.

—¿Usted está de acuerdo con ellos, doctor Thackery?

El hombre de rostro huesudo permaneció un largo rato en silencio.

—Yo no me decanto hacia ningún bando —dijo por fin—. No es cosa mía. Sabemos que cuando reciban la lista Stergiou los británicos establecerán aquí una misión. Eso significa que debemos organizamos y actuar con respecto a informaciones sobre envíos de armas, horarios de trenes, movimientos de tropas, submarinos… Significa que los británicos introducirán armamento en el país para ayudarnos a llevar a cabo nuestra

misión. También sabemos que los alemanes destruirán pueblos y ciudades y que matarán ciudadanos griegos en venganza por cada acción que llevemos a cabo contra ellos. ¿Y qué ganaremos con eso? Si llegamos a adquirir una posición fuerte, si logramos ejercer suficiente presión sobre los alemanes, se verán obligados a mantener sus tropas aquí y no podrán trasladarlas a luchar en los principales frentes de la guerra. Ni ustedes ni yo podemos impedir que el pueblo griego devuelva golpe por golpe. Realmente, Papa-Panos, las colinas están iracundas.

El sacerdote suspiró. Sabía que esos hombres decían la verdad. Grecia estaba destinada a recibir un baño de sangre que, en comparación, convertiría en triviales todas las antiguas tragedias. Asintió lentamente.

—Muy bien, no ahorraremos ningún esfuerzo ni gasto con tal de encontrar al norteamericano y sacarlo del país.

Entonces los cuatro se volvieron hacia Lisa. La muchacha tenía los labios blancos. Se puso de pie.

—Antes de que lleguen a una decisión, tengo algo más que decirles.

Con palabras lentas y deliberadas, Lisa les contó su historia a partir del día en que la Gestapo la arrestó y la llevó en presencia de Konrad Heilser. Los cuatro hombres estaban estupefactos. Después les narró las semanas de terror que había vivido y finalizó su narración en el momento en que Morrison salió hecho una furia del apartamento de Satovriandou 125.

No les suplicó que tuvieran piedad. Los hombres permanecieron sentados en un silencio tenso. Lisa se encaminó hacia la puerta, erguida y orgullosa.

—Esperaré en el cuarto de al lado —dijo.

Se sentía como si la vida misma se le hubiera escapado de las manos. ¿Y qué importaba? Había perdido a sus hijos y lo había perdido a él. Por lo menos había purgado sus culpas…

A través de las delgadas paredes oyó que Michalis golpeaba la mesa con el puño.

—¡Lisa Kyriakides ha traicionado al pueblo griego!

Thanassis, incrédulo, hizo un movimiento negativo con la cabeza. Su aspecto de estudioso ocultaba el hecho de que era uno de los hombres más osados del movimiento.

—Lisa… no puedo creerlo… no puedo creerlo… La conozco desde que era una chiquilla de dieciséis años. Fue alumna mía en la universidad. Yo la hice entrar en nuestra organización…

—Yo también los he conocido a ella y a su familia durante muchos años —acotó Michalis—. No podemos dejarnos llevar por el sentimentalismo. —

Se expresaba como una persona que había vivido una existencia de férrea disciplina. No sentía ninguna simpatía por aquellos que no cumplían con su deber. Hacía demasiado tiempo que tenía que enfrentarse con los que jugaban a bandas.

—Por lo visto no nos queda elección posible —dijo Thanassis—. Pero no seré yo quien apriete el gatillo.

Thackery no opinó. Ese no era asunto suyo.

—¿Si fuese una traidora, ustedes creen que nos habría contado su historia? —preguntó Papa-Panos.

—No se deje engañar por las tretas de las mujeres, padre. Lisa es una mujer marcada. Acudió primero a nosotros con la esperanza de que seríamos más piadosos que los alemanes. Si queremos mantener la disciplina dentro de esta organización, no nos queda opción posible.

—Y al ejecutarla nos ponemos a la misma altura que los nazis…

—¿Y qué sugiere que hagamos? ¿Rezar, quizá, para que ella se arrepienta?

—¡Basta! Por un día ya te he oído decir bastantes tonterías, Michalis. Lisa es tan traidora como yo. ¿No les parece que hay bastantes muertes a nuestro alrededor? Recuerden que es hija de Ioannis Rodites, un mártir del pueblo griego. ¿Tienen tan poca memoria que ni siquiera recuerdan al primer hombre de Atenas que sin derramamiento de sangre reconoció el sindicato donde ustedes actúan?

—No deshonre el nombre de Ioannis Rodites —replicó rápidamente Michalis—. ¿Y qué me dice de la hermana de Lisa, María Rodites, que es la amante de un oficial alemán? ¿Qué me dice del marido, Manolis Kyriakides, un asqueroso colaboracionista? —Escupió en el suelo.

—¿No creen que esta mujer ya ha sufrido bastante? Sin duda, Michalis, debes comprender que si la traición anidara en su corazón bien pudo haberse convertido en la amante de Konrad Heilser. Podría tener toda la riqueza de Atenas a sus pies. Pareces olvidar que hizo esto únicamente para proteger la vida de sus dos hijos.

—Yo también tengo un hijo —contestó Michalis—. Y le hablo como un hombre que quiere a su hijo más que a la vida misma. Pero preferiría verlo en la tumba antes de convertirme en colaboracionista.

—Sí, Michalis —contestó Papa-Panos—. Tal vez tú preferirías ver a tu hijo en la tumba en ese caso. Pero dime una cosa, ¿tu mujer reaccionaría de igual manera?

Dos

El *Arkadia* no era veloz ni estaba bien acondicionado. Era una lancha de río y Mike dudó de que fuera apto para hacerse a la mar.

—Baje a la cabina —ordenó Antonis, en la frase más larga que había pronunciado en todo el día.

La cabina tenía cuatro literas, una cocina y un depósito de agua. Mike se estiró en una litera desde donde veía la escalerilla y a Antonis junto a la borda, fumando incansablemente su pipa y mirando alternativamente el mar y el cielo.

A pesar de la ansiedad que lo embargaba, Mike empezó a sentir cierta seguridad. Hasta ese momento, Julius Chesney había cumplido. Lo reconfortaba un pensamiento. De alguna manera, Chesney conocía su verdadera identidad y estaba enterado de la existencia de la lista Stergiou. Tal vez Chesney exagerara su amor por los dracmas, porque a Mike le constaba que si lo denunciaba a los alemanes ganaría diez veces más que lo que había recibido recaudado por los pasajes. Mike también sentía una confianza instintiva en Antonis, el silencioso capitán. Y por todo eso empezó a relajarse.

Después de permanecer parado inmóvil durante una hora junto a la borda, Antonis asomó la cabeza por la cabina, con su pipa, tan maltratada por la intemperie como su rostro, firmemente apretada entre sus dientes.

—Voy a buscar los papeles de embarque —explicó.

«Todo se ha desarrollado sin inconvenientes —pensó Mike—, tal vez con demasiada facilidad». En las verjas del puente de El Pireo ningún guardia levantó siquiera una ceja cuando Mike pasó en compañía de Antonis. Mike decidió que Julius Chesney conocía su negocio.

Sin embargo, subestimó el amor del gordo por los dracmas. A la media hora, Antonis regresó al barco en compañía de dos hombres y una muchacha.

Una vez en la cabina, uno de los hombres, un australiano llamado Ben Masterton, se presentó. El otro era un muchacho de alrededor de veinte años, un palestino de nombre Yichiel. Yichiel estaba acompañado por su esposa, Elpis, una muchacha atemorizada, quien afirmó que viajaba a Egipto para enrolarse en las fuerzas libres de Grecia.

Mike estuvo a punto de preguntarle a Antonis por el dinero de más que había cobrado en pasajes. Se sentía enfadado, pero decidió no tomar ninguna medida. Le resultaba agradable pensar que aparte de Antonis tendría con quien hablar durante el viaje. Además, los otros tres pasajeros ayudarían a disimular el objetivo del viaje y le proporcionaría un aire de excursión.

La policía griega realizó una inspección precaria, selló los papeles de embarque y el *Arkadia* zarpó. Sin duda Chesney los había sobornado bien. A Mike lo inquietó un poco lo fácil que había resultado todo. «No es posible que sea tan simple», pensó.

El aire de mar era frío.

Yichiel y su esposa se refugiaron en la cabina, ocuparon una sola litera y empezaron a hablar en susurros. Mike los envidió. ¡Cómo los envidiaba!

Las colinas de Atenas se veían cada vez más y más pequeñas. En alguna parte de la ciudad había una buhardilla… Parecía mentira que solo la noche anterior, él y Lisa… Un terrible mal humor comenzaba a dominar a Mike.

El *Arkadia* salió de la zona del puerto. Antonis detuvo las máquinas y echó anclas.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó Ben Masterton.

—Tenemos que quedarnos aquí hasta el amanecer. Órdenes alemanas. Merodean submarinos británicos. Si nos movemos, nos detendrá una lancha patrullera.

—Bueno, este asunto no me gusta nada.

—No trate de enseñarme lo que tengo que hacer —contestó Antonis, poniendo fin a la discusión.

Estuvieron anclados durante horas. Mike ni por un instante dejó de contemplar las colinas de Atenas. Estaba sobrecogido de tristeza.

Cayó la noche.

Yichiel y Elpis dormían entrelazados en la cabina. Antonis permanecía junto a la borda, mirando alternativamente el mar y el cielo.

Ben Masterton estaba sentado en cubierta, cerca de Mike, con la espalda apoyada contra la borda. Comenzó a cantar suavemente.

Ese toro australiano estaba convencido de que era un cantante clásico. Cantó casi todas las arias del repertorio de los barítonos repitiendo los antiguos, gastados y pasados de moda gestos operísticos. Con la mano izquierda se acariciaba la barba mientras agitaba la derecha.

Masterton le resultaba simpático. Horas antes, el australiano le había contado sus cuatro intentos anteriores de huida, durante los que terminó tan borracho que intentó borrar del mapa a todo el Ejército alemán.

—Escucha, Linden —susurró Masterton, acercándose a Mike.

—¿Sí?

—Mira, no tengo la costumbre de beber con neozelandeses, pero tú me caes bien. —Ben sacó una botella de su bolsillo.

—Coñac, ¡justo lo que me recetó el médico!

—¡Shhh! ¡No hables tan alto, pedazo de imbécil! En cualquier momento tendremos que compartirlo entre cinco, cuando apenas hay bastante para nosotros dos.

Mike bebió un largo trago y trató de quemar el dolor que lo consumía. Ben le arrancó la botella de los labios y bebió la misma cantidad que acababa de consumir Mike.

El líquido que contenía la botella empezó a descender con rapidez.

Ben se rascó la cabeza, miró la botella vacía y la arrojó sobre la borda.

—¡Maldito kiwi! —exclamó—. ¡Nunca debió habérseme ocurrido beber con un kiwi del demonio!

—Vamos, cállate la boca a menos que quieras que te obligue a darte un chapuzón, Masterton…

—Te tengo simpatía, Linden —aseguró Ben, rodeando los hombros de Mike con uno de sus poderosos brazos—. Te diré algo… te tengo tanta simpatía que permitiré que cantes a dúo conmigo… hasta ese punto llega la simpatía que te tengo. Lástima que no estuvieran conmigo cuando saqué de en medio a catorce de esos italianos… catorce, ¿te das cuenta? Me divertí más que nunca en la vida… ¿qué quieres que cantemos, compañero?

—No tengo ganas de cantar, Ben… no tengo ganas de cantar… En Atenas hay una tipa… una tipa maldita que vive en un maldito apartamento y yo a esa tipa la quiero…

—¡Ay! ¡Vamos, compañero! No llores… no llores…

—No puedo evitarlo… Lo que esa maldita tipa…

—Te propongo que cantemos *Los aires de una granja de Londres…* a menos que tú conozcas alguna versión de una buena canción inglesa…

—Esa es una canción para tenor, ¡pedazo de ignorante!

—¡Pero Linden! Yo soy capaz de cantar cualquier cosa… hasta un aria de soprano.

De la cabina llegaron suaves gruñidos. Ben empezó a acercarse a ella gateando. Mike le aferró el cinturón y lo obligó a retroceder.

—¡Déjalos en paz, pedazo de cretino!

—Maldito sea, Linden, te aseguro que es la última vez que bebo con un kiwi… la última vez…

Cada uno rodeó al otro con un brazo y permanecieron así unidos en una armonía harto dudosa.

Antonis no se movía en su puesto junto a la borda.

Los sonidos de la cabina se acallaron.

El *Arkadia* se mecía suavemente por el oleaje.

De repente Antonis se enderezó y permaneció muy erguido y tenso, como si escuchara. Mike golpeó a Ben en las costillas y ambos trataron de distinguir lo que sucedía a través de la niebla alcohólica en que se encontraban sumergidos.

Alcanzaron a oír el sonido distante de un motor. Los dos se pusieron de pie a trompicones y se adelantaron para ir a colocarse al lado de Antonis.

—¡Ponga en marcha esta porquería de una vez! —urgió Ben.

—¡Quieto! —ordenó Antonis—. Todavía es posible que vuelvan al puerto.

A Mike se le revolvió el estómago. Pasó un minuto y les pareció que el ruido del motor de la lancha se esfumaba. Pero de repente volvieron a oírlo, cada vez con más fuerza.

—¡Le digo que nos pongamos en marcha! —rugió Masterton, con la cara empapada de sudor.

La lancha ya estaba muy cerca. A trescientos cincuenta metros alcanzaron a distinguir su perfil.

Yichiel y Elpis subieron a cubierta, con expresión de terror. La muchacha enterró la cabeza en el pecho de su marido.

El sonido de una sirena horadó el silencio de la noche.

La luz de un reflector iluminó el agua. Se detuvo sobre el *Arkadia* y los cinco tripulantes. El motor rugió con más fuerza.

—*Arkadia* —gritó una voz en la oscuridad.

—¡Prepárese para ser abordada!

Tres

Un semicírculo de soldados alemanes con bayonetas caladas esperaba en el puerto cuando llegó la lancha patrullera. Mike estaba embotado de terror. Al volver a pisar tierra firme, lo sacudió una oleada de náuseas. Cerró los ojos, mareado. La mano de Ben lo sostuvo por el hombro. Se les acercó un camión celular. Los cinco fueron arrojados adentro. Una caravana de coches escoltaba el camión. Las sirenas despejaban el camino y el convoy se dirigió desde el puerto de Atenas a toda velocidad.

¡Imbécil… imbécil… imbécil… imbécil…! ¡Fue una locura hacer un trato con Julius Chesney! ¡Una locura haberse enamorado!

Elpis sollozaba en brazos de Yichiel. Pero Antonis no demostraba la menor ansiedad. Fumaba su pipa con aspecto complacido y miraba al exterior a través de la puerta de barrotes de la parte de atrás del vehículo.

Ben empezó a hablar para sí mismo.

—Anoche me emborraché… Debo de haber hablado más de la cuenta…

El convoy llegó a las afueras de Atenas.

—¿Adónde nos llevarán? —susurró Mike con voz ronca.

—A la cárcel de Averof —contestó Ben—. No pierdas los estribos, compañero, estos no son más que pura pinta…

Los cinco cautivos fueron conducidos a una habitación con paredes y suelo de piedra. Estaban rodeados por una docena de nazis armados de pistolas y garrotes.

Detrás de un escritorio se encontraba sentado el coronel Oberg, comandante de la cárcel de Averof. Tenía el clásico rostro prusiano, al que ni siquiera le faltaba el monóculo. Oberg estaba furioso por el hecho de que los pasajeros del *Arkadia* hubiesen sido detenidos en una hora tan incómoda. Habían interrumpido su orgía con la amante que bostezaba sentada sobre el borde de su escritorio.

Los observó uno por uno con los ojos helados. Su mirada se detuvo en Ben Masterton.

—¿Usted de nuevo, Masterton?

—Como verá, le resulta imposible librarse de mí, coronel.

—¡Silencio! ¡Nada de bromas! —ordenó Oberg, de mal talante. Se volvió hacia el empleado que esperaba sentado ante un pequeño escritorio junto al de su jefe—. Acuse a Masterton de espionaje y sabotaje.

—Ya empezamos de nuevo…

—¡Enciérrelo!

Cuatro gigantescos soldados nazis rodearon a Masterton y se lo llevaron.

—Te veré más tarde, compañero —dijo el hombrón a los gritos—. Recuerda que estos tipos no son más que pura pinta…

La pesada puerta se cerró de golpe detrás de Ben.

La habitación permaneció en silencio.

Oberg golpeó la palma de una de sus manos con la fusta que tenía en la otra y empezó a mecerse de un lado para el otro en su silla giratoria.

—He oído que tenemos un judío con nosotros. Adelántese, judío.

Ninguno de los cuatro se movió.

—¡Le he dicho que se adelante, judío!

Yichiel soltó a Elpis y se acercó al escritorio. Oberg siguió hamacándose en su sillón.

—¿Cómo se llama, judío?

—¡Soy un soldado británico!

Oberg alzó el brazo y golpeó con la fusta la mejilla de Yichiel. Un hilo de sangre empezó a correr por el rostro del muchacho.

Yichiel escupió en la cara de Oberg.

Al instante, media docena de soldados lo sometieron a un doloroso castigo con sus garrotes. Lo derribaron al suelo de piedra. Mientras lo pateaban, él rodó sobre sí mismo y colocó sus brazos sobre la cara para protegerse.

Elpis empezó a gritar. Se arrodilló a su lado y le sostuvo la cabeza.

—¡Llévenselo! —ordenó Oberg.

Los soldados arrastraron a Elpis para alejarla de su marido. La muchacha se defendió con uñas y dientes. Yichiel se puso de pie con dificultad y se dirigió tambaleante a la puerta.

—¡Vamos, vamos, qué animalito eres! —comentó el coronel, dirigiéndose a Elpis—. Llévenla a mis habitaciones. Veremos si haces el amor con la misma maravillosa violencia.

Yichiel cruzó corriendo la habitación. Un garrote se estrelló contra su cabeza. Cayó al suelo inconsciente.

Se llevaron a ambos… Elpis seguía luchando contra sus tres guardias y rasguñándolos.

—Debe de ser encantadora… ¡encantadora!

El prusiano regresó a su silla y volvió a mecerse. Señaló a Antonis con su fusta.

—¿Supongo que usted no me dirá que también es soldado británico?

Antonis dio un paso adelante y contestó que era Antonis, capitán del *Arkadia*.

—Arréstenlo con cargos de espionaje y sabotaje.

Mike quedó solo en el centro de la habitación.

El coronel se inclinó hacia su secretario.

—¿De qué se acusa a este individuo?

—De portar documentos falsos, una pistola y un millón de dracmas. No tiene entradas anteriores.

—¿Su nombre?

—Jay Linden.

—Nos gustaría saber más acerca de usted, señor Linden.

—Jay Linden, Cabo, número 359195, Nueva Zelanda.

—Continúe.

—Como prisionero de guerra, eso es todo lo que estoy obligado a decir.

En el rostro de Oberg apareció una sonrisa.

—Muy bien dicho, cabo Linden.

Mike miró a su alrededor. Los brutales soldados esperaban una señal de su jefe. Apretó los dientes y tragó con fuerza.

Oberg lo miró fijo a través del monóculo. Después volvió a mecerse y a darse golpecitos en la palma de la mano con la fusta.

—¿Está seguro de no tener nada más que decir, cabo Linden?

Mike no contestó.

—¿No será que está reteniendo alguna información, cabo Linden?

Mike alcanzaba a oír el tictac de un enorme reloj que colgaba de la pared. Resonaba en esa habitación recubierta de piedra.

Oberg levantó la mirada para observar el reloj. Miró hacia la puerta por la que se habían llevado a Elpis.

—Enciérrenlo acusado de sabotaje y espionaje. —Oberg se puso de pie y los soldados adoptaron la posición de firmes. El coronel le hizo una seña a su asistente—. Por la mañana haga llegar a la Gestapo la información sobre el *Arkadia*. —Asintió en dirección a Mike—. Estoy seguro de que la Gestapo le resultará una inspiración para hablar. —Después se volvió hacia su amante—. Puedes regresar a tu casa. Esta noche ya no te necesitaré.

La mujer bostezó.

Mike fue arrojado a una celda oscura. Se arrastró para ponerse en pie y tanteó a su alrededor, como un ciego.

—¡Ben! —llamó—. ¡Ben!

—Aquí estoy, compañero.

En la oscuridad, Mike tropezó con cuerpos dormidos. El olor del lugar era espantoso. Distinguió el inmenso perfil de Ben arrodillado sobre el cuerpo inerte de Yichiel.

—Le dieron una buena paliza —comentó el gigante.

Yichiel lanzó un quejido y rodó sobre sí mismo.

—Le quitaron a su mujer… Oberg…

—¡Ese cretino de mierda! Y cuando termine con ella se la entregará a sus guardias…

Mike se dejó caer sobre el frío suelo de piedra. Hizo algo que no hacía desde la infancia. Michael Morrison lloró abiertamente y sin la menor vergüenza.

Ben le palmeó la espalda.

—Todo saldrá bien, viejo. No nos tendrán aquí demasiado tiempo. Más o menos dentro de una semana nos procesarán y nos enviarán al sector de la cárcel reservado para los prisioneros de guerra. Allí todo es mucho mejor…

Mike consiguió contener el llanto y se secó los ojos con la manga.

—Nos harán presentar ante la Policía de Campo —la Gestapo— y ellos nos interrogarán y nos acusarán de todo lo que puedas imaginar… Hasta de haber iniciado la guerra. Pero no son más que pura fachada, nada más que fachada. Tienes que hacerles frente y exigir que respeten tus derechos de soldado británico, y entonces te enviarán al sector de los prisioneros de guerra…

—¿Quién… quién es el que conduce los interrogatorios en nombre de la Gestapo?

—Un tipo bastante cretino que se llama Heilser. Pero no te preocupes, Jay… no es más que pura fachada.

Cuatro

Fuera de la noche que me ampara.
Fuera del infierno que va de un polo a otro,
¡agradezco a cualquier Dios que exista,
por haberme concedido un alma inconquistable!

—¡Silencio allá adentro, *schweinhund*! ¡Silencio allá adentro o los mataré…!

Sometido a las intimidaciones del destino,
mi cabeza sangra, pero no se inclina.

Ben terminó su canción, ignorando al jefe de guardias, un sádico austríaco llamado Hans, que continuaba furioso en el exterior de la celda.

—Es una hermosa canción, ¿verdad, Jay? —preguntó Ben—. ¿Sabes, Jay? No puedo decir que la hospitalidad de este lugar me guste demasiado.

Ben había conseguido tranquilizar bastante a Mike. Su ejemplo de coraje y de desafío frente la brutalidad de los guardias era como un tónico. Y después de pasar dos días en Averof algunos de los temores de Mike habían desaparecido. Después de haber entrado en contacto con la hez del mundo, sabía que el infierno no podía ser peor.

En la celda donde se encontraban apenas cabían cuarenta presos. Pero contenía noventa «saboteadores griegos». No había literas, ni calefacción ni agua ni letrinas. Solo piedras y barrotes. Los otros «saboteadores» iban desde un chico de diez años acusado de robar un cartón de cigarrillos, a un anciano de ochenta, convicto por haber robado un pan. Varios de los presos se encontraban en un estado de idiotez balbuceante y había una docena de casos evidentes de tuberculosis… Los piojos pululaban por todas partes. Y por la celda se paseaban ratas enormes.

Por la noche, la piedra se tornaba gélida y el único calor lo proporcionaban los cuerpos apretujados de los prisioneros. La comida diaria consistía en una grasienta sopa de algarrobas que no contenía algarrobas. Ben le aseguró a Mike que ese menjunje llegaría a fascinarle y le enseñó a

apoderarse de cáscaras de patatas y de desperdicios en los viajes diarios que hacían hasta el baño. Ben, viejo pensionista de Averof, pronto encontró a un guardia dispuesto a pasar notas al exterior y que les proporcionaba comida de contrabando. En Averof el dinero era todo. El preso que contaba con conexiones conseguía sobrevivir.

Todas las mañanas sacaban algunos muertos de la celda.

Desde un par de ventanucos, Mike podía contemplar el patio central de Averof. Allí se realizaban horribles sesiones de tortura durante las veinticuatro horas del día. Cada día, al amanecer, un escuadrón eliminaba a un grupo de «saboteadores»: hombres que permanecían temblorosos contra el muro de piedra gris. Y todos los días, al amanecer, Hans, el guardia, seleccionaba algún «saboteador» de la celda de Michael para que fuera ejecutado. Alineaba a todos los prisioneros en el corredor y los estudiaba mientras recorría la fila rengueando, con una sonrisa de maníaco en el rostro.

A la cuarta mañana, Elpis fue arrastrada hacia la pared de piedra del patio. Sus gritos eran débiles, pero a pesar de todo el marido la oyó. La chica estaba completamente irreconocible. La ataron a un poste. Y mientras el escuadrón de fusilamiento se preparaba, en el pasillo que corría junto a la celda, Hans se burlaba de Yichiel. Se ufanaba al asegurar que él había sido uno de los cincuenta guardias que la habían violado la noche anterior.

Ben y Mike observaron cuidadosamente al desesperado palestino.

Transcurrieron cuatro días. Michael Morrison ya no tenía miedo. Una ardiente furia interior le impedía quedarse quieto y mantenerse en silencio. Pero con cada día que pasaba se acercaba más el momento en que debería enfrentarse a Konrad Heilser. Su mente trabajaba desesperadamente tratando de forjar un plan para evitar ese encuentro. Tal vez si se fingiera enfermo… tal vez si intentara huir en camino hacia el cuartel de la Gestapo… tal vez si atacara a Hans y lo arrojaran a una celda de confinamiento solitario…

Un millar de ideas atravesó su cabeza. Todas, salvo una, le parecieron inútiles.

La única leve esperanza consistía en las conexiones que Ben tenía con el mundo exterior… un guardia griego llamado Axiotis. Era uno de los pocos guardias griegos anteriores que conservaron los alemanes. El anciano carcelero se dedicaba al rentable negocio de sacar mensajes de los presos y entrar pan, vino y tabaco a la cárcel. Hans estaba perfectamente enterado de lo que sucedía, pero lo permitía siempre que Axiotis le entregara un porcentaje de sus ganancias.

Ben conocía a una docena de mujeres que los mantenía a él, a Mike y a Yichiel provistos de alimentos y de tabaco. Mike vigilaba estrechamente, a la espera de que Axiotis los traicionara, pero cada vez que Ben le encomendaba una misión, el viejo carcelero cumplía.

Pero ¿con quién podía ponerse en contacto Mike? Ignoraba cómo contactar a Lisa, y además existía la remota posibilidad de que ella tuviera algo que ver con su captura. Trató de sacarse esa idea de la cabeza, pero no pudo.

¿Contactar a Chesney? No. Mike estaba seguro de que Chesney había preparado las cosas de forma tal para que él se sintiera seguro y que también preparó la captura con tanta habilidad que nadie se atrevería a sospechar de él. Después de todo, Antonis en ningún momento se mostró preocupado. Actuó como si esperara ser capturado por la lancha patrullera. ¿Y dónde estaría Antonis en ese momento? Todos los prisioneros recién llegados pasaban por la celda de Hans y él no había visto a Antonis. Lo más probable era que el capitán estuviera preparando la captura de otro grupo de prisioneros británicos.

Ben insistía en echarse la culpa, seguro de que en su borrachera, la noche anterior de embarcarse había hablado delante de alguien. Pero Mike no podía estar seguro de que así fuera.

¿Ponerse en contacto con el doctor Thackery? No podía. Lisa le informó que Thackery se había visto obligado a ocultarse. Y además, sin duda la Sociedad Arqueológica Norteamericana estaría bajo vigilancia de la Gestapo.

Solo quedaba una remota posibilidad. Era tan frágil como las demás, pero tendría que intentarlo.

Con cada día que transcurría se acercaba más su encuentro con Konrad Heilser. Ben estaba deseando que llegara ese momento para que lo transfirieran al sector de Averof reservado a los prisioneros de guerra.

Al quinto día se llevaron a Yichiel de la celda.

Transcurrió el sexto día.

¿Alguna vez has cruzado el mar hasta Irlanda?

Ben Masterton había adquirido la costumbre de cantar baladas irlandesas.

—¡Silencio allí dentro!

Cuando tal vez al finalizar el día…

—*Schweinhund!*
—¡Si no te callas, te mataré!

Te puedes sentar a observar el sol sobre Claddock…

¡Si no te callas, te mataré!
—El problema de Hans, Jay, es que no tiene la menor cultura.

… y mirar a los niños jugando descalzos.

De repente Hans controló su furia. La voz de Ben continuó resonando…

Si alguna vez ha de haber otra vida,
y fe, ahora sé con seguridad que la habrá…

Desde el otro extremo del corredor se acercaban marchando el coronel Oberg y sus subordinados, inspeccionando esas jaulas llenas de miseria. Junto a él iba su aburrida amante. Ben se acercó corriendo a los barrotes de la celda.

—¡Eh! ¡Weinerschnitzel! —Oberg se volvió—. ¿Por qué no nos demuestra que es un buen tipo y nos manda al otro lado de la cárcel, con los prisioneros de guerra?

—¡Ah! ¡Mis dos saboteadores británicos!

—¡Vamos, Weinerschnitzel! Si pasamos aquí dos días más, nos volveremos tan locos como sus guardias.

—¿Debo deducir, *Herr* Masterton, que se ha hartado de los criminales griegos?

—Me he hartado de su manera de salvar al mundo del comunismo. Simplemente no me gusta la hospitalidad de este lugar.

Por algún curioso motivo, el coronel Oberg parecía sentir cierto afecto por Ben Masterton. Una sonrisa asomó a su boca prusiana.

—Y ya que estamos en eso —continuó diciendo Ben—, me gustaría saber qué ha sido de nuestro compañero.

—¿El judío?

—El soldado británico.

—Fue un incidente bastante desgraciado, Ben. Enfermó de gravedad… de muchísima gravedad…

—¡Apuesto que sí!

Al principio Oberg pareció enojado. Después lanzó un suspiro de disgusto. Se volvió hacia su secretario.

—Encárguese de que *Herr* Masterton y su amigo sean conducidos mañana a la Gestapo, y que a su regreso los lleven al sector de los prisioneros de guerra.

—¡Gracias, compañero!

—Masterton, hágame un favor. La próxima vez que huya… ¡por favor no permita que vuelvan a capturarlo!

—Pero Jay —explicó Ben—, no es necesario que le paguen cien mil dracmas a Axiotis simplemente para que se encargue de llevar una notita.

—Mira, no sigas jorobándome, Ben. Tengo que conseguir que esta nota salga esta misma noche.

Ben se encogió de hombros.

—Pero cien mil dracmas…

Axiotis asintió. Una sonrisa iluminó el rostro del anciano carcelero al meterse el dinero en el bolsillo. Acababan de prometerle que si regresaba con la respuesta del mensaje, recibiría otros cien mil dracmas. La nota estaba dirigida a Lazarus, un granjero de Chalandri, con instrucciones de hacer llegar el mensaje a Lisa de inmediato.

La nota decía:

> *Helena: Estoy en Averof. Mañana me llevan a la Gestapo para ser interrogado. Vassili.*

Cinco

El rostro de Heilser se puso tenso mientras arrugaba el mensaje. Se encontraba en un serio problema. Von Ribbentrop decididamente había elegido el peor momento posible para visitar Grecia. Los fugitivos británicos vagaban a lo largo de todo el país y la Resistencia aumentaba día a día. La cantidad exacta de documentos robados a los alemanes se sabría cuando Morrison huyera y se pusiera en contacto con los británicos, —siempre que lo lograra—. Konrad Heilser estaba sentado sobre dinamita y la mecha se acortaba con cada día que transcurría.

Se tragó un analgésico y se masajeó las sienes que le latían. Su antigua autoconfianza se había desmoronado. Si tan solo pudiese apoderarse de Morrison y enterarse de los nombres de la lista Stergiou, se crearía el pánico dentro de la Resistencia. Se hundió en un sillón tras su escritorio de tapa de mármol y mezcló otro analgésico en un vaso de agua.

Zervos entró sin llamar a la puerta. Le sonrió a su inquieto compañero. Fuera quien fuese el que tomara el mando de la Gestapo, él, Zervos, tenía su posición asegurada.

—Konrad —recordó Zervos— ya es hora de nuestro encuentro con Lisa.

Heilser revisó los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Ve tú. Esta mañana me llamó por teléfono el coronel Oberg desde Averof. Me envía a dos fugitivos británicos para que los interrogue.

—¿Ah, sí? ¿Alguien de importancia?

—Solo un tipo que es un incordio, Ben Masterton. Ojalá alguna vez lograra escapar en serio.

—¿Y el otro?

Heilser ojeó el informe preliminar.

—Un neozelandés de apellido Linden… Jay Linden. Primera entrada. No tenemos antecedentes de él.

Zervos esbozó una sonrisa presuntuosa.

—Le daré recuerdos tuyos a Lisa —aseguró, dirigiéndose a la puerta.

—Espera. Informa a Lisa que debe encontrarse conmigo esta noche a las ocho en mi *suite* del hotel Grande Bretagne.

—Pero no te hará ningún…

—¡Haz lo que te digo!

—Muy bien, Konrad.

Heilser se encaminó al sofá, se recostó y se masajeó las sienes. ¡Cómo le dolía la cabeza! ¡Pero cómo le dolía!

—¡Masterton! ¡Linden! ¡Acompáñennos!

Varios guardias rodearon a los dos prisioneros en cuanto salieron de la celda. Mike y Ben estaban esposados, con las manos en la espalda.

Los hicieron marchar por un largo corredor en el que resonaba el eco de las pisadas de los soldados.

Después de pasar por una serie de puertas cerradas con llave, salieron al patio de la prisión.

Los aguardaban dos automóviles negros.

—¡Usted, Linden, en el primer coche!

Mike se sentó entre un par de agentes de la Gestapo vestidos de civil. Junto al conductor viajaba un soldado armado.

Las portezuelas se cerraron. El automóvil empezó a moverse lentamente a lo largo del patio. El inmenso portón de la cárcel de Averof se abrió. Los automóviles salieron, hicieron sonar sus sirenas y se dirigieron a toda velocidad hacia el centro de Atenas y el Cuartel General de Policía alemán.

Al llegar a las inmediaciones de la plaza Concord, se vieron obligados a reducir la velocidad.

Mike cayó hacia delante cuando el conductor pisó los frenos. De repente se les cruzó un camión en la intersección de las calles Patission y Chalkokondili y se detuvo justo en el camino del automóvil alemán.

El conductor tocó la bocina con insistencia.

Todo ocurrió en pocos segundos.

Del camión saltaron dos docenas de griegos armados y rodearon ambos coches. A empellones hicieron bajar a los conductores y a los guardias, los desarmaron y los obligaron a tenderse en el suelo con la cara contra la vereda.

—¡Morrison! ¡Por aquí!

Michalis, portando una ametralladora, sacó a Mike del auto y lo empujó a lo largo de la calle. Otro coche los esperaba en la esquina. Michalis le dio un empujón a Mike para que subiera.

Ben Masterton corrió hacia la multitud de la plaza Concord.

—¡Te veré en Berlín, compañero! —le gritó a Mike.

Mike miró hacia atrás en cuanto el automóvil se puso en marcha. Vio que los griegos armados volcaban los coches de los alemanes y enseguida volvían

a subir al camión que partió en dirección contraria.

—¡Apresúrate! ¡Maldito sea! ¡Apresúrate! —rugía Michalis al conductor con una voz que sin duda sería oída desde Salónica.

Sonó el teléfono.

Heilser se puso de pie, todavía atontado por los analgésicos. Sacudió la cabeza y levantó el receptor.

—¿Sí?

—¿Konrad? Habla Zervos. Estoy en la casa de modas de Antón.

—¿Qué pasa?

—Lisa no apareció.

—¿Qué?

—Te repito: Lisa hoy no se presentó.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Vuelve aquí inmediatamente!

—Muy bien…

Heilser no alcanzaba a comprender lo que eso significaba. Se acercó al lavamanos y metió la cabeza bajo el grifo de agua fría. Le aclaró un poquito las ideas. Se secó la cara, encendió un cigarrillo y se puso a pensar.

Oyó un golpe en la puerta. Entró su ordenanza uniformado.

—Manolis Kyriakides desea verlo, señor.

Heilser frunció el entrecejo. «¿El marido de Lisa? ¡Qué diablos! A lo mejor él sabía…».

—Hágalo pasar.

—Sí, señor.

En cuestión de segundos apareció Manolis Kyriakides. En una época pudo haber sido un hombre apuesto, pero en la actualidad tenía ojos huidizos y expresión atemorizada. Tal vez en un tiempo hubiera sido un hombre alto y erguido, pero en ese momento había adoptado la postura encorvada del cobarde. Sudaba copiosamente mientras permanecía frente a Heilser con el sombrero en la mano.

—¿Y bien?

—*Herr… Herr…*

—¿Qué pasa? ¿Dónde está su esposa?

—¡Los… los chicos! ¡Han sido secuestrados!

Heilser se puso en pie en un salto, aferró a Manolis por el cuello y lo sacudió con tanta violencia que las gotas de sudor saltaron de su cara. Heilser lo hizo retroceder y lo arrojó a un sillón.

Manolis temblaba.

—¡Hable!

—Agua, por favor…

—¡Le he dicho que hable!

Manolis emitió un débil quejido por entre sus labios resecos.

—Llegaron anoche… Lisa lo permitió… una docena de hombres… mataron a tiros a los guardias y se llevaron a los chicos. —Manolis cerró los ojos y estalló en sollozos.

—¡Anoche! —gritó Heilser—. ¿Y por qué no nos informó inmediatamente?

—Dijeron… dijeron que me matarían si venía antes de…

Heilser abofeteó una y otra vez la cara de Manolis. El marido de Lisa cayó al suelo, sollozando histéricamente.

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Lleven a este hombre a Averof!

Heilser se sentó frente al escritorio y empezó a tamborilear los dedos sobre la tapa de mármol. «¡Colaboracionistas! ¿Por qué tendremos que contar con la ayuda de colaboracionistas para ganar una guerra? ¿Por qué tendremos que tratarlos, que consentirlos, que sobornarlos? A hombres como Zervos y Manolis Kyriakides…

»¿Por qué no contaremos con la ayuda de hombres como Ioannis Rodites y Stergiou? ¿Por qué no hombres como Papa-Panos, ese misterioso sacerdote, y el indomable Michalis y el increíblemente valiente Thanassis?

»¿Por qué tendré que vivir rodeado por la hez de la humanidad?».

La puerta se abrió.

Entró Zervos.

—Konrad —dijo—, prepárate para una mala noticia. Morrison estaba en Averof. Acaba de huir.

Seis

La bodega, situada en el sótano del restaurante de Gini sobre la plaza Armodiou estaba totalmente a oscuras. Mike y Lisa se agazaparon en un rincón. La acercó a sí y le acarició el cabello.

—Deberían llegar de un momento a otro —comentó ella.

—Todo saldrá bien, mi amor —susurró él—. Todo saldrá bien.

Mike le narró los acontecimientos de esa tarde. Cuando se encontraba de camino hacia el cuartel general de la Gestapo, Michalis, al frente de varios hombres, encabezó una emboscada en un barrio de Atenas. En cuestión de minutos él fue transferido a tres automóviles distintos, el último de los cuales lo llevó a ese escondrijo pasajero.

Lisa le contó todo. Papa-Panos logró convencer a Michalis, Thanassis y al doctor Thackery de que permitieran seguir con vida a Lisa con la esperanza de que Morrison se pusiera en contacto con ella en caso de tener algún problema, Los hechos demostraron que Papa-Panos tenía razón. Axiotis, el anciano carcelero de Averof, entregó la nota en Chalandri a Lazarus. En el término de una hora el mensaje estaba en manos de Lisa.

Entonces Lisa hizo su jugada. Antes de entregar la información a Thanassis y a Michalis, exigió la libertad de sus hijos a cambio de informarles del paradero de Mike. En una hora ya se había realizado la incursión a la casa de Manolis y los chicos estaban ocultos en la caseta de herramientas de Chalandri.

En ese sótano de Gini, Mike pudo observar los rostros de tres hombres furibundos. Estaban furiosos con él por haber permitido que sus sentimientos complicaran su situación, de por sí ya muy grave. Lo atacaron verbalmente por haberlos obligado a arriesgarse a tenderle una celada a la Gestapo a plena luz del día. En ese momento le exigieron que les entregara la lista Stergiou, basándose en que él ya había cometido bastantes torpezas.

Mike se negó, a menos que permitieran que Lisa y sus hijos también salieran de Grecia con él.

Michalis, Thanassis y el doctor Thackery se encontraron frente a la alternativa de ejecutarlos a los dos perdiendo así la lista Stergiou, o sacar a los

cuatro de Grecia. Una tarea imposible…

La puerta trampa se abrió. El rayo de luz de una linterna iluminó el sótano.

Mike alcanzó a distinguir la silueta rechoncha de Michalis, y la delgada del doctor Thackery mientras ambos se dirigían hacia ellos por entre los barriles de vino.

Mike apretó la mano de Lisa…

La linterna los iluminó de lleno. Los recién llegados estaban parados al lado de ellos.

—Muy bien, Morrison —comunicó el doctor Thackery—. Un submarino británico pasará a recogerlo dentro de cuarenta y ocho horas.

—¿Y los chicos? —preguntó Lisa.

—Están a salvo. Se reunirán con ustedes en cuanto salgan de Atenas —informó Michalis.

—Siempre que logremos sacarlos de Atenas —acotó el doctor Thackery—. Heilser ha cerrado la ciudad como si se tratara de un tambor. Es casi imposible que alguien logre eludir el bloqueo. Sus posibilidades son de cincuenta a cincuenta, Morrison. También le quedan cuarenta y ocho horas para reconsiderar la posibilidad de entregarnos la lista. Los ocultaremos a usted y a Lisa en las colinas…

—Ni por todo el oro del mundo, doctor Thackery.

—Muy bien… intentaremos lo del submarino. Espero que podamos sacarlos de Atenas.

—Espere un minuto —dijo Mike de repente—. Espere un minuto. Es posible que yo tenga una idea…

Julius Chesney hizo tamborilear suavemente los dedos sobre la mesa. Miró a Thanassis con aire dubitativo.

—Es arriesgado… muy arriesgado…

—También lo es para mí —contestó Thanassis.

—Tendré que pensarlo —se evadió Chesney.

—Tiene que contestar sí o no. Deben partir dentro de cuarenta y ocho horas.

—Usted me lo hace muy difícil, querido amigo. Si no fuese por el dinero…

—Justamente por eso vine a proponérselo. He oído hablar de su amor por los dracmas.

Las mejillas de Julius Chesney temblaron cuando él emitió su desagradable risita.

—De acuerdo —decidió.

—Y la mitad de lo que le paguen los alemanes me pertenecerá a mí —recordó Thanassis.

—Estoy de acuerdo —repitió Chesney—, completamente de acuerdo.

—Entonces, aquí tiene la información. Morrison y Lisa Kyriakides se encuentran ahora en Atenas. No sé exactamente dónde porque no he visto a Michalis desde que les tendió la emboscada a los alemanes. Un submarino británico pasará a recogerlos en algún momento, dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Chesney asintió.

—En cuanto lo sepa, le proporcionaré la ruta que seguirán al salir de Atenas y el punto donde establecerán contacto con el submarino —continuó diciendo Thanassis.

—¿Y exactamente cómo piensa su gente sacarlos de Atenas?

—Ese es el problema, señor Chesney. No lo sabré hasta que vea al doctor Thackery o a Michalis.

Al pensar en los dracmas que recibiría, Chesney volvió a lanzar una carcajada. Tendió su mano regordeta por encima la mesa. Durante un instante Thanassis lo miró con desconfianza y después le estrechó la mano.

Thanassis se puso de pie.

—Recuerde —repitió—, la mitad del dinero que reciba me pertenece.

—Dígame, profesor Thanassis, ¿por qué está haciendo esto?

—Porque me consta que no cuentan con la menor posibilidad.

—¿Podrá encontrar usted mismo la salida? —preguntó Chesney. Él estaba absolutamente oprimido en su asiento—. Tengo problemas cardíacos, amigo mío. Graves problemas cardíacos.

Chesney siguió con los ojos entrecerrados a Thanassis, mientras el culto profesor se volvió y salió de la habitación.

Después de luchar por ponerse de pie, Chesney se acercó al teléfono, buscó un número en su agenda y lo marcó con ayuda de un lápiz porque su dedo rechoncho no cabía dentro de los agujeros del dial.

—¿Hola…?

—¿Hola, Konrad?

—Sí.

—Habla Chesney, Julius Chesney.

—¿Qué quiere?

—¿Sería posible que usted y Zervos vinieran a casa enseguida?

—¿A esta hora de la mañana, Julius?

—Se trata de un mutuo amigo nuestro. Entiendo que se trata de un norteamericano…

—Iré enseguida.

—Sí… Ah, Konrad, querido amigo, le recomiendo que no se olvide de traer el talonario.

Chesney estudió el rostro estragado de Konrad Heilser. Por lo general, el alemán era un modelo de complacencia, pero en ese momento estaba tenso, desmejorado y nervioso. Zervos, esa vidriera de exhibición de diamantes, se sentó a su lado.

—¿Una copa?

—*Whisky* doble —respondió Heilser. Zervos pidió lo mismo. Chesney se dirigió al bar.

—Bueno, Konrad… lo que estoy por decirle es de gran interés para usted…

—Vamos al grano de una vez. Si sabe algo acerca de Morrison, ¿cuánto quiere por la información?

—No llegue a conclusiones apresuradas, Konrad. Pero, bueno… dentro de poco se me suministrará una información completa con respecto al paradero de Morrison. Quiero cincuenta millones de dracmas por esa información… y ni un centavo menos.

—¡Cincuenta millones! ¿Se ha vuelto loco?

—No me tiente, amigo mío. Sé que estoy en condiciones de pedir también la Acrópolis.

—Está completamente fuera de la cuestión pagar cincuenta millones.

—Entonces, caballeros, permítame decirles que para mí ya ha pasado la hora de acostarme. Creo que conocen el camino hacia la salida, ¿verdad?

Heilser ardía de furia. Una vez más se encontraba en las garras de la hez de la humanidad. Cincuenta millones borrarían de cuajo la fortuna personal que tanto trabajo le había costado reunir en Grecia. Pensó con rapidez. Obligaría a Zervos a aportar la mitad de esa cantidad… y se encargaría de que

Chesney no pudiera salir vivo del país. Miró a Zervos. El gordo se encogió de hombros.

—Nos tiene en sus manos, Konrad. No nos queda alternativa.

—Muy bien —musitó Heilser—. ¿Dónde está?

Chesney alzó una de sus manos gordas.

—¡Ahhhh! ¡No tan rápido, no tan rápido! Girarán el dinero por cable a mi banco en Argentina. Y en cuanto yo reciba la confirmación del depósito…

—¡Hijo de puta!

Chesney lanzó una carcajada, hizo sonar sus nudillos y se sirvió una aceituna del plato que había sobre la mesita ratona.

—Debo agregar, querido amigo, que tendrá que proceder con bastante rapidez. Un submarino británico pasará a recogerlos dentro de cuarenta y ocho horas. Y, Konrad, además también entregaré a Lisa Kyriakides y a sus hijos sin cobrarle ni un centavo extra.

El alemán tomó de un tirón la gorra que había dejado sobre la mesa.

—Mañana a mediodía recibirá la confirmación del depósito.

Se levantaron para salir, pero Zervos estaba intrigado por algo.

—¿Por qué quiere recibir su dinero en Argentina? —preguntó.

—La cosa es así, señor Zervos. Yo no confío en usted. Confío en el señor Heilser, pero no en usted. Y como corresponsal de guerra, estoy absolutamente convencido de que Alemania será vencida en esta contienda.

Dicho lo cual se metió otra aceituna en la boca.

Siete

Papa-Panos sostenía una vela de llama titilante. Lisa, Mike, el doctor Thackery y Michalis formaban un apretado círculo.

Thanassis permanecía a pocos pasos de distancia, apoyado sobre un barril de vino.

—Todos debemos poner en hora los relojes. En este momento son exactamente las doce del mediodía —informó el doctor Thackery.

Todos aguzaron la vista en la penumbra.

—Hoy oscurecerá a las siete y diez de la tarde —continuó diciendo el doctor Thackery—. A las siete y media saldremos de Atenas. A las ocho y cuarto deberíamos llegar a Chalandri para recoger a tus dos hijos, Lisa.

Ella asintió.

—De Chalandri saldremos inmediatamente hacia la costa. Viajaremos por caminos secundarios, así que no podremos marchar a demasiada velocidad. —Desplegó un mapa y lo colocó sobre el suelo de cemento. Todos se arrodillaron alrededor. Thanassis se alejó del barril y se inclinó por encima el hombro de Lisa. El doctor Thackery trazó una línea del recorrido con un lápiz —. Al llegar a este punto del golfo tendremos que continuar a pie. Allí los estará esperando un hombre que será el encargado de conducirlos a la cueva donde tendrá lugar el encuentro. Ese individuo se llama Meletis. Ahora bien, una vez que lleguen al golfo, tendrán más o menos una hora de caminata. Y no deben llegar al golfo después de las diez y media de la noche.

El doctor Thackery trazó una X sobre el mapa.

—Este es el lugar del encuentro. Allí encontrarán una cueva protegida… y bien aislada. Sobre la colina, a sus espaldas estará apostado un centinela con una linterna. Pocos minutos después de medianoche, la encenderá tres veces, para que la vea la tripulación del submarino. El centinela repetirá esa señal cada cinco minutos hasta que el submarino salga a la superficie y devuelva la señal. Un grupo de marineros se acercará a la costa en un bote de goma a remos y los conducirá a bordo. ¿Está claro?

Todos asintieron.

—¿Y adónde vas ahora, Thanassis? —preguntó Michalis.

—Debo salir un momento —replicó Thanassis.

—¿Están listos todos los detalles de organización que quedaron en tus manos?

—Completamente listos —contestó Thanassis. Encendió su linterna, se dirigió a la escalera y desapareció por la puerta trampa.

—A veces actúa de una manera extraña —observó el doctor Thackery—. Me pregunto si no estará poniéndose nervioso.

—Todos estamos nerviosos —contestó Mike.

El doctor Thackery dobló el mapa y se puso de pie. Papa-Panos apagó la vela y la bodega quedó sumida en la oscuridad. Lisa se apoyó contra el cuerpo de Mike y cerró los ojos.

—Está bien, mi amor. Pronto todo habrá terminado…

—Sigue sin gustarme la forma que hemos elegido de salir de Atenas —confesó Michalis.

—Es nuestra única posibilidad, Michalis —contestó el doctor Thackery—. Debemos intentarlo. Es solo una cuestión de tiempo, pero llegará el momento en que alguien le vaya con el cuento a la Gestapo.

Thanassis había perdido gran parte de su calma de profesor.

—¡Usted me aseguró que mi parte sería de veinte millones de dracmas!

—Mi *querido* amigo —lloriqueó Julius Chesney, dramatizando el problema de ambos—. Lo único que pude sacarle a Heilser fueron veinte millones. Nosotros convinimos en dividir la suma en partes iguales. Aquí tiene la suya: diez millones.

Thanassis contó los diez millones de dracmas. Ya había llegado con Chesney a un punto de no retorno y, aunque estaba seguro de que estaba estafándolo, no le quedaba otra opción. Era la típica jugarreta del tramposo. Se metió el dinero en el bolsillo.

—Muy bien. Usted ya tiene todos los detalles.

Chesney asintió.

—Entonces, lo veré a medianoche en la cueva.

—¡Ah! ¡Konrad y Zervos! ¡Por lo que veo, puntuales como siempre!

—La información —replicó Heilser, impaciente—. ¿La tiene?

—Sí, la tengo. Y les agradezco muchísimo la rápida transferencia de los cincuenta millones a mi banco. ¿Una copa, caballeros?

Heilser ya estaba sentado junto al bar y se sirvió una generosa medida de *whisky*. Le temblaba la mano. Vació la mitad del vaso de un solo trago y parte del *whisky* se le escurrió por la barbilla.

Julius Chesney desplegó un mapa de la provincia de Attica-Boetia y lo colocó sobre el bar.

—Morrison y Lisa saldrán de Atenas esta noche a las siete y media.

—¿Dónde se encuentran?

—Por lo visto cambian de escondrijo cada hora, así que nadie sabe con certeza dónde están en un determinado momento.

Heilser bebió otro trago de *whisky*.

—También parece que han diseñado media docena de posibilidades para salir de Atenas, así que tampoco puedo suministrarle un dato específico con respecto a eso.

—Siga…

—Lo que sí sé con certeza es lo siguiente: un submarino establecerá contacto con ellos en este punto. Ahora bien, señores. Salen de Atenas a las siete y media. A las cinco y cuarto deben encontrarse con los hijos de Lisa que están ocultos en algún lugar de los alrededores de la ciudad. Y desde allí saldrán enseguida en coche rumbo a Marathon. —Chesney trazó una línea en lápiz que pasaba por la ciudad de Nea Makri y después ascendía hacia el norte, pasando por Soros. El trazo se detuvo en una zona costera cubierta de tupidos bosques—. En este lugar hay una cueva. Deben llegar a esa cueva cinco minutos antes de medianoche, aproximándose desde el sur.

Heilser estudió el mapa durante algunos instantes. Se volvió hacia Zervos.

—Sí… Es perfecta… muy bien elegida para la entrada de un submarino. Bien aislada, con cantidad de cuevas, mar calmo, bien protegida por un bosque tupido y sin ciudades ni tropas en varios kilómetros a la redonda.

—A medianoche —continuó diciendo Chesney—, colocarán un centinela sobre esta colina, a mayor altura que la cueva. Él se encargará de hacer las señales necesarias para que el submarino salga a la superficie.

Heilser se puso de pie y empezó a pasearse por el cuarto.

—Debemos triplicar la guardia alrededor de la ciudad de Atenas. Colocaré un batallón de hombres a lo largo de la ruta de huida. Otra compañía cubrirá el lugar del encuentro…

—Un minuto, querido amigo, un minuto… —dijo Chesney, interrumpiendo a Heilser—. Usted pagó cincuenta millones de dracmas por esta información. Realmente me avergonzaría muchísimo que no lograra apresar al señor Morrison.

—¿Exactamente qué quiere decirme?

—En primer lugar, que está subestimando a sus oponentes. Ellos tienen hombres apostados observando todos los puestos de bloqueo de las salidas de Atenas. También tienen un hombre que se adelantará al grupo principal para asegurarse de que el camino está libre. A la primera indicación de peligro decidirán utilizar una ruta alternativa o regresar a su escondrijo. En cuanto usted siembre de tropas la zona, cancelarán todo el plan.

—La observación parece atinada, Konrad —opinó Zervos.

—Ni por un instante podemos despertar las sospechas de esa gente con una alarma general. Usted sabe tan bien como yo que Morrison puede permanecer oculto dentro de Atenas durante los próximos quince años y que jamás podríamos encontrarlo. Por otra parte, si se viera obligado a volver a ocultarse, la lista Stergiou puede ser pasada a los británicos por varios cientos de personas de las que nos resultaría imposible desconfiar. Hasta ahora Morrison se ha negado a entregarla.

El alemán estaba furioso consigo mismo. Sí, ciertamente lo estropearía todo si intentaba utilizar cinco mil soldados. Cualquier movimiento de tropas sin duda volvería a obligar a Morrison a esconderse y Chesney tenía toda la razón del mundo cuando afirmaba que dentro de Atenas las posibilidades de encontrarlo no serían muchas.

—Muy bien. Entonces, ¿qué sugiere?

—Sugiero que salga de Atenas inmediatamente y que se dirija al norte de Marathon. De esa manera podría caer sobre ellos desde el sur, evitando la ruta que se han trazado y evitando ser vistos por ellos. Al caer la noche podría rodear la zona del encuentro con el submarino, digamos con veinte o treinta hombres armados hasta los dientes y allí esperar que ellos lleguen.

Heilser volvió a estudiar el mapa y lo meditó. Miró a Zervos, y el griego asintió, expresando su conformidad.

—Muy bien. Saldremos de Atenas enseguida. Zervos, ordene que levanten el bloqueo alrededor de la ciudad y elija treinta de nuestros mejores hombres. Nos encontraremos dentro de una hora y viajaremos en coche hacia el norte de Marathon, donde esperaremos hasta que oscurezca. Después nos acercaremos a la cueva.

—Ahora está hablando con sensatez —dijo Chesney.

—Otra cosa —agregó Heilser.

—¿Qué?

—Usted irá con nosotros, señor Chesney.

—Encantado, querido amigo, ¡encantado! No me perdería esto por nada del mundo.

Ocho

Las seis de la tarde.

Lisa estaba terriblemente impresionada por la noticia.

—Sabía que no se trataba de un buen hombre, pero de todos modos era mi marido. Hace años, podría haberlo ayudado. Estaba enfermo… enfermo de ambición.

—No te culpes, mi amor.

—Manolis… muerto… ¡fusilado por los alemanes en Averof! ¿Terminará esto alguna vez, Michael? ¿Crees que terminará?

Los minutos siguieron transcurriendo implacablemente.

Seis y media.

—San Francisco te encantará, Lisa.

—¡Abrázame, Michael, abrázame! ¡Tengo miedo!

—Conseguiremos salir, querida, ya verás que conseguiremos salir.

Siete menos cuarto.

—Afuera está empezando a oscurecer —informó Papa-Panos—. Llegarán de un momento a otro.

—*Panagia, Panagia* —susurró Lisa con los ojos cerrados—. *Panagia…* Santa Madre de Dios…

Los minutos siguieron transcurriendo implacablemente.

Las siete.

Mike, nervioso, trató de tranquilizarse fumando su pipa. Revisó su pistola. Lisa controló la suya.

Se abrió la puerta trampa. El doctor Thackery bajó por la escalera. Los iluminó con el haz de luz de su linterna.

—Todo está listo —comunicó.

—¿Dónde está Thanassis?

—Se nos ha adelantado.

—¿El camino de salida parece despejado?

—Casi excesivamente despejado… casi excesivamente despejado…

—Papa-Panos —dijo Lisa—. ¿Rezaría una oración conmigo?

—Sí, hija mía.

Siete y cuarto.

Los cuatro permanecían de pie en el más absoluto de los silencios. Por encima de sus cabezas percibían el crujido de pasos sobre el suelo al comenzar a servirse la comida de la noche en el restaurante de Gini. Cada uno de ellos también percibía la respiración de los demás…

Siete y veinticinco. Se abrió la puerta trampa. Michalis bajó por la escalera.

—El coche espera —anunció. Mike respiró hondo y oprimió la mano de Lisa.

—Que Dios los bendiga —deseó Papa-Panos.

—Debemos salir ya mismo —urgió Michalis.

—Un momento —pidió el doctor Thackery.

Les alcanzó unas pequeñas cápsulas a Lisa y a Mike.

—Si algo llegara a salir mal, deben tomarlas.

—¿Qué son?

—Cianuro.

Marathon estaba silencioso a la luz de la luna. Había una cueva con suelo de arena y sobre ella un risco que caía en vertical.

Un sendero rocoso bajaba a la playa. En el borde del risco se encontraba una zona de pastos altos y de arbustos, y detrás un bosque que se alzaba hasta lo alto de la colina. Eran las once de la noche.

Julius Chesney y Zervos, los dos gordos, estaban agotados por la caminata a través del bosque.

El oficial se presentó ante Heilser para pedir instrucciones.

—Coloque a sus hombres a lo largo del borde del risco, mirando hacia la cueva —ordenó Heilser en voz susurrante—. Quiero que permanezcan absolutamente inmóviles hasta que yo lo indique.

El capitán asintió y se alejó. Impartió órdenes en susurros, dispersando a sus hombres detrás de rocas, arbustos y pajonales. Formaron un semicírculo alrededor y por encima de la cueva. Los soldados se apostaron con las armas preparadas…

Heilser, Zervos y Chesney volvieron a trepar parte de la colina para tener una visión más clara de toda la zona.

—Los hombres se acercaron muy silenciosamente —susurró Chesney—. Estoy seguro de que no han sido detectados. —Señaló con su dedo gordo la entrada del lado sur de la cueva—. Deberían llegar por aquí. Será mejor que nos relajemos. Todavía debemos esperar una hora.

El automóvil se detuvo sobre el camino de tierra. Un hombre corrió hacia él.

—¿Dónde están? —preguntó el hombre a la conductora.

—Los dos chicos están ocultos en la parte de atrás. El hombre y la mujer están encerrados en el baúl —contestó Ketty, la prostituta.

El hombre abrió la tapa del baúl y ayudó a salir a Mike y a Lisa. Ambos, mareados, trataron de recuperar el equilibrio. Ketty abrió a los chicos quienes corrieron hacia su madre.

—Yo soy Meletis —explicó el hombre—. Tengo la misión de conducirlos hasta el lugar de la cita.

Mike y Lisa le estrecharon la mano.

—¿Se sienten bien?

—Sí, estaremos bien enseguida… en cuanto respiremos un poco de aire fresco.

Mike se acercó a Ketty.

—Siempre me sentiré en deuda contigo —aseguró.

—Por los Englezos soy capaz de hacer cualquier cosa —contestó Ketty—. Me alegra de que hayas recurrido a mí en busca de ayuda.

—¡Vamos! —urgió Meletis—. Nos espera una hora de caminata y no hay tiempo para despedidas. ¿Tuviste algún problema a lo largo de la ruta?

—Un solo encontronazo —contestó Ketty—. Pero tengo un salvoconducto muy útil firmado por el mismísimo *Herr* Heilser.

—Adiós, Ketty.

—Adiós, mi soldado Englezos.

—Algún día volveremos a Grecia… con un ejército que no será obligado a retroceder. —Le besó la mejilla y salió corriendo para alcanzar a Maletis, Lisa y los muchachos.

Se dirigieron hacia el norte por la costa.

Las doce menos cinco.

El capitán alemán hizo señas a sus hombres y volvió a reunirse con Heilser. Todo estaba en orden. La mirada de todos estaba clavada en el extremo sur de la cueva. Lo único que quebraba el silencio era el lento oleaje del mar contra la costa y el susurro de las hojas de los árboles que los rodeaban.

—¿Dónde estarán?

—Llegarán en cualquier momento…

Transcurrió un minuto… dos… tres…

Chesney codeó a Heilser y señaló la cima de la colina que se encontraba detrás de ellos: una luz en dirección del mar. Se encendió y se apagó tres veces. El corazón de Heilser empezó a latir con rapidez.

—Esa es la señal —confirmó Chesney. Entrecerró los ojos y los acercó a su reloj de pulsera—. En cuanto veamos la próxima señal, significará que todo está listo.

En el bosque a sus espaldas, se oyeron leves movimientos.

—Allí vienen —susurró Chesney.

Siguió observando su reloj durante otros cinco minutos y después alzó la mirada hacia la cima de la colina. La señal volvió a encenderse y apagarse otras tres veces.

Julius Chesney lanzó un gruñido, se puso de pie y se estiró.

—Bueno Konrad, el juego ha terminado —dijo. Heilser lo miró, demasiado estupefacto como para hablar.

—Le pido disculpas, querido amigo. Realmente existe el submarino pero olvidé mencionar que se encuentra en la costa opuesta de Grecia, a cien kilómetros de aquí. Si mis cálculos son correctos, Lisa y el señor Morrison deben de estar abordándolo en ese preciso instante.

—¡Arréstenlo! ¡Arréstenlo! —aulló Heilser—. ¡Arréstenlo!

—¡Ah, no, mi querido amigo! Esa señal que vimos en la colina era para informarme que doscientos caballeros se encuentran emplazados y en posición de combate a lo largo del bosque. Entiendo que usted los llama «guerrilleros». La segunda señal indicaba que sus tropas han sido rodeadas.

El oficial se le acercó a la carrera.

—¡*Herr* Heilser, hemos sido rodeados!

—Ordene a sus hombres que depongan las armas, capitán. Es completamente inútil oponer resistencia. Verá, yo no quiero morir como un mártir griego, y si pronuncio una sola sílaba, uno de nuestros mutuos amigos, el profesor Thanassis iniciará el ataque con resultados desastrosos para ustedes.

Heilser se puso de pie. Miró a su alrededor. A lo largo de toda la colina, entre los arbustos y detrás de los árboles, alcanzaba a ver los rifles de los guerrilleros griegos. Observó la cueva desierta… Tenía el rostro blanco, los labios sin color…

—¡Ríndase! —le ordenó al oficial. Se volvió hacia Chesney.

—¡Usted nunca logrará salir impune de esta!

—No estoy tan seguro. Cuando encuentren su cuerpo, siempre que lo encuentren, yo estaré disfrutando de un buen *gin-tonic* en el Club de Prensa de Londres. No olvide, Konrad, que por expreso pedido mío usted se tomó muchísimo trabajo para mantener en secreto sus movimientos. Nadie sabe exactamente dónde se encuentra.

Zervos se puso de pie. Tenía los ojos fuera de las órbitas como si fuera un loco.

—Julius —balbuceó—. Julius, yo soy rico. Le ofrezco cincuenta… cien millones de dracmas… doscientos millones… ¡por favor! ¡Por favor! —Cayó de rodillas y besó las manos de Chesney.

Se oyó un disparo.

Zervos se aferró el estómago y rodó sobre sí mismo, muerto. Konrad Heilser entregó su pistola a Chesney.

—¡Colaboradores! —exclamó Heilser con desprecio—. No tolero a los hombres capaces de vender a su propio país. Lo subestimé, Julius. Debí saber que a pesar de todos sus defectos, usted jamás se habría convertido en un traidor.

—¡Dios mío! —exclamó Chesney, arrojando la pistola al suelo—. Estos artefactos siempre me ponen terriblemente nervioso.

—Le ahorraré el dramatismo de Zervos. Moriré en silencio.

—Bueno, no diré que actué impulsado por motivos patrióticos. Pero por suerte, en el fondo sigo teniendo cierta conciencia. ¿Comprende lo que le quiero decir, querido amigo?

Se les acercó Thanassis.

—Los alemanes están rodeados. Nos hemos apoderado de sus armas. Terminemos con este asunto de una vez.

—¿Van a ejecutarme enseguida?

—Desgraciadamente así es, querido amigo. No nos queda otra alternativa.

Konrad Heilser se acercó con lentitud a una enorme piedra, encendió un cigarrillo y esperó. Chesney le indicó por señas a Thanassis que aguardara unos instantes. Se acercó al alemán. Heilser había recobrado la calma. Volvía a ser el de antes. Acababa de perder la partida. Ya no era útil.

—Dígame, Julius, ¿cómo se las arregló?

—Debo decir que fue un plan ingenioso. Verá: la Resistencia tenía un serio problema. Mover a Lisa y a Morrison en el más absoluto secreto y conseguir sacarlos de Atenas. Thanassis fue a verme y me propuso que yo actuara como señuelo, que lo dirigiera a usted hacia la costa equivocada y al mismo tiempo que consiguiera que levantara el bloqueo alrededor de Atenas. Debo decir que usted fue de gran ayuda para la Resistencia, Konrad.

—Y además, financié el viaje…

—Sea bueno y no le diga a Thanassis cuánto me pagó. Confieso que me apoderé de una suma un poco mayor de la que me tocaba, pero he oído decir que Thanassis va a invertir sus ganancias en comprar armas para la Resistencia.

—Ya es hora de irnos —exclamó Thanassis.

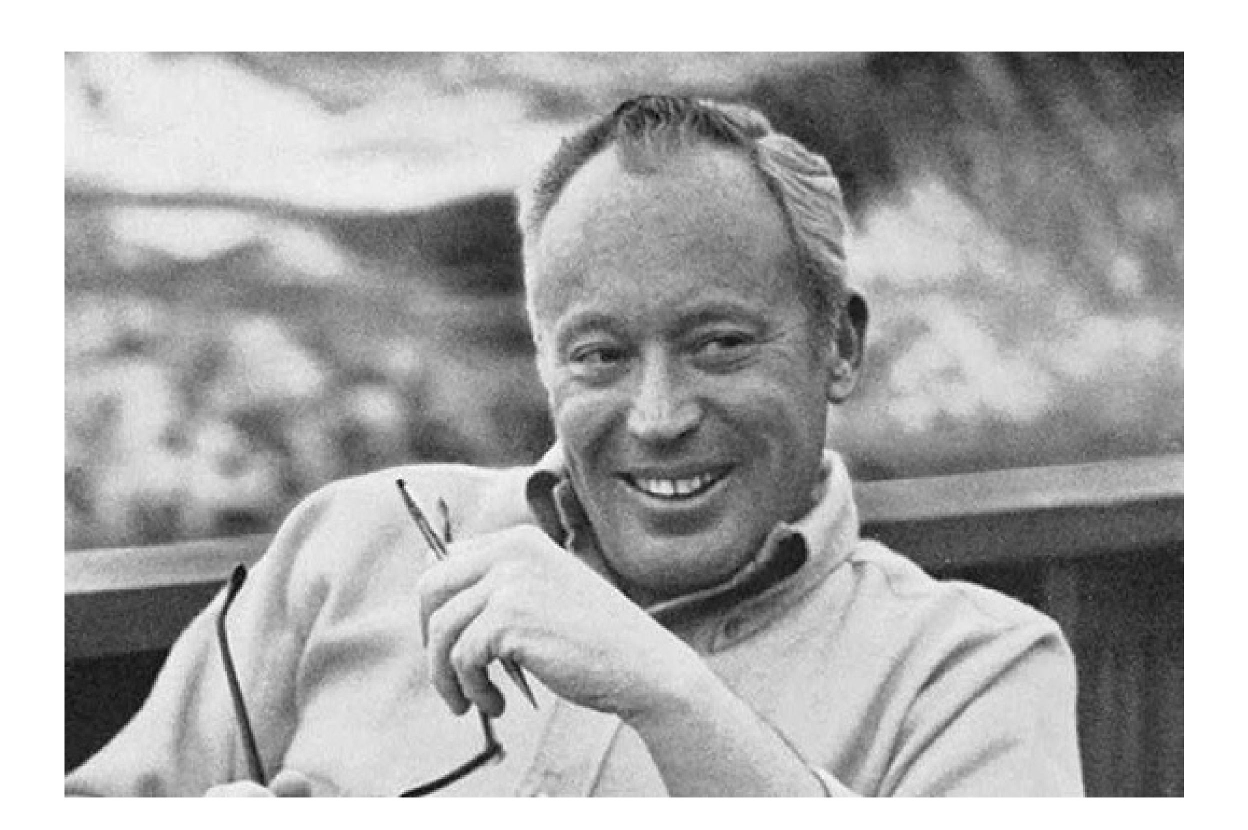
—¿Sabe, Konrad? Aun en el caso de que se hubiera apoderado de Morrison y descubierto los nombres de la lista Stergiou, me pregunto, me pregunto seriamente si al fin y al cabo habría habido alguna diferencia. ¡Ah, sí! El mundo está lleno de torpes aficionados como Morrison y Lisa Kyriakides. Ellos ceden a las tentaciones, son sentimentales y luchan con sus conciencias, pero de alguna manera los Michaels y las Lisas de este mundo

terminan actuando con justicia. Y temo, querido amigo, que en este mundo haya demasiados Michaels y Lisas para que los bandidos como usted y como yo podamos vencerlos.

—Sigamos con nuestro asunto —pidió Heilser.

Amanecía. El submarino salió a flote.

Lisa estaba en cubierta con uno de sus hijos a cada lado. Michael Morrison, mediocre escritor norteamericano y aficionado al juego de intrigas internacionales, se encontraba de pie a sus espaldas. Le tocó el hombro al ver aparecer en el horizonte la línea de la costa de África del Norte.



LEON URIS (Baltimore, 3 de agosto de 1924-21 de junio de 2003). Solo un exmarine estadounidense que participó en la Segunda Guerra Mundial, hijo de inmigrantes polacos judíos, pudo crear *Grito de Guerra*, *Éxodo*, *Mila 18* y *Topaz*; ese fue Leon Uris. Su primera novela fue *Grito de Guerra*, inspirada en las propias vivencias de Uris durante su período en el sexto regimiento de los marines. Más tarde llegó *Las colinas de la ira*, también con el mismo trasfondo sociopolítico.

Tras estos éxitos decide hacer un viaje a Israel; su fruto fue *Éxodo*, su novela más célebre. A esta le siguieron, entre otras, *Topaz*, un *thriller* sobre la Guerra Fría que estuvo una semana entera en el número uno de la lista de *best-sellers* del *New York Times*. Aunque nunca consiguió el graduado escolar, con tan solo seis años escribió una opereta con motivo del fallecimiento de su perro. Leon Uris estaba destinado a ser lo que fue: un narrador sencillo de grandes historias.

ÍNDICE

Primera parte
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce

Segunda parte
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve

Tercera parte
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce

Trece
Cuarta parte
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Sobre el autor